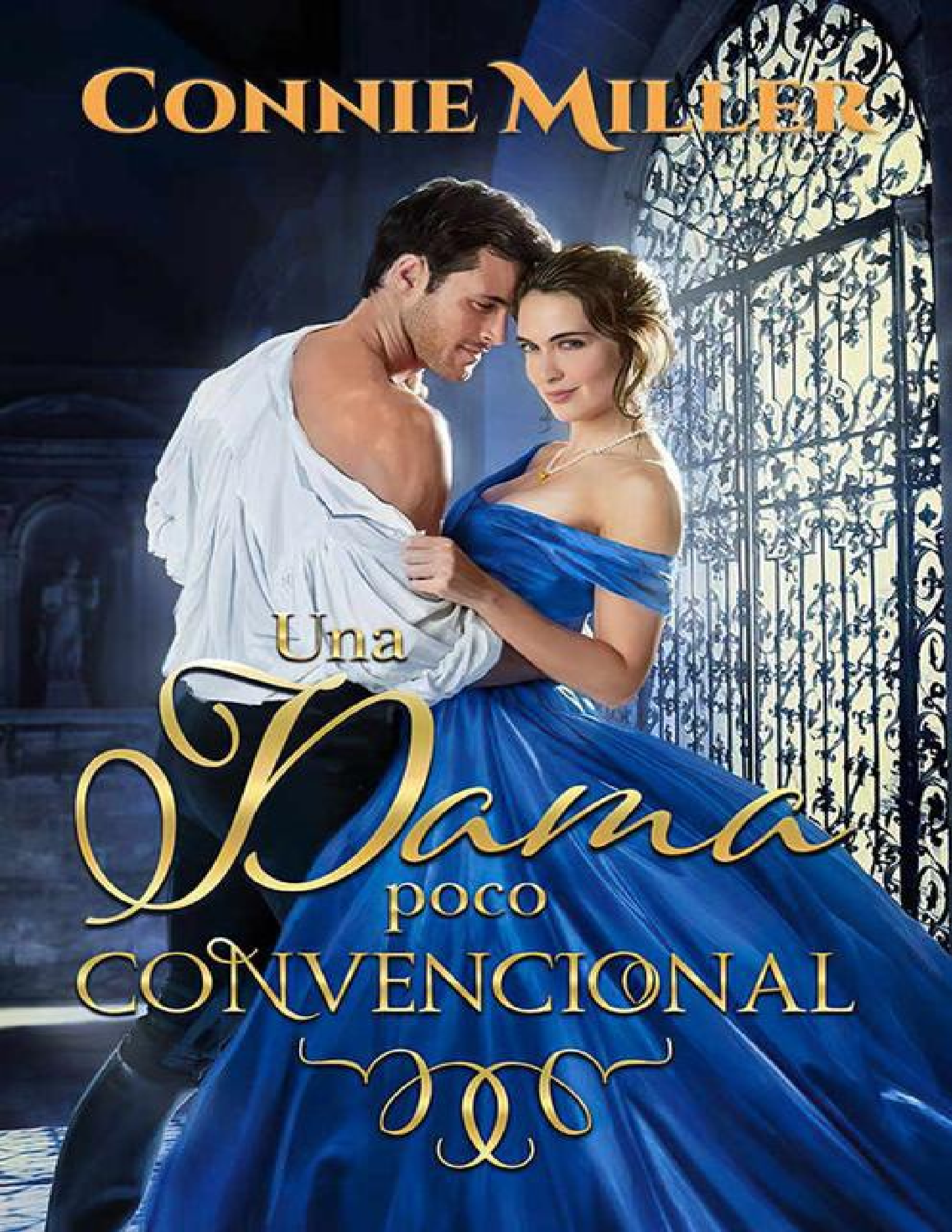

CONNIE MILLER
Una
Dama
poco
CONVENCIONAL

Una Dama poco CONVENCIONAL

CONNIE MILLER



Copyright 2023 de Connie Miller

- Todos los derechos reservados. -

Publicaciones Romance



Sinopsis

¿Cómo podría casarse con un hombre tan falto de moral y con tanto encanto?

A pesar de ser considerada una solterona sabelotodo, la señorita Patterson no podría ser más feliz. Es libre para acudir a todo tipo de eventos y no tiene que medir sus palabras ante un posible pretendiente. Hasta que su abuela le impone un ultimátum: O busca marido, o la casa con el mayor de todos los libertinos, Lord Maddox.

El problema es que, por mucho que lo intente, parece imposible deshacerse de él. Incluso cuando tienen que desenmascarar a un hombre sin escrúpulos y destruir los planes de una matrona empeñada en casar a lord Maddox con su hija; la apocada e insulsa señorita Fisher.

Índice

Prólogo

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

Notas

Prólogo

Febrero de 1820

La citación llegó a las once de la noche. Shannon Patterson aún no dormía, pero había apagado la vela y estaba tumbada boca arriba, mirando fijamente la mancha de luz anaranjada del techo, reflejo del fuego cambiante que perdía intensidad y empezaba a apagarse.

Betty empujó la puerta y entró con una vela. Parecía un fantasma con su camisón blanco y de pie bajo el resplandor blanco de la luz. —Lo siento, señorita, pero lady Harewell pregunta por usted.

Shannon se levantó de un salto de la cama, agarró el chal que estaba sobre el extremo de la cama y, envolviéndose en él, se dispuso a seguirla descalza.

—No está peor, ¿verdad? —Preguntó.

Betty hizo una pausa antes de contestar. Cuando habló, su voz era de perplejidad. —No lo creo, señorita Patterson, pero fue tan insistente que me asustó. —Betty había sido la criada de su abuela durante más de veinte años, por lo que la conocía bien.

Shannon temblaba en el frío pasillo. *“Por favor, que se ponga bien, que se recupere”*. Después de casi un mes de fiebre pulmonar, su abuela estaba en vías de recuperación. El médico había dicho que aún podía haber algún contratiempo, pero esta misma mañana todos lo habían

celebrado en la cocina: Betty, y Jayne la criada de Shannon, Parker el mayordomo y cocinero, y todos los demás miembros del personal, la mayoría de ellos personas a las que conocía de toda la vida. Shannon había hecho traer vino de las bodegas y todos habían bebido a la salud de su abuela.

No le pareció el mejor momento para ello, pero cuando Shannon llegó a la alcoba, encontró a su abuela erguida en la cama, apoyada en las almohadas. Tenía buen aspecto, aunque todavía tenía ojeras y las mejillas hundidas por la larga enfermedad.

—No la deje hablar demasiado, señorita. —Dijo Betty antes de cerrar la puerta. —Se cansará.

Shannon asintió con la cabeza y se acercó a la cama, posándose cautelosamente en el borde de una silla que había a su lado.

—Puedes acercarte, niña. No te voy a morder.

A Shannon se le pasó parte de la alarma al oír el tono brusco. Parecía la misma de siempre. El alivio de Shannon le hizo sonreír y esta acercó la silla a la cama.

—Necesito hablar contigo. Urgentemente. —Afirmó enérgica.

La sonrisa desapareció de la cara de Shannon. A su abuela no le gustaban los gestos dramáticos. Su tono apremiante le devolvió la ansiedad y Shannon apretó las manos. —Le escucho. —Habló.

—Mi salud ya no es lo que era. —Dijo, aunque era un eufemismo teniendo en cuenta que llevaba casi un mes en su lecho de muerte. —Y aunque el doctor Dalton dice que es probable que me recupere por completo, no puedo fingir que todo está exactamente como antes.

Shannon asintió, en parte aliviada y en parte en señal de reconocimiento. —Lo comprendo.

Unos magníficos ojos negros se encontraron con los de Shannon, afilados como una espada. —Entonces espero que entiendas lo que voy a decirte. —Respiró hondo. —Aunque tal

vez no me lo perdones. —Vaciló. Aquello era tan distinto viniendo de ella que Shannon volvió a sentirse incómoda.

Hubo un breve silencio. Una ramita se prendió en la chimenea con un chasquido agudo, sobresaltando a Shannon, y ardió brevemente antes de apagarse.

Cuando su abuela habló a continuación, ya no había vacilación en su voz. —Sabes que tengo firmes convicciones sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Varias de mis amigas han escrito sobre los derechos de la mujer, entre ellas Mary Wollstonecraft, como bien sabes, y yo misma lo habría hecho también, si no fuera porque no soy buena escritora. —Soltó una carcajada, a la que Shannon no respondió.

—Lo que voy a decir va en contra de muchas cosas que te he enseñado. Pero mientras estaba en la cama, pensando en lo cerca que estoy de la muerte, me di cuenta de que había sido negligente con mi deber, y no puedo seguir siendo negligente. —Hizo una pausa. —He decidido que es hora de que te cases.

Shannon se sobresaltó. La enfermedad debía de haber dañado el raciocinio de la abuela. Siempre había predicado que era mejor convertirse en una solterona que casarse y vivir una vida de miseria como la de la madre de Shannon. Una mujer con ingresos no necesitaba marido, decía con frecuencia, por lo que Shannon, segura de esta creencia, no había hecho ningún intento por conseguir uno, y ahora, con casi veintiún años, no creía que fuera a conseguirlo. Las mujeres más jóvenes que ella ya eran consideradas solteronas, después de tres temporadas en Londres.

Shannon se levantó, apenas capaz de contener su ira. —No pensé que usted, de entre todas las personas, se volverías contra mí. ¿Cómo puede ser tan...? —La fría furia la dejó tartamudeando —¿Despiadada?

Shannon se frotó las palmas de las manos, intentando controlar sus sentimientos. Le había prometido a Betty que no molestaría a su abuela, sin embargo, no podía permanecer callada.

—¿Cómo puede sentarse ahí tan tranquila y ordenarme que haga algo que va en contra de

todo lo que me ha enseñado durante toda mi vida? ¿Y cómo puede reírse de ello?

Suspiró. —No he abandonado mis creencias. Sigo creyendo en todo lo que siempre he creído. Pero en el lecho de muerte la vida se ve, de repente, muy diferente. Cuando estuve a punto de morir, empecé a preocuparme por tu futuro, y para que vivas respetablemente en sociedad, es esencial que te cases.

Su mano se levantó de golpe y agarró el brazo de Shannon con dedos sorprendentemente fuertes. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las lágrimas conmovieron a Shannon como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. La última vez que la había visto llorar fue en las semanas siguientes a la muerte de su hija Margaret, la madre de Shannon. Había crecido en este hogar, pero desde entonces nunca había sido testigo de sus lágrimas. Hasta ahora. —Y además, no me habría perdido por nada del mundo la alegría que experimenté criando a mis dos hijas, y luego a ti. Deberías tener la oportunidad de explorar también ese placer.

Shannon miró los dedos de su mano. Su fuerza era engañosa. Las venas destacaban bajo una piel frágil y los huesos sobresalían y eran esqueléticos.

—Cuidé de ti todos aquellos años tras la muerte de tu madre. —Dijo. —Y te enseñé lo que creía que era correcto, pero ahora reconozco que tu situación es demasiado complicada. Sin mi presencia para evitarlo, las viejas habladurías volverán a hacer de las suyas. Tu padre aún vive, pero te abandonó a ti y a tu madre, y su partida a otro continente estuvo envuelta en escándalos. No tienes su protección. La sociedad te ha tolerado por mi estatus, aunque me consideren una excéntrica, pero no estoy segura de que te toleren cuando me haya ido. Soy una anciana, Shannon, y no sé cuánto tiempo me queda. Debes casarte, y debes casarte pronto.

Con unas pocas palabras, el mundo de Shannon había dado un vuelco. Abrió la boca para protestar, pero la abuela levantó una mano para silenciarla.

—Sé que esto es un shock. Puede que incluso pienses que mi cerebro está tocado por la enfermedad. Pero créeme cuando te digo que nunca he tenido las ideas tan claras como ahora. Si

no puedes encontrar un marido para ti, entonces yo elegiré un marido para ti.

—Siempre ha hablado en contra de esas prácticas. —Consiguió decir Shannon, con voz distante. —Siempre has condenado los matrimonios concertados.

—Lo siento, hija, pero no se me ocurre otra opción. Sé que, si te dejas llevar, no harás nada. Sin embargo, no iré tan lejos como para privarte de voz en la elección.

—Supongo que debo agradecérselo —dijo Shannon, con una voz áspera por la amargura.

—Esta es mi propuesta: te doy tres meses, hasta exactamente una semana antes de que cumplas veintiún años. Hasta entonces puedes buscar tú misma un marido adecuado. Si no lo consigues, enviaré una nota a la Gaceta para informar a la sociedad de que estás prometida. —Hizo una pausa, esta vez para que surtiera efecto. —Con Nathan Crown, el conde de Maddox.

Shannon apartó el brazo. La abuela se había vuelto completamente loca.

El conde de Maddox era uno de los estafadores más famosos de Londres. Conocido como el Libertino Risueño, era famoso por su actitud despreocupada. Ella nunca lo había visto porque no frecuentaba los lugares que ella frecuentaba. Se decía que nunca había pisado un salón de baile desde que había regresado de la Guerra de la Independencia hacía tres años.

No podía imaginar a nadie menos adecuado como marido.

Pero Shannon sabía mejor que nadie que era inútil discutir con su abuela. Una vez que tenía una idea en la cabeza, la defendía con la misma firmeza que un perro mestizo defiende un hueso codiciado.

—¿Qué le hace pensar que estará de acuerdo con tal cosa?

—Conozco a Lady Amstrong. Como sabes, es una amiga muy cercana mía. No dudo que se saldrá con la suya. Normalmente lo hace, una vez que se propone algo.

No muy diferente de la abuela. Shannon había conocido a Lady Amstrong, por supuesto, y

no le costó creer que tenía razón.

—¿Planea informar a Lord Maddox de esta... situación?

—No veo razón para hacerlo, a menos que no consigas un marido adecuado.

—Pero va a hablar con su abuela.

—Por supuesto. Iré a buscarla mañana por la mañana. Y en el caso de que yo ya no esté viva en ese momento, le confiaré la tarea de hacer el anuncio ella misma.

La idea de que estaba tomando disposiciones más allá de la tumba aumentó la agitación de Shannon.

—No temas. —Le dijo, tranquilizándola. Como si algo de lo que dijera pudiera tranquilizar a Shannon. —Nadie más que Lady Amstrong se enterará hasta que sea necesario.

Shannon se levantó de la cama y se paseó por la habitación. Estaba atrapada como un oso en una jaula.

Se había creído libre.

—No puedo creer que usted, más que nadie, me someta a semejante pesadilla.

La abuela sonrió. Sonrió de verdad.

—Sé muy bien que si no te obligo, no harás nada. Por eso te he dado este tiempo. Escoge tu propio marido, o cásate con un libertino.

CAPITULO 1

Abril de 1818

Los caballos resoplaban impacientes, su aliento salía en globos de niebla blanca. Ella podía sentir la excitación de Nerón, la tensión de sus músculos.

El silencio se prolongó. Nerón arrastró las patas.

Por fin, la abuela levantó el brazo. —¡Adelante! —Gritó.

Nerón corrió hacia delante. Shannon se abandonó al estruendo de los cascos mientras el suelo comenzaba a pasar deprisa bajo ella. Sonrió al ver las caras de susto que pasaban zumbando a su lado. El aroma a tierra y hierba llenó sus sentidos. Por encima de ella, nubes blancas surcaban un cielo azul que entraba y salía de su campo de visión. Se perdió en el movimiento, dejando que todo pasara a su lado, que el verde se confundiera con el marrón y el azul con el blanco.

Le encantaban las carreras que hacían los jueves por la mañana temprano en Hyde Park, puntualmente a las siete y media cada semana, durante la temporada. De todas las excentricidades de su abuela, ésta era la que más apreciaba. Y estaba claro que no era la única dama que lo hacía. Los golpes en el suelo detrás de ella lo demostraban. Los pocos jinetes que había a esa hora tan poco transitada en Hyde Park, se apartaron de su camino y la observaron pasar al galope. La sociedad de moda no aprobaba la Carga de Caballería de las Damas, como la abuela la llamaba en broma, pero eso nunca la había detenido.

Shannon espoleó a Nerón. Aquello era lo más parecido a volar que cualquier mortal podía alcanzar. Ciertamente, con el zumbido del aire que le pasaba por las orejas y la sensación de flotar sobre su montura lateral, podía imaginarse a sí misma como una golondrina en vuelo, o incluso como un gavilán abalanzándose sobre su presa.

Un grito agudo la hizo volver a la realidad.

Miró a su caballo. Los colores se transformaron en formas. Hyde Park volvía a ser hierba verde, Rotten Row, South Carriage Drive y líneas de robles.

Por el rabillo del ojo vio a una dama que luchaba por controlar a su montura. La montura se encabritó y, de repente, emprendió un galope feroz. La amazona tiró de las riendas y, por un momento, pareció que el caballo había aminorado la marcha, pero sólo protestaba por su torpe manejo. Sacudió la cabeza y echó a correr como perseguido por una colonia de abejas.

No había tiempo para pensar. Shannon se desvió del camino y persiguió al caballo renegado, instando a Nerón a seguir adelante. Encantado de demostrar las habilidades para las carreras para las que había sido criado, Nerón alargó el paso y aceptó el reto.

Hasta el momento, la muchacha seguía sobre el caballo, colgando precariamente. Shannon esperó que permaneciera sentada unos minutos más, hasta que pudiera alcanzarla.

Salieron de la avenida de árboles y se dirigieron a una zona más boscosa. Shannon redobló sus esfuerzos. No quería que una rama baja derribara a la muchacha. No muy lejos detrás de ella, el golpeteo de los cascos demostró que no era la única jinete que había presenciado el suceso. No miró hacia atrás. Su mirada permaneció fija en la desafortunada muchacha, como si sus propios ojos pudieran mantenerla fija a su montura.

Entonces algo grande se abalanzó sobre Shannon, saliendo de detrás de un bosquecillo de árboles a su derecha. El impacto la sacudió. Se deslizó sobre la silla, a punto de perder el asiento. Un brazo de hierro le rodeó la garganta. Una mano agarró las riendas de su caballo y tiró de ellas.

Aturdida, su mente se dio cuenta de que alguien la estaba secuestrando. Recordó las horribles historias que había oído sobre debutantes insensatas que cabalgaban por el parque sin acompañante ni mozo de cuadra. Historias de secuestros y rescates. Sólo que esta vez, ella era la protagonista.

Miró desesperada a su alrededor, pero no había nadie más a la vista. Los árboles la ocultaban del camino principal y, aparte de la jinete en peligro que la precedía, no había nadie que pudiera ayudarla. Tal vez hubiera alguien cerca, fuera de su vista, pero no de su alcance. Abrió la boca para gritar.

El brazo de hierro le tapó la boca. —No seas tonta. —Dijo una voz de hombre cerca de su oído. La voz no sonaba tosca. Su acento era refinado, claramente el de un caballero. Pero los caballeros también podían ser villanos. —Si gritas, —continuó, —todos los que estén a nuestro alcance se nos echarán encima.

¿Por qué creía exactamente que iba a gritar? ¿Para asustar a las urracas?

Ella hundió los dientes en la carne de su palma y mordió con fuerza. Podía sentir cómo sus dientes cortaban la piel.

Él chilló. —¡Maldita sea, mujer! ¿Por qué has hecho eso? —Pero para su sorpresa, él no retiró la mano. La mantuvo firmemente en su sitio. Ella sintió un rencoroso respeto por su resistencia.

—Si me das tu palabra de no empezar a chillar, quitaré la mano. —Ella asintió como pudo. ¿Cómo esperaba que le diera su palabra cuando la palma de su mano ahogaba hasta el más mínimo chillido?

Apartó la mano y la examinó. Notó con satisfacción las marcas rojas que le había hecho. Un impulso de gritar tan fuerte como pudiera surgió en ella, pero lo contuvo. No actuaría de forma deshonrosa, aunque estaba claro que él no tenía ni un hueso de honor en el cuerpo. Era

posible, por supuesto, que fuera un bedlamita[1], y esa idea le dio más confianza. Estaba acostumbrada a tratar con gente poco razonable. Su abuela era una de ellas, al igual que su tía Dridre.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, señor? —Siseó. —Suélteme inmediatamente. —Sus palabras no tuvieron ningún efecto. Intentó soltarle las riendas, pero él se mantuvo firme. Pronto se rindió. Su intento sólo la hizo parecer infantil. —Cometes un terrible error —Dijo, intentando razonar con él una vez más. —Me ha debido de confundir con otra persona.

Él no respondió. Parecía tener dificultades, intentando controlar a su propio caballo, a Nerón y a ella a la vez. Una pequeña parte traidora de ella admiraba su habilidad, pero la parte inteligente reconocía que, si ella seguía dando vueltas, tarde o temprano él se vería obligado a soltar algo. Así que forcejeó con su brazo, esperando a que se cansara y perdiera el agarre.

Un enérgico giro le permitió ver la cara de su agresor. Era exactamente el tipo de villano del que advertían a las jóvenes. Mandíbula pronunciada, cejas atronadoras, penetrantes ojos negros y una nariz como una de las estatuas griegas de Lord Powell. Y lo que era peor, rechinaba los dientes; un mal indicio, sin duda.

En ese momento Nerón se encabritó. *"Mi noble caballo"*. Aprovechó la oportunidad, con la esperanza de despistar a su agresor. —*¡Bien hecho, Nerón!* —Pensó ella.

Pero en lugar de soltar las riendas, el hombre las apretó, obligando a Nerón a bajar. Nerón sucumbió con un relincho furioso. Las riendas le apretaban el costado y le hacían daño.

—Suélteme. —Pidió de nuevo, haciendo acopio de toda la arrogancia que pudo. —Y suelta a mi caballo, le estás haciendo daño en la boca.

—Si dejara de forcejear, podría soltarle. —Dijo el villano. —Sólo intento protegerte para que no te hagas heridas.

Definitivamente un bedlamita.

—Yo... no... necesito... protección. —Dijo ella, muy despacio, articulando cada palabra con claridad. Mientras tanto, inclinó el cuello sobre el sólido brazo que la rodeaba e intentó descubrir qué le había ocurrido a la chica del caballo desbocado, pero el brazo le impedía ver.

Se quedó sin fuerzas y eso le dio una idea, valía la pena intentarlo, tal vez él aflojaría si ella accedía.

No se había dado cuenta de que quedarse desfallecida implicaba inclinarse hacia él. Su posición en la silla de montar significaba que ahora toda su espalda se amoldaba a su pecho. Su aliento le hacía cosquillas en la oreja. El aroma almizclado de su espuma de afeitar le llenó las fosas nasales.

La soltó bruscamente y se puso de lado. —Parece que su caballo se ha calmado.

—Claro que se ha calmado. —Le espetó ella. —Estoy segura de que está mucho más cómodo ahora que no le tironea del bocado.

Ahora que no le respiraba en la cara, podía verlo con más claridad. Levantó una de sus gruesas cejas y sus ojos brillaron de diversión. —Tanta ingratitud en una jovencita, considerando que la salvé de una herida segura.

—¿Una herida segura?

Sonrió, con los dientes brillantes como un tigre a punto de abalanzarse sobre su presa.

De repente, todas las piezas encajaron. —Pero no era mi caballo el que se había desbocado. —Dijo ella, apenada ahora que sabía por qué había forcejeado con ella.

Su sonrisa se desvaneció, sustituida por el ceño fruncido. —Oí un grito y alguien gritó que un caballo se había desbocado. Vi cómo tu caballo se salía del camino y se alejaba como alma que lleva el diablo.

Intentó ser paciente, pero ya habían perdido un tiempo precioso. —Cuando decidió detenernos a mí y a mi caballo, yo perseguía a un caballo desbocado, y mientras me mantenía

prisionera, la dama que montaba el otro caballo...ha sido arrojada al suelo.

Se dio la vuelta, siguiendo la dirección de su mirada. Pudo distinguir una forma arrugada en el suelo, bajo un gran roble, junto a una pequeña zanja.

—¡Maldita sea! —Dijo, abandonándola tan repentinamente como la había atrapado y corriendo en dirección a la mujer caída.

Shannon corrió tras él y desmontó casi antes de que Nerón se detuviera.

Su secuestrador se arrodilló junto a la figura de azul. Estaba completamente inmóvil. Shannon se arrodilló en la hierba junto a ella, con el rocío empapando su hábito de montar. La humedad la hizo estremecerse, se filtró en su pecho y se asentó alrededor de su corazón. "*¿Y si está malherida, y si la caída la ha matado?"*

Palpó el pulso de la chica. La tensión crispó los nervios de Shannon y se mordió el labio inferior.

—Su pulso es fuerte. —Dijo finalmente y casi lloró de alivio.

Llegó otro jinete y, a juzgar por su librea, era un sirviente de la chica. Bajó de un salto y corrió hacia ella, con la cara desencajada por la alarma. —No está malherida, ¿verdad?

—He tenido alguna experiencia con heridas en el campo de batalla. —Dijo el secuestrador de Shannon. —Por lo que sé, su señora no parece estar gravemente herida.

—Alabado sea el señor. —Dijo el sirviente, dejándose caer en el suelo junto a ella.

Su secuestrador dio la vuelta a la joven con suavidad y le examinó rápidamente los brazos y las piernas. —No creo que se haya roto nada, pero eso lo tendrá que comprobar un médico.

—Se habrá golpeado la cabeza. —Comentó Shannon.

Antes de que nadie pudiera responder, la chica se revolvió, gimió y abrió dos redondos ojos azules. A Shannon le recordó a un querubín que le gustaba mirar en la iglesia cuando se

cansaba del sermón. El querubín parpadeó confundido al ver a los dos extraños que se inclinaban sobre ella, y luego suspiró con evidente alivio cuando vio a su sirviente. Se incorporó tímidamente, tocándose la cabeza. —¿Qué ha pasado, Jim?

—Se ha caído, señorita Fisher. —Habló el sirviente. —Bandido se ha escapado, y este caballero y esta dama se han estado asegurando de que...de que se encontraba bien.

—Sí, ahora lo recuerdo. —Se echó hacia atrás los tirabuzones perfectos y parecía enfadada, nada que ver con el querubín, que sólo sonreía. —Fueron esas viejas horribles. Vinieron galopando por el camino directamente hacia mí.

Con lesiones o sin ellas, Shannon se dispuso a darle un buen rapapolvo.

—Señorita Fisher, tal vez debería presentarme. —Dijo Shannon, antes de que la situación se volviera embarazosa. —Soy Shannon Patterson, y las ancianas a las que se refiere son mi abuela, lady Harewell, mi tía, lady Dudley, y varias de sus amigas.

El caballero echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Lo son, ¡qué casualidad! Esto sí que es casualidad. —Shannon notó que no hizo ningún intento de presentarse.

Shannon se encontró mirando a un par de ojos oscuros como la obsidiana, rebosantes de alegría. Aquellos ojos la atraían, la atrapaban, la dejaron sin aliento.

Apartó su mirada de la de él, cortando la conexión. Sólo entonces pudo respirar con normalidad.

—Bueno. —Dijo, muy inadecuadamente, incorporándose y arreglándose la ropa. Una rápida mirada al rostro del querubín la satisfizo, había pasado del alabastro a un tono más mortal. —¿Se ha recuperado de la caída, señorita Fisher? ¿Cree que puede levantarse? ¿Debo llamar a un médico?

—No, no. —Dijo la señorita Fisher, mostrando una hilera de dientes perlados al sonreír. —

Creo que estoy lo suficientemente bien como para volver a montar.

—No tiene por qué preocuparse, señorita Patterson. —Dijo su “secuestrador”. —Acompañaré a la Srta. Fisher a casa.

En ese momento la caballería los alcanzó.

Lady Harewell desmontó inmediatamente, sacando un frasco que agitó bajo la nariz de Miss Fisher. Rozó las mejillas de la muchacha y le hizo un gesto de desaprobación. —Pobre niña. —Entonó. —Qué susto te has llevado.

La tía Dridre permaneció a caballo. —No debemos agobiar a la pobre. —Dijo. —Necesita un poco de aire.

—¿Qué ha pasado? —Dijo Lady Harewell.

—El caballo de la señorita Fisher se desbocó ante la carga de caballería.

—¡Tonterías! —Replicó su abuela. —Los caballos no se desbocan sólo porque ven a otros caballos pasar corriendo.

—La señorita Fisher dijo que cargamos directamente contra ella. —Replicó Shannon, divertida.

—Lady Harewell estaba muy orgullosa de la Carga de Caballería. Nadie que sepa montar permitiría que su caballo se desbocara de esa manera. —Dijo severamente.

—Abuela. —Dijo Shannon con suavidad. —Tal vez esté aprendiendo a montar. —Resopló.

—Vamos, pobre niña —Dijo la tía Dridre, dirigiendo una mirada de reproche a Lady Harewell. —¿No ves que se ha llevado un susto? —Desmontó y se acercó al querubín, le cogió las manos y se las frotó vigorosamente entre las suyas. —Y pensar que todo ha sido culpa nuestra.

El caballero de ojos oscuros intervino. —La señorita Fisher no parece haber sufrido ninguna lesión. Tal vez, señoras, lo mejor sería que volviera a casa y descansara.

Lady Harewell sacó su monóculo y lo miró. —Es el nieto de Lady Amstrong, ¿verdad? —Preguntó.

—Sí, Lady Harewell.

—El hijo de Bianca. Te recuerdo cuando estabas en las primeras filas. Eras un niño adorable, y por lo que he oído, has crecido hasta convertirte en un libertino. —Comentó ella.

Él se rio. —No debe creerse todo lo que oye. —Replicó, con los ojos brillantes de humor.

—Tal vez no. —Dijo ella, sin dejar de examinarlo con su lupa. Se volvió hacia Shannon.

—Quizá debería presentársela. Esta es la señorita Patterson, mi nieta. —Él asintió formalmente. —Y éste. —Dijo Marlene volviéndose hacia Shannon. —Es Nathan Crown, conde de Maddox.

Shannon olvidó sonreír. No es que no quisiera sonreír. La cortesía le había sido inculcada desde que le salieron los dientes de leche. Pero saber que el desconocido era lord Maddox le quitó todo humor.

—Tengan la seguridad, señoras, de que la señorita Fisher está en buenas manos. —Dijo, lanzándoles una sonrisa que destilaba encanto.

—La visitaremos más tarde, para asegurarnos de que todo va bien. —Comentó Lady Harewell, dirigiéndose a la señorita Fisher. —Si es tan amable de decirnos su dirección.

Mientras tanto, Lord Maddox unió sus manos para ayudar a Shannon a montar. Le sonrió, con una de esas sonrisas seductoras que ella estaba segura de que utilizaba con buenos resultados con muchas mujeres. —Confío en estar perdonado, señorita Patterson. —Su tono no dejaba lugar a dudas de que se creía perdonado.

—Por supuesto. —Aseguró ella, inexpresivamente. Su capacidad de pensar estaba volviendo, gradualmente. Se acomodó el hábito de montar y volvió a centrar su atención en él.

Él ya se había alejado para inclinarse sobre la señorita Fisher. Las manos, con las que Shannon había forcejeado, envolvieron las de la muchacha, que luchaba débilmente por levantarse. Ahora no parecía en absoluto un querubín. Parecía más bien un potrillo recién nacido que se estaba poniendo de pie.

Tal vez fuera una mezquindad por su parte, ya que la pobre muchacha había sufrido un terrible shock y realmente necesitaba su ayuda, pero Shannon deseaba que la señorita Fisher fuera menos hermosa.

Por desgracia, no iba a ser la última vez que oiría hablar de la señorita Fisher, las damas no hablaban de otra cosa.

—Espero que esa pobre chica no sufra ninguna secuela de la caída. —Comentó su abuela.

—Es una chica tan joven… suerte que no se ha roto ningún hueso. —Afirmó la tía Dridre.

Pero detrás de la charla sobre el accidente, había algo más. Lady Harewell estaba impaciente porque sus amigas se marcharan, y cuando todas llegaron a la puerta del parque, no se entretuvo como solía hacer. Una vez fuera del parque avanzaban lentamente, la ciudad se había despertado y los vendedores ambulantes, los buhoneros y los carros cargados obstaculizaban sus movimientos.

—Así que has conocido a lord Maddox. —Dijo Marlene.

Y antes de que pudiera continuar, se adelantó.

—Espero que no pienses decir nada a su favor, Marlene. Encontré su comportamiento bastante abominable.

Ciertamente había hecho honor a su reputación de granuja. Atacando a una dama, y luego acompañando a la otra a su casa. Ella estaba siendo injusta, por supuesto. En ambos casos él no

había hecho nada poco caballeroso. Si su toque había provocado sensaciones poco femeninas en ella, no era culpa suya. "*El ataque me ha sacudido, eso es todo. No soy víctima de un secuestro todos los días*". Lo que la sorprendió más que nada fue que, tras la sacudida inicial de miedo, había mantenido la calma en todo momento, y a pesar de sus intentos por liberarse, no se había asustado de verdad. Quizá algún instinto le dijo que no quería hacerle daño, sin embargo, se preocupó por sus reacciones. Siempre había despreciado el papel de heroína desmayada, aunque hoy casi lo borda.

—Si vuelvo a encontrármelo. —Dijo con decisión. —Fingiré que no lo conozco.

—Ni se te ocurra. —Dijo su abuela con firmeza. —Ahora que te lo han presentado, tienes que reconocerlo. Lo contrario implicaría que ha ocurrido algo inapropiado entre vosotros.

Shannon soltó un suspiro, irritada. —No me refería a fingir que no le conozco de forma abierta, y bien lo sabes. Pero si crees que después de hoy le veré con mejores ojos como posible marido, estás muy equivocada.

Esperaba que Marlene la reprendiera, que le dijera que no fuera infantil o algo así.

En lugar de eso, Marlene asintió. —No espero nada en absoluto, aunque debo decir que parece un joven tolerable y bastante atractivo. Pero si de verdad piensas elegir a tu propio marido, será mejor que te muevas un poco más rápido. El tiempo tiene alas y no espera a nadie.

CAPITULO 2

No había forma de confundir aquellas elaboradas florituras. La pequeña carta blanca yacía sobre la bandeja de plata, aparentemente inofensiva. Pero una carta con esa letra nunca era un buen presagio. La cogió y rasgó la parte superior con su abrecartas de plata. El contenido le era perfectamente familiar.

Querido Nathan

Debo verte urgentemente. Por favor, no tardes.

Tu querida madre

Tiró la carta a la chimenea. Aunque no era una gran escritora, su madre siempre era clara. Suspiró y tocó el timbre.

Spencer apareció de inmediato.

—¿Tengo algún asunto que requiera mi atención inmediata, Spencer?

La expresión de Spencer no cambió, pero miró hacia la bandeja de plata, que estaba sin la carta, y luego hacia el techo. Al parecer, el techo no le inspiró, ya que respondió: —Me temo que no, milord. —Su voz contenía una nota de disculpa.

No había forma de evitarlo.

—En ese caso, Spencer, será mejor que siga mi camino. —¿Se había movido realmente la boca del viejo criado? Con Spencer no se podía saber. —Si alguien pregunta por mí, estaré visitando a mi madre. Y dile a la cocinera que no volveré para la cena.

Sí, milord.

—Y Spencer. —El rostro impasible del mayordomo no cambió, —¿has oído algún rumor que yo deba conocer?

—No, milord.

—Gracias, eso es todo.

Spencer hizo una reverencia.

Nathan salió de su casa en *St. James Square*. Era un hermoso día de primavera. Podía fácilmente caer en la tentación de perder el tiempo, pero a su madre no le haría ninguna gracia.

—Buenas tardes, señora Polsom. —La cara grande y redonda del ama de llaves le era tan familiar como la de su madre. —¿Mi madre ya se ha puesto nerviosa?

El ama de llaves, claramente dividida entre la lealtad a su ama y su debilidad por él, respondió con una pequeña sonrisa. —Lo ha estado esperando esta ultima hora, lord Maddox.

En otras palabras, desde el momento en que terminó de escribir la carta. Le tendió el sombrero y el abrigo al lacayo y esperó a que lo anunciaran.

—Milord ha venido a verla, milady.

La señora Polsom le permitió pasar y cerró la puerta lentamente, cuidando los nervios de su señora, no sin antes dirigirle una rápida mirada que él sólo pudo interpretar como simpatía. Maldita sea si necesitaba simpatía para enfrentarse a su propia madre. Lady Maddox estaba tumbada en el sofá, rodeada de una variedad de brebajes de hierbas para los nervios, cada uno más perverso que el otro. No había probado ninguno de ellos. Cuando la puerta se cerró, se

incorporó con dificultad y se sentó, retorciéndose las manos.

—Acércate, mi pobre, pobre muchacho. —Dijo. —¿En qué te has metido esta vez?

Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que, independientemente de su edad, su madre seguía viéndolo como un niño de cinco años con las rodillas raspadas. Le cogió de la cabeza y tiro suavemente hacia abajo para plantarle un beso en la frente, luego le pellizcó las mejillas y le miró a los ojos.

—A ver cómo sales de ésta. —Le dijo, soltándole y volviendo a sentarse en el sofá. —Siéntate, siéntate.

"Maldita sea, no soy un perro".

Se sentó y se preparó para el sermón que sabía que le esperaba. Buscó en su pasado reciente, al menos en los dos últimos meses. Su última amante, la deliciosa (aunque muy golosa) Briget, había recibido su congé hacía tres semanas. Hubo cierto solapamiento entre ella y la seductora Lady Taylor, que insistía en compartir su cama cuando Lord Taylor estaba fuera, en su finca, lo que, afortunadamente para él, ocurría con bastante frecuencia. También había disfrutado de una noche desenfrenada con la señora Beely, una viuda de cabellos dorados. No había nada excepcional en ninguno de esos encuentros, a menos que lord Taylor hubiera descubierto las infidelidades de su esposa, y fuera lo bastante tonto como para llamarle la atención.

Sin duda lo averiguaría, una vez terminada la conferencia.

—Que embarazoso es tener que decirle a lady Briscol, cada vez que pregunta, que todavía no has sentado la cabeza. Podría entenderlo si aún estuvieras verde y quisieras causar impresión, pero tienes treinta años. Treinta es más allá de la edad en que un conde empieza a mirar por sus responsabilidades y a pensar en la línea familiar. El otro día Lady White decía que era una lástima.

Se levantó y se sirvió una copa de clarete de la jarra que tenía en la bandeja. Aquello era lo

único bueno de aquellos encuentros. Su madre siempre le proporcionaba lo mejor de sus bodegas. Quizá lo hacía como soborno para que le escuchara o como recompensa por soportar las charlas.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad?

Siempre la misma pregunta. —Sí, por supuesto, mamá, estaré encantado.

Hizo sonar la campana. Entró el mayordomo, un hombre desgarbado, sin barbilla y de ojos azul pálido.

—Prepara un cubierto más para Lord Maddox, ¿quieres?

—Sí, milady. —El mayordomo se inclinó tanto que Nathan se preguntó si tendría lumbago.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué demonios le ha pasado al viejo Jeffrey? —Preguntó Nathan.

Su madre suspiró. —Se llama Smith y vino muy bien recomendado. Hemos jubilado al viejo Jeffrey. El pobre hombre empezaba a confundir los nombres de todo el mundo. Se ha ido a vivir con su hermana en Staffordshire, creo.

Las cosas no serían lo mismo sin él. —Esto me lleva a por qué te llamé aquí.

Al fin llegó el momento que había estado temiendo. A pesar de su inclinación por el dramatismo, su madre solía tener buenas razones para convocarlo.

—Es esa chica Fisher.

Por un momento no supo de qué se trataba. Entonces le vino a la mente la imagen de una chica tumbada en el suelo muy quieta. Se atragantó con su bebida. —No le ha pasado nada, ¿verdad?

Su madre parecía desconcertada. —No sé si entiendo lo que quieres decir. Si se trata de uno de tus términos que significan que está aumentando tu indecencia, sólo puedo decir que

estoy más que sorprendida.

¿Aumentando? Se bebió el clarete de un trago. No era lento de ingenio, pero en aquel momento se le escapó de qué se trataba.

—En todos los años que te crie y te vi crecer, nunca pensé ni por un segundo que caerías tan bajo. —Estaba realmente disgustada. No era un sermón moral. —He tolerado algunos de tus excesos por el espíritu con que fueron hechos: un joven sembrando avena silvestre. Sobre todo, porque gran parte de tu juventud la pasaste en el ejército, luchando contra Napoleón. De lo cual nunca has querido hablar conmigo, pero estoy segura de que debió de ser una prueba terrible. —Centró su atención en el brocado del sofá, siguiendo uno de los patrones con el dedo. —Pero esta vez te has pasado de la raya.

Dejó el vaso con cuidado sobre la mesa y se acercó a ella. Se arrodilló en el suelo y le cogió las manos.

—No entiendo nada, madre. ¿Podría explicarme qué está pasando?

Respiró hondo.

—¿Es posible que aún no te hayas enterado? Me cuesta creerlo, siempre eres el primero en enterarte cuando eres objeto de cotilleo.

Su cabeza seguía dando vueltas. ¿Qué posible chisme podría haber que involucrara a la señorita Fisher?

—No veo qué otra cosa se puede hacer. Tendrás que casarte con ella.

—Por el amor de Dios, madre. —Explotó. —¡Deje de jugar! —Pero ella no estaba jugando, no le gustaban los juegos, excepto los de cartas. —Dígame qué pasa.

—Pero si te lo estoy contando. —Indicó ella, desconcertada.

—Muy bien. —Dijo él. —Entonces, ¿por qué tengo que casarme con ella?

—Porque la comprometiste, por supuesto. Lady Nattleham, amiga de su madre, estaba paseando por Hyde Park y la vio tendida en el suelo, contigo inclinado sobre ella, y tus manos... —Se interrumpió, avergonzada.

—¿Mis manos? —Prosiguió él, temerariamente.

Ella enrojeció. A veces se preguntaba si su madre se había acostado con su padre. Parecía difícil de creer, aunque su propia existencia lo demostraba.

—Tus manos. —Continuó ella, con voz débil. —En sus miembros.

—¡Qué tontería! —Él se levantó y se atusó el pelo con las manos. —En efecto, sentí, como usted prefiere llamarlos, sus miembros, pero para el resto de la gente, eran sus piernas, madre. —Ella levantó la vista, asombrada. —Pero estaba en presencia de su sirviente y de otra joven perfectamente respetable. Y le palpé las piernas para asegurarme de que no estaban rotas, pues se había caído del caballo, madre.

—Fue muy tonto por tu parte palpar sus miembros, incluso si se había caído de un caballo. —Pero en ese momento fue consciente de las palabras de él, se levantó y lo atrajo hacia ella, para besarlo en la frente. Sonreía.

—Lo sabía, mi niño tonto. Sabía que no podías ser tan indiferente al decoro como para...

—Sentir las extremidades de una joven, en Hyde Park. —Ella lo ignoró completamente.

—Debemos contrarrestar este rumor y arreglar las cosas inmediatamente. —Hizo una pausa y lo miró fijamente. —¿A menos que estuvieras en compañía de alguna mujer de dudosa reputación en ese momento?

—No, madre. No saldría a cabalgar a las ocho de la mañana con una mujer *“dudosa”*, como usted les llama.

—No estoy de acuerdo. Cualquier mujer que cabalgara sola contigo en Hyde Park a las ocho de la mañana difícilmente puede ser llamada respetable.

—Le aseguro que la señorita Patterson es muy correcta. Es nada menos que la nieta de Lady Harewell, madre. Creo que podemos llamarla respetable.

Sin embargo, había una duda persistente en su mente. Ella no había reaccionado como lo habría hecho cualquier señorita de sociedad cuando él se había abalanzado sobre ella tan inesperadamente. De hecho, ahora que lo pensaba, se había mostrado sorprendentemente imperturbable, teniendo en cuenta lo cerca que la había tenido. Tan cerca, de hecho, que su aroma, mezclado con un sutil toque de agua de rosas, había permanecido con él.

—Sí, por supuesto, conocemos bien a Lady Harewell. Es una buena amiga de tu abuela. Y conocí a la madre de la señorita Patterson, Margaret, aunque era más joven que yo. Una familia de sabelotodos, y bastante extraña, pero nada excepcional. Llamaré a la señorita Patterson, en ese caso, y diseñaremos una estrategia para limpiar tu nombre. En cuanto a la señorita Fisher, no he oído nada de ella, pero no puedo evitar pensar que debe ser una intrigante *"don nadie"*.

—Ahí se equivoca, madre. Es una joven encantadora e inocente. Una joven muy bonita, de hecho.

Pero la dirección de sus pensamientos cambió hacia la señorita Patterson, luchando en sus brazos, a ese momento de conciencia, mientras ella se empujaba contra él. Su cuerpo había reaccionado, maldita sea, y lo había sacudido para que se fijara en ella como mujer. Lo cual era ciertamente extraño, porque las inocentes como ella normalmente le dejaban indiferente. Le gustaban las mujeres mayores, más terrenales. También le llamó la atención, ahora que lo pensaba, que ella tuviera una notable presencia, dado el hecho de que él la había tocado y ella había respondido. Le echó una mirada subrepticia a la palma de la mano. Las marcas de los dientes destacaban en un claro círculo rojo.

—Si tiene pensado visitar a la señorita Patterson, estaré encantado de acompañarle. —apuntó.

Su madre lo miró interrogante.

—Si va a ayudarme a desenredar este embrollo, tendré que hablar con ella. —Dijo él, sorprendido de encontrar en su voz un tono defensivo. Pero, ¿qué narices? ¡no necesitaba dar explicaciones! —¿Hay algo de malo en ello? —Preguntó, expresándolo como un desafío.

Ella sonrió, una de esas sonrisas cómplices que parecen tener las madres. —Nada en absoluto. —Aseguró. Estaré encantada de contar con tu compañía.



Shannon movió las piernas y dejó de leer Persuasión. Lady Harewell, por supuesto, estaba leyendo una obra filosófica de Voltaire, a quien adoraba, sobre todo después de haber tenido una fuerte discusión con él en un salón de París.

—Siempre me sorprende cómo la sociedad se deja embaucar por canallas como el señor Elliot. —Dijo Shannon. Uno pensaría que alguien lo habría desenmascarado mucho antes.

Su abuela frunció las cejas. —Estoy segura de que no sé de qué estás hablando. —Dijo. —Pero los sinvergüenzas suelen ser tolerados por la sociedad si proceden de una familia prominente.

Shannon suspiró. —Y, sin embargo, la más pequeña transgresión por nuestra parte se exagera más allá de lo imaginable.

Lady Harewell se encogió de hombros. —No siempre ha sido así. En mis tiempos, se esperaba que las jóvenes tuvieran una pequeña aventura antes de sentar la cabeza y casarse, y no teníamos nada de esta ridícula muselina blanca.

Shannon sonrió. —Mucho mejor estas ligeras muselinas que los pesados brocados y los aros que llevabais. No sé cómo podías moverte con todo ese peso.

—No le dábamos mucha importancia en su momento, créeme. Supongo que cada generación se considera más afortunada que la anterior.

—Sin embargo, hay algo que no cambia. —Comentó Shannon. —En cada generación, los sinvergüenzas se aprovechan de los inocentes.

La abuela la miró fijamente. —No debes pensar siempre en tu madre. —Dijo con dulzura. —Es cierto que sufrió mucho cuando tu padre la abandonó, pero no todos los caballeros son como él. Algunos son bastante... excitantes.

Las mejillas de Shannon ardían, como solían arder, cuando la abuela empezaba a hablar de sus aventuras amorosas. No había forma de convencerla de que aquel tema se consideraba inapropiado para los oídos de una doncella.

El ruido de la aldaba llegó hasta ella.

—Qué raro que alguien venga a llamar. —Dijo Lady Harewell, enderezándose. —Espero que no haya que retrasar la cena, la cocinera se pondrá furiosa.

Parker apareció en la puerta, un hombre de aspecto enjuto que había sido mayordomo desde que Lady Harewell se casó a los veinte años. —Lady Maddox y lord Maddox desean hablar con usted. ¿Los hago pasar o prefiere recibirlos en el salón?

Shannon lanzó una mirada cortante, pero su abuela se encogió de hombros y meneó la cabeza en señal de negación. Parecía demasiada coincidencia que el propio lord Maddox las buscara. No después del ultimátum de la abuela.

—Hágales pasar hasta aquí. —Le dijo a Parker. —Si llaman a estas horas, no pueden esperar ser recibidos formalmente. —El mayordomo se inclinó. —Y traiga té y refrescos.

Shannon se acercó al espejo, se recogió el pelo con horquillas y se alisó el vestido de día de algodón rojo. Aquel día no iban a recibir a nadie, así que no había pensado en su ropa, y ya no se iba a acicalar para encontrarse con él, un experto libertino que la había agarrado en el parque y

luego se había marchado con la disculpa más despreocupada. Para colmo, la imagen de la "querubín" pasó ante ella, tan pulcra y ordenada, incluso después de su caída.

Tal vez viniera a disculparse, pero ella lo dudaba. Era mucho más probable que estuviera siendo presionado por su abuela.

Shannon no sabía qué la irritaba más, si el hecho de que viniera a estas horas sin avisar, o las intrigas.

En cuanto la puerta se cerró tras Parker, Shannon se volvió hacia ella. —Espero que no hayas hablado ya con Lady Amstrong. Si lo has hecho, estás traicionando los términos de nuestro acuerdo.

No hubo tiempo de responder. La puerta se abrió y Parker anunció a los Maddox.

Lady Maddox no se parecía a su hijo. No había nada en ella que sugiriera la penetrante negrura de los ojos de él. Ni su figura delgada y esbelta sugería el cuerpo ágil y atlético de él. Pero ambos se movían con una gracia fluida que hacía que observarlos fuera un placer. Aunque fuera de mala educación quedarse mirando.

Le cogió la mano, la miró directamente a los ojos y murmuró su alegría por verla por segunda vez aquel día. Tenía la mirada satisfecha de un gato que ha robado un pez de una pecera, como si fuera culpa de ella y hubiera urdido de algún modo la situación. El impulso de aclarar que ella no había le invitado a ninguno de los dos encuentros fue muy fuerte, pero se contuvo.

Lady Maddox no tardó en entablar conversación con Lady Harewell, y como se trataba de amigos de la madre de Shannon a los que no conocía, ella no podía participar, lo que la forzó a entablar conversación con Lord Maddox.

No sabía nada de él, así que eligió el tema más inocuo que se le ocurrió. —¿Suele pasear por el parque temprano por la mañana, lord Maddox? —Preguntó, y para su asombro, la pregunta pareció confundirlo.

—Sí, eso es... aunque no a menudo.

Por el amor de Dios, no le estaba pidiendo que revelara secretos gubernamentales. Intentó algo diferente. —¿Llegó bien a casa la señorita Fisher?

Esta vez dejó el té con un ruido seco. —Creo que sí. —Dijo, mirando a su madre en busca de ayuda.

A un libertino tan famoso no se le podía trabar la lengua. Estaba claro que su visita era algo más que una visita social, pero por mucho que se devanara los sesos, no se le ocurría ninguna razón.

—Y he oído hablar de su encantadora nieta. —Dijo lady Maddox, que se giró en su silla y estudió durante un largo rato el rostro de Shannon, su ropa y su figura, hasta los zapatos de color pálido que llevaba y que no hacían juego con su vestido.

"¿Querrá verme también los dientes?" Shannon se sometió al escrutinio, dispuesta a no arrastrar los pies ni hacer girar los pulgares, sin apartar la vista del diseño de pan de oro que rodeaba la chimenea, aunque lo que realmente quería era estrujar a Marlene como si fuera un trapo mojado.

—Lo que me lleva al propósito de nuestra visita. —Dijo Lady Maddox, asintiendo satisfecha. ¿Se había ganado Shannon su aprobación? Dios no lo quiera. —Que es, de hecho, conseguir su ayuda, señorita Patterson.

Aquello la cogió por sorpresa. De hecho, Lady Maddox podría haberla derribado con una de las plumas de avestruz de su turbante del estado catatónico en que la dejó. Con la curiosidad desbordada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para responder con calma: —Estaré encantada de ayudarla, milady.

Lady Maddox sonrió. —Espere a saber lo que necesito. Es una cuestión delicada y quizá su participación entrañe algún riesgo.

A Shannon no le gustaban los riesgos. De hecho, no le gustaban nada. Especialmente si provenían de libertinos. Miró hacia Lord Maddox, que miraba fijamente su taza de té como un adivino, tratando de leer el futuro. En el crepúsculo, se dio cuenta de que tenía algo de gitano, con sus largos mechones negros cayéndole sobre la cara. En su infancia había conocido a una banda de gitanos que frecuentaba sus tierras todos los años. Podía imaginárselo riendo con las mujeres alrededor de la hoguera, con los dientes brillando a la luz de la luna.

Levantó la vista y sus miradas se encontraron. Él sonrió, una pequeña sonrisa tranquilizadora, y sin pensarlo, Shannon le devolvió la sonrisa. Entonces se dio cuenta de que Marlene la estaba mirando, así que volvió a centrar su atención en Lady Maddox.

Lady Maddox explicó la situación rápidamente, con algunas interrupciones de su hijo.

—Por lo que, como testigo de todo este asunto, es inestimable su colaboración para contrarrestar los rumores. Debemos hacer circular la historia correcta.

Shannon lanzó una mirada a Lady Harewell. Por un instante, pensó en negarse. Después de todo, si el conde se casaba con el querubín, entonces su abuela ya no podría utilizarlo como amenaza para obligarla a casarse.

Pero, para sorpresa de Shannon, Marlene se opuso. —Nos está pidiendo que hagamos circular una historia que bien podría comprometer a mi sobrina.

Lord Maddox negó con la cabeza. —Ese es el riesgo del que hablaba mi madre. Sin embargo, si hacemos hincapié en que su sobrina estuvo a su vista todo el tiempo, no habrá ningún problema. Al fin y al cabo, ustedes llegaron sólo unos minutos después de nosotros.

Shannon pensó en el momento en que forcejearon a caballo, ocultos por los robles. Bastaría un testigo de aquella escena para que circulara una historia completamente distinta, pero no podía haber nadie. Ella había buscado ayuda y no había visto a nadie.

Como un jugador que se juega su futuro, Shannon tomó una decisión. Al fin y al cabo, no

creía que lord Maddox y el querubín se llevaran bien.

—El rumor es completamente infundado. —Dijo. —Ni la señorita Fisher ni lord Maddox pueden sacrificarse a una interpretación tan absurda de la situación.

Marlene le lanzó una complicada mirada que contenía sorpresa y advertencia a la vez. —Espero que seas plenamente consciente de los riesgos que conlleva. —Dijo. —Piénsalo antes de decidirte.

Shannon negó con la cabeza.

—Soy la única que puede ayudar a lord Maddox, ya que fui la única testigo de los hechos. Sería inconcebible permitir que el rumor se extendiera sin intentar ponerle fin. —Por el rabillo del ojo vio que Lord Maddox hacía algún tipo de gesto. Lo ignoró, manteniendo su atención en Lady Maddox. —Pero necesitamos un plan de acción.

Se sorprendió de su calma exterior. Por dentro, se retorcía como un gusano en un anzuelo. Ayudaría a lord Maddox, porque era su deber hacerlo, pero que el cielo lo ayudara si intentaba seducirla con sus encantos, porque ella gastaría toda su energía para asegurarse de que se mantuviera alejado de su vida.

CAPÍTULO 3

—Te has perdido la cena. —Dijo el vizconde Conrad Cunningan.

—Lo sé. —Nathan arrugó la nariz. —Cené en casa de mi madre. Insistió en que me quedara.

Cunningan enarcó una gruesa ceja roja, pero no dijo nada.

—Por cierto, necesito tu compañía esta noche, Nicky. —Dijo Nathan, extendiendo los brazos sobre el respaldo del sofá, todo lo que le permitían sus almidonados cuellos. El sofá parecía casi moldeado a su forma: siempre se sentaba allí cuando el sitio estaba libre. Brooks's era su lugar de refugio, un lugar donde disfrutar de un intervalo tranquilo antes de pasar a la siguiente actividad.

Hoy, sin embargo, Brooks's no tuvo ese efecto. Nathan sintió una punzada en la nuca. El impulso de mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba era abrumador.

Esperaba parecer mucho más calmado de lo que se sentía. —Desde luego. —Dijo Nicky, mirándole. —¿Pasa algo?

No engañaba a Nicky, por supuesto, nunca podría. Ni siquiera cuando tenía trece años y estaban en Eton, donde se conocieron. Para Nicky, él era transparente como el agua.

Le explicó la situación a Nicky, mirando a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los caballeros que descansaban a su alrededor pudiera estar escuchando.

—Por lo que yo sé, el rumor no ha llegado a White's. —Comentó Nicky cuando hubo

terminado. —Estuve allí antes, pero estaré pendiente por si oigo algo, ya que tú no pones un pie en el lugar.

—Ya sabes por qué. —Dijo Nathan, sombrío. —Hay ciertas... personas que deseo evitar.

Nicky parecía dolido. —Sé muy bien por qué no vas a White's. —Su tono dejaba claro que no quería que se abriera ese tema en particular. —Tampoco he oído nada aquí. Así que nadie ha dicho nada en los clubes todavía. Quizá no haya nada qué temer.

—No lo creo, Nicky. —Dijo. —Si mi madre lo ha oído, puedes estar seguro de que hay algo ahí fuera. Mañana estará en los libros de apuestas. ¿Salvaré, o no, la reputación de la señorita Fisher?

—¿Es poco agraciada? —Preguntó su compañero.

Una imagen de tirabuzones rubios, ojos azules y piel tersa se levantó y desapareció. —No, es bastante presentable, de hecho. —Consideró, frotándose la punta de la nariz con el pulgar. —Es bastante guapa, pero demasiado joven para mi gusto.

Nicky dio un trago a su brandy y asintió. —Aun así, es mejor que una chica bizca.

—¡Maldita sea! No pienso casarme con ella. Ahí es donde entra el asunto Patterson. Y donde entras tú.

Nicky dejó su vaso. —¿No piensas casarte con la chica Patterson?

Nathan soltó una carcajada. —Si me haces esa pregunta, está claro que no la conoces. —De improviso, recordó sus penetrantes ojos color avellana, un rostro en forma de corazón y una boca definitivamente besable con una clara expresión de terquedad. —No se casaría conmigo aunque me arrodillara y se lo suplicara. Es una de esas señoras a las que no les gusta casarse, creo. Una especie de intelectual, y una seguidora de Wollstonecraft[2]. —Ella nunca había dicho nada parecido, desde luego nunca diría nada sobre los Derechos de la Mujer durante su breve interacción. Pero él sabía que su abuela había sido amiga de la famosa Mary Wollstonecraft, y

había formado parte del grupo que apoyaba sus ideas. —Por el amor de Dios, Nicky, todo esto no viene al caso. La cuestión es. —Se aclaró la garganta. —Que tienes que acompañarme esta noche al baile de la señora Darvinton.

Nicky soltó una carcajada y se llevó la mano al corazón. —Pero, ¿qué me cuentas? ¡Un baile con el famoso lord Maddox, el *"Libertino Risueño"* por excelencia y en una sala llena de debutantes! No me lo perdería por nada en el mundo.

Nathan vació su vaso de un trago. —No me lo restriegues. —Sonrió con pesar. —Me temo que voy a tener que abandonar mi pedestal por esta noche y bajar a la tierra. —Dijo con pesar. —Una condición temporal, espero, pero que denota sin duda mis terribles apuros.

—¿Y no puedes prescindir de mi apoyo?

—Tu apoyo es esencial. Aunque sólo sea para mantener a raya a las malévolas celestinas. En cuanto se den cuenta de que, después de todo, no voy a casarme con la chica Fisher, clavarán sus garras en mí y no tendré escapatoria. —Se levantó, notando la sonrisa burlona de Nicky. —Puede que te parezca gracioso, pero no es cosa de risa para la chica Fisher, ni para mí, si no podemos evitar los rumores.

Nicky se encogió de hombros. —Oh, no me perdería el evento por nada del mundo. Será divertidísimo verte intentando zafarte de esas lobas, y sobre todo ver la cara de la señora Darvinton cuando se dé cuenta de que has elegido su baile para hacer tu primera aparición en sociedad desde que volviste del continente.



Shannon terminó de saludar a la última persona de la fila de recepción que daba la bienvenida a los invitados, un anciano de nariz roja y huesos que crujieron cuando se inclinó para cogerle la

mano. Recorrió el ostentoso salón de baile. Estaba claro que la señora Darvinton no había reparado en gastos para preparar la fiesta. Había puesto en práctica las últimas tendencias de moda del "*Repositorio de Ackermann*[3]", no en un vestido, sino en el propio salón de baile. El color dominante era el azul Clarence[4], con varias hileras de volantes forrando las paredes. Se colocaron espigas de trigo en jarrones griegos por todo el salón y se colgaron festones de rosas del techo, las ventanas y las puertas. La idea era ciertamente original, pero la ejecución hizo que el salón de baile pareciera un vestido recargado de corte femenino.

Lo peor de todo era que la mitad de las invitadas lo imitarían. —Tienes que dejar de moverte, se te nota el nerviosismo a leguas de distancia. —Dijo Marlene.

—No estoy inquieta. —Pero sus manos la traicionaron. Sus manos se cerraban y abrían de forma autónoma. Podría ponerlas detrás de la espalda, pero daría un aspecto extraño.

—¿Quieres ayudar a Lord Maddox o no? —La voz de Lady Harewell era aguda. —No lo conseguirás si pareces tan ansiosa.

Shannon estiró la boca en una amplia sonrisa.

—Es una suerte que la gente no te conozca de verdad, o sabrían que es una sonrisa forzada. —Observó su abuela con severidad. —Quita esa expresión de tu cara de una vez. Tienes que parecer una joven debutante inocente, emocionada por la oportunidad de bailar. Tal vez también puedas disimular, cualquier cosa que no sea tu expresión feroz de "no te acerques" servirá.

Shannon sonrió, esta vez de verdad. —Soy una inocente debutante. No precisamente joven, con veintitrés años, pero aún no estoy en la estantería, y me encanta bailar. —No pudo resistirse a tomarle el pelo. —Pero nadie me ha invitado todavía. Mi lista de baile está completamente en blanco.

—Acabas de llegar. Estoy segura de que enseguida estarás rodeada de admiradores. Después de todo, tienes algo de dinero a tu nombre. —Replicó Lady Harewell, con sus feroces

ojos negros centelleando.

—Qué agradable es bailar con los cazafortunas. —Replicó Shannon, que seguía sonriendo, pero con más cinismo.

Un grupo de jóvenes con chalecos resplandecientes y cuellos de camisa muy almidonados que estaban delante de ella se alejaron, sin duda deseosos de retirarse a la sala de cartas. Lady Maddox apareció en su campo de visión, languideciendo en un sofá pálido, justo en el centro de la zona de las matronas. Una guirnalda de rosas invertidas colgaba sobre su cabeza. Lady Sefton y la princesa Lieven, patronas de Almack's, estaban sentadas cerca, observando a los invitados más jóvenes con ojos de halcón. Otros personajes destacados estaban sentados en las inmediaciones. Sin duda había conseguido reunir a su alrededor a algunos de los más notorios traficantes de escándalos de la sociedad.

—Ha llegado la hora. —Dijo Shannon, señalando a lady Maddox con la barbilla y respirando hondo.

Marlene le cogió la mano y se la apretó. —No te preocupes. —Susurró. —Todo irá bien. Es el futuro de Lord Maddox lo que está en juego, no el tuyo.

—Siempre y cuando yo misma no acabe comprometida. —Murmuró. Había accedido, siguiendo el impulso del momento. Pero sus instintos le pedían a gritos que se echara atrás. La situación podría torcerse fácilmente y ella misma podría convertirse rápidamente en objeto de habladurías malintencionadas.

Si su nombre se asociaba demasiado estrechamente con el "*Libertino Risueño*", podría verse obligada a contraer el mismo matrimonio del que le estaba ayudando a salir.

Apenas había comenzado a avanzar hacia Lady Maddox, cuando su camino fue interrumpido.

—Buenas noches, señorita Patterson.

Un rostro alargado, como una salchicha, apareció ante ella. Definitivamente, El señor Palmer no era un cazafortunas, ya que iba a heredar una fortuna considerable. Las casamenteras lo consideraban un buen partido para las jóvenes debutantes. Pero, por desgracia, su principal pasión en la vida consistía en criar perros de caza, un interés que Shannon no compartía.

—Señor Palmer. Es un placer verle.

—El placer es todo mío. —Dijo, inclinándose. —¿Podría apuntar mi nombre para un baile?

—Por supuesto.

Se acercó a ella, intercambiando cumplidos y describiéndole con todo detalle la adquisición de un perro perdiguero de pelo rizado. —Nunca había visto un perro con un olfato tan exquisito. —Proclamó, lanzándose a una entusiasta descripción.

Sin embargo, en cuanto se dio cuenta hacia dónde se dirigían Shannon y su abuela, murmuró una rápida excusa y desapareció. Ningún joven caballero quería caer en la trampa de un grupo de celestinas dispuestas a casar a sus pupilas. No podía culparlo. Nunca se acercaba a las matronas sin comprobar que no tuviera un mechón de pelo suelto, un dobladillo roto o un hilo fuera de lugar. Imaginó que sentiría lo mismo si se enfrentara a un panel de jueces por algún delito que hubiera cometido.

Esta vez, sin embargo, el brazo extendido de lady Maddox le transmitió su aprobación. Palmeó el sofá a su lado para que Lady Harewell se sentara y tiró de Shannon hacia delante con un cálido apretón.

—Le estaba contando a la señora Sefton lo del accidente de esta mañana en el parque. Espero que la pobre chica no resultara herida. La señorita Fisher, creo que se llama. Nueva en la ciudad, al parecer. Cuéntenos todo.

Las matronas se cerraron en torno a Shannon, pero sus expresiones eran amistosas.

Aquí vamos, pensó. Eligiendo cuidadosamente sus palabras, se lanzó a la narración

preparada, en la que la abuela ocupaba un lugar destacado.

Un cuarto de hora después, Marlene le hizo señas para que se fuera.

—Ve a buscar a alguno de tus jóvenes amigos, muchacha. No deberías gastar toda la noche perdiendo el tiempo con las matronas.

Aliviada de que la primera parte de su calvario hubiera terminado, puso tanta distancia entre las matronas y ella como era posible en un salón de baile abarrotado. Una vieja amiga de la escuela, la señorita Foster, la saludó con la mano, y ella se movió en su dirección.

No estaba destinada a alcanzarla.

El repentino cambio en el tono del murmullo a su alrededor la alertó de inmediato. Lord Maddox había llegado. Sin embargo, nada en su comportamiento demostraba que fuera consciente de ser el centro de atención. Él habría sido el centro de atención pasara lo que pasara, aunque se tratara de una velada cualquiera, ya que hacía tres años que no pisaba un salón de baile respetable. La pequeña sonrisa que flotaba en sus labios parecía genuina, y sus ojos oscuros se mostraban divertidos. Escrutó su aspecto, pero no encontró nada que reprocharle. Sus rizos negros estaban arreglados a la moda y su traje negro, impecablemente confeccionado. Era como un orador romano transpuesto de repente a un atuendo moderno. Una toga le quedaría bien. La idea le hizo sonreír.

Él la sorprendió examinándolo y sonriendo. Ella intentó fingir que sonreía por algo que alguien había dicho, pero como no encontró a nadie con quien hablar en los alrededores se vio obligada a abandonar el fingimiento. En dos zancadas estaba a su lado.

El zumbido le siguió, haciéndose más fuerte a medida que se acercaba. Las abejas estaban ocupadas. Pronto sabría si se contentaban con zumbar o si se volvían contra él y empezaban a picar.

—Encantado de verla de nuevo, señorita Patterson. —Dijo el conde, cogiendo su mano con

elegancia e inclinándose sobre ella. —Espero que no haya sufrido ningún percance tras nuestro rescate en Hyde Park. —Entonó la voz para que se oyera bien.

El murmullo disminuyó hasta convertirse en un suave zumbido. Estaba claro que la gente se esforzaba por oír su respuesta.

—Ninguno en absoluto. —Dijo ella, empezando, por alguna extraña razón, a divertirse, tal vez, por la influencia de su compañero. —Pero fue una gran suerte que estuviéramos a mano para ayudar a la desafortunada señorita Fisher cuando se cayó.

Sus ojos brillaron con maldad.

Zumbido, zumbido de la multitud alrededor de ellos. Algunas de las matronas, que no pertenecían al grupo de Lady Maddox, agitaron sus abanicos como alas.

—Me alegro mucho de que no se haya roto el m… nada. —Dijo Nathan. —Sin duda le dolía. ¿Sabe algo de sus heridas?

—Creo que no ha sufrido nada grave. —Dijo Shannon. Mi abuela la visitó esta tarde. Parece que se golpeó la cabeza y se queja de un fuerte dolor, pero nada más.

—Me alegra oírlo. Espero que su ropa de montar a caballo haya sobrevivido a su arrodillamiento en la hierba mojada para ayudar a la señorita Fisher.

Hizo una nota mental para mandar a hacer un nuevo conjunto de montar. No estaría bien que le vieran con el viejo después de esto. Soltó una pequeña carcajada. —Las manchas de hierba son muy difíciles de quitar.

—Al menos se sacrificó por una buena causa. —Dijo él con solemnidad.

Shannon tuvo que controlar el impulso de reírse en voz alta. Por suerte, pudo permitir que su voz dejara entrever la risa. —Me da una excusa perfecta para comprarme nueva ropa de montar. Hacía tiempo que deseaba un conjunto que vi en el Repositorio de la Moda y este es el momento perfecto para comprarlo. Sólo lamento que mi buena fortuna sea a expensas de la caída

de la señorita Fisher. —Su énfasis fue leve, pero fue un recordatorio para aquellos que escuchaban atentamente.

Volviendo al tema. —Me pregunto qué pudo haber hecho que el caballo de la señorita Fisher se desbocara de esa manera. —Dijo Maddox, en el momento oportuno, con los ojos bailándole como locos, pero con una expresión completamente anodina.

—Me dijo que había oído un fuerte chasquido, como el disparo de una pistola. Su caballo debe de ser muy nervioso.

—Es difícil mantener a los caballos bien ejercitados en Londres, y si no se les ejercita con regularidad, pueden volverse muy nerviosos. Sobre todo, si son nuevos en la ciudad y no están acostumbrados al ruido. —Se lanzó a un discurso en voz alta sobre las dificultades de mantener un caballo en Londres.

Le interrumpió la aparición de un joven impecablemente vestido, con el pelo rojizo al viento.

—Lord Maddox. —Dijo, poniéndole la mano en el hombro al conde. —¿Qué te trae por aquí?

—Mi madre no acepta un no por respuesta. —Dijo Nathan, haciendo un gesto con la mano hacia Lady Maddox. —Insiste en que ya es hora de que piense en el matrimonio. —Luego añadió, como si de pronto recordara sus modales. —Permítame presentarle a la señorita Patterson. Señorita Patterson, Vizconde Cunningan.

Hizo una reverencia.

—Conocí a la señorita Patterson en Hyde Park esta mañana. —Dijo Nathan, hablando aún en aquel tono antinaturalmente alto. —¿Recuerda que le hablé de la desafortunada joven que se cayó del caballo?

—Sí. Mi querida señorita Patterson, espero que no sufriera ninguna lesión.

—Fue la señorita Fisher quien se cayó cuando su caballo se desbocó. La señorita Patterson intentó, muy valientemente, alcanzar a su caballo, como lo hizo el sirviente de la señorita Fisher. Incluso Lady Harewell intentó valientemente alcanzarla, pero ninguno de nosotros tuvo éxito.

El intercambio entre los dos hombres fue tan obviamente artificioso que Shannon empezó a sucumbir a un ataque de risa. Ella tenía que controlarse; si empezaba a reír, lo estropearía todo.

—Fue providencial que tanta gente viera su caballo desbocado. Mi abuela, a pesar de un reciente revés en su salud, fue capaz de perseguirlo. A la señorita Fisher ciertamente no le faltó gente para atenderla.

—Entonces estoy encantado de conocer a la joven que fue la primera en llegar a la escena. —Dijo Cunningan en voz alta mientras la miraba de cerca. Algo debió de alertarle de que estaba a punto de perder la compostura. —¿Quizás me haría el honor de bailar el próximo baile conmigo? A menos que su reputación de heroína le preceda y tenga la tarjeta llena.

Ella le sonrió. —No, señor, me halaga, aunque después de todo, no logré salvar a la señorita Fisher. Sin embargo, me encantaría bailar con usted.

Nathan los observó mientras ocupaban sus lugares en la cuadrilla. Comenzó el baile y Nathan se encontró siguiendo el fluido movimiento del cuerpo de ella bajo su brillante vestido verde manzana. Ella se deslizaba con gracia, con la seguridad de una mujer que sabía que bailaba bien. No se había dado cuenta antes de que su cabello castaño brillaba con reflejos rubí, centelleando en los cientos de velas que iluminaban la sala. Algo que dijo Nicky la hizo reír, y le sorprendió el aire de picardía que transmitía. No era lo que le habían contado, su abuela la había mencionado muchas veces, normalmente como una joven inteligente y sin complejos a la que parecía gustarle la conversación seria. Esta noche estaba viendo claramente otra faceta de ella.

Parecía haberle caído bien a Nicky. Cada vez que el baile los unía, intercambiaban un comentario animado, y ambos se separaban con una sonrisa en el rostro.

El rostro de ella era abierto, un rostro honesto en el que la artificiosidad y el engaño no

jugaban ningún papel. No pudo evitar compararla con Briget, su última amante. Briget era hermosa, con sus perfumes caros y sus peinados sofisticados. Sabía cómo seducir a un hombre, pero nunca en su vida le había dirigido una mirada poco calculada. En cuanto a la señora Beely, la Viuda de Oro, su belleza le dejaba sin aliento. Aún la deseaba, a pesar de la larga y vigorosa noche que habían compartido, pero sus ojos estaban endurecidos, y aunque jadeaba de placer bajo sus caricias, ni una sola vez le había mirado como si le comprendiera. A diferencia de la señorita Patterson.

Desechó la idea. A los dos los había unido una conspiración, y la comunicación tácita entre ellos provenía de eso. Era como si fueran compañeros de armas, preparándose para la batalla. Tenían un objetivo común que cumplir, y eso en sí mismo creaba un vínculo que normalmente no existiría.

Sólo había una cosa mala en esa analogía. En todos sus años en la guerra, nunca había deseado bailar con un camarada de armas.

CAPÍTULO 4

Shannon no recordaba haber disfrutado tanto de un baile en su vida. Ciertamente disfrutaba de la compañía de lord Cunningan. La hacía sentirse cómoda y la conversación con él le resultaba estimulante. Se refirió a los clásicos y, cuando ella le preguntó por sus conocimientos, él admitió, consciente de sí mismo, que había estudiado primero de Clásicas en Oxford. No tardaron en hablar en latín, riendo mientras traducían palabras del salón de baile a aquella lengua antigua.

—Bueno, debían de tener alguna forma de *"¿vienes aquí a menudo?"* en latín. —Comentó ella. —Aunque nunca se incluyera en los libros de texto.

—Sospecho que algunos de los monjes que copiaban manuscritos en los monasterios medievales decidieron omitir esas partes.

Inclinó la cabeza y replicó. —No se opusieron a algunas de las obras griegas más estridentes.

—Los monjes que aprendían griego eran más... emprendedores.

Salió riendo de la pista de baile. Aún estaba pensando en algo que había dicho lord Cunningan cuando lord Maddox se adelantó y le cogió la mano, enseñándole los dientes.

—Creo que el próximo vals está comprometido para mí. —Ella hizo una reverencia, sonriendo.

Pero, cuando él se la acercó, la risa se apagó. Sus ojos oscuros se encontraron con los de

ella y su mano se posó en la parte baja de su espalda. Su tacto era ligero, pero la abrasaba, atravesando su vestido para acariciar la piel que había debajo. La atrajo hacia él y, por primera vez, descubrió por qué el vals se consideraba rápido.

Estar tan cerca de un caballero le trastornaba la mente. Con una torpeza poco habitual, tropezó con su pie y le dio la mano izquierda en lugar de la derecha, "*¿qué demonios le estaba pasando?*". La sangre se le agolpó en la cara y miró hacia abajo, tratando de ocultarla. Pero su cabeza rozó el pecho de Nathan y retrocedió rápidamente, pisando el zapato de seda rosa de la señora que tenía detrás.

—Lo siento mucho. —Dijo a la dama, que frunció el ceño y le dio la espalda.

Miró rápidamente a lord Maddox, ahora doblemente nerviosa.

—Lo siento. —Le susurró. —Tal vez no debería bailar. Creo que los acontecimientos de la noche me han puesto de los nervios.

—Tonterías. —Dijo él, guiándola con firmeza por la pista de baile. —La he visto bailar, y baila exquisitamente. Escuche la música y deje a un lado todo lo demás.

Ella se decidió a hacerlo. Los acordes de la orquesta flotaron hacia ella y se dejó llevar por ellos. La mano que la sujetaba por la cintura se fundió con su cuerpo y su calor le agitó la sangre. Los dedos entrelazados con los suyos le transmitían sensaciones silenciosas. Perdió la noción de los pasos y de todo el salón de baile, y todos sus sentidos se concentraron en la música y en el hombre que bailaba tan cerca de ella. Él la condujo a un viaje que, sin duda, no era un baile, sino un torbellino en el aire, en el que sus pies apenas tocaban el suelo. Se deleitó en ello, completamente perdida en el mundo que la rodeaba.

De repente, se dio cuenta de que ya no se movía y de que la música había desaparecido.

Su compañero la miraba con rostro inescrutable.

—Puedo confirmar y confirmo que sabe bailar el vals. —Dijo Nathan. Sonaba sin aliento,

con voz áspera.

Ella le sonrió, todavía medio atrapada por el baile. —Puedo confirmar lo mismo de usted.

Él se inclinó ante ella, le ofreció el brazo y la apartó de la pista mientras otros bailarines se reunían, preparándose para un nuevo baile.

El salón volvió a hacerse evidente, las caras de las matronas, observando, las rosas invertidas, los volantes azul Clarence y las urnas griegas. Ella tropezó y él la sostuvo con la mano y la condujo hacia su abuela. Cuando llegaron, su brazo se separó del de ella y sintió frío.

—¿Le apetece un refresco?

Ella asintió con la cabeza mientras él desaparecía entre la multitud.

—Te dije que disfrutarías del baile. —Dijo Marlene, con los ojos negros brillantes.

Volvió en sí y fue consciente que estaba en un salón de baile, un acto social que por lo general detestaba, aunque le encantara bailar. Era una noche normal como cualquier otra. Lo único que había ocurrido era que había bailado con *"el Libertino Risueño"* y, de algún modo, por un momento, había caído bajo su hechizo. Entendió mejor que nunca por qué había que evitar a toda costa a los libertinos.

Le diría a Marlene con muchas palabras que no aceptaría, bajo ninguna circunstancia, casarse con ese Libertino en particular. Era peligroso, una amenaza para su tranquilidad. Se aseguraría de evitarlo. No sería difícil, en cualquier caso, ya que ella no asistía a bailes muy a menudo, prefiriendo la compañía de un buen libro a una habitación llena de urracas parlanchinas. Y ella sabía que el solía evitar los eventos organizados por la alta sociedad, prefiriendo una compañía más estimulante.

Y se esforzaría por encontrar a su marido en un lugar donde un granuja como lord Maddox no se dejara sorprender. No creía encontrárselo en los pasillos de la Royal Society en Somerset House, en las exposiciones de la Sala Egipcia, en el Museo Británico o en varias salas de

conferencias de Londres.

Mientras tanto, esperó a que le trajera algo de beber. Esperaba que no eligiera algo tan insípido como la ratafía[5], una bebida que detestaba. Siempre se le pegaba a la lengua como un abrojo, con una dulce insistencia.

Se impacientaba. Por supuesto, su impaciencia no significaba nada. Tenía la garganta seca y eso era todo.

Creyó verle regresar, pero se distrajo cuando la señora Darvinton, su anfitriona, se acercó a ella. Shannon no pudo evitar maravillarse ante el vestido azul Clarence que llevaba la señora Darvinton, el color elegido para el salón de baile. La acompañaba un joven oficial vestido con un uniforme verde oscuro con ribetes negros. Tenía un agradable aspecto juvenil, con el pelo ondulado de color pajizo y un puñado de pecas en el puente de la nariz. Su aspecto aniñado contrastaba fuertemente con las relucientes medallas que lo distinguían como héroe de guerra.

—¿Puedo presentarle al capitán Ramsey, señorita Patterson? Ha expresado un deseo especial de conocerla.

El capitán Ramsey se inclinó. —Estoy encantado de conocerla. He estado esperando tener el placer de un baile desde el momento en que entré en el salón, pero por desgracia, no he tenido la oportunidad de ser presentado.

—Creo que exagera. —Dijo Shannon, riendo ante el extravagante complemento.

—Al contrario. —Aseguró, mientras la señora Darvinton se alejaba, satisfecha de haber cumplido con su deber. —Esperarla es la única cosa sensata que he hecho esta noche. —Dijo y se inclinó hacia delante. —Todo lo demás son tonterías. —Hizo un gesto con la mano para indicar los volantes y los festones de rosas.

A Shannon se le escapó una risita la cual ahogó rápidamente. —Es una lástima por su parte. —Afirmó. —Nuestra anfitriona, como es lógico, ha estado ocupada y no ha tenido tiempo

hasta ahora de presentarme a usted.

—Cierto, y le estaré eternamente agradecida. —Los músicos comenzaron un nuevo baile. —¿Vamos? —Preguntó él.

Necesitaba esa copa, pero, por otro lado, cuanto menos viera a Lord Maddox, mejor. —Por supuesto. —Dijo ella, ofreciéndole la mano.

Mientras él la conducía a la pista de baile, ella hizo un gran esfuerzo por no mirar atrás para ver si lord Maddox había regresado.

Nathan maldijo y miró las dos copas de champán. Ya había encontrado a alguien con quien bailar. Que se lo lleve el diablo, ¿no podía haber esperado?

Entonces recordó el uniforme verde y el inconfundible pelo color arena. Para estar seguro, por si se lo estaba imaginando, esperó hasta que su pareja se giró en el baile y pudo verle la cara. A Nathan se le heló la sangre. Parecía que se le había acabado la suerte. El hombre, el cual había pasado tres años de su vida intentando olvidar, había aparecido. Y, para colmo, ahora estaba bailando con la señorita Patterson.

Dejó las dos copas en la primera mesa que encontró, y se dirigió a la sala de cartas, en busca de Nicky.

Nicky estaba en medio de una partida de whist, y las fichas que le rodeaban indicaban que estaba en el bando ganador.

Nathan se inclinó sobre él y le murmuró al oído. —Creo que tienes que venir conmigo. —Le dijo. —Hay algo que requiere nuestra atención urgente.

Nicky levantó la vista distraídamente de su juego. —Lo siento, amigo, estoy en medio de una racha ganadora. No puedo parar ahora.

—Insisto. —Murmuró Nathan. —Se trata de Ramsey.

Nicky levantó la vista bruscamente y luego observó a los jugadores alrededor de la mesa. —Me reuniré contigo en un minuto, lord Maddox, dame unos minutos para terminar.

Nathan asintió y regresó al salón de baile. Encontró un rincón oculto desde el que pudo observar a la señorita Patterson bailando con Ramsey. Sus ojos permanecieron fijos en ellos, observando cada movimiento, cada matiz. Se dio cuenta de que Ramsey se inclinaba hacia ella, sonriendo, y la vio reír en respuesta. Su boca se tensó en señal de desaprobación. Ella prodigaba el mismo tipo de atención a cualquier hombre con el que bailaba. Se reía con Ramsey como se había reído con Nicky, pero mientras que Nicky era una persona honorable que no haría daño ni a una mosca, Ramsey era...

La amargura surgió en él al recordar aquellas semanas después de que regresara de la Victoria en Waterloo. Había intentado hablar a sus oficiales al mando sobre Ramsey, pero, había que ser un ingenuo para pensar que a alguien le importaría lo suficiente como para escuchar, especialmente cuando alguien estaba tan bien relacionado como Ramsey. Además, la guerra con Napoleón había terminado. Napoleón había sido derrotado, por última vez. Inflados por la victoria e indiferentes al testimonio de un oficial menor, un simple teniente, lo habían destituido, y al otro le habían concedido sus honores, su parte del premio en metálico y un ascenso. Le habían mandado a paseo dándole palmaditas en la cabeza e instándole a que no causara problemas.

Al ver a Ramsey, todo volvió a su memoria. La sensación de pérdida, el dolor y la humillación absoluta en su patético intento por llevarlo ante la justicia.

Abandonó su puesto en el rincón y fue en busca de algo fuerte.

Cuando regresó, cuatro copas de brandy después, el cotillón estaba llegando a su fin. Llevaba un brandy en una mano y una nueva copa de champán en la otra. Nathan se abrió paso entre la multitud y esperó a que la señorita Patterson y su pareja salieran de la pista de baile. Les cerró el paso. Saludó a Ramsey sin mirar en su dirección y entregó la copa a la señorita

Patterson. —He traído refrescos. —Dijo.

Su único objetivo era atraerla para alejarla de Ramsey.

Sus ojos brillaron, estaba claro que no le gustaba su intromisión, pero, tenía muy buenos modales como para montar una escena. Dio las gracias a Ramsey amablemente y permitió que Nathan la llevara a un lado del salón de baile, un espacio ligeramente más tranquilo que el resto.

Habló en voz baja, sin dejar de sonreír, para que los cotillas no se percataran de su enfado. —No tiene derecho a separarme así de mis conocidos. —Había pasado su vida libre de la intromisión de su hermano o de su padre, y no necesitaba que un extraño se cerniera sobre ella. Él había malinterpretado su voluntad de ayudarle como una invitación a formar parte de su vida, pero nada más lejos de su intención.

Se encogió de hombros, decidido a aguantar. —Estoy de acuerdo en que no tengo derecho. Sin embargo, le haría un flaco favor si no lo hiciera. Quería advertirle que el capitán Ramsey no es todo lo que parece, y creo que haría bien en tener cuidado.

Para su disgusto, las palabras salieron ligeramente arrastradas. Normalmente aguantaba bien el alcohol, de hecho, sólo era un bebedor moderado. Pero ver a Ramsey después de tres años de evasión le había hecho perder la cuenta.

Se bebió la copa de champán.

Lo examinó de cerca, con el ceño fruncido, y no pudo evitar pensar que su compostura se parecía a los volantes de la pared, que se balanceaban y se hundían. —Estás hecho unos zorros. —Dijo ella, con el disgusto agudizando su voz.

—Si estuviera borracho, señorita Patterson, usted lo sabría. Hacen falta unas cuantas copas para ponerme borracho. —Quizá hablara un poco despacio, pero ¿qué importaba? No tenía prisa.

Sobre todo, no tenía ninguna prisa por dejarla con el capitán Ramsey.

—¿En serio? —Dijo ella, con el labio curvado hacia arriba. —Bueno, ciertamente parece

que lo está. —Sus ojos se entrecerraron. Su tono era enfadado, acusador, y él reaccionó con su propia ira. ¿No se daba cuenta de que intentaba ayudarla?

—No tiene por qué preocuparse por eso. Soy muy capaz de juzgar cuánto necesito beber. —Respiró hondo. No quería discutir con ella, había muchos ojos observándoles. Esbozó una sonrisa. Por alguna razón, se sentía confuso, toda la noche estaba resultando enrevesada. ¿Dónde diablos estaba Nicky?

—Quizá podamos hablar de esto en otro lugar. —Dijo en un tono que no admitía discusión. —Le llamaré mañana por la mañana y le explicaré la situación.

Ella esbozó una sonrisa. —Es muy amable por su parte preocuparse por mí, pero le aseguro que sé cuidarme sola. Aunque agradezco su consejo, no tengo por costumbre consultar mis actos con desconocidos.

Ella se alejó un paso. Él no podía impedir que se marchara, no sin causar revuelo, y desde luego no podía retenerla físicamente.

—Como desee. —Dijo, felicitándose por su calma. —No la llamaré si no lo desea, pero al menos déjame decirle algo sobre él, Ramsey es un granuja...

Ella se rio. De todas las cosas que había esperado que hiciera, no había esperado que ella se reiría. —Habló el mudo y dijo lo que pudo.

Sus palabras le golpearon como un martillo. Luchó por encontrar las palabras correctas, pero no las encontró. Ella sonrió e hizo una reverencia.

—Espero que hayamos resuelto su problema con la señorita Fisher de forma satisfactoria. Mañana sabremos si nuestra historia ha sido aceptada por la Sociedad. Mientras tanto, espero que se abstenga de tratarme con una familiaridad inapropiada.

Ella se alejó, dejándole que lidiara con la oleada de emociones que le invadió. Se sintió como si se hubiera sumergido en el agua. El aire espeso del salón de baile le sofocaba y empezó

a aflojarse el pañuelo del cuello. Entonces vio a su madre al otro lado del salón. Hubiera sido mejor esperar a que se fuera, seguramente ella le dará la vuelta a todo. Puso cara de indiferencia y se dirigió lentamente hacia ella.

—¿Te vas tan pronto, Nathan? —Su madre enarcó una ceja de desaprobación, mientras una de las viejas brujas que la rodeaban, a la cual Nathan no conocía, alzaba su vaso interrogador para clavar su mirada en él.

—Tengo otros compromisos, madre.

—Entonces, llámame mañana.

Sonrió e hizo una reverencia. —Lo haré.

Ella necesitaba un informe completo, y él estaba obligado a dárselo. Si su estrategia para contener las habladurías había fracasado, debían discutir un nuevo enfoque.

Tardó una eternidad en llegar a la entrada. Se detuvo en el umbral para apoyarse en el marco y respirar un poco el agradable aire fresco. Una mano se posó en su hombro. Se dio la vuelta y miró a su amigo a la cara.

—Oh, eres tú, Nicky. Qué inoportuno, me temo.

—Estás hecho unos zorros. —Dijo Nicky. —No servirá, sabes, no en un baile de Sociedad.

—Eso es lo que ella dijo. —Murmuró. —La parte de estar hecho polvo, no la parte del baile.

—¿Qué pasó? —Preguntó Nicky. —Creía que lo habíamos conseguido. Conté la historia a todo el mundo en la sala de cartas, incluso añadí algunos adornos míos. Creo que será muy difícil que alguien pueda culparte del incidente de Fisher.

Nathan trató de recordar de qué se trataba el incidente Fisher. El nombre ciertamente le sonaba.

Pensó en la señorita Patterson, y en como se fue dándole la espalda.

Ella bailaría de nuevo con Ramsey, estaba seguro de ello. Todo se reducía a Ramsey, como siempre. Su vida parecía estar atormentada por él. —Es Ramsey otra vez. Ha decidido acercarse a la señorita Patterson.

Giró la cabeza y miró hacia la calle. Estaba llena de faroles que flotaban de un lado a otro en el viento. Siguió el movimiento de uno de ellos, de un lado a otro, sintiendo que se le nublaban los ojos.

—Y, como bien sabes, cada vez que Ramsey toca algo, lo destruye. —Cerró los dedos en un puño. —No dejaré que lo haga esta vez, Nicky.

CAPÍTULO 5

Shannon se miró en el espejo. Hoy tenía un aspecto diferente. Sus ojos marrones y verdes brillaban, sus mejillas se sonrojaban y su boca se curvaba hacia arriba por voluntad propia. Incluso su pelo parecía tener un brillo extra, con pequeñas puntas de fuego bailando a la luz del día. La emoción del baile de la noche anterior persistía. Había disfrutado de la compañía no de uno, sino de tres caballeros, todos ellos atractivos a su manera.

Notable que durante dos temporadas enteras de bailes y rutas no hubiera encontrado un solo caballero que no la hubiera hecho mirar por la ventana, anhelando escapar. Una vez pasada la novedad, se dio cuenta de que los bailes de temporada eran interminables repeticiones de los mismos bailes, copas de ratafía y conversaciones poco inspiradas. El año pasado se había negado a asistir a todos los bailes excepto a unos pocos, los que organizaban amigos de su abuela que ella apreciaba. Prefería asistir a veladas musicales o a los pocos salones a la antigua usanza que los emigrantes franceses de más edad seguían usando de vez en cuando. Al menos, los debates eran animados. Aunque, por supuesto, también había un inconveniente, algunos de los viejos asistentes la hacían objeto de sus atenciones, ya que era la única dama menor de cuarenta años que asistía.

Pero anoche, en realidad, el baile de la señora Darvinton le había resultado placentero. Disfrutó cada minuto hablando con Lord Cunningan y encontró divertida la cháchara juvenil del capitán Ramsey.

Para su disgusto, cada vez que intentaba evocar a alguno de los dos caballeros, veía la cara de lord Maddox y, lo que era más irritante, lo veía con el mismo aspecto que tenía cuando ella le

había disparado aquel tiro pasajero, con aquella acusación. Sabía muy poco sobre los libertinos, ya que había procurado evitarlos. Sin embargo, siempre pensó vagamente que a los hombres les gustaba que los consideraran rastreros. No esperaba que él se hubiera sentido realmente herido por la acusación.

Debió de equivocarse. La luz de las velas la había engañado, reflejándose cuando sus miradas se encontraron. En cualquier caso, no tenía sentido darle vueltas al asunto.

Se arregló un rizo que se le había soltado y se acercó a la ventana. El capitán Ramsey la había invitado a dar una vuelta por el parque. Llegaría de un momento a otro, y ella hacía mucho tiempo que no tomaba un carruaje con un caballero. El día había comenzado con un cielo azul cristalino y ninguna nube amenazaba en el horizonte, sin duda, una buena señal. Además, el perfume a flores de roble flotaba en el aire.

Un reluciente faetón[6] de dos plazas se detuvo frente a la casa. Ramsey bajó despreocupadamente, sin esperar a que apareciera un lacayo. Se pasó los dedos por el pelo y se bajó el chaleco. Aparentemente satisfecho con su aspecto, se dirigió hacia la casa.

Shannon se apartó de la ventana, después de todo, no era apropiado que él la descubriera observándolo.

Recibió a Ramsey muy correctamente en el salón, con Lady Harewell presente, una hazaña en sí misma. Ella se negó inicialmente, diciendo que no creía en tales tonterías. Si no podía confiar en su propia nieta durante unos minutos a solas en el salón con un caballero, entonces no tenía por qué dejar que Shannon fuera a ninguna parte. Shannon había terminado por convencerla de que no era una cuestión de confianza, sino de apariencias.

—Podría hacerse una idea equivocada. —Dijo Shannon. La abuela resopló, pero accedió a hacer de carabina.

Ahora, sin embargo, Shannon se enfrentaba a un nuevo problema.

—Pero, ¿cómo va a acompañarnos mi criada si es un carruaje de dos plazas?

—Creo que es perfectamente correcto ir por Hyde Park en un carruaje abierto de percha alta. —Respondió Ramsey. —Un carruaje cerrado sería otra cosa. —Aseguró con una sonrisa. Los hoyuelos de sus mejillas acentuaban su aspecto juvenil. Se volvió hacia su abuela. —Sin embargo, si Lady Harewell encuentra la idea objetable, aceptaré su juicio.

La abuela no se opondría a semejante salida, como tampoco se opondría a encontrar a Shannon revolcándose por el suelo con un caballero sin la mitad de su ropa. A menudo contaba anécdotas de su propia juventud, cuando se había permitido precisamente esas libertades.

Shannon suspiró y la miró.

—Supongo que daré mi consentimiento. —Indicó Lady Harewell en su tono más arrogante. —Aunque no puedo decir que me gusten estos novedosos faetones de percha alta. Estoy convencida de que no pueden mantenerse erguidos. No entiendo cómo alguien puede controlarlos. Y no puedo evitar pensar que cualquiera que decida conducirlos es bastante imprudente.

—Le aseguro, Lady Harewell, que no se puede ser imprudente conduciendo en hora punta en Hyde Park puesto que hay demasiada gente, y los faetones, pese a lo que parecen, son bastante seguros. —Cuando ella no puso más objeciones, él se levantó e hizo una reverencia. —Gracias, Lady Harewell. Con su permiso. —Sonrió, le besó la mano con elegancia y luego extendió el codo hacia Shannon. —Señorita Patterson. ¿Está lista?

Ella había pensado que su abuela hablaba en broma de los faetones de percha alta, pero cuando se pusieron en marcha, se dio cuenta de que había algo temerario en ellos.

—Debo confesar —Comenzó a decir, disfrutando de la sensación. —que nunca antes había montado tan alto. Supongo que montar en la caja de un poste debe ser lo único parecido.

El capitán Ramsey le dedicó una rápida sonrisa y luego volvió a la delicada tarea de

maniobrar el equipo a través de la abarrotada calle. Estudió sus manos enguantadas mientras manejaba los caballos. Su técnica era buena, aunque quizás algo descuidada.

—Estoy encantado de ser el primero en proporcionarle una experiencia como ésta. —Dijo Ramsey. —Espero que no sea una de esas señoritas que tienen miedo a las alturas.

—En absoluto. —Aseguró ella. —De hecho, será mejor que no me acostumbre demasiado a montar en una percha alta, o me apuntaré al torneo de cintas antes de que se dé cuenta.

—Estaré encantado de enseñarle. —Dijo él, lanzándole una mirada de admiración. —Me gustan las damas con espíritu.

—Creo que soy bastante hábil con el cuatro en mano. —Dijo ella. —Nuestro cochero Cooper era muy admirado en su juventud por su habilidad. Cuando tenía ocho años le rogaba que me enseñara su técnica. Se negó durante un tiempo, pero insistí tanto que acabó accediendo. He conducido un faetón de dos caballos y soy muy buena con cuatro, pero me temo que mi abuela no aprobará que me compre una percha alta.

—Es comprensible. —Dijo el capitán Ramsey. —Estoy seguro de que está preocupada por tu seguridad.

—Bueno, no tiene por qué. Nunca me ocupo de algo que no puedo manejar.

Cuando llegaron al parque, tres caballeros de la ciudad se les acercaron a caballo.

Aunque rondaban la veintena, de edad similar a la del capitán Ramsey, los tres iban vestidos de punta en blanco, sus ropas llamativamente a la moda, sus cuellos subidos hasta las mejillas y sus corbatas voluptuosas como nata montada. Rodeaban el faetón. Uno de ellos, un hombre alto de ojos azules como el hielo, con el pelo muy engominado y un elaborado chaleco naranja y dorado, miró fijamente a Shannon, recorriendo su cuerpo con la mirada y posándose en su tobillo derecho, que sobresalía ligeramente por debajo del vestido. Ella escondió rápidamente el tobillo. Él notó el gesto y sonrió burlonamente.

—Bonito día para pasear, Ramsey. —Dijo el caballero.

—Sí, desde luego. —Dijo su compañero, deteniendo el carruaje. —Le dije a Marker que ejercitaría a los caballos.

Los tres caballeros examinaron los caballos y contemplaron con admiración el faetón.

—Hermosos potros. —Observó el hombre de los ojos de hielo. —No hay posibilidad de que Marker los venda, ¿verdad?

—No hay ninguna posibilidad. No necesita vender.

Ramsey no hizo ningún esfuerzo por presentarla a sus compañeros y, tras aquella inspección inicial y varias miradas de evaluación, la ignoraron por completo.

Shannon se sintió excluida y extrañamente superada en número. La sensación era incómoda y, por alguna razón, se sentía nerviosa. Te lo estás imaginando, se dijo con firmeza. Estaban en medio de Hyde Park, rodeados de gente, y era pleno día.

Finalmente, empezaron a alejarse y ella respiró aliviada. —No lo olvides. —Dijo el hombre de ojos de hielo. —Tienes dos semanas.

—Es poco probable que lo haga, ya que no dejas de recordármelo. —Dijo Ramsey alegremente.

Pero mientras se alejaban, Ramsey los observó. No movió el faetón inmediatamente. En lugar de eso, se quedó un poco desplomado en su asiento, con las manos jugando con las riendas, ajeno a lo que le rodeaba.

—Un penique por sus pensamientos. —Dijo Shannon.

Él levantó la vista inmediatamente. Por un momento le pareció ver desesperación en sus ojos. Luego, al darse cuenta de su presencia, sonrió. —Le ruego me disculpe. Estaba absorto en tonterías.

Fuera lo que fuese lo que estaba pensando, no era ni mucho menos una tontería. Pero, después de todo, no era asunto suyo.

—¿Qué haríamos sin esos segundos de reflexión? —Dijo ella. Sonaba demasiado elocuente, demasiado frágil. Todo era extraño, no había ocurrido nada, pero algo indefinido había cambiado entre ellos.

La miró de reojo y luego centró su atención en los caballos. Los observó un rato en silencio mientras se movían, y luego pareció llegar a una conclusión.

—¿Puedo confiar en usted? —Preguntó.

Debe de estar en una situación desesperada si necesita confiar en mí. Apenas me conoce.

—Por supuesto. —Dijo Shannon, incorporándose y preparándose para escuchar.

—Sé que somos poco más que extraños, pero desde el momento en que te conocí sentí una afinidad con usted, como si le conociera de toda la vida. Siento que puedo confiar en usted.

Ella asintió. Comprendía la sensación. Ella misma la había experimentado. —Por supuesto. —Dijo. —Puede estar seguro de que nada de lo que diga irá más allá de este carruaje.

—Gracias. —Dijo él, apretándole brevemente la mano en señal de gratitud. Volvió la cara. Ella creyó ver lágrimas en sus ojos.

La insinuación de las lágrimas llegó hasta ella y tiró de su corazón. —Tiene que decirme qué le pasa. —Dijo ella con insistencia.

Él intentó esbozar una débil sonrisa. —Debe de ser un ángel enviado para salvarme, y no me lo merezco. —Dijo.

Hizo una pausa, luchando claramente por ordenar sus pensamientos. —Mi padre era un hombre duro y yo era su único hijo, pero él tenía cierta idea de cómo debía ser un hijo. Sé que es difícil imaginar, como mujer, la presión que puede tener un chico al crecer, pero él esperaba que

yo fuera como él: loco por la caza, obsesionado con las actividades al aire libre, la pesca, el boxeo, peleando todo el día. Nunca fui físicamente activo. Yo era una persona de interior. Me gustaba acurrucarme cerca del fuego, cruzar las piernas y leer, pero mi padre no quería y me obligaba a salir de casa todas las mañanas. Si me pillaba leyendo, me azotaba y con fuerza, todavía tengo las marcas en la espalda. —Se miró las manos.

—¿Y no había nada que pudieras hacer? —Shannon preguntó horrorizada.

Él negó con la cabeza. —No debería contarte esto. Sé que no debería. —Se dio la vuelta. —Ya he dicho bastante.

—No. —Dijo Shannon. —Continúa, por favor.

—Bueno, en resumidas cuentas, hice todo lo que pude. Realmente intenté convertirme en el tipo de chico que le hubiera gustado a mi padre, pero no pude. No me gustaba cazar, no me gustaba pescar. Lo único en lo que destacaba ha sido en la equitación, afortunadamente.

Hizo una pausa y ella esperó expectante mientras el silencio se alargaba.

—Un día mi padre decidió que estaba harto de mí que era una decepción para él. Así que me compró el regimiento y me envió al continente. —Si algo puede enseñarte a ser un hombre, es ser soldado. —Me dijo.

De nuevo, un largo silencio.

—Pero no fue así. Odiaba la sangre y odiaba matar, no podía soportarlo, pero no tenía elección. Mi padre me cortó el dinero, hasta el último centavo, así que me vi obligado a vivir con el sueldo de un oficial.

Shannon sabía que los sueldos eran pequeños, aunque a muchos oficiales les había ido muy bien con el dinero de los premios una vez terminada la guerra.

—Después de la guerra, volví para encontrarme con que seguía sin querer recibirme, y seguía sin querer proporcionarme financiación. Tengo la suerte de tener amigos que me han

ayudado, y que me siguen recibiendo en sociedad, a pesar de mi padre. Al fin y al cabo, soy su heredero, y él es un vizconde con una gran fortuna. —Dijo con amargura. —Pero mientras tanto...

Ella se sintió indignada por él. Era cierto: la sociedad le recibiría por su posición, su familia era poderosa y estaba bien establecida, pero sin dinero no podría continuar con su estilo de vida.

Se le ocurrió de repente que ella podría ser la solución a su problema, si se casaba con ella. La frialdad se apoderó de su corazón. ¿Era todo esto el preludio de una proposición? Como si le hubiera leído el pensamiento, le dijo:

—Sé que la solución a mi problema sería casarme para ganar dinero. A pesar de mi empobrecimiento, aún tengo la posibilidad de casarme con una heredera, pero ese pensamiento me resulta aborrecible. No puedo imaginarme viviendo toda mi vida con una esposa a la que no quiero y que no me quiere. —Le sonrió, una sonrisa burlona. —Además, por extraño que parezca, tengo mi orgullo.

La frialdad que se había apoderado de ella desapareció. Se sintió aliviada. Al fin y al cabo, no era un cazafortunas.

—Sus sentimientos le honran. —Murmuró con sinceridad.

—No se imagina lo útil que es haber podido hablar con usted de esta manera. Decir las cosas en voz alta hace que parezcan menos terribles y el futuro parece más alentador. —Dijo. Sus ojos buscaron los de ella, y ella pudo leer la gratitud en ellos.

Entonces su mirada se desplazó de su rostro a algo que había detrás de ella. Se puso rígido y su rostro se tornó anodino, carente de emoción.

—¿Conoce bien a lord Maddox? —Preguntó, ahora con voz formal.

Ella se sobresaltó al oír el nombre. —Apenas lo conozco. —Aseguró. —Lo conocí ayer.

—¿Hace sólo un día? Parecía mucho más tiempo.

Él asintió.

—Sé que no me corresponde hacer sugerencias... —Silencio.

—Continúe, por favor. —Necesitaba saber más sobre Lord Maddox.

—No quisiera lastimarle. Es un hombre encantador, de modales sencillos. Le admiro en más de un sentido, pero no tiene buena fama con las mujeres. Es demasiado tierna de corazón, y odiaría verle… ¿cómo decirlo? Jugar con sus emociones.

—Ya se lo he dicho. —D ijo ella sonriendo. —Puedo cuidarme sola.

—Claro que puede. —Aseguró Ramsey, sonriendo también. —Me alegra saber que conoce sus inclinaciones. Y puedo decirle que he hablado con conciencia.

—Gracias, capitán Ramsey. —Dijo ella.

—Soy yo quien está en deuda con usted. —Apuntó Ramsey. —Y, por favor, no me llame capitán. Dadas las circunstancias, ¿podría llamarme Ramsey, al menos?

Su mirada era seria, deseosa de aceptación.

—Me encantaría llamarle Ramsey.

Extendió la mano para cubrir la suya, se lo pensó mejor y la retiró.

Aquella noche, cuando se retiró a su habitación, tardó mucho en conciliar el sueño. Sus sentidos se habían despertado y se revolvió, incapaz de encontrar una postura cómoda en la que tumbarse. Removía las almohadas y cambiaba de sitio las sábanas, pero el colchón de plumas se había convertido en un lecho de guijarros y no conseguía encontrar una postura cómoda.

Sin embargo, se sentía más optimista de lo que había estado en mucho tiempo. El viaje con Ramsey había sido muy prometedor. Ya no le parecía imposible encontrar a alguien con quien casarse. Si podía encontrar a alguien como Ramsey, alguien que no tuviera miedo de revelar su

yo interior....

Pero más tarde, unos sueños turbulentos la despertaron. Se quedó despierta en la oscuridad, intentando desenredar los hilos de la trama. En el sueño estaba en la hierba de Hyde Park, muy cerca del Serpentine. Ramsey estaba en su sueño, montado en un caballo blanco, aunque salpicado de barro. Lord Maddox también estaba allí, gritándole algo con urgencia que ella no podía oír. Se dio la vuelta y se alejó al galope, pasando atronadoramente junto a ella.

Había otro hombre que conducía un faetón verde de percha alta y se dirigía hacia ella a toda velocidad. Al principio no pudo verle la cara, pero en el último momento, justo antes de que los caballos la alcanzaran, justo antes de la colisión, le vio la cara. Era el hombre de ojos de hielo que había hablado con Ramsey.

CAPÍTULO 6

Cuando Shannon se despertó a la mañana siguiente, lloviznaba. Unas nubes oscuras y furiosas se cernían sobre Londres, tapando la luz. La oscuridad había engañado a Shannon para que durmiera hasta casi el mediodía, algo que hacía muy pocas veces. Cuando bajó, su abuela ya estaba tomando un ligero almuerzo frío.

—He estado esperando a que bajaras. —Le dijo. —Hoy tenemos que volver a echar un vistazo a las columnas de cotilleos para asegurarnos de que lord Maddox está fuera de peligro.

Durante los diez minutos siguientes, hojearon las páginas.

—Nada, absolutamente nada. —Dijo finalmente la abuela. —Ni un susurro. —Parecía complacida, como no podía ser de otra manera. No había ocurrido nada que interrumpiera sus planes para el matrimonio de Shannon.

Poco sabía ella que, ahora que Shannon había conocido a lord Maddox, la idea de casarse con él estaba más lejos que nunca de su mente.

—Sí, parece que hemos salvado la situación. —Se sentía satisfecha de haber vencido a los cotillas en su juego.

—Bien. —La abuela dejó el papel con un chasquido. —Tal vez, en ese caso, ya es hora de que visitemos a la infame señorita Fisher.

Era asombroso que una mujer como Lady Fisher, esposa del baronet Sir Walter Fisher, pudiera haber producido al querubín. Su cara era pequeña, como la de su hija, pero ahí terminaba el parecido.

Parecía especialmente aficionada a las pieles. El chal que cubría su vestido marrón de mañana estaba adornado con pieles de color marrón claro. Su anticuado turbante tenía una tira de pelo marrón y negro en forma de cola. El pelaje, sus dientes afilados y sus pequeños ojos redondos recordaban a Shannon una comadreja que había visto en un libro sobre tramperos canadienses.

Ella y Lady Harewell eran las únicas que recibían por la mañana. Lady Fisher parecía halagada por la visita de Lady Harewell y se apresuró a pedir un refrigerio, pero sus pequeños ojos se posaron críticamente en Shannon, examinándola con astucia.

—Tengo que agradecerte que rescataras a mi Amelia. —Dijo. —Me contó que hizo todo lo posible para capturar a su caballo.

—No se puede decir que la rescatara. —Replicó Shannon, viendo otra oportunidad para cimentar su historia de Hyde Park. —Lord Maddox y yo estábamos en el lugar, junto con su mozo de cuadra. Estábamos preparados para ayudarla si hubiera resultado gravemente herida. Afortunadamente, no fue el caso. ¿Cómo se encuentra?

—Está completamente recuperada. —Dijo su madre. —Sin duda gracias a su juventud y agilidad. —Añadió. La puerta se abrió y entró el querubín. —Lady Harewell ha tenido la amabilidad de llamar. Quería saber cómo estabas.

—Oh, estoy muy recuperada, Lady Harewell, señorita Patterson. —Dijo ella, haciendo una cortés reverencia. —Sólo uno o dos moretones, nada importante.

Amelia sonrió bellamente, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Cruzó la habitación y se

sentó junto a Shannon en el pesado sofá de terciopelo marrón. Una vez terminadas las formalidades, no habló. No hizo exactamente un mohín, pero parecía descontenta.

—Esperamos asistir esta noche al baile de lady Stuart. ¿Asistirá usted? —Preguntó Lady Fisher.

—Sí. —Dijo Lady Harewell. —Lady Stuart es una buena amiga nuestra y no nos perderíamos su baile por nada del mundo.

—Bien. Entonces Amelia tendrá compañía. —Dirigió una mirada feroz a Shannon, desafiándola a contradecirla. Los ojos de Shannon se volvieron hacia Amelia, que se encogió en la esquina de su silla. —Por supuesto que agradeceré su compañía. —Aseguró Shannon, sonriéndole cálidamente.

Amelia no contestó y lady Fisher frunció el ceño. —Siéntate derecha, Amelia. —Le espetó. —Ya no estás en la guardería. ¿Qué pensará la gente de ti?

En todo caso, Amelia se encogió aún más. Lady Harewell le hizo una pregunta a Lady Fisher, desviando su atención de la joven. Shannon aprovechó la oportunidad para entablar otra conversación. —¿Ha probado los helados de Gunter's?

Amelia negó con la cabeza.

—Entonces le llevaremos. —Dijo. —La abuela y yo pensamos ir esta misma tarde. ¿Le llamamos de camino?

Amelia miró a su madre, vacilante. —Tendrá que preguntarle a mamá. No estoy segura de que lo apruebe.

Normalmente, Shannon no era dada a acompañar a jóvenes debutantes, pero con una madre así, Shannon no podía evitar sentir lástima por el querubín.

Mientras tanto, parecía que la conversación con Lady Fisher se había detenido. Shannon intercambió miradas con su abuela.

—Tenemos que irnos, Lady Fisher. —Dijo Marlene, poniéndose en pie. —Prometimos visitar a algunos de nuestros conocidos.

—Nos gustaría visitar a Amelia más tarde. —Dijo Shannon. —Planeamos ir a Gunter's a tomar unos helados.

Lady Fisher le lanzó otra mirada penetrante, esta vez llena de especulación. —Sí, tal vez sea una buena idea.



Nathan no estaba de buen humor. De hecho, su humor era tan malo que había obligado a su ayudante de cámara a cambiarle el chaleco tres veces, un hecho sin precedentes, ya que Nathan normalmente confiaba en el juicio de su ayudante de cámara.

Su mal humor comenzó en el instante en que divisó a la señorita Patterson encaramada al reluciente faetón en Hyde Park, con Ramsey a su lado.

—¿Has visto eso, Nicky?

Nicky observó el faetón perderse de vista, con los labios fruncidos. —Definitivamente podemos asumir que la señorita Patterson es su próxima víctima.

—A menos que esté planeando cortejarla. —Dijo Nathan.

—No hay ninguna posibilidad. Su padre está enfermo, según he oído, y no es probable que sobreviva hasta el invierno. No necesita atarse a una heredera si va a recibir una fortuna.

Nathan pensó que iba a explotar de rabia. —¿Por qué estoy condenado a ser testigo de su villanía y no poder hacer nada al respecto?

Nicky le lanzó una mirada extraña. —¿No me digas que lady Patterson te ha asustado?

—Me ha prohibido que me entrometa en sus asuntos.

—No te estás metiendo en sus asuntos. Estás tratando de encontrar una manera de revelar el verdadero carácter de Ramsey. Piensa en esto como una oportunidad para hacerlo, nada más. Además, no veo forma de descubrir a Ramsey sin involucrar a la señorita Patterson en un escándalo. Aunque quizás podremos conseguir dejarla a ella aparte, si pensamos en algo juntos.

Nathan, sin embargo, no estaba de humor para reflexionar. De hecho, apenas podía mantener sus pensamientos en orden. La visión de la señorita Patterson al lado de ese canalla había echado por tierra a la cordura. Por supuesto, no le importaba la señorita Patterson, en absoluto, pero la señorita Patterson representaba todo lo honorable de la sociedad, mientras que aquel...

Su caballo resopló en señal de protesta mientras sus dedos apretaban la brida.

La responsabilidad de la situación recaía sobre su cabeza. Era plenamente consciente de ello. Por su culpa, la señorita Patterson había llamado la atención de Ramsey. Si no hubiera sido por la amable voluntad de la señorita Patterson de limpiar su nombre, Ramsey nunca le habría prestado la menor atención, pero Ramsey no le había perdonado que intentara instigar una investigación sobre las acciones del capitán durante la guerra, aunque hubiera quedado en nada.

Y luego le había advertido de aquella manera tan poco delicada y le había puesto los pelos de punta.

Un brazo lo retuvo cuando cruzó la puerta de la casa, que estaba muy iluminada.

—¡Por el amor de Dios! No puedes entrar en un salón de baile con el ceño tan fruncido. Parece como si estuvieras listo para asesinar a alguien.

—Es que lo estoy. Estaría encantado de atravesar a Ramsey con una espada aquí y ahora, si esa es la única forma de librar al mundo de sus maquinaciones.

—Desafortunadamente, no puedes. Ni siquiera puedes hacerlo en un duelo, ya que los

duelos han sido inconvenientemente prohibidos. Así que me temo que vas a tener que poner una cara agradable, ¡qué vas a entrar en un baile, por el amor de Dios!

Pero el baile no mejoró su humor. Después del baile de la señora Darvinton, había decidido que no volvería a honrar a la sociedad con una aparición hasta dentro de un año por lo menos, pero aquí estaba, dos días después, entrando en otro de esos insufribles eventos organizados para el “mercado matrimonial”. Debía de haber perdido el juicio.

¡Que el diablo se lo lleve! No podía quedarse de brazos cruzados y dejar que Ramsey se aprovechara de la señorita Patterson. Cierto, no era una inocente ingenua que se presentaba por primera vez en sociedad, pero a pesar de su insistencia en que podía cuidar de sí misma, sintió que era imperativo protegerla de alguien de la calaña de Ramsey. Recordó cómo se había sentido en sus brazos hacía dos noches. Con los ojos cerrados, se había movido en su propio mundo. Había sido difícil concentrarse en los pasos del vals, con sus labios sonrientes inclinados hacia él, sus pechos redondos colándose a través de su vestido verde, su pelo brillando cerca de su cara. Había respirado su evasivo aroma, agua de rosas mezclada con algo más, algo que no podía reconocer pero que era exclusivo de ella. Lo único que deseaba era pasarle los labios por el cuello y deslizarlos lentamente hacia aquellos tentadores montículos, hundir la cara en su suavidad. Se obligó a mantener la distancia, a evitar la tentación de usar la palma de la mano en su espalda para acercarla.

No había duda de que era deseable, aunque de un modo poco habitual. No era en absoluto su tipo de belleza, si es que podía llamarse belleza a eso. Pero ahí terminaba su atractivo. No le interesaban las mujeres independientes que no tenían espacio en su vida para los hombres. Había un montón de mujeres que estaban dispuestas, felices, la verdad sea dicha, a echar su suerte con él. Se había hecho el insistente hacía dos días cuando había intentado hablarle de Ramsey. Había alegado una relación que no tenían y no era probable que ella le escuchara si intentaba advertirle una vez más.

Pero no podía permitir que cayera en manos de Ramsey, y si salvarla significaba entrometerse en su independencia, que así fuera. Él no tenía elección en el asunto, como tampoco la tenía ella.



Shannon apenas había entrado en el salón de baile cuando se le acercaron varias matronas con hombres jóvenes que querían ser presentados. Vio la situación con diversión, no sabía a cuál de sus compañeros debía este cambio de estatus, pero no se le ocurría ninguna otra razón. "*Qué ironía que fueran los buscavidas los que me habían llamado la atención de los casamenteros, cuando no lo habían hecho todos los jóvenes caballeros perfectamente respetables que me habían cortejado en mi primera temporada*". Nunca le habían faltado parejas en un baile, pero entre los que le presentaban ahora, reconoció algunos nombres muy distinguidos. Sonrió y acepto la atención, mientras se preguntaba si el Capitán Ramsey asistiría.

Entonces, como en respuesta a sus deseos, lo vio acercarse a ella. Se acercó con paso ligero y una sonrisa amable. No había rastro en su rostro de la inquietud que había provocado sus confidencias de la tarde. Parecía simplemente un apuesto caballero que encontraba placer en su compañía.

No podían conversar adecuadamente en un salón de baile, rodeados de otras personas que escuchaban cada palabra, y él la dejó rápidamente para traerle limonada. Shannon suspiró, este sería su tercer vaso de limonada desde que había llegado. Debería haber pedido vino, o incluso champán.

Ramsey apenas había desaparecido entre la multitud cuando lord Maddox se abalanzó sobre ella. Shannon se quedó mirándolo, cautivada como un pájaro mirando a una serpiente. Su

paso era suave y elegante, no parecía moverse en absoluto, casi como si estuviera al acecho. Apenas se fijó en Lord Cunningan, a pesar de su característico pelo rojo, que cabalgaba al lado de lord Maddox. Los ojos de Nathan se clavaron en los suyos y ella no pudo apartar la mirada.

Antes de que se diera cuenta, la multitud que la rodeaba se había separado para dejarle pasar. —Buenas noches, señorita Patterson. Me preguntaba si me dejaría invitarla a un vals. —Dijo él, sin titubear. Ella levantó la lista de bailes para leerla, aunque sólo fuera para romper el hechizo de su mirada. Al principio, las letras parecían desordenadas, como si hubiera olvidado cómo leer. Luego las letras se ordenaron en palabras y pudo localizar los espacios vacíos junto a los dos valses.

—Sí, lord Maddox. —Dijo, con una voz que lograba sonar completamente controlada. —Estaré encantada de apuntar su nombre.

—Y para el cotillón también. —Dijo él.

Ella enarcó una ceja. Más le valía no pedirle un tercero, pues, aunque no bailara con ella, en cuestión de minutos estaría en boca de todo el salón. Un tercer baile significaba que su interés estaba fijado y que pensaba ofrecerse por ella. Era como un compromiso.

Él no pidió un tercer baile, pero en el instante siguiente, Lord Cunningan se adelantó y pidió el segundo vals y un segundo baile.

Ella se rio, lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de personas ajenas a su grupo. Todo era demasiado absurdo, o estaban compitiendo por su atención, lo cual era poco probable, o pretendían alejarla de otra persona.

Ese alguien apareció, llevando otro vaso de limonada. Consiguió romper el círculo que la rodeaba, pero estaba flanqueada a ambos lados por lord Maddox y lord Cunningan.

Ella sonrió al capitán Ramsey, asegurándole su bienvenida a pesar de sus groseros acompañantes.

—Gracias lord Ramsey. —Dijo, tomando la limonada, como si él le hubiera regalado un collar de diamantes. —Tengo mucha sed. —Pero entonces la limonada planteó un problema, no sería capaz de beberse otro vaso, por lo que sorbió tímidamente, consiguiendo lanzar a Ramsey una mirada cálida por encima del borde.

Era evidente que se sentía incómodo. No era mucho más pequeño que los dos hombres que tenía a su lado, pero parecía contraerse junto a ellos, la actitud de ambos era decididamente amenazadora. Shannon tenía ganas de darles una patada en la espinilla a cada uno y decirles que la dejaran en paz, pero, por supuesto, no podía, al menos no en medio del salón de baile, rodeada de pretendientes, eso no sería propio de una dama, pero tal vez surgiría una oportunidad más tarde.

Mientras tanto, estaba acorralada. Su sonrisa se volvió amarga al encontrarse en un callejón sin salida. Ni siquiera podía mirarles sin llamar la atención. Rezó para que la orquesta se pusiera en marcha rápidamente, pero mientras tanto, no había nada más que hacer que charlar.

Así que, en lugar de recrudecer las hostilidades, se lanzó a un monólogo.

Eligió el primer tema que se le ocurrió.

—Es una pena que no permitan la entrada de mujeres en el Club de los Cuatro Caballos. —Comento para romper el hielo. Las matronas se quedaron boquiabiertas y los caballeros soltaron alguna que otra carcajada. Quizás no fue una buena elección de tema. —No hay más que darse una vuelta por Hyde Park. Hay unas señoras expertas que conducen una calesa y cuatro bahías, y durante todo el tiempo que llevan haciéndolo, nunca han tenido un accidente. Hubo murmullos y quejas. —Aunque no estoy segura de que me gustase conducir una calesa amarilla, el requisito del club. —Algunos jadeos más. La mitad de los caballeros de la clase alta aspiraban a conducir la calesa amarilla que señalaba su pertenencia al club, los caballeros que no lo hacían es porque conducían demasiado mal como para soñar con ello. —Y los jaeces en los caballos parecen insípidos. —No se había propuesto escandalizar a nadie, pero una parte perversa de ella estaba

decidida a hacerlo. Un gran abismo se estaba abriendo ante ella y se dirigía directamente hacia él. Estaba segura de que, antes de que terminara la velada, la tacharían de excéntrica, como a su abuela.

—Tal vez, podamos organizar una prueba para las damas que se consideren lo bastante hábiles y organizar una rama femenina del club. —Dijo lord Maddox, qué también era miembro del club, divertido.

Ella lo examinó con desconfianza, pero fue incapaz de determinar si se burlaba de ella o la apoyaba, así que guardó silencio.

Su declaración provocó cierta excitación entre los más jóvenes, varios de ellos se volvieron hacia los otros y empezaron a apostar sobre la posibilidad de que alguna dama fuera lo bastante hábil como para pasar la prueba.

Justo entonces la orquesta tocó sus primeras notas discordantes, indicando que estaban afinando y que el baile comenzaría pronto. Tal vez, después de todo, sobreviviría a la noche. La salvación estaba a la vista. Echó un vistazo a su tarjeta para ver quién la había reclamado para el primer baile, y descubrió que el espacio estaba vacío.

—Permítame acompañarla a la pista de baile. —Le dijo Ramsey. —Creo que éste es mi baile.

Ella le cogió la mano agradecida, sin desear nada más que alejarse de la oscura presencia de lord Maddox.

Él la estaba esperando cuando terminó el baile. De hecho, dondequiera que fuera, todo lo que tenía que hacer era girarse, y él estaría allí, esperando.

La gente empezaba a darse cuenta.

Desde luego, ella lo notaba. Al principio le irritaba, luego le molestó y después la enfureció.

Finalmente, indignada, se vio obligada a actuar. Se dirigió hacia donde estaba él, tratando de parecer tranquila y despreocupada, por si alguien la observaba. Él estaba apoyado contra una pared, fingiendo estar absorto observando a un grupo de jovencitas que cuchicheaban juntas.

—Van a llamar a sus madres en cualquier momento si insiste en llamarles la atención de esta manera. —Dijo ella, tratando de no sonar tan irritable como se sentía.

Él se volvió hacia ella inmediatamente. —Que el cielo no lo permita. —Dijo con pereza, apartándose de la pared y poniéndose derecho. Ella esperaba que estuviera bebiendo, pero no había ni rastro de un vaso cerca. —Pero me alegro de que haya decidido venir a buscarme. —Él sonrió, esa lenta sonrisa suya que hizo que ella frunciera el ceño de inmediato.

—He venido a buscarle por una razón, y solo por una. —Dijo ella. —Quería informarle —hizo una pausa, preguntándose cómo podía decirlo educadamente —de que preferiría que mantuviera las distancias. —Era muy inadecuado, teniendo en cuenta lo furiosa que se sentía, pero en cualquier caso esperaba que fuera lo bastante claro.

—¿Viniste hasta el otro lado del salón de baile para decirme que debo mantener las distancias? —Dijo enarcando una ceja.

Estaba claro que la sutileza no era su fuerte. Necesitaba un enfoque más directo.

—He cruzado el salón de baile porque me parecen muy desagradables los caballeros que se quedan mirando a las jovencitas en un salón de baile. Le pido que deje de mirarme. Se lo he dicho antes, y se lo repito, sé cuidarme sola. No necesito un tutor, y desde luego no necesito un conde que esté vigilándome. Así que, por favor, pare, o me veré obligada a hablar con mi abuela, que es, por cierto, mi verdadera tutora.

Se puso rígido y la sonrisa se le borró de la cara. Los músculos de su rostro se tensaron hasta convertirse en una máscara.

—Lo siento si le he ofendido de alguna manera. —Dijo con frialdad. —No era mi

intención. Mi única intención era asegurarme de que no sufra ningún daño, pero ha dejado muy claros sus sentimientos al respecto. —Se inclinó rígidamente. —Por favor, salude a su abuela de mi parte. Espero que me disculpe, tengo otro compromiso que atender.

Se marchó, dejando a Shannon reconciliarse con una serie de sentimientos contradictorios.

Su primer impulso fue correr tras él y disculparse. No debería haber sido tan inflexible, debería haber esperado a estar más tranquila para hablar con él.

Un momento después, la indignación sustituyó a la culpa. ¿Cómo se atrevía a marcharse así, dando a entender a cualquiera que les observara que la había desairado?

Luego se sintió satisfecha de sí misma, quería que se marchara y había conseguido lo que se había propuesto, se había marchado.

Entonces, cuando un joven caballero se le acercó para pedirle el siguiente baile, se apoderó de ella una fuerte determinación.

No permitiría que ningún hombre, fuera quien fuera, controlara su vida.

CAPÍTULO 7

Un enorme ramo de lirios azules, blancos y amarillos decoraba el vestíbulo.

—Llegaron para usted esta mañana, señorita Shannon. —Dijo el mayordomo, y su rostro se relajó en una leve sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa con afecto. Lo conocía desde que tenía tres años, cuando le rogaba que la montara en su espalda. —Gracias, Parker. —Dijo. —Debe de haberlas enviado el señor Ramsey. —Enterró la cara entre ellas, dejando que su perfume la envolviera. Era propio de él, escoger algo que le trajera el luminoso clima primaveral al interior. Las recogió y contempló los pétalos rizados y el maravilloso contraste de colores.

Entre las flores apareció una tarjeta. La cogió con impaciencia, preguntándose qué habría escrito.

Había elegido una tarjeta sencilla. La escritura era fuerte, las letras claras y nítidas.

Estimada señorita Patterson

Mis más sinceras disculpas por mi comportamiento de ayer. Me doy cuenta de que he sido un zoquete entrometido. Me gustaría hacer las paces con usted. ¿Le gustaría pasear por el parque conmigo esta tarde?

Atentamente lord Maddox

El corazón le dio un vuelco al ver la firma, pero luego volvió a latir con rapidez y rabia.

¿De verdad creía que un ramo de flores iba a calmarla? Lo único que la tranquilizaría sería que él dejara de inmiscuirse en su vida.

Y para colmo de males, esperaba que fuera a montar a caballo con él.

Subió corriendo las escaleras hasta el salón. Marlene estaba allí, leyendo Confesiones de Rousseau.

—Marlene. —Dijo, interrumpiendo. —Siempre está consultando los diccionarios de flores. ¿Qué significan generalmente los lirios?

Lady Harewell mantenía el libro en equilibrio sobre el regazo, con las páginas abiertas. —Pueden significar varias cosas. La monarquía francesa, por supuesto, pero eso a ti no te interesa. También se supone que los pétalos representan la fe, el valor y la sabiduría, y lleva el nombre de la diosa griega del arco iris. Iris era la mensajera de los dioses, por lo que a menudo significa un mensaje o incluso una advertencia.

Una advertencia. Eso es, las flores eran una advertencia. Otra vez.

—Gracias.

—Pero a veces. —Dijo, mientras Shannon salía de la habitación. —Una flor es sólo eso: una flor. No les des significados que no tienen. De todos modos, mira en el diccionario si quieres saber más.

Todo el mundo sabía que las flores tenían significados. Cuando todo el mundo estaba estudiando “El lenguaje de las flores” de Madame de la Tour, ¿cómo no iban a saberlo?

Subió a su habitación. Allí se dirigió al escritorio de caoba y se sentó de golpe, golpeándose la rodilla contra él. El dolor no hizo más que avivar su indignación. Mojó la pluma

en el tintero.

Querido lord Maddox

Me gustaría saber si está tratando deliberadamente de levantar mi ira.

No, eso era demasiado atrevido. Además, era poco probable que estuviera intentando enfadarla deliberadamente. Simplemente era obtuso.

Rompió la página en pedacitos y la tiró.

Querido lord Maddox

Las flores y la invitación me han parecido ofensivas. ¿Cree que soy una niña tonta que se deja distraer por una treta tan obvia?

De nuevo, esto no serviría. Era de muy mala educación discutir con un caballero sobre el papel. Lo arrugó y lo tiró a la cesta.

Respiró hondo, se calmó y volvió a empezar.

Querido lord Maddox

Gracias por su amable invitación. Lamentablemente, debo declinarla, ya que tengo un compromiso previo.

Atentamente

Insatisfecha le echó un vistazo, no transmitía nada de su enfado, aunque tendría que servir. No podía enviar una nota indignada a alguien que le había enviado flores y la había invitado a dar un paseo por el parque, pero al menos tuvo la satisfacción de rechazarlo.

Para asegurarse de que no estaría en casa si él ignoraba su mensaje y la recogía, envió una nota a la señorita Amelia Fisher, preguntándole si le gustaría acompañarla a dar un paseo por Hyde Park.

Como llegó primero, Shannon tuvo la oportunidad de observar de lejos a la señorita Fisher acercarse en su caballo. Estaba muy bien sentada, con el cuerpo recto y cómoda en la silla de montar. Se reprendió a sí misma por hacer suposiciones, el hecho de que su caballo se desbocara no la convertía en una jinete torpe. Su mozo de cuadra la seguía de cerca.

La cara de la chica se iluminó cuando la vio.

—Fue muy amable por su parte pedirme que montara contigo. —Dijo emocionada. —No era necesario, ya me pediste que te acompañara a Gunter's, que fue una delicia. Nunca imaginé que hubiera helados de tantos sabores.

Shannon se extrañó de que algo tan común le afectara. —¿No tiene amigos en Londres con los que pueda ir?

Amelia negó con la cabeza. —No conozco a nadie en Londres. Nunca he estado aquí y mi madre no me ha presentado a nadie de mi edad. —Una expresión de nostalgia se apoderó de sus facciones. —Me encantaría recorrer Londres con mis propios amigos, pero mi madre dice que primero debería centrar mi atención en encontrar un marido, y que una vez casada podré explorar Londres a mi antojo. Supongo que ella sabe lo que es mejor para mí.

Shannon no dudaba de que el último comentario era una cita de lady Fisher, pero se

abstuvo de decirlo.

—Tal vez, pero yo soy soltera y he explorado todos los rincones de Londres con amigos.

—Es diferente para usted. —Dijo. —Hay cierta libertad en ser una solterona. —Al darse cuenta de lo que había dicho, Amelia se llevó la mano a la boca y su piel se puso colorada.

—No quise decir... no piense que... es que mamá dijo...

El comentario sobresaltó a Shannon. Pero enseguida se dio cuenta de que la idea no había partido de Amelia, sino de su madre. Sonrió tranquilizadora a la nerviosa muchacha.

—No se preocupe, no me he ofendido. Parece que su madre me ha puesto como ejemplo de lo que les pasa a las chicas que se saltan las normas.

Amelia agachó la cabeza. —No quiero hablar mal de mi madre. —Respondió con voz débil. —Sólo que ella no entiende lo que es ser una jovencita en su primera temporada. Tiene ideas muy estrictas y está empeñada en que encuentre un buen partido. Sé que es muy importante, pero me gustaría que las cosas fueran de otra manera.

Shannon no sabía qué decir. No quería animar a la joven a desafiar a su madre, pero tampoco podía animarla a obedecerla ciegamente. —Me sorprende que le haya permitido venir a cabalgar conmigo. —Dijo Shannon.

Un pequeño rubor apareció en las mejillas de Amelia. —No sabe que me reuniría con usted aquí. Estaba fuera cuando llegó tu nota. Cree que sólo estoy ejercitando a mi caballo.

Una muestra de espíritu, al menos. Tal vez había más en la señorita Fisher de lo que parecía.

—Bueno, en ese caso, aprovechemos su ignorancia. ¿Dejamos atrás a la multitud y galopamos un poco?

Para su crédito, Amelia sólo dudó por un breve momento. Luego sus ojos brillaron con

picardía y asintió sin emocionada.

Shannon revisó su opinión. Es una diablilla traviesa, no un querubín en absoluto.

Shannon salió de Rotten Row, con Amelia a su lado y el mozo de cuadra siguiéndola de cerca. Cabalgaron a un trote tranquilo hasta que llegaron a unos grandes robles que las ocultarían del camino principal. Inmediatamente, Shannon puso a Nerón al galope. Una rápida mirada hacía atrás le mostró que Amelia la seguía, y detrás de ella, el sirviente.

Por la tarde, a la hora más concurrida, uno no esperaba poder dar rienda suelta a su caballo, pero, con algo de cuidado, uno podía galopar muy rápido...



Nathan bebió un sorbo de su segunda copa de brandy. Lady Harewell y su hija, Lady Dudley, eran encantadoras, pero su paciencia se estaba agotando. Había venido a visitar a la señorita Patterson, no a ellas.

—Su padre estuvo a punto de pedir mi mano, pero su abuelo tenía otras ideas para él. —Lady Dudley hizo una pausa, sumida en sus reflexiones.

Nathan se rio entre dientes. —Lamento que perdiera la oportunidad de ser su esposa, pero si mi propia existencia está en juego, no espere que me muestre muy comprensivo.

Lady Dudley se encogió de hombros. —Usted no habría sabido de su pérdida. —Su expresión era grave, pero sus ojos brillaban. Por un breve momento, le recordó a la señorita Patterson.

La puerta se abrió y entró la señorita Patterson. Se puso de pie. Llevaba un vestido de montar color miel, de corte militar. Estaba claro que había vuelto de un paseo a caballo... en

Hyde Park, sin duda. Sus ojos brillaban por el ejercicio, sus mejillas estaban rubicundas y largos mechones de pelo le caían sobre la cara. En conjunto, tenía el aspecto de una mujer que había vivido una experiencia estimulante. Se preguntó si tendría ese aspecto después de acostarse con ella.

Reprimió la imagen tan pronto como surgió. La había llamado sólo porque intentaba rescatarla de las intenciones de un villano. ¿Qué demonios hacía pensando en ella en su cama?

Se distrajo especulando si cabalgaba sola o acompañada. Era poco probable que hubiera cabalgado sola en hora punta, lo más probable era que fuera acompañada. Sintió una repentina punzada al pensar en ella cabalgando con algún joven caballero, alguno de sus admiradores. Contuvo el impulso de preguntarle con quién había estado.

Entonces se le ocurrió que podría haber cabalgado con Ramsey. La imagen de ellos trotando por el parque, conversando y riendo, lo puso furioso. Mientras él se sentaba e intercambiaba impresiones con sus parientes, ella... estaba haciendo alegremente exactamente lo que él trataba de impedir. Apretó los dientes.

Se dio cuenta de que estaba frente a él y le estaba hablando.

—¿Lord Maddox?

—Lo siento. —Respondió él, sin haber oído nada de lo que ella decía. —Me temo que no le he oído. —Sonaba muy brusco. Eso no serviría de nada.

—Simplemente dije que era un placer inesperado.

—Apenas inesperado, ya que le avisé de que vendría.

Sus cejas se fruncieron. —¿No recibió mi nota? Le envié una respuesta inmediatamente.

Él la había recibido, por supuesto, y la había ignorado, pero ella le ofrecía una forma de explicar su presencia, así que no la desaprovechó.

—Salí de casa esta mañana temprano para ocuparme de unos asuntos y no he vuelto desde entonces.

Enarcó una ceja castaña, pero no dijo nada para contradecirle.

Tuvo la clara sensación de que ella no le creía.

—Por favor, tome asiento, lord Maddox. —Dijo ella. —Si me concede un minuto, me reuniré con usted. No quiero sentarme en el salón oliendo a caballo.

—Nunca podría oler a caballo. —Dijo él con galantería. Al momento siguiente, cuando ella enarcó otra ceja, se dio cuenta de que podría perfectamente haberse dado una patada en el trasero. Bueno, no había forma de salvar la situación. Más valía sonreír y aguantarse.

Sonrió. —Quería decir, —dijo, poniendo las cartas sobre la mesa y esperando que ella estuviera dispuesta a dejarlo pasar, —que un olor fresco a caballo al aire libre nunca hace daño a nadie.

Ella torció la boca y una pequeña chispa iluminó sus ojos. —¿Ah, sí? ¿Le importaría apostar sobre mis posibilidades si asistiera a un baile con olor a caballo?

—En mis tiempos, —dijo Lady Harewell, interviniendo, —nadie se molestaba en bañarse, se pensaba que no era saludable, y era cierto, ya que era casi imposible encontrar agua limpia cerca de Londres. Recuerdo que mis padres me contaron que cuando la reina Carolina decidió reservar una habitación especial para una bañera, y procedió a bañarse una vez a la semana, se la consideró sumamente extraña. Por supuesto, incluso ella, atrevida como era, se bañaba con la protección de una bata de lino.

La expresión del rostro de Lady Dudley no dejaba lugar a dudas sobre su opinión al respecto.

Lady Harewell se rio. —Nosotros usábamos más perfumes que la gente hoy en día. Podría decir, de hecho, que nos lavábamos con colonia. —Dijo. —Pero admito que bañarse es mucho

más agradable.

—Bueno, yo no renunciaría a mis baños por nada. —Dijo Shannon.

La visión de la señorita Patterson desnuda en su bañera se entrometió en su mente. Siguió todos sus movimientos mientras se enjabonaba lánguidamente.

Todos se habían vuelto hacia él, esperando una respuesta, pero… ¿a qué? ¿Qué le habían preguntado?

Intentó salir del paso. —Yo, estoy de acuerdo. —¿Qué le pasaba? Quizá había llegado el momento de visitar a la Viuda de Oro. Había pasado mucho tiempo desde su último retozo.

—Como la opinión general parece ser que no necesito cambiarme, me quedaré abajo. —Ella se acomodó en un sofá. Lo más lejos posible de él, observó Nathan.

Ahora que tenía su atención, se dio cuenta de que no sabía qué decirle. ¡Diablos! Sólo tenía una cosa que decirle. Quería que se alejara de Ramsey. Pero eso era precisamente lo que no podía decirle. Se le ocurrió que debería haber pedido ayuda a su abuela cuando tuvo la oportunidad.

Mientras tanto, mientras él la esperaba, ella había salido con Ramsey. Ridículo era la palabra correcta, él había hecho el ridículo y no había conseguido nada.

La irritación brotó y le agarró por el cuello.

Realmente no tenía nada que decir, y se había quedado mucho más de la hora aceptable para una visita social. Echó una rápida mirada al reloj de pie de dragón de la chimenea y se puso en pie.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde. —Dijo, sonriendo suavemente a las señoras mayores. —Ha sido un placer hablar con ustedes. —Se volvió hacia la señorita Patterson, que, por tercera vez en pocos minutos, volvió a enarcar una ceja. El gesto le molestó, aunque era una buena señal, demostraba que no era fácil engañarla.

CAPÍTULO 8

La temporada londinense estaba en pleno apogeo, y Shannon se mantenía ocupada. La casa de Grosvenor Square recibía un nuevo flujo de visitantes. Mamás y abuelas deseaban reencontrarse con su querida amiga lady Harewell y recordarle que sus hijos eran solteros elegibles. Llegaron caballeros con ramos de flores y poemas. Hubo incluso una propuesta de matrimonio, que su señoría declinó. Shannon lo descubrió después, cuando habló con ella durante el desayuno.

—No estarás interesada en el señor Palmer, ¿verdad? —Le preguntó, dejando su taza de té de porcelana azul con un ruido metálico y mirándola dubitativa.

—No, claro que no. —Aseguró Shannon.

—Eso lo aclara todo. —Dijo la abuela. Inmediatamente se lanzó a otro tema de conversación, algo sobre una nueva exposición en el Salón Egipcio.

—Espere. —Dijo Shannon, interviniendo antes de que la fuerza del torrente se la llevara. —¿Por qué ha preguntado por el señor Palmer?

Lady Harewell giró las manos y examinó las palmas con detenimiento. —Si quieres saberlo… —dijo, —el muy tonto se ofreció por ti.

Fue el turno de Shannon de dejar su taza de té, muy lentamente. —Deduzco que lo rechazó.

—Naturalmente.

—Le agradecería que consultara conmigo antes de rechazar a cualquier otro. No hace falta que le recuerde que tengo derecho a tomar mis propias decisiones.

—Claro que lo sé. —Dijo su abuela. —Sólo quería evitarte una vergüenza innecesaria.

—Estoy harta de que todo el mundo quiera evitarme algo. —Dijo irritada. *¿Por qué le decía siempre lo mismo? ¿De verdad parecía tan frágil?*

—Sé que actúa con la mejor de las intenciones, pero prefiero ocuparme yo misma de cualquier propuesta incómoda. ¿Me cree capaz de hacerlo?

La anciana permaneció inmóvil, con los ojos fijos en su nieta.

Shannon suspiró. —En fin, no es nada que no pueda arreglarse. —Dijo y sonrió al pensar en el señor Palmer y su perro de pelo rizado. —Me alegro de que te hayas librado del pobre señor Palmer. Está convencido de que quiero saberlo todo sobre su programa de cría.

—Espero que no. —Dijo su abuela con indiferencia.

Shannon soltó una risita al comprender lo que quería decir y, por una vez, no se sintió avergonzada. —No el suyo personal —dijo, juguetona, —sólo el de sus perros. No es mala persona, es simplemente un pesado. Espero que consiga encontrar una esposa a la que le interesen esos temas. Por su bien, al menos.

Lord Ramsey estaba entre los visitantes. Su visita fue formal, y no se quedó más de los veinte minutos requeridos. Durante ese tiempo se ofreció a acompañarla a las tiendas para comprar material para su nuevo hábito de montar. Esta vez llegó en una calesa gris a juego, y partieron acompañados por la criada de Shannon. No tardó en convencerla para que comprara un montón de adornos: encajes nuevos, una cinta verde que, según él, hacía juego con sus ojos, y una nueva cofia ribeteada en lavanda. Shannon se asombraba de su implicación en sus compras.

—Muy pocos caballeros dedican tiempo a aconsejar a una dama qué debe comprar. La mayoría de los caballeros se aburrirían al ver los primeros lazos.

—Pero ya debe saber, señorita Patterson, que me interesan la mayoría de las cosas que a usted le interesan. Usted tiene una mente vivaz, y convierte la más monótona expedición de compras en… —buscó la palabra —un picnic.

—Pare, Lord Ramsey. —Respondió ella. —Ahora está siendo un adulador, y sabe que no me gusta.

—En ese caso, cesaré inmediatamente.

Su humor desenfadado caló en ella, y se sintió más inclinada que nunca a verle con buenos ojos. Es cierto que coqueteaba mucho, pero era de esperar. Ella no se tomaba en serio sus comentarios, sino que los disfrutaba en el espíritu con el que estaban concebidos.

Lord Cunningan también la visitó una mañana, y como era un visitante solitario, él y Lady Harewell pasaron unos agradables veinte minutos hablando de jardinería, un tema obviamente familiar para él. Su hermana mayor, Violette, le había obligado de niño a pasar muchas horas ayudándola con la poda y la recogida de flores, y él demostró ser bastante entendido.

—Sólo tenía doce años y nunca se me ocurrió decirle que no, pero un día mi padre me pilló y mi pobre hermana fue el blanco de su ira. En aquel momento me sentí lo bastante feliz como para abandonar las espinas y las ortigas, así que me fui pavoneándome con mi padre, pero más tarde la miraba desde la ventana y deseaba unirme a ella.

De Lord Maddox no había ni rastro, tal vez por fin haya logrado ahuyentarlo. Los lirios se marchitaron y hubo que tirarlos. Que les vaya bien. Tenía muchas otras flores de olor más dulce.



Nathan estaba apoyado contra la pared de la casa de los Boyd, oculto por una gigantesca maceta

de terracota en la que crecía una palmera achaparrada. No era la primera vez que lo maldecía aquella noche. Si no hubiera sido por la señorita Patterson, estaría cenando cómodamente en Brooks's, antes de salir para una noche de actividades mucho más placenteras que escapar de matronas intrigantes. Al presentarse varias veces en bailes de sociedad, había enviado el mensaje equivocado. Todas las madres con hijas deseables se le echaron encima en cuanto llegó.

Por supuesto, la verdadera pregunta que le martilleaba era por qué no podía dejar el tema en paz.

Cierto es, que Ramsey tenía que ser llevado ante la justicia, y el la sociedad tenía que saber la verdad sobre él. Pero, ¿por qué se había encargado de perseguirlo, cuando ya había fracasado antes? ¿Y cuando la señorita Patterson había dejado perfectamente claro que no apreciaba sus intentos?

El sonido de su nombre irrumpió en sus reflexiones. Un lacayo le esperaba a unos pasos, con un papel doblado sobre una bandeja de plata. Nathan cogió el papel y miró lo que había escrito. Su nombre estaba garabateado en el anverso, con letra apresurada y casi ininteligible.

Despidió al lacayo y abrió la nota. El garabato del interior, si cabe, era aún peor. Alguien con mucha prisa la había escrito.

Lord Maddox

Perdóneme estas apresuradas líneas, pero necesito hablaros urgentemente. Ha surgido algo grave. Necesito vuestra ayuda. Le esperaré en la biblioteca.

Estaba sin firmar. Aunque se enorgullecía de recordar la letra de la gente, no se había encontrado antes con esta escritura.

La hizo una bola y la arrojó a una bandeja con vasos vacíos. Debía de ser de alguna

desconocida casada, aburrida de su marido y en busca de aventuras.

Ramsey podía esperar. Al menos por el momento. Estaba más que contento de abandonar el aburrimiento del salón de baile.

Situaciones similares le habían ocurrido antes, y además, le gustaba que la dama diera el primer paso: el elemento sorpresa aumentaba el placer. Siempre que fuera una sorpresa agradable, claro. Fuera como fuera, la perspectiva de alguna nueva diversión compensaría el hecho de verse obligado a asistir a aquellos bailes interminables.

Vació su vaso y lo puso en la bandeja. Con paso ligero, se dirigió a su cita.

No era de los que decepcionan a una dama.

Shannon sabía que no era prudente salir a la oscuridad del jardín, pero tenía que respirar aire fresco o explotaría. Una de las razones por las que había dejado de ir a bailes era el agobio. No le gustaba estar en una habitación con tanta gente apretujada. En las casas más grandes que tenían salones de baile formales, siempre había algún rincón donde uno podía escapar, pero esta noche el único rincón vacío estaba detrás de una palmera, y lo ocupaba Lord Maddox.

Ni un rastro de luz de luna iluminaba las sombras. La única iluminación provenía del interior de las ventanas. No quería que la vieran, perfilada contra la casa, así que se volvió y tomó un camino que la llevó justo fuera de la luz. No fue muy lejos, simplemente quería un momento de intimidad para respirar lejos del bullicio del baile. Se paró bajo un árbol, apoyó con cuidado el brazo en la corteza y se quitó las zapatillas de seda para estirar los dedos acalambrados.

Dejó que la oscuridad la envolviera. El dulce aroma del jazmín se extendió hacia ella y lo absorbió, saboreando el suave calor de la noche de mayo.

Pero no por mucho tiempo. Unas voces de hombre se dirigieron hacia ella. Rápidamente se ocultó tras un seto, en las sombras más oscuras. Se agachó un poco, esperando que su cabeza no

asomara por encima. No podía arriesgarse a encontrarse con un grupo de hombres extraños, sobre todo si estaban con sus copas, y lo más probable es que así fuera si estaban en el jardín en la oscuridad.

Esperaba que continuaran más allá del arbusto de vuelta al salón de baile. En cambio, se detuvieron a pocos metros. Su corazón se aceleró. ¿La habían visto esconderse? Esperó, casi sin respirar, con la sangre latiéndole en la cabeza.

Entonces alguien habló y su voz familiar la sobresaltó. Estaba tan cerca que esperó que se metiera entre los arbustos y la cogiera del brazo. Se sintió aliviada y empezó a salir de su escondite.

—Te prometo que es mía. —Algo en su forma de hablar era diferente. Su voz tenía un tono duro que la detuvo en seco. Se quedó muy quieta, esperando a que terminara antes de revelar su presencia. —La tengo exactamente donde quiero. La llevaré fuera esta noche y tú serás testigo del acontecimiento.

Uno de los hombres soltó una risita. —Por mi parte, no me importaría verlo. —Ella podía reconocer perfectamente al hombre de ojos de hielo que habían conocido en Hyde Park. Apenas había hablado, pero ella reconocería esa voz en cualquier parte. —Es un bocado apetitoso. Tal vez ella consienta en tenerme después de que hayas terminado con ella.

Ramsey siseó. —Debes recordar que no estamos hablando de una puta común. Esta es una dama.

—No después de que hayas terminado con ella. —Dijo un tercer hombre, a lo que siguieron risas masculinas.

—Recuerda que mi objetivo no es arruinarla. La apuesta sólo especificaba que me acostaría con ella, con vosotros como testigos. Nada más. —Dijo Ramsey.

—Te estás acobardando, ¿verdad? —Se burló el hombre de hielo. —Se te acaba el tiempo.

Si quieres ganar la apuesta, será mejor que te muevas esta noche.

—El acuerdo estipulaba dos semanas. Según la apuesta, aún me quedan tres días.

—No podemos seguirte a todas partes por si consigues levantarle las faldas. Estamos aquí esta noche, así que es tu oportunidad, ganes o pierdas.

—Entonces, será mejor que volvamos al salón. —Dijo el tercer hombre. —Necesito unas copas más si voy a esconderme entre los arbustos esperando a que entregues la mercancía.

—Por mi parte, no tengo intención de hacer el zorro. —Dijo otro hombre, empezando a alejarse. —No tengo intención de arruinar el deporte dando tumbos en la oscuridad.

—Podría interrumpir algo. —Siguieron algunas risas más.

Sus voces se hicieron más tenues. Ella no se movió. No había oído la voz de Ramsey mientras se alejaban y temía que se hubiera quedado atrás, que la hubiera visto. Sentía la boca seca, pero no quería tragar, apenas se atrevía a respirar.

No ocurrió nada. Sólo silencio al otro lado del arbusto. Intentó mirar entre las ramas, pero no veía nada.

Esperó, con el estómago retorciéndose y el corazón como un reloj enloquecido. Él tendría que moverse primero.

El tiempo se alargó. No sabía cuánto tiempo había permanecido detrás del seto. Al final empezó a darse cuenta de que, si él hubiera querido, podría haberla agarrado y sacado de allí. No necesitaba esperar a que ella saliera.

Su corazón recuperó su velocidad normal y el dolor de estómago remitió. Descubrió que había aplastado un puñado de hojas en la mano, cuyo amargo olor le llenó la nariz. Sin duda se mancharía los guantes. Intentó salir de su escondite sin hacer ruido, pero sus músculos se negaron a obedecer. Se estrelló contra un lado del arbusto y salió como pudo, atenta a cualquier movimiento. No había nadie. Se levantó el vestido y se escabulló hacia las puertas francesas del

salón de baile.

El bullicio y el calor la golpearon al entrar, pero no se sintió más segura. Se imaginó a Ramsey y a sus amigos observándola, acorralándola. Decenas de rostros se alzaron frente a ella y todos tenían el mismo aspecto. Temía que en cualquier momento Ramsey se le acercara y la invitara a bailar. No podía enfrentarse a él sin delatarse.

Escapó al baño de señoras. Allí, tal vez, podría recuperar algo de calma. Suficiente al menos para acercarse a su abuela y decirle que tenía que irse a casa.

Pero, demasiado nerviosa para darse cuenta de su dirección, se alejó demasiado, o tomó el camino equivocado. Imaginando que Ramsey la seguía, se precipitó por el oscuro pasillo, buscando frenéticamente la puerta. Detrás de ella se oyeron pasos. Dobló la esquina y abrió la primera puerta que encontró. Entró y la cerró silenciosamente tras de sí.

Empezó a temblar. No creía que pudiera parar. Sus palabras no le habían llegado hasta ese momento. Al principio pensó que no podían estar hablando de ella, pero luego recordó que había conocido a Ramsey hacía exactamente diez días. No podía tratarse de otra persona.

Después de aquello, había estado demasiado concentrada en entrar sana y salva como para pensar en ello, pero ahora se le venía a la mente toda la escena. Se dio cuenta de que había tenido suerte de escapar. Sólo la había salvado aquel temerario deseo de respirar aire fresco.

Se preguntó si lo habría conseguido. ¿Habría ido sola con él al jardín? No lo sabía. Tal vez él la habría atraído alegando la necesidad de confiarle algo, y ella le habría acompañado, si él lo hubiera hecho.

Pensó en todas las cosas que le había contado. Sobre su padre. Sobre el ejército. Todo mentiras, sólo para despertar su simpatía. Debería haber sabido que alguien con un pasado tan oscuro no podía moverse por la vida con tanta ligereza, riendo a cada paso.

Se pasó los dedos temblorosos por la cara. Estaba perturbada, es cierto, pero después de

todo, había escapado. No sabía hasta dónde llegaría él para ganar la apuesta, pero tomaría todas las precauciones. Sólo quedaban tres días, y si planeaba secuestrarla, no la encontraría desprevenida.

Se tranquilizó. Respiró profundamente y miró a su alrededor.

Estaba sola en la biblioteca. Qué tonta era. Planeando precauciones y, sin embargo, allí de pie sola como la una. Se giró rápidamente, ansiosa por unirse a la multitud del salón de baile. Después de todo, la unión hace la fuerza.

Entonces el picaporte comenzó a moverse, lentamente.

Se giró para buscar un lugar donde esconderse. Su mirada se posó en las cortinas y se escabulló tras ellas. Si se movían, por supuesto, él la encontraría. Pero la biblioteca estaba mal iluminada y tal vez él no la había visto entrar. Si la buscaba sin estar seguro, podría ver una habitación vacía y marcharse.

Alguien agarró las cortinas y las apartó violentamente. Ella se aferró a ellas, luchando por mantener el agarre.

Volvió a intentar tirar de las cortinas y ella continuó agarrándolas. Él las soltó, renunciando a arrancárselas.

En cambio, sus manos empezaron a recorrer su cuerpo, tocándola a través de las cortinas. Ella se retorció, tratando de esquivar aquellas manos palpadoras.

Tardó en darse cuenta de que sus manos no eran violentas. La persona que estaba delante de las cortinas le hacía cosquillas.

No podía ser Ramsey, a menos que estuviera utilizando algún método extraño que ella desconocía para someterla.

Echó las cortinas hacia atrás, preparándose.

Y se encontró cara a cara con un sonriente lord Maddox.

CAPÍTULO 9

Lo miró atónita. Este día se estaba convirtiendo rápidamente en una sucesión de pesadillas.

—¿Usted? —Le dijo.

Se quedó con la boca abierta. —¿Usted en serio? —Él no hizo ningún movimiento para acercarse a ella. De hecho, dio un gran paso atrás.

—Sí, claro que soy yo. ¿Quién creía que era? —Dijo ella.

Abrió la boca para responder y la volvió a cerrar. —No importa.

Se sintió aliviada. No era Ramsey y no pretendía atacarla. Se dirigió al sofá más cercano y se tumbó en él. El asiento era más duro de lo que esperaba y le sacudió la espalda.

Se sentó derecha, esperando a que se le pasara el dolor.

Lord Maddox se sentó frente a ella y la miró con sobriedad.

—Quizá quiera contarme de qué va todo esto. —Dijo.

—¿Por qué cree que hay algo que contar? —No podía soportar la humillación de decírselo, además de todo lo demás.

—¿Suele esconderse detrás de las cortinas de la biblioteca cuando hay un baile?

—Ah. Sí. Las cortinas. —Se esforzó por encontrar una explicación. —Perdí un alfiler. Lo estaba buscando.

—¿En serio?

—De verdad. —Respondió ella, inyectando convicción a su voz.

—Ha perdido el alfiler detrás de las cortinas —Dijo él con total indiferencia.

La miró fijamente, y su mirada inmóvil le impidió quedarse quieta. Se llevó una uña a la boca para mordérsela, recordó que llevaba guantes y dejó la mano suelta, que cayó sobre su regazo. En un esfuerzo por parecer imperturbable, apoyó la mano en el brazo del sofá. La madera curvada se clavó en ella y volvió a moverse.

Él seguía mirándola.

—¿Y bien? —Preguntó.

No podía contarle lo que había pasado, especialmente cuando él le había advertido sobre la naturaleza de Ramsey. Sobre todo, porque él se lo había advertido y ella había rechazado su consejo tan bruscamente. Él se burlaría de ella y disfrutaría cada momento de su incomodidad. Se lo contaría a su amigo Lord Cunningan, se regodearían juntos, y su desprestigio sería total.

Entonces recordó a Ramsey y sus compañeros. Oyó la voz del hombre de ojos de hielo flotando hacia ella en la oscuridad y se estremeció.

La mirada anodina de lord Maddox se transformó en preocupación.

—¿Tiene frío? Tal vez esté a punto de enfermar. ¿Quiere que le dé mi abrigo?

Temblaba, pero no de frío. Él tomó su silencio como una respuesta y se sentó a su lado en el sofá, se quitó el abrigo y la envolvió en él, aún conservaba el calor de su cuerpo. La sensación la reconfortó.

—¿Quiere que llame a su carruaje?

Pensó en la casa sumida en la oscuridad, con sólo unas velas. Los criados estarían dormidos y ella estaría sola.

—No. —Dijo. —Necesito quedarme aquí.

—Pero si tiene fiebre...

—No tengo fiebre. —Dijo ella, apretando los dientes.

—Eso está mejor. —Dijo él, sonriendo.

Tenía una sonrisa agradable. Las sonrisas de Maddox nunca le habían parecido amables, pero ésta irradiaba seguridad. Sintió que su cuerpo se relajaba y que los escalofríos disminuían.

Decidió bruscamente que, aunque se burlara de ella, se lo contaría.

El reloj de caoba sonó, indicando la medianoche. La noche acababa de empezar.

Tomó aire y se preparó. Las costillas la oprimían, impidiéndole respirar. Le faltaba valor para hablar.

Pero se lo debía, después de cómo le había tratado. Después de haberse negado a escucharle.

No podía mirarle mientras hablaba. Así que centró su mirada en sus manos, examinando las líneas que se entrecruzaban en sus palmas. No quería verle la cara cuando se enterara.

—Tenía razón sobre Ramsey.

—Ah. —Dijo él.

Había un toque de triunfo en su voz, pero ella continuó.

—Tuve la suerte de oír por casualidad una conversación que mantuvo con algunos de sus compañeros. Al parecer, tiene un acuerdo con sus amigos, una apuesta. —Hizo una pausa, sin saber cómo expresarlo. El calor le subió por la cara hasta la raíz del pelo y sus mejillas resplandecieron. —Debía… —se tropezó con las palabras, incluso ahora. —…seducirme antes del próximo jueves, a cambio de cierta suma de dinero. —Las palabras sonaban planas, vacías de significado. Dichas así, no transmitían nada de lo que aquello significaba para ella.

La bola de hierro fundido de su interior se había enfriado, dejándole un pesado nudo en el estómago y el sabor a plomo de la traición.

Su compañero no dijo nada.

Ella le lanzó una mirada, interrogante, deseosa de conocer su reacción.

Él se acercó, le cogió las manos y acercó su cara a la de ella para que no pudiera apartar la mirada.

—Lo siento. Ojalá hubiera podido evitarle esto, pero eso no es nada comparado con lo que habría sufrido si no se hubiera enterado de sus planes. Tuvo una escapada muy afortunada.

—Por supuesto. —A través de sus guantes, el tacto de sus dedos la calmó. Él tenía razón, no había pasado nada. Había estado en peligro, pero se había enterado a tiempo y se salvaría.

—Se recuperará. —Le dijo. —Siempre parece que nunca lo harás cuando estás enamorado, pero créame, lo hará. Lo he visto innumerables veces. —Torció la boca. —Incluso yo mismo lo he experimentado alguna vez.

Ella apartó las manos bruscamente.

—¿Eso es lo que cree? —Dijo enfadada. —¿Que le quiero?

Parecía realmente perplejo, por lo que intentó calmar su ira. A pesar de su amabilidad, conseguía enfadarla. Desde luego, tenía que controlar su mal genio.

—Lo siento. —Dijo. —No es nada de eso, yo no le quería, no tuve la oportunidad. Tal vez si hubiera pasado más tiempo con él.... Simplemente disfrutaba de su compañía, tonta de mí.

Las arrugas de su rostro se alisaron y la tensión desapareció. Se reclinó en la silla, extendió un brazo para apoyarlo en el respaldo del sofá y extendió las piernas.

—Santo cielo. —Dijo. —A juzgar por su determinación de buscar su compañía, uno habría pensado que estaba locamente enamorada de él.

—Eso no es cierto. —Replicó ella, su temperamento subiendo a pesar de su determinación de controlarlo.

—¡Ja! —Añadió él. —No me he inventado nada, media Londres es consciente de la ternura que ha demostrado por él.

La sangre se le fue de la cara. —¿Qué he demostrado? —Preguntó ella, luchando por hablar. Las cosas estaban yendo de mal en peor. —¿Ha habido cotilleos respecto a mi comportamiento con el capitán Ramsey?

Él se encogió de hombros. —No tanto como eso, pero había una entrada en White's referente a las próximas nupcias entre ustedes.

Las nupcias nunca fueron una posibilidad, y ella no lo lamentaba. Aún no había tenido la oportunidad de soñar con un futuro con él, pero seguía siendo un trago amargo, se le atascaba en la garganta.

—Anímese. —Dijo Maddox que parecía bastante contento. —Sólo está sufriendo las punzadas de un orgullo herido, no hay daño real.

Ella asintió. —Sí. Cuando pienso en lo que podría haber pasado... —Un escalofrío la recorrió hasta los huesos. El temor que la había invadido antes de la llegada de lord Maddox regresó. —Pero aún podría intentarlo de nuevo. La apuesta aún no ha terminado.

Se puso alerta. —Tiene razón, no se rendirá tan fácilmente. Y como no sabe que está al tanto de su plan, persistirá. —Dijo preocupado

—Tal vez debería enfrentarme a él. —Dijo ella.

—No. Eso sólo lo llevará a tomar medidas más desesperadas. —Dijo él. —Es mejor mantenerlo desprevenido, pensando que usted no sabe nada de su plan. Todo dependerá de cuánto necesite ganar. Pensaba que iba a recibir una herencia, pero sus asuntos deben de estar peor de lo que pensaba.

Se encogió de hombros.

—No sé nada de sus finanzas. Está claro que usted sabe más de él que yo.

El rostro de Maddox se contrajo. Volvió a apartarse de ella, despatarrándose en el asiento, pero su cuerpo estaba tenso, como un mecanismo de relojería, listo para saltar.

—Sé más de él de lo que me gustaría.

Ella esperó. No le presionó para que hablara, pero podía sentir su agitación.

Cerró los ojos. —Es una larga historia, y sólo puedo darle algunos detalles breves. Conocí a Ramsey en Eton, pero nuestros caminos no se cruzaron mucho. Sus aficiones y las mías eran un poco diferentes. En cualquier caso, yo era un año mayor que él. —Frunció los labios. —Después de cometer demasiados delitos, esta vez con la hija de uno de los tutores de la escuela, fue expulsado permanentemente. Su padre decidió que obligarle a luchar en el continente podría domar su fiereza.

—No sé cómo le fue en los comienzos de su carrera militar. La influencia de su tío, el Duque de Lawsting, le proporcionó un buen rango, muy superior al mío. Terminé mi carrera en Oxford y me alisté en el ejército, ansioso por luchar contra Napoleón. Cuando me asignaron mi regimiento, descubrí que iba a servir bajo su mando.

Sus manos se apretaron. Su rostro, hermético para ella hasta ahora, se retorció de angustia. —Estábamos en medio de una escaramuza. Los franceses nos presionaban por tres flancos. La lucha era feroz, la situación bastante desesperada. Le pregunté si debíamos sondear una retirada, antes de que nos rodearan por completo. Me dijo que no, que debíamos continuar. En ese momento éramos unos setenta y nos superaban en número. Finalmente, los franceses empezaron a acercarse. Lo busqué para que diera una orden, para que nos dirigiera, pero no estaba por ninguna parte. Entonces lo localicé. Estaba parcialmente oculto detrás de un árbol. Estaba quitando el uniforme a un soldado francés muerto o herido. Lo siguiente que vi es que se había desnudado y se había puesto el uniforme francés. Entonces un soldado francés me atacó y tuve

que darme la vuelta. La siguiente vez que miré había desaparecido.

Se quedó en silencio, sumido en sus recuerdos.

—Sólo diez de nosotros sobrevivimos a la matanza. Cuando me di cuenta de que Ramsey había desertado, ya era demasiado tarde para hacer nada.

Se cubrió la cara con las manos. —Aún sueño con esos hombres, con sus caras muertas mirándome. En mis sueños tomo el mando y los salvo. —Su voz era un susurro ronco. —Pero luego me despierto y descubro que nada ha cambiado.

—¿No fue castigado por su deserción?

Se rio, una risa amarga y fea. —Hice todo lo que pude para instigar una audiencia, pero su tío intervino y paró la investigación. Nunca se tuvo la oportunidad.

Se pasó las palmas de las manos por la cara. —Lo peor es que sigue en el ejército, en una unidad de élite. Ahora los llaman los Fusileros, pero como ya no estamos en guerra con Napoleón, puede disfrutar de sus privilegios sin ninguno de los inconvenientes de la guerra. Ha tomado un estilo de vida licencioso, disfruta particularmente seduciendo a vírgenes muy jóvenes. Si le preguntas a Lord Cunningan, te hablará de una joven pariente suya de apenas catorce años. Por suerte, pudieron casarla rápidamente.

No necesitaba oír más. Su situación era trivial comparada con la de aquellas mujeres cuyas vidas habían sido arruinadas por Ramsey.

—No comprendo por qué, si tiene tan poco dinero, no se casa con una heredera.

—No puedo responder a eso. Se rumorea que su padre se está muriendo y que pronto recibirá una gran fortuna. Puede que tal vez no sea el dinero lo que le mueve, sino el desafío. ¿Quién sabe?

Se sentaron juntos en el sofá, rumiando en silencio. El dolor de él se transmitió a ella y ella reflexionó sobre aquellos hombres muertos, tendidos en el suelo. Se acercó a él y le cogió las

manos como él había hecho con ella. Sus miradas se cruzaron. La desesperación de sus ojos cambió, sustituida por un destello de algo más. La atrajo hacia él y sus labios buscaron los suyos, al principio tanteantes, luego persistentes. Su urgencia despertó un impulso que ella nunca había sentido. Ella le acercó la cabeza, deseando más.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe.

Se separaron de un salto. Pero no había forma de ocultar su abrigo, que se había deslizado hasta el suelo. Ni las mangas de camisa que ningún caballero debería mostrar ante una dama. Ni a los dos sentados juntos en el sofá, solos en la biblioteca.

El grito ahogado de la puerta le dijo lo que necesitaba saber.

Dos mujeres entraron. Lady Fisher miró a Shannon con sus ojos pequeños. Al principio no pareció reconocerla. Shannon lo supo porque en el momento en que lo hizo, su expresión cambió. Su boca se torció con malicia y emitió un sonido estrangulado en la garganta, casi un chillido.

La otra era Lady Templeton. Levantó su copa y estudió a la pareja a través de ella.

Ninguna de las dos dijo una palabra.

Salieron y cerraron la puerta tras de sí. En unos minutos, todo el salón de baile se enteraría.

—No puedo expresar cuánto lamento lo que acaba de ocurrir. —Lamentó lord Maddox.

Shannon se encogió de hombros. De un modo u otro, ésta iba a ser la noche en que su vida se haría añicos. Sabía que lo que acababa de ocurrir no podía ser perdonado en la Sociedad. En cuanto a los escándalos, no era lo peor que podía ocurrir, pero no dejaba de ser un escándalo.

Se consoló pensando que era mejor que lo que podría haber ocurrido con Ramsey.

Maddox luchaba con su abrigo. Le quedaba demasiado bien para ponérselo sin un ayudante de cámara. Intentó ayudarle.

—Mejor no. —Dijo él. Su voz era áspera.

—Ya no importa. Aunque me vean ayudándole con el abrigo, no empeorará la situación.

Se lo pensó. —Entonces le agradecería su ayuda. Desprecio esta moda que hace que uno dependa de sus sirvientes. —Con cierto esfuerzo, volvió a ser el elegante conde. Shannon admiró la sólida anchura de sus hombros bajo la ceñida ropa.

Le sonrió, y él le devolvió la sonrisa.

—¿Listo para enfrentarse a los lobos? Si nos vamos lo bastante rápido, podremos escapar antes de que la historia haya llegado muy lejos.

Ella asintió. —Necesito encontrar a mi abuela.

—La encontraremos juntos. Se detuvo en la puerta. —Antes de irnos, sin embargo, deberíamos llegar a un acuerdo. No confío en Ramsey, no creo que renuncie a ganar su apuesta. Creo que sería más seguro que pasara la noche en casa de mi madre.

Frunció el ceño. —No puede llegar conmigo en mitad de la noche y entregarme a su madre.

—Tenía pensado que le acompañara su abuela.

—Ah. Eso tranquilizará mucho a su madre, sobre todo si ya está dormida. Imagine su sorpresa si se despierta y descubre que ha recibido dos visitas mientras dormía. Por no hablar de tener a los criados preparando dos alcobas en plena noche.

La miró divertido.

—Está claro que no conoce a mi madre. Le dará una magnífica oportunidad para ponerse histérica, cosa que le gusta mucho. Y no debes temer que esté durmiendo a estas horas. Lo más probable es que esté jugando al faro en alguna parte y regresará mucho después de que esté dormida. Aun así...no tiene elección. No puede volver a Grosvenor Square. Ha frustrado los

planes de Ramsey, y él no estará feliz por ello. Estoy seguro de que actuará contra usted, si no esta noche, en los próximos tres días.

Ella gimió.

—Pero involucrar a su madre...

—Mi madre es el alma de la discreción, se lo aseguro. Y no debe preocuparse por tener que tratar con ella esta noche, no la verá. Le escribiré un mensaje, explicándole que usted podría estar en peligro y que necesita quedarse en otro lugar que no sea su residencia habitual. Y me las arreglaré para visitarla lo antes posible mañana por la mañana para explicarle lo que quede. ¿Le parece bien?

Estaba demasiado cansada para tomar decisiones. Si podía convencer a su abuela para que la acompañara, entonces iría. Al menos por esta noche.

Mañana su mente estaría más clara, y se ocuparía de su vida de una manera tranquila y lógica. Como siempre hacía.

CAPÍTULO 10

Nathan llevó a la señorita Patterson y a lady Harewell a la casa de su madre. Como sospechaba, ella aún no había regresado de su salida nocturna. Después de asegurarse de que se había hecho todo lo posible para que estuvieran cómodas, se marchó y regresó al baile. Obligado a aminorar la marcha para saludar a los conocidos, su avance hasta la sala de cartas resultó penosamente lento. Apretó los dientes. No podía permitirse enemistarse con nadie, sobre todo en estas circunstancias. En la sala de juego, Nicky se aferró a sus cartas, pegado a la silla.

—Nos vamos, Nicky. —Pidió Nathan, apoyando con fuerza la mano en el hombro de su amigo.

—Maddox, ¿tienes que seguir interrumpiendo mis partidas?

—Estás perdiendo de todos modos. —Advirtió Nathan. —Te estoy haciendo un favor. —Con la excusa de mirar las cartas de Nicky, se inclinó y murmuró: —Ha habido novedades.

Nicky reaccionó de inmediato. Se levantó de un salto y se despidió cortésmente.

—¿Ha hecho algo Ramsey? —Dijo Nicky, alargando el paso para igualar a Nathan.

—Las paredes tienen oídos. —Murmuró Maddox.

A juzgar por el número de personas que volvieron a saludarle a la salida, el escándalo aún no había llegado muy lejos.

En la seguridad de su carruaje, Nathan relató los acontecimientos de la noche.

Podía confiar su vida a su cochero.

—Es un alivio, en cualquier caso, saber que la señorita Patterson no resultó herida. —Dijo Nicky con gravedad. —Te das cuenta, por supuesto, que tendrás que ofrecer por ella. Dadas las circunstancias.

—Claro que lo sé. —Dijo Nathan. —Me he comprometido con ella y, a diferencia de otros que permanecen anónimos, soy un caballero y un hombre de honor.

Volvieron a sumirse en la melancolía. Nathan, a veces, había imaginado casarse, y este feliz acontecimiento siempre ocurría en algún momento de un futuro muy lejano. Nunca había imaginado que fuera a ser de esta manera.

—Supongo que podrías hacerlo peor. —Dijo Nicky.

—Es cierto. —Su ánimo decaía por momentos.

—Si te hundes más, te caerás del asiento. —Comentó Nicky

—No puedes esperar otra cosa de mí la noche antes de una proposición. ¿No te das cuenta? Esto es para toda la vida. Estaré atado a una muchacha con la que he hablado media docena de veces como mucho. Antes de darme cuenta, tropezaré con una rehala de mocosos que me llamarán padre y pensarán que tengo algo que enseñarles. Todo porque me pillaron besando a una dama. —Gimió y se pasó los dedos por el pelo. —¿Qué he hecho yo para merecer esto? Es suficiente para que quiera desaparecer en mi alcoba con tres docenas de botellas de ginebra y no volver a salir.

Nicky se rio. Maldita sea, no era para reírse. —Seguramente ginebra no. No tiene sentido ir a los barrios bajos en tu propia habitación, al menos bebe algo decente.

—No quiero algo decente. La cuestión es arruinarme, no disfrutar bebiendo.

—En ese caso, la borrachera y la resaca harán el trabajo. —Dijo Nicky, en un tono alegre.

—No pareces comprender la situación. —Señaló Nathan. —Tengo la soga del párroco al cuello. Mi vida ha terminado.

—Tarde o temprano iba a ocurrir. —Aseguró Nicky. —Ha ocurrido antes de lo que pensabas.

Nathan gruñó.

—Tal como yo lo veo, —Continuó Nicky, completamente ajeno a su desdicha, —hoy es tu último día de total y completa libertad. Puedes entregarte a una borrachera mayúscula tragando ginebra en tu alcoba, o podemos aprovecharlo al máximo y darnos el gusto de pasar una noche de placer. Sin duda podrás disfrutar de algunas noches de juerga cuando estés casado, pero no tendrás la sensación de libertad despreocupada que puedes tener ahora. —Observó a su amigo, recostado en el asiento del carruaje. —Entonces, ¿qué decides?

Un gruñido surgió de su interior. —Vamos a Brooks's. Una vez allí decidiré lo que quiero hacer.



Nathan entregó su sombrero a... *¿cómo demonios se llamaba el nuevo mayordomo?* Prefería al viejo Matthew. Tras entregarlo se encaminó por el sombrío pasillo. La cabeza le pesaba tanto que, no tenía ninguna duda de que se le acabaría cayendo. Un lacayo abrió la puerta del salón y una luz brillante le atravesó los ojos. Usó las manos para filtrar la luz que lo deslumbraba y se dirigió hacia su madre.

Lady Maddox descansaba en su sofá habitual. A su lado sólo había dos brebajes de hierbas. Así que la llegada de la señorita Patterson y Lady Harewell no había causado demasiado alboroto.

—Buenos días, mamá. —Saludó él. Ella hizo un mohín con los labios y él se adelantó para darle un ligero beso en la mejilla. —Hoy tienes buen aspecto.

—Eres un canalla, pero no puedo evitar que me caigas bien. Dijo su madre sonriendo.

Retrocedió hacia un sofá, sentándose con cuidado para que no se le cayera la cabeza, de tan pesada que la sentía.

—¿A qué se debe esta visita tan temprana?

Miró hacia el reloj. Apenas podía distinguir las manecillas a través de la borrosidad de su cerebro.

—Es la una de la tarde, mamá.

Su madre esbozó una sonrisa secreta.

—¿Has dormido algo esta noche?

—No voy a contarte lo que hice anoche —Replicó él, rígido. —No es apropiado que un hijo explique sus actividades nocturnas a su madre.

—No quería que me contaras tus actividades. Me preocupa más tu aspecto. Al menos podrías arreglarte el pañuelo. —Observó. —Especialmente si planeas ver a la señorita Patterson.

Levantó la vista rápidamente al oír el nombre, y luego se arrepintió cuando su cabeza se inclinó peligrosamente.

—Estás hecho unos zorros, Nathan. —Dijo su madre.

Ojalá ella supiera cuanto odiaba ese tono, era una señal inequívoca de que iba a empezar con un sermón.

—No estoy hecho polvo. —Aseguró Nathan rápidamente, con la esperanza de evitarlo. —Y no sé por qué no te gusta mi pañuelo, me cambié de ropa antes de venir con ayuda de mi ayudante de cámara. Se levantó e intentó mirarse en el espejo dorado para enderezarse el

pañuelo, pero sus dedos iban en dirección contraria. Frunció el ceño, concentrado, pero no consiguió que le obedecieran.

—Te sugiero que te vayas a casa a dormir la mona. —Le dijo su madre.

—No puedo. —Murmuró. Abandonó el intento de colocar el pañuelo y se dirigió a tientas hacia el sofá. Tal vez podría echarse una siesta allí. Después de todo, tenía derecho a dormir donde quisiera en casa de su madre.

Entonces recordó que estaba allí para ver a la señorita Patterson. Se incorporó con dificultad y preguntó a su madre: —¿Está despierta ya?

—Supongo que te refieres a la señorita Patterson. Sí, está despierta, pero se ha ido con su abuela a la biblioteca. El viernes, aparentemente, es su día para ir allí y tomar libros prestados.

¿Por qué nunca estaba allí cuando él la necesitaba? Y maldita sea, ¿no se suponía que estaba en peligro?

—Me aseguraron que no tardarían. —Dijo su madre. —Aún así te aconsejo que te vayas a casa y vuelvas más tarde, cuando hayas dormido un poco.

Se quejó. Lo último que le apetecía era negociar el camino de vuelta a la puerta y encontrar el camino de regreso a casa. Se preguntó si ya habría despedido al cochero, pues entonces debería enviar a alguien a buscarle. No tenía sentido hacer esperar al tipo si la señorita Patterson no estaba. Empezó a decirle algo a su madre, pero su lengua se interpuso.

—Creo que convendría un poco de café. —Le aconsejó su madre.

—Ya he tomado. —Murmuró él.

Las flores azules del cojín del sofá llamaron su atención. Si pudiera apoyar la cabeza en ellas, se sentiría mejor. Había una razón por la que no debía hacerlo, pero no se le ocurría cuál.

Apoyó la mejilla y se quedó dormido.



Shannon deseó no tener que quedarse en casa de Lady Maddox. Apenas la conocía, y además siempre le resultaba incómodo alojarse en casa ajena. Encima en este caso, para colmo, la situación era francamente embarazosa.

Ya era bastante malo no poder explicarle a Lady Maddox por qué se refugiaba en su casa, como para añadir el escándalo de ser descubierta besando a su hijo en la biblioteca en el baile, y no sabía cuál de las opciones era peor. Las mejillas de Shannon enrojecieron al pensar en ello.

Vaciló cuando el lacayo se acercó a la puerta del salón, donde tendría que enfrentarse a lady Maddox. Tuvo la tentación de retirarse a su habitación y evitarla por completo, pero eso sería sustituir la amabilidad por grosería, y era demasiado educada para hacer eso, además que su conciencia no se lo permitiría.

Así que cuando el lacayo abrió la puerta, ella se apresuró a cruzarla, tratando de parecer mucho más segura de lo que se sentía.

—Lady Maddox, siento haber salido de casa antes de que usted bajara. La abuela insistió en devolver unos libros que le habían prestado, y ahora me dejó en la puerta y se fue a visitar a unos amigos.

—Espero que se sienta como en casa. —Dijo Lady Maddox con amabilidad. —Como puede ver, mi hijo ya lo ha hecho.

Fue entonces cuando Shannon se dio cuenta de que el extraño ruido estrangulado que había estado oyendo desde que entró en la habitación era, en realidad, el sonido de unos ronquidos. Maddox estaba despatarrado de una manera muy poco decorosa, con la boca abierta, una pierna colgando del sofá y un brazo echado hacia atrás, detrás de la cabeza, además de roncar

sonoramente.

Nunca se había encontrado con un caballero durmiendo en medio del salón durante una de sus visitas. Por otra parte, se alojaba bajo su techo, así que no tenía por qué andarse con ceremonias. Dudó entre irse o quedarse. Lanzó una mirada incómoda en dirección a lord Maddox.

—Las doncellas le están preparando una habitación. Haré que dos lacayos lo lleven arriba. —Dijo Lady Maddox, dándose cuenta de su incomodidad. —Después podremos hablar tranquilamente.

Nathan bajó las escaleras con gesto adusto. Estaba bañado y afeitado y ahora se sentía preparado para enfrentarse al mundo, aunque el dolor de cabeza le impedía ver con claridad. El lacayo que lo atendió le dijo que acababa de caer la noche. Ya había perdido demasiado tiempo. Tenía que moverse rápido, antes de que la señorita Patterson pensara que la había abandonado a su suerte.

La señorita Patterson ocupaba el salón, junto con lady Harewell y su madre. Maldijo su suerte. Si la situación no hubiera sido tan urgente, se habría retirado y esperado otra oportunidad, pero ahora se estaba reprendiendo duramente a sí mismo por haberse pasado el día durmiendo, que no podía ser demasiado delicado al respecto. Además, la situación estaba suficientemente clara.

—Buenas tardes, señoras. —Esperaba que su sonrisa no pareciera una mueca. No lo consiguió.

Un coro de saludos volvió a él.

Se inclinó en dirección a la señorita Patterson.

—Señorita Patterson, me pregunto si usted... me haría el honor de hablar en privado en la biblioteca, por favor.

Hubo murmullos y cejas levantadas y tres rostros se volvieron hacia él expectantes.

La señorita Patterson miró hacia Lady Harewell. Si se trataba de una súplica de ayuda, no la recibió, pues esta se limitó a mirarla con gravedad. Shannon se levantó y avanzó lentamente hacia Nathan, el cual le hizo una señal para que le precediera, abrió la puerta, la dejó pasar y cerró la puerta tras de sí.

El camino hacia la biblioteca parecía extenderse a lo largo de toda la casa, aunque sólo estuviera a una puerta de distancia. Nathan observó la nuca de la mujer a la que pronto llamaría esposa. En unos minutos estaría hecho, y perdería su independencia para siempre.

Dentro de la biblioteca, la madera oscura y los volúmenes abarrotados le acorralaban. Los libros le miraban, testigos mudos de aquel momento. ¿Cuántos otros momentos como éste habían presenciado?

Ella le observaba expectante. Se había sentado en un sillón de cuero burdeos. El péndulo del reloj de pie de roble tallado oscilaba de un lado a otro. Él siguió su movimiento, reflexionando por primera vez sobre lo extraño que era que un movimiento así definiera lo que la gente llama tiempo, pero debía centrarse en el presente.

Se aclaró la garganta. —Esto no le sorprenderá, señorita Patterson, estoy seguro. —Shannon lo escuchaba inexpresiva. —Desearía que las circunstancias hubieran sido diferentes, pero no lo son.

Todavía nada en su rostro. ¿Cómo hacer esto sin simplemente soltarlo? No se atrevería a arrodillarse. El gesto siempre le había parecido muy trillado y completamente inútil, pero algún gesto era necesario para distraer la atención de la cruda realidad que les afectaba.

Se inclinó. Después de todo, era algo bastante formal. —Estoy seguro de que no desea escuchar largos discursos sobre lo encantado que estoy de esta oportunidad y otras cosas por el estilo. Ambos somos perfectamente conscientes de las circunstancias. —Respiró hondo. —Señorita Patterson, ¿me haría el honor de casarse conmigo?

Ya está, lo había dicho. Y quedó suspendido en el aire pesado y oscuro como el roble que le rodeaba.

Ella se levantó. Había un extraño refinamiento en su porte, una tranquila dignidad que él no había notado antes.

—Le agradezco su enfoque racional del asunto.

Él asintió secamente.

—Trataré con usted de la misma manera. Cuando no hay sentimientos de por medio, es más fácil ser directo.

"Maldita sea, mujer. Si querías ser directa, un simple sí habría bastado."

—Me complace informarle que no hay necesidad de que se atrape en este matrimonio. He reflexionado sobre el asunto y he decidido que, a pesar de las circunstancias, no deseo casarme con usted.

Nathan tardó algún tiempo en desentrañar lo que parecía un discurso muy enrevesado. ¿Había dicho que se alegraba de hacerlo o que no lo deseaba?

Si se le pasara el dolor de cabeza, tal vez su respuesta sería más clara.

Repitió la frase mentalmente… ella había dicho que no.

Jamás había imaginado algo así. Era tan incomprensible que se quedó mirándola, con la boca abierta. Luego, al ser consciente de ello, la cerró, pero seguía mirándola.

—Pero... —Nunca había tartamudeado en su vida. Sin embargo, las palabras se negaban a salir. Ella estaba de pie en medio de la biblioteca, con las manos agarradas por delante, absolutamente inmóvil, mientras que a él apenas le salía una palabra. Lo intentó de nuevo.

—Pero... —Apenas mejoró su esfuerzo anterior.

—Ha hecho lo más honorable, lord Maddox, y se lo agradezco de verdad. Sé que desea

protegerme del escándalo. Ha sido más que amable. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. —Pero el hecho es, que puedo cuidarme sola.

Salió de la habitación. El golpe de sus pies en el suelo resonó en su cabeza. Por suerte, cerró la puerta suavemente.



Shannon sabía que Marlene acabaría buscándola. Lord Maddox les hablaría de su negativa, o la ausencia de ambos durante mucho tiempo provocaría una reacción. Llamarían a la puerta de la biblioteca, aunque sólo fuera para ver si las dos se retorcían en el suelo en una pasión desenfrenada, pero al no encontrarlos allí la buscaría en su habitación sin duda

Así que cuando irrumpió por la puerta, Shannon estaba preparada. Se había sentado en un cómodo sillón junto a la ventana, con un libro abierto en el regazo. No había leído ni una palabra, ya que las palabras se habían convertido de repente en un revoltijo de cifras, pero tener un libro en las manos hacía que el mundo pareciera el de siempre.

La abuela se acomodó en la cama. Su rostro indicaba que algo serio estaba ocurriendo.

—Lord Maddox nos ha dicho que lo has rechazado. —Dijo, y Shannon asintió.

—Parecía muy desconcertado.

Shannon se encogió de hombros. El movimiento movió el libro en su regazo. —¿Puedes explicarme esta locura?

Shannon no dijo nada. ¿Tenía sentido intentar explicarlo?

—Me gustaría saber por qué lo rechazaste, estoy segura de que tienes buenas razones. —Dijo su abuela con suavidad.

"¿Aparte de que el caballero en cuestión era un Libertino, y que claramente se sentía muy desgraciado ante la idea de casarse con ella? ¿Que tenía la costumbre de ponerse tan eufórico que se desmayaba dormido en el salón de su madre? ¿Además de que ella siempre había planeado no casarse, antes que sufrir como su madre en un matrimonio sin alegría, y que quería al menos poder elegir en la decisión más importante de su vida?"

Dio la única respuesta que podía dar. —Lord Maddox no es el tipo de persona que imaginaba como marido. Aunque lo eligiera para mí desde el principio.

—Tal vez no. —Dijo su abuela. —Aún así sería un marido decente.

Pensó en él tal y como estaba antes, con la ropa desaliñada tras una larga noche de juerga. —¿Qué clase de marido es un Libertino?

—Indiscreciones juveniles, nada más. —Su tono no admitía discusión.

—Tiene treinta años y buen carácter, y sentará la cabeza cuando encuentre a la persona adecuada. —Lady Harewell la examinó de cerca. —No olvides que ha pasado por muchas cosas durante la guerra. Se necesita tiempo para que un hombre se recupere.

"¿Tres años se necesitan?" Pero mientras pensaba eso, sintió una punzada de culpabilidad al recordar la confesión de Nathan en la biblioteca. Nunca tuvo la oportunidad de disfrutar a los veinte años, como otros jóvenes. Tal vez lo estaba juzgando con demasiada dureza.

—Si es un disoluto o no, todo eso es irrelevante. —Dijo bruscamente su abuela. —Lo que cuenta ahora son las circunstancias y que está dispuesto a hacer lo que es correcto.

"¿Por qué todo gira en torno a lo decente y honorable que es? ¿Por qué nadie me pregunta cómo me siento?" La miró en tono de apelación. —Pensé que al menos entendería que no puedo renunciar a mi derecho a elegir por un chisme. Siempre has sido muy despectiva con los cotilleos y siempre has insistido en lo fáciles de acobardar que son las jovencitas de hoy en día.

Su abuela negó con la cabeza. —Cuando una chica está arruinada, —dijo con suavidad, —no tiene elección.

Esas palabras, pronunciadas con tanto tacto, la golpearon como un latigazo.

—En este caso, lo que hagas afectará a toda la familia. Tu prima Donna saldrá a la temporada el año que viene, y tendrá que capear el escándalo si no te casas. ¿Por qué debería pagar por tu cabezonería? Y, aunque voy a salir adelante frente al escándalo, estoy segura, me veré obligada a sobrevivir a la violenta opinión popular. Algo que difícilmente disfrutaré a mi edad.

El látigo volvió a morder su conciencia.

Toda su vida se había creído separada de las convenciones de alguna manera. No de una manera grandiosa, por supuesto, pero había aprendido a ser una dama en la escuela a la que la había enviado su abuela.

Fundada por una emigrante francesa, una aristócrata conocida, antes de la revolución, por sus salones y sus actividades intelectuales, era una escuela poco común. Ofrecía a las jóvenes una verdadera educación, no un puñado de logros superficiales. Las alumnas debatían sobre filosofía, leían a los maestros en los idiomas originales y aprendían los principios del pensamiento racional. Allí aprendió que, aunque no podía desafiar abiertamente a la sociedad, había muchas formas en que las mujeres podían conservar cierta independencia sin dejar de formar parte de ella.

Pero en realidad no era así, había demasiadas presiones que soportar.

Se levantó cansada, dejando caer el libro al suelo, sin preocuparse de recogerlo.

—Necesito tiempo para pensar. —Comentó. —Necesito estar sola.

Su abuela asintió con la cabeza. Shannon se dio cuenta de que hubiera preferido quedarse, pero tenía que tomar una decisión por sí misma. Al menos aún podía aferrarse a eso, rodeada de

unos sueños que se desmoronaban.

Vio a su abuela caminar hacia la puerta, y vio la puerta cerrarse... tras ella.

Estaba sola.



Su ayudante de cámara rara vez se ofendía. Era el mejor empleado que podía esperar un caballero, aunque demasiado arrogante para su propio bien. El hecho es que era la envidia de sus compinches.

Pero hoy, a Nathan no le gustaba ninguna de sus sugerencias. El chaleco que eligió no era apropiado para una noche de teatro. La camisa que le dio tenía arrugas, pequeñas líneas que estropeaban la perfección de su atuendo. Y sus corbatas no estaban suficientemente almidonadas. No importaba lo que hiciera con ellas.

Finalmente, el ayudante de cámara lo abandonó a su suerte. —En todos los años que llevo vistiéndole, nunca he tenido tantas dificultades con su ropa. —Comentó, con tono de protesta. —Si no está satisfecho con mi servicio. —Continuó con altanería. —Tal vez le gustaría que buscara otro puesto y emplear a otro en mi lugar. —Levantó su larga nariz y miró al techo.

Nathan no estaba de humor para soportar su sensibilidad herida. —Tal vez. Por supuesto, depende de usted.

La nariz de ayudante de cámara bajó rápidamente. —No deseo dejar su servicio. —Aseguró. —Debo decirle, de todos modos, que lord Davidson me ha ofrecido un puesto en su establecimiento.

Nathan le ignoró.

—Si ha terminado, milord, me retiraré. —Consiguió llenar las palabras de su orgullo herido.

Nathan agitó una mano desdeñosa. —¡Vete, por el amor de Dios!

Contento de tener unos minutos para sí mismo, se examinó en el espejo. Normalmente, le gustaba lo que veía. Tenía el pelo perfectamente despeinado, grueso y brillante. Tenía los labios bien perfilados, carnosos y masculinos, las mujeres le habían dicho que eran muy sensuales. Tal vez su nariz no fuera perfecta, un poco torcida desde que de niño se cayó del tejado de los establos y se la rompió, y sus ojos eran negro azabache. En general, la mayoría lo consideraba un hombre atractivo.

Quizá no le gustaban los hombres tan morenos, eso explicaría la antipatía que le había tenido desde el principio.

Alguien arañó la puerta. ¡Maldita sea! ¿Nunca podría tener un momento de paz en su propia habitación?

Era uno de los lacayos, que le entregó un sobre a Nathan.

Reconoció inmediatamente su letra. Abrió la nota, la leyó rápidamente y la arrojó sobre su cama.

Ella había cambiado de opinión. Había aceptado casarse con él.

Había cedido. Por supuesto, ninguna mujer en su sano juicio podría rechazar semejante propuesta, dadas las circunstancias. Ninguna mujer en su sano juicio podría rechazarlo. Él sabía que ella se lo pensaría. Sin duda, su naturaleza contraria la había llevado a rechazarlo inmediatamente, en la biblioteca.

Pero con un poco de reflexión, había recapacitado. Había reconocido que casarse con él era una oportunidad que sería una tontería dejar pasar.

Quería que él lo mantuviera en secreto por el momento. Estaba nerviosa por anunciarlo. No

quería darle la noticia a Lady Harewell ni a la madre de él. Tal vez ella todavía tenía dudas.

“Ya recapacitaría.”

Se hundió en su sillón y acomodó las piernas en el taburete que tenía delante, ahuecando las manos detrás de la cabeza. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro, de oreja a oreja.

Estaba satisfecho.

CAPÍTULO 11

Lord Maddox esperaba al pie de la escalera, observando a su futura esposa mientras se dirigía hacia la escalinata dorada. Llevaba un vestido de noche blanco y azul hecho de un material brillante que resplandecía y fluía a medida que caminaba. Resultaba extraña la forma en que cobraba vida cuando se movía. Si se quedaba quieta, uno podía pasarla por alto, pero no cuando estaba en movimiento. Tenía una fluidez que le obligaba a seguirla con la mirada.

Y eso fue precisamente lo que hizo, la observó deslizarse escaleras abajo, y contempló las suaves curvas de su cuerpo, el grácil despliegue de sus brazos al alcanzar la barandilla, la sensualidad confiada de sus piernas al alcanzar el siguiente peldaño.

Después de todo, no lo había hecho tan mal.

Pero entonces vio su cara, que hacía juego con su ropa, ese particular tono azul que tenía el hielo cuando estaba muy frío.

Ella le miró desde lo alto de la escalera como si deseara que sufriera una apoplejía y cayera al suelo. No serviría de nada. Se suponía que estaban prometidos, por el amor de Dios, aunque de momento fuera un secreto. ¿No se suponía que debían disfrutar de la compañía del otro, al menos hasta que se casaran? Bueno, torres más altas han caído en sus manos. No había razón para que no tuviera éxito en esta situación.

Mientras tanto, la forma más fácil de bajarla de su pedestal era escandalizarla.

Le sonrió al llegar al último escalón y le cogió la mano. Le brillaron los ojos. —Así que se

ha pensado mejor lo de su rechazo. —Dijo con un tono pausado, dejando entrever algo de su regodeo.

A ella le brillaron los ojos. Empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor. —Las circunstancias lo exigían. —Comentó sin voz.

Llegó a su altura. Él tiró de su mano para acercarla, se inclinó hacia delante y le susurró al oído. —No puedo decir esto en voz alta, ya que aún no hemos anunciado el compromiso, pero no puedo evitar notar que esta noche está diferente. ¿Quizá más femenina?

Ella apartó la mano de él con rabia y se dio la vuelta, no antes de que él pudiera vislumbrar el rubor rosado que teñía sus mejillas. No había sido muy caballeroso, pero al menos la expresión congelada había desaparecido.

Y menos mal. Si iban a ir al Theatre Royal para enfrentarse a los chismosos, ella no podía permitirse el lujo de parecer demasiado engreída. Sólo conseguiría alejar a los pocos amigos que tenía.

El siguiente paso era conseguir que pareciera que él le gustaba. Sería una tarea más difícil, ya que no disponía de mucho tiempo. Pero estaba seguro de que, si se lo proponía, no era imposible.

Shannon se armó de valor al entrar en el palco. Habían llegado tarde, así que no se encontraron con nadie al entrar. No obstante, estaba segura de que su llegada causaría revuelo. Pero con la actuación de nada menos que el señor Kean, los ojos de todos estaban clavados en el escenario, sobre todo, porque el papel de Otelo era considerado su mejor actuación.

Suspiró aliviada, podía relajarse y ver la representación, al menos hasta el intermedio. Al principio no había querido venir, pero primero su abuela y luego lady Maddox la habían convencido de que era necesario. Lady Maddox, de hecho, había tenido una falta de tacto inusual.

—No estaría nada bien que te quedaras en casa. La alta sociedad pensará que eres una cobarde, y por mucho que simpatice contigo, yo pensaría lo mismo.

El comentario la sorprendió tanto más cuanto que provenía de una persona a la que apenas conocía. Alguien a quien, de algún modo, consideraba de voz tranquila y delicada.

Sin duda había sido eficaz. Shannon levantó la barbilla y se excusó, alegando que necesitaba más tiempo para vestirse. Pero las palabras de Lady Maddox no habían mejorado su humor, y el hecho de saber que tendría que enfrentarse a lord Maddox, así como a toda la alta sociedad, pesaba mucho sobre ella.

Se había arrepentido de su nota en cuanto la envió, preguntándose qué pensaría él de ella cuando parecía incapaz de decidirse sobre algo tan importante como un matrimonio. Sin duda, había hecho el ridículo en la biblioteca al rechazarlo tan despreocupadamente, para luego cambiar de idea por medio de una carta. *"¿Por qué no había esperado al menos a verle?"*

Su regodeo no había mejorado la situación.

Lo miró de reojo, parecía concentrado en la representación, lo que la sorprendió, pues no creía que Shakespeare le interesara. Se ve que a mucha gente parecía gustarle Otelo, quizá porque estaba ambientada en un lugar exótico, o tal vez era el señor Kean el único que llamaba la atención con su poderosa presencia.

No obstante, se vio obligada a admitir que, aparte de sus comentarios iniciales, el comportamiento de lord Maddox había sido perfectamente caballeroso. Incluso había intentado tranquilizarla contándole una anécdota sobre un percance de su infancia con un caballo. Desde luego, había hecho reír a Marlene en el carruaje cuando imitó a un viejo maestro suyo que ella

conocía.

Shannon suspiró, supuso que tener un prometido que era un bribón tenía sus ventajas. Los bribones eran divertidos y encantadores por naturaleza. Es lo que son y lo que mejor saben hacer.

Centró su atención en la actuación. Era mejor que disfrutara lo que pudiera de ella, antes de que se encendieran las luces y se convirtiera en el centro del último cotilleo.

Apenas había comenzado el descanso cuando Lady Fisher apareció en la puerta del palco de lord Maddox. Llevaba un chal de piel sobre los hombros y sus pequeños ojos brillaban a la luz de los candelabros de cristal que colgaban del techo. Su hija revoloteaba detrás de ella, retorciéndose los pliegues del vestido con inquietud.

Lady Harewell y Lady Maddox se reunieron alrededor de Shannon, un sólido muro de protección. Marlene le dio una palmada secreta en la mano.

Esperó a que saludaran, pero aparte de una rígida inclinación de cabeza, Lady Fisher la ignoró, solo saludó cortésmente a las señoras mayores. Luego, una vez cumplidas las formalidades, se escurrió a través del muro defensivo para saludar a lord Maddox con un chillido.

—¿No le parece increíble Shakespeare? —Dijo entusiasmada, sonriéndole. —¡Lo encuentro tan estimulante!

—En efecto, Lady Fisher, pero, ¿en qué sentido? —Sus ojos se encontraron con los de Shannon y ella tuvo que apartar la mirada.

La sonrisa de Lady Fisher vaciló un poco, pero se recuperó rápidamente. —Lord Maddox, me está tomando el pelo, todo el mundo sabe que Shakespeare es estimulante. —Hizo un gesto a su hija para que se acercara. —Estaba hablando de ello con Amelia. ¿Qué me decías, querida, sobre Shakespeare?

Amelia se sonrojó y miró a Shannon en busca de ayuda. —Bueno, sí, es decir... —

Tartamudeó, tragó saliva y siguió adelante. —Le decía a mamá que Shakespeare me parecía muy inteligente, por la forma en que sus personajes cobran vida en el escenario. —Miró a Shannon en busca de aprobación y esta asintió.

—Eso es, precisamente lo que dije. —Sonrió Lady Fisher. —Un dramaturgo refrescante.

Nathan fingió no haber oído a Lady Fisher. —¿Es ésta su primera representación de Shakespeare, señorita Fisher?

—Sí. —Dijo ella. —Y es mucho mejor de lo que hubiera pensado. He leído todas las obras de Shakespeare, pero nunca imaginé que pudieran parecer tan reales sobre el escenario.

Nathan sonrió. —Si le gusta tanto Shakespeare —dijo suavemente —tendremos que asegurarnos de que asista a todas las representaciones que haya.

La madre intervino. —Ella no está tan interesada en Shakespeare, se lo aseguro. Nadie podría acusar a mi bella Amelia de ser una sabelotodo. —Dirigió una mirada fría a Shannon. —A diferencia de algunas jóvenes de hoy en día. Siempre he creído que las chicas no deberían tener demasiada educación, las convierte en solteronas.

Su comentario desconcertó a Shannon. No sabía, por supuesto, que Lord Maddox y ella estaban prometidos, pero seguramente, habiéndolos sorprendido en una situación tan comprometida, ella esperaba algo parecido a un anuncio.

—Además, creo que la literatura inflama las pasiones y hace que las damas impresionables sean más atrevidas de lo que deberían. —De nuevo, sus redondos ojos se volvieron hacia Shannon.

Lady Fisher añadió suavemente —creo que es la poesía la que inflama las pasiones, especialmente la poesía de ese canalla de Lord Byron.

Nathan miró a Shannon, sabía muy bien que le gustaba Lord Byron, pero vio cómo se negó a dejarse arrastrar a la refriega. No sabía a qué juego estaba jugando Lady Fisher, pero estaba

claro que prefería observarlo, no participar.

Para su sorpresa, Amelia salió en defensa de Lord Byron. —Cuando un hombre es un genio, se le puede perdonar todo.

Lady Fisher jadeó y se llevó los dedos largos y puntiagudos al corazón.

—Jamás habría criado una víbora en mi pecho. —Miró hacia lord Maddox. —No sabía que estaba leyendo semejantes cosas, o habría arrojado el libro al fuego.

Amelia, sin embargo, no se dejó intimidar. —Todo el mundo lee a Lord Byron, mamá. Habría sido una lástima que hubieras tirado el libro al fuego, ya que pertenecía a la biblioteca y me habría visto obligada a dar explicaciones.

Los ojos de Lady Fisher se agrandaron. Al darse cuenta de que la situación se deterioraba rápidamente, sus ojos se desviaron hacia otro de los balcones. Dejó escapar un chillidito. —Mira, veo a Lady Cumbridge saludándonos. Ven, niña, tenemos que darnos prisa o empezará la función. —Agarró la mano de su hija con la suya y se la llevó a rastras.

La mirada de Nathan se encontró con la de Shannon. Sus ojos bailaron, a pesar de su resolución de mantenerlo a distancia, surgió una risa de complicidad entre ambos, ella sonrió y él le devolvió la sonrisa, que alivió parte de su tensión.

—Aunque ha preferido permanecer en silencio, supongo que le gusta Shakespeare. —Dijo Nathan con aire amistoso

—Debo admitir que toda mi familia adora Shakespeare, especialmente mi abuela.

—Menos mal que su influencia no llegó tan lejos como para obligar a tus padres a ponerte Julieta en lugar de Shannon.

Se rio. —Mi madre me llamó Shannon por compromiso. No me imaginaba que fuera usted lector de Shakespeare.

Se encogió de hombros con estudiada indiferencia.

—Tal vez haya pasado últimamente demasiado tiempo con actrices. Se me habrá pegado. —Sonrió con cinismo al escuchar su respiración entrecortada. —Le pido disculpas si he ofendido su delicada sensibilidad, señorita Patterson. —Se alejó bruscamente. —Debo ocuparme de los refrescos antes de que se levante el telón. —Dijo, y desapareció del palco.

Cuando se reanudó la representación, Shannon fue incapaz de entender una sola palabra de lo que decía el señor Kean.

La visita de Lady Fisher había destruido esa posibilidad. Estaba segura de que Lady Fisher y su amiga Lady Templeton planeaban revelar su indiscreción antes de que terminara la noche. Las hileras de miradas como ojos acusadores, y las brillantes velas parecían enfocar todos hacia el palco de lord Maddox. Sintió que era ella, y no el señor Kean, quien estaba en el escenario.

Se estremecía cada vez que el destello de un binocular se dirigía hacia ellos.

Una dama en particular, una mujer con un vestido de noche color crema y un turbante lila, parecía dirigir su atención hacia ellos repetidamente. Las manos de Shannon empezaron a sudar bajo los guantes azules, y deseó quitárselos. Se preparó para la tormenta, seguramente aquella señora era sólo la primera de muchas que los miraban.

Entonces su curiosidad se apoderó de ella y dirigió su mirada hacia la dama que tanto la observaba.

En lugar de un grupo de señoras cotillas, encontró a la dama del turbante sentada sola, con una pareja de ancianos a un lado de ella, ambos absortos en la representación, y desde luego, no estaban intercambiando los últimos cotilleos.

La señora del turbante, por su parte, no estaba prestando atención a la representación. Se dio cuenta inmediatamente cuando Shannon giró el binocular hacia ella. Respondió inclinando la cabeza y frunciendo la boca, divertida. Shannon bajó el binocular rápidamente. A su vez, la

dama del turbante levantó el suyo con serena deliberación y miró fijamente a lord Maddox, sentada a la derecha de Shannon, como si quisiera reclamar algo.

Shannon dejó escapar un suspiro de alivio. Estaba claro que la desconocida no sabía nada del escándalo. Su único interés era el propio lord Maddox. Nada que la preocupara.

Segundos después, sin embargo, la realidad la golpeó con puño de hierro. Esta dama era una de las admiradoras de lord Maddox. Casarse con él hacía que damas como ésa fueran de su incumbencia. Después de todo, se casaba con un granuja. Sin duda tenía todo un séquito de mujeres deseándolo.

La idea la consternó. Su padre había sido un hombre así, según todos los indicios. Ella nunca lo había conocido, aunque estaba vivo en alguna parte, viviendo una vida desenfrenada en el continente, después de que una serie de escándalos lo empujaran a abandonar Inglaterra. Cuando era más joven solía soñar que él regresaría a visitar a su hija, que se arrepentiría de haber abandonado a Shannon a su suerte y volvería para asegurarse de que estuviera bien cuidada.

Un día le había contado sus sueños a Lady Harewell. Su confesión había afligido a su abuela. —Espero que seas feliz conmigo. —Le había dicho.

Shannon la había abrazado con fuerza. —Claro que soy feliz. Sabe que lo soy, pero pensar que mi padre está por ahí...

Su abuela sacudió la cabeza. —No debes pensar en eso. Estás mucho mejor con tu padre lejos. Por lo que sé de él, es demasiado egoísta como para preocuparse de nadie más que de sí mismo.

—A mamá le había parecido encantador.

—Al igual que a muchas otras mujeres. Podía quitarle los bigotes a un gato. Sin embargo, su encanto sólo le trajo miseria a tu madre. —Había cerrado los ojos con dolor, recordando a la hija que había perdido. —Estoy convencida de que su infelicidad debilitó su constitución. Por

eso un resfriado tan leve fue capaz de llevársela, nadie lo habría pensado. —Cogió la cabeza de Shannon y atrajo a la niña hacia ella. —Debes dejar de pensar en tu padre.

Con los años, Shannon decidió no cometer el error de su madre. Se había prometido a sí misma que nunca sería víctima de un pícaro encantador.

Era irónico, de hecho, que estuviera a punto de casarse con uno. Uno que reconocía abiertamente ante ella, su futura esposa, que se relacionaba regularmente con actrices.

Al menos no estoy enamorada de él.

Entre la multitud que salía del teatro, Shannon se separó brevemente de su grupo.

Casi de inmediato, alguien la agarró del brazo por detrás. Sin volverse, supo quién era. Se le aceleró el corazón y se le secó tanto la garganta que no podía tragar. Su agarre no era doloroso, pero era como el hierro, frío e ineludible, y no podía apartarlo sin provocar un incidente.

Se reprendió a sí misma por su miedo irracional. No podía hacerle nada aquí, entre la multitud del teatro.

Decidió jugar a su juego. Él no sabía que ella había descubierto sus intenciones. Así que dejó que sus ojos aletearan y se volvió hacia él, con una sonrisa coqueta en la cara, o al menos, esperaba que fuera coqueta. —Vaya, Lord Ramsey. Qué placer tan inesperado. —Dijo. —No sabía que le gustara Shakespeare.

—A todo el mundo le gusta Kean. —Dijo él con ligereza. —Y uno no va al teatro sólo para ver una obra. En mi caso, vine a ver si podía descubrir donde encontrarla a usted.

Siguió sonriendo, aunque le dolían los dientes. —¿Para qué quiere saberlo? —Dijo juguetona.

—Le he buscado por todas partes. —Dijo Ramsey, mirándola intensamente. —He ido esta mañana a su casa, pero no estaba.

—Sí, hoy me fui temprano.

—Vi que cargaban unos baúles en un carruaje. —Dijo, observándola atentamente. —Temía que se fuera de viaje.

Ella buscó una mentira fácil. *"¿Por qué no habían hablado de la posibilidad de encontrarse con Ramsey en el teatro?"* Podría haber inventado alguna historia convincente sobre su repentina ausencia de la casa. —Una antigua amiga del colegio se ha puesto enferma. —Explicó. —Me he ofrecido a hacerle compañía durante su enfermedad. Es viuda y está sola en casa.

Sus ojos brillaron como los de un lobo, sin duda al saber que su amiga vivía sola. —Debe darme la dirección de su amiga, entonces, para que poder visitarla.

—No sería apropiado, Lord Ramsey, que me visitara cuando mi abuela no está presente como carabina.

Sus ojos se endurecieron brevemente ante sus palabras. Luego su expresión volvió a su intensidad anterior.

—El hecho es —dijo, bajando la voz —que soy incapaz de sacarte de mi mente. —Le dirigió una mirada ardiente y luego apartó la vista, como avergonzado. —Me gustaría mucho pedirle permiso a tu abuela para tomar tu mano.

Ella abrió la boca para responder, pero él la silenció. —No me respondas ahora. Me gustaría visitarte mañana por la mañana para hablar de este tema, si me das las señas de tu amiga.

Shannon negó con la cabeza. —Lo siento, pero me temo que estaré muy ocupada durante unos días. Cuando mi amiga se recupere, le enviaré una nota para avisarle. Hasta entonces, me temo que no se me ocurre nada más, temo por ella. —Se sorprendió de lo convincente que sonaba. Incluso le temblaba un poco la voz cuando hablaba de su miedo. Por supuesto, realmente tenía miedo, pero por otras razones.

—Oh, espero verla antes de eso. —Lo dijo con ligereza, pero sus ojos eran depredadores. —Mientras tanto, sólo puedo desearle a su amiga una pronta recuperación. —Hizo una reverencia, rígida, y se fundió entre la multitud.

CAPÍTULO 12

Shannon se levantó de un salto de la cama. La oscuridad la rodeaba, encerrándola en sí misma.

Buscó una vela junto a la cama. La pesadilla se le escapó, siguiendo el sudor que le resbalaba por la cara. Se la secó con la manga, luchando por desterrar la escena, demasiado vívida.

Corría entre los árboles. Aunque más bien parecía que iba a caballo, porque los árboles se veían borrosos. Sus pies descalzos se rasgaban, atravesados por zarzas, espinas y ramas. Sus pulmones resollaban por el esfuerzo. Un corte en la cabeza le hizo gotear sangre en los ojos. Le bloqueó la visión, pero no tuvo tiempo ni siquiera de apartarla.

Sabía que la casa que buscaba estaba enfrente. Si podía llegar hasta ella, estaría a salvo. Si era capaz de continuar esos pocos pasos...

Un brazo la rodeó desde detrás de un árbol. Sus pies seguían avanzando, pero su cuerpo estaba suspendido, sacudido hacia atrás y hacia arriba por los músculos de acero de su agresor. Una mano descendió sobre su boca, asfixiándola. No podía respirar...

Luchó por controlar la respiración. Sólo era una pesadilla, no era real. Estaba a salvo, aquí, en la casa de Lady Maddox, pues nadie sabía dónde estaba resguardada.

Se preguntó si Ramsey estaría acurrucado en las sombras de la calle frente a su ventana, observándola.

Se estremeció y apartó ese pensamiento. Él no conocía su paradero.

Mañana era el último día de la apuesta. Mañana se libraría de él y volvería a la cordura. Entre el sueño y la vigilia, se imaginaba a sí misma buscando marido en las aulas y los museos, alguien que no pensara que era una intelectual sabelotodo o un bicho raro.

Cuando se despertó, el sol entraba en la habitación como un halo por los bordes de las cortinas corridas. Era tarde, muy tarde. Apartó las cortinas de damasco escarlata y abrió la ventana. El cielo era un inmenso lienzo de azul satisfecho, interrumpido por nubes solitarias que flotaban perezosamente a su alrededor. Una cálida brisa que traía el vertiginoso aroma de las flores ondulaba sobre su piel. Los pájaros parloteaban, cotilleaban y coqueteaban, chillando y piando a sus anchas.

En un día como aquel, su pesadilla retrocedía tanto que parecía producto de su imaginación.

Entonces la realidad se abatió sobre ella. Estaba prometida, con Lord Maddox. ¿En qué había estado pensando anoche? Había olvidado por completo que no habría otro marido. Su cama estaba hecha y tendría que acostarse en ella.

El compromiso tendría que anunciarse en algún momento, tal vez sería hoy, si Lady Fisher había conseguido extender los rumores en el teatro. Quizá se aferraba a su pequeño bocado, esperando el momento oportuno, para conseguir un efecto dramático completo.

Llamó a Jayne, su criada, para que la ayudara a cambiarse. Escogió un vestido de paseo color melocotón con hileras de adornos Vandyke en el bajo y un fajín de muselina un poco más oscuro.

No es que pensara salir a pasear, sin embargo, un vestido de paseo era más apropiado que un sencillo vestido de mañana para alguien cuyo compromiso podría anunciarse en cualquier momento.

Apenas podía esperar a que Jayne terminara de arreglarle el pelo. Deseaba desesperadamente leer las columnas de cotilleos y enfrentarse al abismo que la esperaba.

Encontró a lady Maddox en el salón, sorbiendo una tónica color mostaza y haciendo una mueca de desagrado por su sabor.

—Me sorprende verla ya despierta, Lady Maddox. Ayer estuvo fuera hasta tarde y apenas son las once.

Lady Maddox suspiró y, tapándose la nariz, se bebió el resto del líquido amarillo verdoso de un trago y con un rápido estremecimiento de desagrado. —¡Ay! —Dijo, suspirando trágicamente. —Ojalá pudiera dormir más tiempo, pero el menor ruido me perturba. Es imposible dormir con el alboroto de los criados por la mañana. El ruido de las ollas y los platos es más que suficiente para despertarme. Los nervios, usted ya sabe.

Shannon dudaba mucho de que Lady Maddox pudiera oír el traqueteo de ollas y platos desde la cocina del sótano hasta su habitación en el tercer piso, pero había momentos en su vida en que le había resultado difícil dormir, y podía entender su malestar.

—¿Ha probado la manzanilla? He oído que hace maravillas para dormir.

—La he probado. He probado todas las hierbas que hay bajo el sol, pero nada me ha ayudado. —Aseguró Lady Maddox.

Shannon, sin otro consejo que ofrecer, sacó el tema de las columnas de cotilleos. —Me gustaría echarles un vistazo. —Comentó, tratando de ocultar su ansiedad.

Pero Lady Maddox no se dejó engañar. —Ya las he hojeado, —dijo, —y no hay absolutamente nada que tenga que ver con usted o con mi hijo.

Shannon frunció el ceño, perpleja. ¿A qué esperaba Lady Fisher? Si esperaba mucho más, las noticias se volverían obsoletas. Porque, ¿cómo podía despertar la imaginación de la alta sociedad un suceso que, había tenido lugar en un baile hacía tres días?

Aún estaba cavilando sobre el asunto cuando lady Maddox salió de la casa para acudir a una cita con su modista. Empezaba a preguntarse si había habido algún extraño error. ¿Lady Fisher y lady Templeton las habían visto realmente a ella y a lord Maddox en la biblioteca de Boyd? Tal vez la biblioteca estaba demasiado oscura. Tal vez estaban buscando algo y no repararon en ellos. Por improbable que pareciera, no veía otra explicación para aquel prolongado silencio.

Sin nadie con quien hablar, y con su abuela todavía dormida, decidió retirarse a su habitación, donde intentó leer, aunque con muy poco éxito.

Un urgente arañazo en la puerta la sacó por sorpresa de sus meditaciones. —Adelante. —Dijo. La puerta casi se abrió de golpe. Mary, la criada de lady Maddox, entró corriendo en la habitación, con el rostro pálido, agarrada al delantal y murmurando una oración en voz baja.

—Tiene que venir, señorita Patterson. No sé qué hacer. Lady Harewell se ha puesto muy enferma. ¡No puede respirar!

Shannon corrió por el pasillo. Sus pasos al caer formaban un ritmo. *"Por favor, no te mueras, Marlene, por favor, no te mueras."* Un terrible ritmo de miedo y pánico. *"Por favor, no te mueras, Marlene, por favor, no te mueras."*

Incluso desde fuera de la habitación, podía oír la respiración agitada.

—Envía a Jayne a por el Doctor Dalton. —Ordenó, escupiendo las palabras mientras corría. Ella sabrá dónde encontrarlo. ¡Dile que corra! El cochero no estaba allí, así que no podía enviarla en carruaje. —Y ordena a los establos que preparen un caballo.

Lady Harewell yacía en la cama, agarrándose el pecho, con los ojos desorbitados por el esfuerzo mientras jadeaba en un intento desesperado de respirar. Shannon se apresuró a buscar junto a la cama la medicina que le había dado el doctor Dalton. Estaba en el suelo, el frasco roto y el líquido oscuro manchando la alfombra. Desesperada, intentó tomar el líquido con las manos, llevarle un poco a la lengua, pero era demasiado poco.

Se esforzó por incorporarla, pensando que así podría respirar mejor. Parecía que ayudaba, sólo un poco, pero los terribles jadeos no cesaban. No sabía qué más hacer.

Mary apareció en la puerta. —Jayne ha ido a buscar al doctor Dalton, milady, pero el mozo no está en el establo y el cochero se ha ido. Me han dicho que hay un caballo en el establo, pero no está ensillado. Uno de los lacayos puede prepararlo, pero tardará un poco.

Shannon negó con la cabeza. —No hay tiempo. Alguien tiene que llevarle un mensaje a lord Maddox. Dígale que tiene que venir, urgentemente.

Mientras tanto, Shannon se convenció de que lo único que podía hacer era mantener la calma y tratar de ayudar a su abuela a respirar.

—Abuelita, te vas a poner bien. —Le dijo, tratando de no mostrar su consternación mientras se intentaba relajar aferrándose a la respiración. Tenía que tranquilizarla, no asustarla. —Apóyate en mí. —Le dijo. —Quizá si te inclinas un poco hacia delante te ayude.

Respiró lenta y profundamente, esperando que eso la animara a respirar. —Respira, Marlene, respira. Una respiración lenta y profunda.

Algo de lo que hizo pareció ayudar. Su abuela respiró entrecortadamente y luego tosió con violencia. Otra respiración dolorosa, luego más tos.

Todavía le costaba respirar, pero la situación parecía menos desesperada. Apareció el ama de llaves. —¿Tiene estramonio? —Preguntó Shannon.

El ama de llaves negó con la cabeza.

Shannon gimió para sus adentros. Tenían una provisión de estramonio en su casa. Había utilizado infusiones inhaladas para ayudar a Lady Harewell durante su enfermedad. Shannon dejó de lado ese sentimiento de frustración y se volvió para ayudar a su abuela a respirar. Respiró hondo. Otra respiración profunda.

Se relajó un poco en sus brazos. Shannon la miró a la cara, alarmada, preguntándose si

estaría demasiado cansada para respirar, pero el resuello se había hecho menos pronunciado y sus hombros habían vuelto a su posición normal. Le frotó la espalda para relajar los músculos. Noto sus respiraciones profundas. —Sigue, Marlene. Continúa.

Por algún milagro, el ataque estaba remitiendo.

Para cuando el Doctor Dalton llegó, el pecho de su abuela subía y bajaba normalmente.

—¿Tiene algo de estramonio? —Preguntó Shannon, bastante bruscamente. Él la miró sin comprender.

—Ya no hay por qué preocuparse. —Dijo. —El ataque ha terminado. Le daré algo de beber que la ayudará. Parece que ha sufrido un espasmo pulmonar, pero ya está bastante recuperada.

De hecho, parecía casi la misma de siempre. El color había vuelto a sus mejillas y sus ojos habían recuperado su brillo normal, aunque estaban algo inyectados en sangre.

—Ve a comer algo y deja de molestarme. —Pidió la abuela con una media sonrisa. —Ya estoy perfectamente.

Lo último que Shannon quería era comer. Ahora que la urgencia había pasado, se dio cuenta de lo aterrorizada que había estado. Las rodillas le flaqueaban y sus pensamientos se confundían.

¿Cómo era posible que no hubiera estramonio en una casa cuya dueña era conocida por sus brebajes de hierbas? ¿Y si hubiera dejado de respirar? Tenía que acudir inmediatamente a un boticario. ¿Y si había otro ataque, esta vez más severo?

El Doctor Dalton era ciertamente competente, pero ella no confiaba demasiado en los médicos. Su propia madre había muerto con su médico al lado, afirmando que se recuperaría pronto.

Entró en su habitación, se envolvió en un chal de cachemira y tomó su retícula.

En cuanto a Ramsey, no podía ser ningún peligro para ella. Ni siquiera sabía dónde se alojaba. En el corto trayecto hasta la botica era poco probable que se cruzara con él.



Apareció de entre las sombras, cogiéndole el codo con firmeza.

—Fui un tonto al confiar en ti. —Siseó Ramsey. —Pensar que creí en esa historia absurda que inventaste sobre tu amigo, cuando todo el tiempo te quedabas en casa de lady Maddox.

Muy brevemente, casi demasiado rápido para que ella pudiera seguirlo, un cuchillo brilló y luego desapareció.

El pánico la paralizó. Era un hombre desesperado y ella no sabía de lo que era capaz. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos. ¿Debía rendirse ante él, dejarle ganar su apuesta? ¿Y si cedía y él la apuñalaba después y arrojaba su cuerpo al Támesis?

Intentó calmarse. Nunca lograría escapar si no recuperaba la cordura. ¿Qué podía decir para convencerle de que la dejara marchar? No se le ocurrió nada. —Llamaré a un cochero, y tú vendrás conmigo, amable y discretamente.

Las palabras resonaron en su cabeza. Tenía que intentar alejarse de allí hasta llegar a la carretera principal, donde se encontraban los guardias. ¿Qué sería lo mejor que podría hacer? Podía gritar, por supuesto, pero eso podría provocar un escándalo que nunca superaría.

Se preguntó si habría alguna forma de hacerle tropezar, o de hacerle caer por una de las empinadas escaleras del servicio. Pasarían por varias casas más de camino a la calle principal; seguramente la puerta de hierro forjado estaría abierta en alguna de ellas. Si no, podría fingir que se caía, abrir la puerta y empujarle para que cayera por las escaleras. Le haría perder pie,

utilizando uno de los rascadores de hierro para botas. Recorrió con la mirada la hilera de casas para ver cuál era la entrada que mejor se adaptaba a su propósito.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó un minuto en darse cuenta de que él no hacía ningún movimiento para bajar a la calle. Se quedó allí, a pocos pasos de la casa de Lady Maddox, esperando.

Un agudo deseo de reír surgió en ella y lo sofocó. La risa le despejó el cerebro y quedó absolutamente lúcida.

En esta calle no había guardias. George Yard, donde estaba la casa de lady Maddox, no era una calle de paso. Terminaba en una gran mansión que bloqueaba cualquier otra salida. A los carruajes les resultaba difícil dar la vuelta, así que sólo venían por aquí para dejar pasajeros si era necesario.

Para llamar a un coche de caballos, había que caminar hasta Duke Street o hasta Grosvenor Square a través de una estrecha callejuela. Era un inconveniente que Lady Maddox deploraba a menudo, declarando al mismo tiempo lo contenta que estaba de no tener que soportar el constante traqueteo de los carruajes.

Se quedarían allí parados para siempre, esperando.

Repasó todo lo que Maddox le había contado sobre Ramsey, especialmente la escena del campo de batalla en la que él huyó. Pensó en el cuchillo, escondido en algún lugar entre los pliegues de su abrigo. ¿Lo usaría si ella intentaba huir?

—¡Maldita sea! —Dijo, dando una fuerte patada a la barandilla de hierro. —¿Acaso todos los desgraciados de Londres se han esfumado?

Ella no dijo nada.

—Debería haber traído mi propio carruaje.

No pudo evitar burlarse de él, en parte porque quería saber hasta dónde llegaría. —No

habría servido de nada tener tu carruaje parado en la calle, con tu escudo a la vista de todos, mientras esperabas a que yo saliera.

—¡Silencio! —Dijo, mostrando de nuevo el cuchillo.

Se detuvieron incómodamente al borde de la carretera. Un caballero se acercó a ellos. Llevaba una levita de tafetán verde y rosa, el pelo largo recogido con una cinta y zapatos altos de tacón rojo con hebillas. Shannon lo reconoció como uno de los conocidos de lady Harewell, lord Lockfurt. Se dirigió perezosamente hacia ellos, agitando su bastón.

Se preguntó cómo llamar la atención sobre su situación sin causar un problema aún mayor. No quería un enfrentamiento entre Ramsey y Lord Lockfurt, sobre todo, porque este último apenas estaba en su juventud. Pero no iba a permitir que Lord Lockfurt pasara de largo y la abandonara a su suerte.

Cuando él se acercó, ella sonrió cálidamente, con la clara intención de entablar conversación con él. La mano de Ramsey se tensó como advertencia, pero ella la ignoró.

—Buenos días, señorita Patterson. —Dijo lord Lockfurt. —Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Shannon abrió la boca para hablar. Ramsey le dio un fuerte pellizco en el brazo y ella la cerró de un golpe. —Sí, señor. —Habló Ramsey. —Estamos esperando un carruaje de alquiler. La señorita Patterson y yo pensamos ir a comprar un sombrero nuevo.

Los miró con extrañeza. —Tal vez tendrían más éxito si caminara hasta el final de la calle. —Dijo con suavidad. —Por lo general, los cocheros no vienen por aquí.

—Gracias, eso es precisamente lo que haremos. —Garantizó Ramsey, tirando del brazo de Shannon. Deliberadamente, ella hizo un movimiento para liberar su brazo de su agarre. Se vio obligado a soltarla, consciente de la presencia de Lord Lockfurt.

—Sabe, capitán Ramsey —dijo ella con dulzura —acabo de recordar algo que me dejé en

la casa de lady Maddox. —Se volvió hacia Lord Lockfurt. —Me estoy quedando allí con la abuela en este momento. —Comentó a modo de explicación. —Creo que volveré a entrar para recuperarlo. ¿Por qué no me espera mientras tanto? —Preguntó a Ramsey, con una sonrisa.

Él la fulminó con la mirada y pasó de ella a Lord Lockfurt. Ella aprovechó su confusión para alejarse de él.

—Lord Lockfurt, —le llamó tendiéndole la mano. —Es providencial que haya llegado. —Ramsey se puso rígido y movió la mano dentro de su abrigo. —Soy consciente de que es una sugerencia poco apropiada, pero le agradecería que entrara para hacerle compañía a Marlene. Se encuentra bastante mal y estoy segura de que una visita suya le levantaría el ánimo.

—Por supuesto. —Aseguró lord Lockfurt, ofreciéndole el brazo con elaborada cortesía a la antigua.

La mano de Ramsey salió de su abrigo.

Ella se detuvo cuando estaba a punto de coger el brazo de lord Lockfurt.

Los dedos de Ramsey estaban vacíos. No había un cuchillo. Dio un suspiro de alivio, no se arriesgaría a un enfrentamiento. Después de todo, tenía tanto que perder con un escándalo como Shannon. Más, de hecho, si sacaba un cuchillo contra un miembro de la clase alta.

Ramsey estaba que echaba humo, pero había poco que pudiera hacer. No estaba tan desesperado como para sacar su cuchillo y apuñalarla a plena luz del día, con Lord Lockfurt como testigo. Confiaba en que ella tuviera miedo de decir algo.

Intentó caminar a paso tranquilo mientras lord Lockfurt la acompañaba con sus zapatos de tacón alto. Aunque sabía que era poco probable, una parte irracional de ella esperaba que un cuchillo volara por los aires y le cayera en la espalda, pero al final, fue sólo su mirada la que se clavó en su espalda, llena de furiosa desesperación.

—Espero no haber interrumpido nada, querida. —Quiso saber lord Lockfurt mientras

subían los escalones de la casa.

—No, al contrario. Me alegré de que viniera. Estaba siendo un poco... insistente.

—Supongo que no planea dar un paseo a caballo. —Lord Lockfurt se detuvo frente a ella y le entregó al lacayo su bastón. Sus ojos se cruzaron. Los de él brillaban con inteligencia.

—No, no tengo intención de hacerlo.

No se dijo nada más.

—¿Está Lady Harewell realmente indispuesta?

—Sí, milord. Lo está, y estará encantada de tener su compañía.

Apenas había depositado a lord Lockfurt en el dormitorio de lady Harewell cuando llegó lord Maddox, con la corbata suelta y la ropa puesta a toda prisa. Se acercó rápidamente al verla.

—¿Qué demonios ha ocurrido? El hombre que enviaste dijo que era una emergencia.

Ella estaba a punto de asegurarle que todo estaba bien, cuando sonó la aldaba y Smith dejó entrar a lady Maddox.

Hizo una pausa al fijarse en el aspecto de lord Maddox.

—Nathan, querido muchacho, ¿acostumbras a presentarte ante mí con la ropa arrugada?

Sus ojos brillaron peligrosamente. —No por elección. Sin embargo, como me ha despertado de mi sueño una llamada urgente, debo suponer que ha ocurrido algo grave.

Lady Maddox dirigió una mirada alarmada a Shannon.

Parecía haber pasado tanto tiempo desde que Shannon había llamado a lord Maddox. Habían ocurrido tantas cosas desde entonces. No se le había ocurrido que alguien le informara de que ya no era necesario.

—Afortunadamente, la situación está bajo control. —Aseguró, y se dio cuenta, de repente,

de que no había comido nada aquella mañana.

—Si viene al salón —pidió, disculpándose, —se lo explicaré todo. Pero tendrá que perdonarme si pido que me traigan una bandeja. Me temo que tengo bastante hambre.

Lord Maddox asintió. —Que sea para tres. Me vi obligado a renunciar al desayuno cuando me llamaron con tanta urgencia.

Nathan la escuchó con simpatía mientras relataba, entre bocado y bocado, la historia del ataque a su abuela. Lady Maddox parecía visiblemente disgustada.

—Si no hubiera ido a esa desdichada modista... —Exclamó.

—En realidad, no había nada más que pudiera haberse hecho. —Indicó Shannon, tranquilizadora. —No puede culparse. ¿Cómo iba a saberlo?

Sin embargo, nada de lo que dijo Shannon surtió efecto en Lady Maddox, que pidió un posset[7] para calmar su agitación.

—Usted dijo al principio que hubo dos incidentes. —Observó Nathan.

Shannon había evitado mencionar el intento de secuestro de Ramsey por deferencia a lady Maddox, que sin duda se alteraría al oír algo más. Intentó indicarle a lord Maddox que se lo contaría más tarde, pero Lady Maddox interceptó su gesto.

—No debe preocuparse de que me altere por cualquier otro incidente desagradable. —Aseguró. —Ya he llegado al límite. Otro suceso desafortunado más no cambiará nada. —Dijo, lastimeramente.

—Por el amor de Dios, mamá, si sigues así, la pobre chica irá corriendo a buscar un médico. —Comentó él, sonriendo con pesar. —Mamá es fuerte como un buey, señorita Patterson, así que no tiene por qué tener miedo.

Urgida por los dos, Shannon les contó detalladamente su encuentro con Ramsey.

Lady Maddox se llevó la mano al corazón. —No quiero ni imaginarme lo que habría pasado si Lord Lockfurt no hubiera aparecido. ¡Y pensar que ahora mismo está consolando a su abuela! Debo hacer un esfuerzo y subir a darle las gracias personalmente.

No parecía capaz de levantarse sola. Shannon se acercó a su lado y, tras muchos suspiros y aspavientos, por fin se puso en pie. Se abrazó con fuerza al chal y salió de la habitación.

Se quedó a solas con lord Maddox, que miraba por la ventana en busca de señales de Ramsey.

—No creo que vuelva. —Comentó Shannon. —Al menos durante el día. —Girándose rápidamente, se enfrentó a ella con los ojos entrecerrados.

—¿Qué creía que hacía —le dijo, tenso —dejando la casa sola cuando sabía que corría un gran peligro?

—Iba a la botica a traer medicinas para la abuela. —Respondió ella con frialdad. —No me imaginaba que Ramsey supiera dónde estaba. Debió de seguirnos anoche después del teatro.

—Pensé que habíamos acordado que no correría riesgos. La idea de trasladarse aquí era mantenerse a salvo.

—Soy muy consciente de ello, pero éstas eran circunstancias excepcionales.

Lady Maddox reapareció. —Lord Lockfurt nos acompañará abajo. Le está leyendo a tu abuela un cuento obsceno que me sonrojaría siquiera oír mencionar. Me fui inmediatamente después de escuchar unas pocas frases. No entiendo a esta gente mayor, no parecen tener la delicadeza de sentimientos que tiene nuestra generación.

Nadie reaccionó a su afirmación. Maddox había vuelto a mirar por la ventana y Shannon se había terminado el último fiambre.

De repente, lord Maddox golpeó con el puño el alféizar de la ventana. ¿Por qué se las arregla siempre para escapar ese miserable canalla?

Su vehemencia sobresaltó a Shannon, que dejó caer el tenedor. Su madre sacudió la cabeza en tono de reproche, aunque Shannon no estaba segura de si era por la caída del tenedor o por los modales de su hijo.

—¿No podemos llevarlo ante la justicia por intento de secuestro?

Me temo que no. —Aseguró Nathan. —A menos que puedan presentar testigos del intento. Es sólo su palabra contra la suya.

No añadió que, por supuesto, el testimonio de una mujer sólo valía la mitad del de un hombre en un tribunal.

—Si la hubieran metido a la fuerza en el carruaje y la hubieran retenido en algún sitio, podríamos haber traído como testigo a un corredor de Bow Street, pero tal como están las cosas...

—¿Así que cree que debería haberme ido con él, para que hubiera tenido la satisfacción de rescatarme? ¿Y además con un corredor de la calle Bow? —Dijo con sarcasmo mientras lo miraba con odio.

—Nadie está sugiriendo eso. —Dijo Lady Maddox con suavidad. —Sólo estás un poco alterada. Por supuesto que nos alegramos de que no te secuestraran. Nathan hablaba hipotéticamente. ¿No es así, Nathan?

Agitó la mano con impaciencia. —Por supuesto, pero estaba ensimismado en sus pensamientos, y Shannon no creía que estuviera siendo completamente hipotético.

—En cualquier caso —dijo lady Maddox —creo que lo que Shannon necesita ahora es un baño y algo de descanso. Un tónico para calmar sus nervios le vendrá de perlas, le diré al ama de llaves que prepare uno.

Lord Maddox salió de sus pensamientos. —¡Ni uno de sus tónicos, madre! —Dijo. —Te prohíbo terminantemente que se los impongas.

—No estás en posición de prohibir nada. —Dijo su madre con suavidad. —Estoy segura de

que un tónico le sentará muy bien.

—Me encantaría uno de sus tónicos, Lady Maddox. —Dijo Shannon. Tuvo la dudosa satisfacción de recibir una de sus miradas.

CAPÍTULO 13

Con todo lo que había ocurrido en los últimos días, Shannon ya no podía presumir de ser una persona tranquila y completamente imperturbable. Unos días antes, habría dicho que era exactamente lo contrario de lady Maddox. Shannon estaba orgullosa de su manera lógica de enfocar las cosas, no le gustaba el exceso de sentimentalismo. Estos días, sin embargo, algo de esa fría lógica parecía escapársele.

Necesitaba recuperar la tranquilidad. Como los libros siempre tenían la capacidad de tranquilizarla, decidió explorar la biblioteca de lord Maddox. Le gustaba el aroma penetrante de las encuadernaciones de cuero y el olor polvoriento del papel viejo y amarillento, la hacía sentirse en su elemento.

Una rápida ojeada le reveló varios volúmenes de poesía de Lord Byron bellamente encuadernados. Cogió *El Corsario* de la estantería y lo hojeó. Había anotaciones en los márgenes, lo que le provocó una carcajada. Alguien estaba leyendo a lord Byron. Podía ser Lady Maddox, pero no creía que fuera de las que escribían notas en los márgenes.

¡Qué hipócrita! Denunciando a Lord Byron en público mientras garabateaba notas a sus poemas en privado. Tal vez se había limitado a memorizar algunos versos para impresionar a las damas, pues así era él. Empezó a descifrar uno de sus comentarios y cerró el libro. Leer sus notas le parecía una intrusión, como leer el diario de alguien. No tenía derecho a ello. Es cierto que necesitaba saber más sobre el que pronto sería su marido, pero prefería que él se revelara ante ella en lugar de husmear a sus espaldas.

Bueno, ahora sabía al menos una cosa sobre él, leía poesía.

Aparte de eso, no sabía nada de él. Nada sobre sus intereses, sus preocupaciones, sus sueños. Nada sobre su infancia. De hecho, nunca habían hablado de esos temas. Le resultaba muy extraño que ella, de todas las personas, acabara casándose con alguien con quien nunca había tenido una verdadera conversación.

Tal vez porque era imposible mantener una conversación con un Libertino. Al fin y al cabo, los bribones eran superficiales, taimados y manipuladores. En cuyo caso, ¿hasta qué punto se podía creer una palabra de lo que decían?

Ramsey era un buen ejemplo.

Se había dejado embaucar por él. Había creído que la conversación en el parque era real, Ramsey había hablado de su padre, de su infancia, pero… ¿hasta qué punto era verdad?

Desechó la pregunta. No tenía ningún interés en saber más de él. Lo más probable era que utilizara sus revelaciones como estratagema para despertar la simpatía de las jóvenes, algo que seguro repetía a cada chica antes de seducirla.

Lord Maddox, sin embargo, no había intentado ganarse su confianza. Le había contado su experiencia en la guerra, pero en el contexto de la villanía de Ramsey, no había querido simpatía para sí mismo. Habría desdeñado cualquier gesto de ese tipo por parte de ella.

Estaba claro que se preocupaba profundamente por sus hombres y por el destino que habían sufrido. Eso, al menos, era genuino.

Ella se levantó impaciente y se dirigió a la ventana. Era inútil repasar cada palabra que él había dicho. No serviría para que ella lo conociera mejor.

La única certeza que tenía era que atraía a las mujeres como polillas a la luz en una bochornosa noche de verano. Y ella no era completamente inmune a esa atracción imprudente. Se había agitado en sus brazos cuando bailaron el vals. Y había sucumbido completamente a su

beso, aquella fatídica noche en la biblioteca. Había disfrutado cada momento.

Sin embargo, por desgracia para ella, como esposa, se vería obligada a contemplar cómo las mujeres revoloteaban hacia él y él aceptaba su homenaje.

Una hora más tarde seguía en la primera página de Rob Roy, de Sir Walter Scott. Intentó de nuevo releer el primer párrafo, pero fue en vano.

Llegó hasta ella el sonido de unos pasos. La puerta se abrió. Era lord Maddox, que cruzó la habitación sonriendo. Su sonrisa era tan franca, tan abierta que ella casi cedió hacia él. Tal vez su matrimonio no fuera tan malo después de todo.

—¿Ha estado esperando a que volviera? —Le preguntó amablemente.

Su vanidad se disparó tan alto como un globo aerostático. No pudo resistirse a hacerle un agujero. —Al contrario. —Dijo, lanzándole una sonrisa pintada. —Como sé que no te gusta leer, me refugié en la biblioteca. No pensé que me seguirías hasta aquí.

Su sonrisa vaciló, luego se reafirmó. —No puedo decir que aprecie especialmente su ingenio, pero me alegro de que esté más alegre que ayer. Me he tomado la libertad de pasar por Rundell y Bridge y conseguirle un anillo de compromiso. Espero que le guste.

Le tendió el anillo en su cajita granate. Era un anillo delicado, con hojas de oro entrelazadas que se retorcían hábilmente para sostener en ellas pequeños diamantes como gotas de rocío. Ella lo cogió y se lo colocó experimentalmente en el dedo.

—Me queda perfecto. —Dijo sorprendida.

Él parecía satisfecho de sí mismo. —Porque en la tienda había una señora con los dedos del mismo tamaño que los suyos. Le pedí que se probara el anillo, y lo hizo. Demuestra que soy un buen juez, ¿eh?

Un buen juez de mujeres, como si fueran un objeto. ¿Era así como los Libertinos veían a las mujeres? ¿Como veían a un par de piezas de carne?

No quería parecer descortés, pero estuvo tentada de devolverle el anillo. Podía imaginárselo mirando a los ojos de la joven, sonriéndole y quitándole lentamente el guante antes de deslizar el anillo en su dedo. Ella, por supuesto, hubiera estado encantada de complacerle, con un hormigueo en los dedos al rozarlos ligeramente.

—Gracias, lord Maddox. —Dijo, haciendo un gran esfuerzo por no sonar maleducada.

—¿Le gusta? —Preguntó él, sonriendo ampliamente.

—Es muy delicado. —Dijo ella. Su gusto la sorprendió. Se habría imaginado un anillo más recargado, mucho más elaborado. Este anillo era demasiado discreto y elegante.

Su sonrisa desapareció. —Si pasa algo —dijo, —me gustaría saberlo.

—No pasa nada, milord. —Dijo ella.

—Creo que Nathan sería más apropiado en este momento, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros. *"Nathan."* Le gustaba el nombre, pero le resultaba incómodo. Creaba demasiado vínculo entre ellos, una intimidad que ella no estaba dispuesta a aceptar.

Se sentó en el sillón más cercano a su sofá y se inclinó hacia ella. Le llegó el olor a jabón y un rastro más sutil que era el suyo.

—Sé que apenas nos conocemos —Dijo, —pero los matrimonios de éxito se han construido con menos.

Ella asintió. —Creo que simplemente necesito acostumbrarme a la idea.

La observó un momento. Luego cambió de sitio y se sentó cerca de ella. —Creo que un beso es habitual cuando dos personas se han prometido.

Antes de que ella pudiera protestar, él rozó sus labios con los de ella. El más mínimo contacto. Fue como el roce de un ala de mariposa sobre su piel, pero más cálido.

El beso fue tan breve que se preguntó si se lo había imaginado. Cerró los ojos y se estiró

hacia delante, deseando más, pero él ya se había alejado.

Abrió los ojos y lo encontró sentado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza dedicándole una amplia sonrisa.

El calor le subió a la cara. No quería alimentar su arrogancia. Levantó una ceja en señal de desafío. —Para ser un beso de compromiso, ¿No crees que ha sido bastante insatisfactorio? Apenas una señal medio diluida.

Él se rio y le pasó la mirada por la boca. Ella tuvo que contenerse para no lamerse los labios. —A veces un toque ligero puede conseguir mucho más que un exceso de ardor. —Aseguró él, lánguidamente.

—Debo recordarle, lord Maddox, quiero decir, Nathan, que no soy una dama a la que esté intentando seducir, ni una falda ligera con la que esté jugueteando. Soy su futura esposa.

Levantó una ceja, mirándola fijamente. —Precisamente. Tanto más importante es que le seduzca como es debido.

Shannon ya sabía que no podía ganar esta conversación. Se tambaleó, indefensa, fuera de sí, pero no había escapatoria. Estaba atrapada en la casa de la madre de él, y no podía simplemente marcharse. Era un pez atrapado en su anzuelo, intentando no forcejear.

Miró el anillo. Le recordaba que su futuro estaba en manos de aquel hombre. —Sin duda, tú lo sabes mejor. —Le replicó. —Tienes mucha experiencia en la materia.

Su boca se crispó. —Sí, tengo experiencia —Dijo, —pero, por desgracia, no en el matrimonio. —Le tendió la mano. —No es como lo haría un amante, sino por amistad. Tal vez no lo creas, pero esto tampoco es fácil para mí. Es cierto que puedo recurrir a mi experiencia pasada con las mujeres, pero, como tú muy bien has dicho, el matrimonio es un juego muy diferente a tratar con una amante. —Ahora parecía serio, sus ojos la buscaban en un serio intento de comunicación.

Ella asintió. Al menos, él la estaba entendiendo en parte. —Entonces debemos arreglárnoslas juntos lo mejor que podamos.



La velada musical en casa de Lady Pitton había sido afortunadamente corta. Se fueron temprano, citando la enfermedad de Lady Harewell como excusa. Para Shannon, por supuesto, no había sido una excusa en absoluto. Lo primero que hizo al llegar a la casa fue correr escaleras arriba para asegurarse de que su abuela no había sufrido ninguna recaída.

Para él, la velada había sido interminablemente larga. Normalmente disfrutaba con las actuaciones musicales, pero hoy tenía otras cosas en la cabeza. Enseguida quedó claro que no había circulado ningún chisme escandaloso. Todo el mundo saludaba a Nathan como de costumbre, y Shannon recibía las atenciones habituales. Cada vez era más evidente que no iba a haber ningún escándalo.

Afortunadamente.

Lo que le dejaba con un dilema. Se había ofrecido a casarse con Shannon por el escándalo. Ahora que se habían librado, no había ninguna razón real para casarse con ella, salvo que ya le había dado el anillo de compromiso y habían llegado a un acuerdo.

Aun así, no tenía por qué casarse con ella. Podía ser libre una vez más para reanudar su vida normal, su vida de Libertino, como diría Shannon. Bueno, ¿qué había de malo en ello? Había sido bastante feliz viviendo esa vida hasta hacía unos días. Ahora podría volver a llevar ese estilo de vida, sin preocuparse por nada. No tenía que convertirse en un cautivo de por vida.

El problema era que tendría que decírselo, y no quería que pensara que era frío y que no le importaba. Sobre todo, no quería que se sintiera engañada. No era muy caballeroso ofrecerse por

una dama, y retirar la oferta dos días después.

La puerta de la biblioteca se abrió lentamente. Los ojos de Shannon, de color ámbar esta noche, a juego con los adornos dorados de su vestido, recorrieron la habitación y luego se posaron en él. Asintió, satisfecha, y entró.

—Tu madre me dijo que aún no te habías ido, que te encontraría aquí.

Él sonrió. —Necesitaba reflexionar sobre algunas cosas, en particular sobre nuestros planes de matrimonio. —Consiguió mantener la vaguedad de sus palabras.

Su mirada se dirigió al dedo anular de ella, donde antes había colocado el anillo. Se lo había quitado, por supuesto, antes de que nadie se diera cuenta y supiera de su compromiso, pero el vacío que había allí parecía ser un indicio. ¿Por qué no se había puesto el anillo y había anunciado su compromiso al mundo?

Tal vez aún no estuviera completamente convencida. En ese caso, podría abordar el tema sin herir sus sentimientos.

Respiró hondo. No era fácil hacerlo, pero tenía que hacerlo.

Empezó a hablar, sólo para darse cuenta de que ella ya había empezado a decir algo. —Tengo algo que...

—Quiero hablar...

Le dedicó una sonrisa irónica. —Primero las damas.

—Muy bien. —Dijo ella. Una pequeña caja granate estaba en su mano, Shannon se dio cuenta de que era la caja de los anillos. La hizo girar distraídamente entre sus dedos. —Es sólo que... lo que me gustaría decir...

—¿Sí? —Dijo él, incitándola a hablar.

—No hay forma de decirlo sin ofender, pero me gustaría poner fin a nuestro compromiso.

—Las palabras salieron apresuradas. —Las circunstancias que llevaron a su formación ya no existen. Nadie lo sabe, así que no hay de qué avergonzarse, además, tú no te ofreciste por apego, y yo no estoy apegada, así que...

Se estaba haciendo un lío, pero él no quiso ayudarla. Ahora que la bota estaba en el otro pie, la situación le parecía intolerable. Le enfurecía que ella se quedara tan tranquila y desperdiciara la oportunidad de un matrimonio que tenía mucho que ofrecerle.

—Permíteme asegurarme de que te he entendido bien. —Dijo con frialdad. —Deseas poner fin al compromiso. —Lo dijo con énfasis, como si ella estuviera diciendo algo absurdo, en lugar de lo que él había planeado decir hacía unos minutos.

Ella levantó la barbilla. —Ambos sabemos que las circunstancias nos empujaron a comprometernos, que no lo hicimos por amor. Fuiste un caballero y te ofreciste a proteger mi reputación, pero un paso tan radical ya no es necesario. Nadie sabe del compromiso. —Le lanzó una mirada examinadora. —Al menos espero que nadie lo sepa, ya que no informé a nadie, ni siquiera a la abuela. Así que es un asunto que debe quedar entre nosotros. —Colocó con decisión la caja de los anillos sobre la mesa que tenían delante.

Era lógico, por supuesto, y era lo que él quería, pero demonios, podría haber esperado al menos un día antes de irrumpir en la habitación para romper el compromiso.

Por supuesto, nada había cambiado realmente. Si declaraban terminada su compromiso, nadie se daría cuenta, y él estaría exactamente donde estaba hace unos días. ¿Y dónde estaba? A punto de desarrollar un acuerdo más duradero con la Viuda de Oro. Ella le había mirado fijamente en el teatro, durante la actuación de Kean. Ella era un bocado que él había probado, pero que no le importaría volver a probar. Siempre que no se volviera indiscreta.

Examinó a su compañera y se fijó en el suave y cambiante marrón verdoso de sus ojos, los destellos ardientes que parpadeaban en su pelo, la forma en que su barbilla se curvaba en un borde pronunciado y obstinado. Por la forma en que lo miraba, estaba claro que esperaba que él

consintiera.

Pues él consentiría si tanto lo deseaba. Esperaba no volver a ver nunca a aquella mujer tan tozuda.

—No soy el tipo de caballero que obliga a una dama en contra de su voluntad. —Dijo, tratando de mantener la hosquedad fuera de su voz. —Por supuesto, es usted libre. Sin embargo, espero que continúe aprovechando la hospitalidad de mi madre hasta que esté segura de que está completamente a salvo de Ramsey.

—Hoy era el último día de la apuesta.

—Es posible, pero sería mejor no tentar al destino. —Reconoció en su miedo frente a ella. —No debe preocuparse por avergonzarse con mi presencia en actos públicos. —Añadió, con la voz cargada de ironía. —Ahora que ya no tenemos nada que temer, ya no hay motivo para acompañarla a ningún lado. —Hizo una pausa y la examinó. —Tendrá lo que ha pedido una y otra vez, le dejaré en paz.

Ella negó con la cabeza. —Siento haber sido tan impaciente contigo —Expresó. —Soy consciente de que estoy en deuda con vosotros en más de un sentido. Sé que me he portado mal y espero que me perdones. —Le ofreció la mano en señal de paz.

Su confesión le conmovió inesperadamente. La cogió y se la llevó a los labios. —Tal vez, si las cosas no hubieran empezado como empezaron —Reflexionó, —nuestra relación podría haber tomado otro rumbo. Tal como están las cosas...

Quiso preguntarle en qué situación quedarían, pero ella apartó la mano con suavidad. —Gracias por todo. —Le cortó. Se escabulló rápidamente saliendo de la habitación, fuera de su alcance, fuera de la habitación.

¿Qué había en la forma en que se movía que atrajo su atención? Supuso que no lo averiguaría.

La idea debería haberle aliviado, en cambio, sintió una tristeza desacostumbrada, como si algo cálido y soleado hubiera desaparecido de su vida.

CAPÍTULO 14

Shannon esperó un día más antes de regresar a su casa de Grosvenor Square. Prefería no correr riesgos y, además, lady Harewell necesitaba descansar. Nathan, fiel a su palabra, se mantuvo alejado, a pesar de que lady Maddox afirmó que lo esperaban para cenar, pues se preparó un sitio para él, pero no apareció. El asiento permaneció vacío durante toda la cena, como un recordatorio de su ausencia. Shannon no pudo evitar pensar que la conversación de la cena decaía un poco sin él.

Lady Maddox había sido la mejor de las anfitrionas, y su amabilidad, ilimitada, pero Shannon se alegró de volver a su casa, de estar de nuevo en terreno conocido. Había vivido en la mansión adosada de su abuela desde que tenía tres años, excepto por ocasionales estancias en el campo con amigos de la familia. La imagen familiar de su madre la miró desde lo alto de la amplia escalera y sintió una punzada.

Subió los escalones y miró los cálidos ojos castaños de su madre. Era un cuadro pintado antes de que su madre conociera a su padre.

—Hice lo correcto, madre. Habrías estado orgullosa de mí. —Susurró. La expresión de sus ojos amielados no cambió. Shannon permaneció inmóvil un largo rato, esperando. Luego, con un suspiro, continuó su marcha.

Como si hubiera estado fuera durante un año y no unos días, Shannon inspeccionó la casa, haciendo una lista de las tareas pendientes. Se dedicó a las tareas domésticas descuidadas con una energía inusitada, sumiendo la casa en un frenesí de limpieza primaveral.

Estaba en el comedor arreglando flores cuando Parker anunció una visita.

—La señorita Fisher quiere verla. —Indicó Parker. —Le espera en el salón.

—Gracias, Parker. —Contestó ella.

Encontró a la joven paseando por el salón, obviamente en un estado de agitación.

—¿Qué pasa? —Le preguntó Shannon.

Amelia cruzó rápidamente la habitación.

—Gracias a Dios que está en casa. —Dijo, con el ceño fruncido por la ansiedad. —Vine lo más rápido que pude cuando supe lo que había pasado. No tenía ni idea de que estuviera involucrada en sus planes, así que no dije nada antes, pero cuando los oí hablar...

Estaba claro que no era una emergencia. Aliviada, Shannon pasó el brazo por el hombro de la muchacha y la condujo al sofá.

—Ven, siéntate. Llamaré para pedir té y luego podrá contármelo todo. —Habló tranquilizadora.

—Pero aún no sabe...

—Sé que me lo contará muy pronto. —Le cortó y llamó con la campanilla. —Sea lo que sea, puede esperar hasta que tomemos el té.

A pesar de sus intentos de tranquilizarla, la señorita Fisher volvió a levantarse y empezó a pasearse por la habitación, cogiendo objetos y mirándolos fijamente, para luego volver a dejarlos en su sitio. Tal vez no debería haber pedido el té, Shannon dudaba que fuera a bebérselo.

Llegó la bandeja del té. Shannon lo sirvió y le dio una taza a Amelia. —Tal vez le gustaría decirme a qué se debe esta agitación.

Comenzó una narración incoherente que Shannon no entendía. Lo único que entendió fue que sus padres la obligarían a casarse con un ogro, un conde, un viejo muy feo al que le faltaban

la mitad de los dientes y tenía verrugas en la cara, si no obedecía a su madre. Casándose con otro conde, también un ogro, pero bastante joven.

—Si no se sienta, Amelia, me temo que no entenderé nada de lo que dice.

Le hizo caso y se sentó. Shannon supuso que ahora que había comenzado la narración, se estaba tranquilizando.

—¿Podrías empezar de nuevo? ¿Con el ogro, quiero decir, el viejo conde?

—Si lo viera —dijo la señorita Fisher, inclinándose hacia delante en un esfuerzo por convencer a Shannon, —sabría por qué nunca, nunca podría casarme con él, aparte de que es muy viejo. —Se detuvo a pensarlo. —Algunas personas mayores parecen agradables y amables, pero este hombre no parece amable en absoluto. Tiene un aspecto fiero y es feo. —Se estremeció. —Era uno de los amigos del Príncipe, antes de que se pelearan. Al menos, eso dijo papá. Creo que por eso es por qué quiere que me case con él. Porque tiene mucha influencia en la corte.

—No si se ha peleado con el Príncipe Regente. —Dijo Shannon. —Mira lo que le pasó a Beau Brummell[8].

—Eso es lo que pensé. No sobre Beau Brummell, sino sobre la otra parte, pero papá tiene ambiciones políticas, ya ves, y haría cualquier cosa para acercarse al Príncipe. Tiene algunos planes que quiere implementar, y está constantemente buscando acercarse al Regente. Ya sabes que dicen que el rey Jorge no puede vivir mucho tiempo...

—Sí, sí, lo sé. —Interrumpió Shannon. No quería oír la opinión de lord Fisher sobre la corte o la familia real.

—De todos modos, mi padre era inflexible. Llegó a querer redactar los papeles, pero mamá se opuso.

Eso sorprendió a Shannon. Se habría imaginado a Lady Fisher encantada de hincarle el

diente a alguien tan poderoso.

—Mamá cree que huele a tienda. —Explicó Amelia. —Dice que tiene ascendencia de tendero, o algo así. De todos modos, consiguió que papá prometiera aplazarlo todo, le convenció de que no había prisa, que ni siquiera había disfrutado de una temporada. Mamá está segura de que encontraré a alguien igual de bueno. Me trajeron a Londres, para hacer mi salida, y así ser presentada en la corte, que es, por supuesto, importante para papá. Y si recibo una oferta de matrimonio igual o mejor, entonces no necesitaría casarme con Lord Barton.

Shannon había oído hablar de Lord Barton, aunque no lo conocía.

Según los cotilleos, era un lascivo.

—Aquel día en Hyde Park… —Respiró hondo y se miró las manos. —Le juro que no fue idea mía en absoluto. Mi madre me amenazó si no lo hacía. —Se levantó de nuevo y empezó a caminar. No fue un accidente. Mi caída, quiero decir. A ver, me caí de verdad, pero fue porque pinché al pobre Bandido con una uña y se volvió loco. Lamenté haberle hecho daño, pero mamá insistió en que era necesario. —Miró sin esperanza a Shannon. —Ahora me odia, ¿verdad?

Shannon negó con la cabeza, pero sus pensamientos se aceleraban. Eso explicaba muchas cosas que parecían extrañas en aquel momento.

—Ella estaba conmigo en el parque y envió al sirviente a buscar algo, así que no pudo alcanzarme inmediatamente. Sabíamos que lord Maddox estaba cabalgando en el parque. Todo lo que tenía que hacer era perseguirme y Lady Nattleham haría el resto.

—Pero se cayó. ¿Y si se hubiera caído mal y se hubiera hecho daño?

Amelia sonrió. —Soy una excelente amazona, y puedo hacer piruetas a caballo. Uno de los mozos de cuadra pertenecía a un circo y, cuando era pequeña, me enseñó a deslizarme a ambos lados del caballo sin caerme. —Le brillaron los ojos. —Eso es lo que hice. Me deslicé del caballo y caí al suelo.

—¿Su madre sabía de su habilidad?

—Por supuesto.

Shannon pensó mejor de ella por esto al menos. Si sabía que su hija no sufriría ningún daño, entonces sus acciones eran menos despreciables.

—Y entonces te encontraste con nosotros y todo quedó en nada. —Frunció el ceño. —Me alegré mucho, porque yo tampoco quiero casarme con lord Maddox.

Shannon parecía desconcertada. —Seguramente él es mejor opción que Barton.

—Oh, mucho mejor. —Aseguró Amelia rápidamente. —Sé que es su amigo y estoy segura de que es muy agradable, pero... me asusta.

—¿Te asusta?

—Tiene una manera de mirar como si fueras un insecto que no le interesa. Ahora me cae un poco mejor, después de que hablamos en el teatro, porque allí fue muy amable, pero sigo sin querer casarme con él. Sobre todo, ahora.

Intentó descifrar qué quería decir Amelia con esta última afirmación, pero decidió que aún no lo sabía todo.

—Lo que no entiendo —indicó Shannon —es por qué has venido a contármelo tan de repente y por qué te has puesto tan nerviosa.

Amelia se sintió confusa. —¿Nerviosa? —Preguntó, perpleja. Algo debió de ocurrírsele, porque soltó una pequeña carcajada. —No, eso no fue lo que me puso nerviosa. —Dijo, como si fuera obvio.

Así que había algo más. Shannon sintió un nudo en el estómago.

—Mi madre se enfadó mucho cuando el intento no tuvo éxito. Lo había planeado mucho, y no quiso rendirse. Así que planeó que lord Maddox se viera en una situación comprometida

conmigo.

—En la biblioteca, en el baile de los Boyd. —Indicó Shannon,

Amelia asintió. —Sí, mi madre escribió una nota sugiriendo una cita con una dama. Yo debía ser muy traviesa y hablarle suavemente y de alguna manera...que me abrazara o me besara, aunque no tenía ni idea de cómo lo conseguiría, pero cuando abrí la puerta de la biblioteca me encontré con que ya estaba usted allí. Estaba de espaldas a mí y no me vio.

Shannon recordó aquel momento de pánico y desesperación. Era un milagro que no se hubiera dado cuenta de que la puerta se abría.

—Así que me escabullí y fui a buscar a mamá y a Lady Templeton para avisarlas. No pude encontrarlas, y alguien me reclamó para un baile. Era alguien que mamá no aprobaba, el capitán Ramsey, a quien creo que conoces, así que aproveché su ausencia. —Se le iluminaron los ojos y se le iluminó la cara. —Es un caballero muy amable, nada tonto como muchos de los otros. Creo que puede llegar a gustarme. —Entonces recordó por qué estaba aquí, y el brillo desapareció. Hizo un mohín. —Mamá me regañó durante todo el viaje en el carruaje. Decía que no podía confiar en mí para nada y otras cosas por el estilo. Pero, ¿cómo iba a obligar a lord Maddox a besarme cuando tú ya estabas en la biblioteca? Es imposible, pero no había forma de convencerla. Es inútil explicarle nada cuando se pone así de irracional. —Hizo una mueca. —Dijo que la había puesto en una situación incómoda. Como si lo hubiera planeado todo. Le vio con lord Maddox y le habría encantado involucrarle en un gran escándalo, pero está decidida a no dejarle tener a Lord Maddox.

Bueno, eso explicaba por qué no había habido escándalo. —¿Qué es, entonces, lo que te trajo a mí hoy?

—Las he oído hablar de utilizarle para que lord Maddox se ofrezca por mí. Sentí que debía advertirle. No puedo seguir jugando su juego, y no quiero perder su amistad, la valoro mucho.

Shannon le sonrió cálidamente, contenta de su afecto.

Amelia hizo una pausa, frunció el ceño y añadió, ingenuamente. —Aparte de que no tengo más amigos en Londres, no tendría con quién salir.

Shannon hizo una mueca con pesar. —No te preocupes —dijo, —no le haré responsable de los planes de su madre. Sé que no está de acuerdo.

—En absoluto. —Exclamó la muchacha, con el apuro marcado en su cara. —El problema es que están tramando otro complot, por eso he venido. No sé de qué se trata, y esta vez no me lo van a decir, así que puede que sea más difícil frustrar sus planes. Sé que usted tiene cierto interés en lord Maddox, y no lo arruinaría por nada del mundo. —Se acercó a la ventana, miró brevemente hacia afuera y se volvió. —Además —dijo, con un brillo malicioso, —como ya he dicho, no deseo casarme con lord Maddox. —Añadió estremeciéndose aparatosamente.

¿Acaso Amelia lo había llamado ogro de forma indirecta? Parecía increíble. Pero mientras tanto, Shannon necesitaba aclarar las cosas con la joven debutante de una vez por todas. —En cuanto a lord Maddox, no tengo interés...

—No hace falta que finja conmigo —dijo Amelia, con aire travieso. Se sentó cerca de Shannon en el sofá. —No te preocupes. Tu secreto está a salvo. Jamás le diría una palabra a nadie.

Era inútil discutir, Amelia ya lo había decidido. En cualquier caso, era discreta y Shannon le caía lo bastante bien como para no desearle nada malo.

Se separaron en los mejores términos. La confesión le había quitado un peso de encima a Amelia, a juzgar por la forma en que casi saltó por las escaleras al salir. No era para nada un querubín. Más bien un gatito, con unas buenas y grandes garras.

Mientras tanto, Shannon se preguntaba por la certeza de Amelia de que estaba interesada en Nathan. Se encogió de hombros. Supuso que Amelia se basaba en el beso que su madre había interrumpido en la biblioteca.

El recuerdo del beso evocó un pequeño estremecimiento que recorrió cada centímetro de su ser. Era extraño que lo recordara ahora que la relación entre ellos había terminado. Se encontró rememorando aquel beso. Reviviendo las sensaciones que la habían atravesado en aquel momento, interrumpido tan bruscamente por Lady Fisher. Y para su consternación, se encontró deseando más.



Nathan bebió su tercera copa de brandy. Le quemó la garganta. Maldijo, aunque era bueno librarse de todos esos enredos. Las dos últimas semanas habían sido como una extraña pesadilla en la que él desempeñaba un papel, pero no entendía las reglas. Ese marimacho de Patterson le había llevado a una alegre persecución y se alegraba de que hubiera terminado. Ahora podía volver a disfrutar de la vida.

—Estás muy distraído esta noche. —Observó Nicky, con evidente diversión en su rostro. —Te he llamado dos veces, pero no me has oído.

—Lo dudo mucho. —Dijo Nathan. Cogió la jarra y vio que estaba vacía. —He estado bebiendo sin parar. —Comentó a Nicky, e indicó al camarero que trajera otra botella. —Simplemente, estoy disfrutando de mi falta de compromisos.

—En ese caso, ¿por qué tienes el ceño tan fruncido? ¿Y por qué estás encorvado sobre tu brandy como un avaro?

Nathan se colocó en toda su estatura, o lo más cerca que pudo, dado que estaba sentado y que se había tragado el brandy muy deprisa. —Estoy frunciendo el ceño porque sé que, si vuelvo a ver a la señorita Patterson, voy a estrangularla.

—Bueno, no hace falta que la vuelvas a ver, al menos no por mucho tiempo. Apenas os

visitáis y ya no tienes motivos para asistir a ningún baile. Es poco probable que te encuentres con ella. Eso debería animarte.

—Debería, pero no lo hace. —Intentó explicar esa sensación persistente de... algo que no podía identificar. ¿Malestar? No, difícilmente. ¿Agitación? No, ¿por qué iba a estar agitado? ¿Inquietud? Eso era. Buscó una razón. Encontró una. Ajá. —Aún no estoy seguro de que esté a salvo de ese canalla llorón. —Argumentó.

Ante el asombro de Nathan, Nicky echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. —¿Qué tiene eso de divertido? —Dijo, sintiéndose enormemente enfadado. —Pensaba que tú, más que nadie, entenderías por lo que ha pasado. —Se levantó. No iba a quedarse sentado y dejar que aquel idiota sonriente se burlara de las desgracias de Shannon. —Será mejor que me vaya, antes de que se ponga en duda mi pertenencia a Brooks's.

En lugar de achantarse, la sonrisa de Nicky se hizo aún más amplia. —No puedo creerlo. Estás enamorado, perdidamente enamorado.

—No estoy enamorado. —Gruñó Nathan, irritado más allá de lo razonable por los comentarios de Nicky. Se preguntó por qué había considerado amigo a semejante cabeza de chorlito.

—Siéntate y discutámoslo como caballeros. —Dijo Nicky, todavía sonriente.

El camarero llegó con el brandy. Miró a Nathan con incertidumbre, preguntándose sin duda si iba a pedirle que se lo llevara.

Se volvió a sentar de mala gana. No había absolutamente nada de qué hablar, pero no se le ocurría otra cosa que hacer aquella noche. Mejor se quedaba y se bebía el brandy.

—Ya que este tema te irrita tanto —dijo Nicky, —hablemos de otra cosa. Te dará tiempo a controlar tu temperamento.

—Mi temperamento no tiene nada de malo. —Aseguró Nathan entre dientes.

Nicky miró al techo. Afortunadamente, guardó silencio y cambió de tema.

—¿Alguna idea de lo que vamos a hacer con Ramsey?

Aquello no suponía ninguna mejora con respecto al tema anterior. De hecho, Nicky parecía empeñado en provocarlo.

—Si tuviera alguna idea, ya la habría puesto en práctica. —Le espetó.

Recordó la cara de Shannon en la biblioteca cuando salió de detrás de las cortinas. Nunca olvidaría esa mezcla de emociones. Terror, horror, sospecha e incertidumbre a la vez. Luego, alivio cuando se dio cuenta de que no había hecho nada peor que hacerle cosquillas. Afortunadamente, ella nunca le había preguntado a quién creía que le hacía cosquillas detrás de la cortina. Quizá había sacado sus propias conclusiones.

En cualquier caso, eso no era importante, lo que sí era importante, eran las intenciones de Ramsey. Nathan deseaba más que nunca agarrarlo por el cuello y arrojarlo a algún sucio pozo negro para que se ahogara.

Sin embargo, estaba condenado al fracaso, sobre todo porque no había manera de acusarlo sin traer la ruina a la dama involucrada, y él lo sabía. Los dedos de Nathan se cerraron en puños. Si hubiera alguna manera de llevarlo ante la justicia....

—Lo estás haciendo otra vez. —Dijo Nicky.

—¿Qué estoy haciendo? —Dijo Nathan, cogiendo la jarra y vertiendo el líquido en su vaso. Tenía el color de la sangre seca, y nunca se había dado cuenta. Dejó el vaso con un golpe seco.

—Frunces el ceño de una manera espantosa. —Dijo Nicky.

—¿Qué esperas si mencionas a Ramsey? —Dijo, sin gruñir ahora, sólo hablando entre dientes.

Nicky tuvo la delicadeza de parecer arrepentido. —Sí, no he estado muy bien ahí, pero es que quería ver hasta dónde podía presionarte antes de que te derrumbaras y lo admitieras.

Nathan exhaló un fuerte suspiro. —Pensé que no íbamos a hablar de ese tema.

—¿Qué tema? preguntó Nicky, con una falsa inocencia escrita en el rostro. —Oh, sí, ahora lo recuerdo: la chica Patterson.

—No la llames así.

—¿La chica Patterson? —Volvió a sonreír.

Nathan se abalanzó sobre él y lo agarró por el cuello. La conversación en las mesas a su alrededor cesó. Los caballeros que les daban la espalda se giraron y torcieron el cuello.

Nathan lo soltó. —¿Tregua?

Nicky se frotó el cuello, aunque Nathan sólo le había tocado la corbata, que parecía ligeramente arrugada. —Tregua. Recuérdame que no vuelva a mencionarla.

En el momento en que dijo eso, Nathan sintió una compulsión casi abrumadora de hablar de ella.

—No es tan mala. No es realmente una marimacho, ya sabes. De hecho, es bastante sensata. Sólo que no le gustan mucho los hombres. —Hizo una mueca al decirlo.

—¿Hombres o Libertinos? —Preguntó Nicky, echándose hacia atrás y observándolo con una media sonrisa burlona. Nathan ignoró la pregunta.

—Te concedo que parece que se opone a los Libertinos. —Incluso mientras lo decía, una pesada penumbra pareció descender sobre él e inmovilizarlo en el sillón. Miró el espeso líquido rojizo de su vaso.

No podía cambiar quién era, como tampoco el brandy de la copa podía convertirse en otra cosa. Ratafía, por ejemplo. Eso era lo que ella quería. Ella quería que se convirtiera en dócil

ratafía, cuando él era un brandy fino y bien afilado. ¿Cuánto más injusta podría ser la situación?

—Tal vez podrías convencerla de lo contrario. —Levantó la vista y se encontró con que Nicky le observaba y ahora parecía mucho más serio.

—¿Convencerla? —Preguntó Nathan, habiendo perdido el hilo de la conversación. —De que no se oponga a los Libertinos. O al menos, que no se oponga a este Libertino en particular. —Levantó una ceja. —¿Y cómo propones que lo haga?

—Habla con ella.

Parecía algo tan sencillo cuando se decía así. Tan simple que estaba condenado al fracaso, pero cuanto más lo pensaba Nathan, más atractivo le parecía. ¿Por qué no hacerlo? No haría daño. Incluso podría hacer algún bien.

Dejó el vaso. —Creo que, por una vez, Nicky, has hecho una sugerencia sensata. Vámonos.

—¿Irnos? —Preguntó. —¿Adónde?

—Al baile de los Copperton, a ver a la señorita Patterson para hablar con ella.



Shannon estaba impulsada por la misma energía inquieta que la llevó antes a realizar una obsesiva limpieza. Estaba rodeada de pretendientes desde el momento en que entró en el salón de baile, y aún no se había sentado a bailar. Su tarjeta estaba casi llena.

Casi, porque había dejado vacíos los espacios junto a dos de los valses. Ahora miraba esos espacios vacíos y se preguntaba qué la había impulsado a dejarlos así. La blancura de aquellas líneas sin reclamar parecía un castigo, un recordatorio de las muchas locuras que había cometido

en las dos últimas semanas.

Los acordes del vals flotaban hacia ella. El parloteo de los jóvenes a su alrededor le irritaba los nervios como la pimienta en un corte inflamado. Necesitaba un momento para sí misma, o acabaría enfadada con el mundo.

—Disculpen, caballeros, pero me siento algo débil. Necesito encontrar a mi abuela y retirarme a la sala de descanso.

Hubo algunos murmullos de protesta y algunos ofrecimientos de ayuda, pero ella los rechazó con una sonrisa tensa y se alejó hacia donde había visto por última vez a Lady Harewell.

Una pared oscura se levantó ante ella y se chocó, dejándola sin aliento. Unos brazos fuertes la sostuvieron. El embriagador aroma de un perfume familiar llenó sus fosas nasales.

Dejó que los brazos la sostuvieran, sólo un momento. Luego dio un paso atrás.

—Lo siento mucho, lord Maddox. —Murmuró.

—Mis disculpas, señorita Patterson. —Murmuró él, al unísono.

Ella bajó los ojos. Su contacto le había provocado una oleada de sentimientos y no quería mirarlo hasta que las sensaciones se hubieran calmado, lo cual era difícil cuando él estaba tan cerca.

—Buenas noches, señorita Patterson.

Sobresaltada, miró por encima del hombro de Nathan, que le estorbaba mucho.

—Lord Cunningan. —Dijo, sonriéndole cálidamente. Era una distracción maravillosa. Su corazón se calmó y su respiración volvió a la normalidad.

—¿Por qué yo no recibo una sonrisa tan agradable? —Preguntó Nathan, fingiendo un orgullo herido.

—Tal vez no la merezca. Mientras que yo... —Aseguró Lord Cunningan.

Ella siguió sonriendo a Lord Cunningan. —Se merece una, por supuesto que sí. En cuanto a su amigo —dijo, incapaz de resistirse a burlarse de Maddox, —no necesita mi sonrisa. Ya hay suficientes jóvenes que le sonríen en una noche como para que le duren los próximos dos años.

Nathan miró a su alrededor, como si se diera cuenta de las sonrisas por primera vez. —Las sonrisas fingidas de las muchachas a las que las madres intrigantes ordenan sonreír apenas aprenden a gatear.

—Acabo de darme cuenta de mi desventaja. —Replicó Shannon. —No tengo una madre intrigante que me diga que le sonría.

Ella esperaba que él se riera, o al menos sonriera, pero sus cejas se fruncieron y pareció disgustado por su afirmación.

—Si yo fuera usted, no molestaría a lord Maddox esta noche. —Dijo lord Cunningan. —Está de un humor de perros. —Hizo una pausa y se frotó dramáticamente el cuello. —Puede que incluso decida agarrarle por el cuello, como hizo conmigo hace un rato, así que tenga cuidado.

Lord Maddox confirmó la afirmación de Nicky enviándole una mirada asesina que prometía futuras represalias.

—Entonces tal vez debería evitarlo por completo, como evitaría a un oso herido. —Dijo, le dijo a Nicky sin dejar de mirar a Shannon.

—Como nunca he visto un oso herido, no puedo opinar sobre esa comparación, pero me parece una buena forma de describir a Lord Maddox.

Nathan se limitó a fruncir el ceño.

Shannon, en cambio, empezó a experimentar de nuevo aquella extraña sensación burbujeante, la risa aflorando a la superficie.

—Bueno, entonces será mejor que desaparezca de aquí a toda prisa, antes de que el oso decida abalanzarse.

Se excusó, con una pequeña sonrisa en los labios. El salón de baile ya no le parecía opresivo y esperaba la cena con impaciencia.

—Creía que ibas a hablar con ella. —Dijo Nicky. —En lugar de eso, la miras con el ceño fruncido, como si su sola visión te repugnara.

—¿Quién te ha nombrado mi guardián? Si quiero mirar de reojo a una dama, no necesito tu permiso para hacerlo. —De hecho, deseó no haber llevado a su amigo al baile. Siempre había sido consciente de la buena apariencia de su amigo, y sabía muy bien que muchas jóvenes encontraban a Nicky muy atractivo, aunque rara vez hacía el menor esfuerzo por llamar deliberadamente la atención, pero esta noche el atractivo rostro de Nicky le resultaba claramente desagradable.

—Creía que querías hablar con ella. —Dijo Nicky

—No tuve exactamente la oportunidad. —Observó Nathan con frialdad. —Parecías estar manejando tú mismo la conversación. Apenas pude decir una palabra.

Nicky le miró incrédulo y luego se echó a reír. —Creo que será mejor que te vayas a otro sitio esta noche. O mejor aún, vete a casa y duerme la mona. Quizá mañana seas más racional.

—Soy perfectamente racional. —Dijo Nathan, que vio cómo un joven abordaba a Shannon y la llevaba a la pista de baile. —¿Qué se cree que está haciendo ese cachorro? La oí decir que se sentía débil.

—Parece que se ha recuperado. —Dijo Nicky.

Y de hecho parecía bastante animada. La palidez que había marcado su rostro hacía unos minutos había desaparecido y parecía muy contenta por algo, una enorme sonrisa iluminaba su rostro.

Nathan siguió la línea de su visión y maldijo para sus adentros.

Un joven de aspecto atlético se dirigía hacia ella, y era claramente muy bienvenido.

Nathan decidió retirarse. Por una vez, Nicky parecía tener razón.

Esta noche no conseguiría nada.

Giró sobre sus talones, dispuesto a abrirse paso entre la multitud. Un instante después, sin embargo, se detuvo por completo, sus ojos se entrecerraron en una figura vestida con el uniforme verde de élite.

Ramsey estaba entre las sombras, observando a Shannon, con el rostro retorcido por la malicia.

Nathan cambió de dirección y se acercó a la zona de baile. El siguiente baile era un vals y, por Dios, Shannon iba a bailarlo con él.

CAPÍTULO 15

Recurrió a sus modales más encantadores. No permitiría que ella lo rechazara. Apenas había abandonado la pista de baile cuando él se le acercó, inclinándose con elegancia y esbozando su sonrisa más deslumbrante.

—Creo que este vals es nuestro, señorita Patterson. —Dijo Nathan

Ella miró su tarjeta de baile.

—Ha anotado mi nombre antes. —Dijo él rápidamente, antes de que ella pudiera decir nada, y antes de que tuviera tiempo de leer la tarjeta. Le cogió la mano, intentando que el gesto no pareciera que la estaba agarrando.

Sus ojos surgieron de entre pesadas pestañas, oscuras y espesas que enmarcaban aquellos

ojos almendrados. Durante un momento, interminable, se sintió atraído por ellos. Entonces empezó la música y él la guio, buscando un lugar para ellos en la pista de baile.

La mano de ella se posó delicadamente sobre la suya. La condujo durante el baile, observando con satisfacción que esta vez ella no se resistía mientras él la acercaba un poco más de lo debido.

Cuando se dio cuenta de que había sido un error, ya era demasiado tarde.

No quería apartarla, pero la apartó de él, porque mantenerla tan cerca tensaba cada músculo de su cuerpo, que parecía decidido a aplastarla contra él. Su cuerpo reaccionaba a cada pequeño movimiento de ella: los dedos de ella rozándole ligeramente el hombro, el borde de su muslo rozándole el suyo, el pie de ella tocándole la pantorrilla cuando daba un paso en falso, incluso el aliento de ella al rozarle la mejilla. Cada pequeña acción provocaba en él una oleada de deseo.

Sus sentidos se habían adaptado tanto a su presencia que casi podía oír los latidos de su corazón sin estar lo bastante cerca como para ello.

¿Cuándo había ocurrido eso? Hacía sólo dos días estaba serenamente sentado en la biblioteca de la casa de su madre mientras ella le decía que no quería casarse con él. ¿Por qué reaccionaba así?

Se alejó de ella, inclinándose hacia atrás, tratando de evitar todo contacto. El vals que había empezado con tanta elegancia se convirtió en una rígida marcha por el salón de baile, con los brazos duros y el cuerpo inflexible. Se habría reído si hubiera podido, pero era incapaz de reír. Ella debía pensar que no era mejor que un trozo de metal, pero en eso se había convertido y no tenía elección. Era eso, o verse arrastrado fuera del salón de baile al rincón más oscuro que pudiera encontrar.

Después de lo que pareció un año, el vals terminó. Se separaron torpemente, sin pronunciar palabra. Se inclinó formalmente ante ella y escapó, buscando el camino más rápido para salir de

la sala.

Sin embargo, no había contado con las viejas lobas que le estaban esperando. Se mantuvieron a la espera, con los ojos fijos en él. En cuanto abandonó la pista de baile, dirigieron a sus jóvenes debutantes directamente hacia él. Una bandada de muchachas vestidas de blanco revoloteaba y gorjeaba a su alrededor, y él se veía obligado a ser cortés porque, Dios no lo permitiera, podía ofender la sensibilidad de esas jóvenes inocentes. Fue Nicky, por supuesto, quien se lo había señalado durante uno de los numerosos bailes a los que parecía asistir. Le había recordado que no tenía por qué ser descortés con ellas, cuando la culpa era suya por haber acudido al baile en primer lugar.

Su mirada pasó por encima de sus cabezas, ignorando las sonrisas tímidas frente a él. De su boca salieron palabras que debieron de ser apropiadas, porque nadie pareció inmutarse. Sus ojos intentaron penetrar a través de un grupo de jóvenes caballeros que se agolpaban alrededor de Shannon, pero todo lo que pudo ver fue la parte superior de su morena cabeza.

Bueno, había otros peces que pescar. La oleada de lujuria que había experimentado mientras bailaba con ella era simplemente el resultado de llevar varios días sin una mujer. Lo remediaría lo antes posible.

Sin dejar de entablar conversaciones sin sentido, buscó por la habitación a alguien con quien entretenerse. Se fijó al pasar en la chica Fisher, que también tenía un puñado de admiradores, y a todas luces coqueteaba bastante a gusto.

Una familiar carcajada gutural llegó a sus oídos y se giró lánguidamente, con una sonrisa a medio formar en los labios. Por Dios, por fin le estaba sonriendo la suerte. La señora Catherine Beely estaba aquí, la Viuda de Oro. Sin duda era un golpe de buena suerte. No la había vuelto a ver desde aquella noche que habían pasado juntos y tenía toda la intención de reanudar su relación.

Se separó de las muchachas con una cortés disculpa y se dirigió hacia ella.

Catherine estaba hablando con el capitán Grant, un hombre que Nathan conocía de sus días en el ejército. Tal vez se había instalado con él, después de su propia ausencia de la escena. Mientras se acercaba, se fijó en la rápida mirada de soslayo que le dirigió, en cómo se llevaba la mano al cuello. Estaba en su elemento, sabía juzgar a las mujeres lo suficiente como para darse cuenta de que ella era plenamente consciente de que él se acercaba y de que el capitán Grant no quería entrometerse.

—Buenas noches, señora Beely. —Dijo, sonriendo con galantería y atrayendo su mano enguantada hacia la suya. —Ha traído usted la luz del sol a esta ocasión tan sombría, gracias al Señor.

Se inclinó ante el capitán Grant. Éste le dedicó una rápida sonrisa, intercambió con él algunos comentarios sobre conocidos comunes y se excusó.

—No lo habré asustado, ¿verdad? —Preguntó Nathan. Mantenía la mirada fija en su rostro, buscando información sobre su estado de ánimo, buscando una invitación implícita.

Ella negó con la cabeza y bajó brevemente los ojos, pero no se rio. Parece que no se lo iba a poner fácil.

Estaba enfadada con él por haberla descuidado. Cosa que le parecía bastante injusta, ya que ella tampoco había intentado ponerse en contacto con él.

Sus ojos se dirigieron a Shannon. Un joven esmirriado con importantes hombreras la conducía a la pista de baile. Seguramente ella no sabía lo de las hombreras. No tenía hermanos, así que probablemente no sabía que los hombres recurrían a esas cosas.

Volvió su atención hacia Catherine Beely. ¿Por qué a las mujeres les gustaba complicar las cosas? Podía apostar a que estaría en su cama esta noche, pero ella iba a hacerle trabajar para conseguirlo, y ahora ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo. Ella era una tigresa en la cama, y él había disfrutado cada momento de su jugueteo salvaje, pero ya estaba cansado de satisfacer los arrebatos hoscos de las mujeres.

Al otro lado de la habitación, Shannon se rio de algo que dijo su compañero. ¿Qué había dicho aquel cachorro que era tan gracioso? Intentó recordar las veces que la había hecho reír. ¿Alguna vez se había reído de verdad cuando estaba con él? Eso era razón de más para querer averiguar qué decía aquel enclenque atrofiado para hacerla reír.

—¿Le gustaría bailar, señora Beely? —Parecía un poco sorprendida.

—El baile casi ha terminado. ¿Se refería a este baile o al siguiente?

El próximo baile la señorita Patterson no se reiría de las bromas de este hombre, y él no podría escuchar lo que a ella le parecía gracioso.

—Este baile, encuentro la melodía muy agradable, ¿no le parece?

Ella le dirigió una mirada inquisitiva y le cogió el brazo que le ofrecía. —La música es agradable. —Reconoció. —Aún así, no puedo decir que me haya fijado especialmente en ella.

La pista estaba abarrotada y los bailarines vacilaron cuando varias parejas se vieron obligadas a adaptarse a su entrada. Más de una persona los miró fijamente, y Nathan creyó ver con el rabillo del ojo que Shannon fruncía un poco el ceño cuando se apretujaban junto a ella. Sin embargo, aparte de una rápida inclinación de cabeza en su dirección, no acusó recibo de su presencia.

En lugar de eso, centró sus esfuerzos en convencer a la señora Beely de que se pusiera de mejor humor y se metiera en su cama.

Mientras tanto, sus oídos se esforzaban por escuchar la conversación de Shannon con su compañero.

La música se detuvo.

Tuvo que contenerse para no lanzar miradas hostiles al larguirucho compañero de Shannon. Se concentró plenamente en sonreír a Catherine. Se inclinó ante ella con exquisita amabilidad. Extendió la mano, cogió la de ella, se la metió bajo el brazo con una exagerada

floritura y se retiró de la pista de baile.

Con Catherine como pareja, Nathan perdió una partida de whist. Ella se rio, habían aguantado hasta el final.

Nicky, que formaba equipo con una encantadora viuda llamada Laura Elware, le llamó palurdo y añadió —Si no sabe jugar mejor, —le dijo, —no me insulte jugando otra partida.

Nathan tiró sus cartas. —Sé cuando no me quieren. —Comentó, dedicando a Lady Elware una amplia sonrisa. —Vamos, señora Beely volvamos al salón de baile.

En cuanto llegaron al salón, sus ojos buscaron a Shannon, y la encontró rápidamente. Estaba sola. Se acercaba la hora de la cena, y si se sentaba junto a ella, tendrían la oportunidad de conversar. Se excusó de Catherine con el pretexto de ir a buscar algo de beber, y se acercó a Shannon.

—¿Estas comprometida para la cena? —Le pregunto en su tono más amable.

—Lo siento, lord Maddox. —Dijo ella, con una sonrisa azucarada. —Me temo que ya estoy comprometida con lord Dudley.

Lord Dudley eligió ese momento para reaparecer, llevando dos copas de vino.

—Me gustaría presentarle a mi primo Simons West, lord Dudley. —Dijo Shannon. —Acaba de regresar de un largo viaje por el continente y me ha entretenido con historias sobre sus viajes.

Nathan se inclinó y lo saludó cortésmente, examinándolo por debajo de los párpados. Alegres ojos azules, pelo castaño claro apenas rizado, rostro ancho y honesto. Exudaba buena forma física y salud que a Nathan le resultaban particularmente irritantes. Observó con satisfacción que, aunque apuesto, lord Dudley era mucho más bajo que él.

—Quizá podamos comparar notas. —Dijo Nathan. He pasado tiempo en el continente, aunque en gran parte luchando contra Napoleón. Sería agradable hablar de algunos de los lugares

en los que he estado.

Dudley se inclinó, sonriendo amablemente. La señorita Patterson arrastró los pies, quizá sintiéndose excluida de la conversación.

—Aquí tiene mi tarjeta. —Dijo Nathan. —Envíeme una nota si desea tomar algo mañana. ¿Es usted socio de Brooks?

—Vaya, gracias. —Respondió Dudley. —No he estado en Brooks's desde mi regreso, pero me encantaría acompañarle.

Cualquier esperanza de que fuera demasiado insignificante para ser miembro desapareció. Nathan hizo una reverencia y se alejó, asegurándose de que Shannon lo viera unirse a Mrs. Beely.

Los ojos de Shannon lo siguieron mientras se alejaba. No se comportaba como un oso, sino como un toro. Había leído sobre las corridas de toros en España y había visto una foto de un toro listo para embestir. Por alguna razón le recordó a Nathan cuando se abalanzó sobre ella para invitarla a cenar. Se volvió hacia su primo y le cogió el vaso de vino. Le dio un sorbo despacio.

—Sé que es descortés de mi parte, cuando tienes tantas otras cosas que contarme, y quiero oírlas todas, pero mencionaste haber visto a mi padre.

Se dio cuenta de que estaba apretando el vaso con tanta fuerza que podría romperse en cualquier momento. Se esforzó por aflojar los dedos e intentó controlar el nudo que sentía en la boca del estómago. Una parte de ella creía que su padre había muerto; en muchos sentidos, esperaba que así fuera, sobre todo porque nunca había respondido a ningún intento por su parte de ponerse en contacto con él. Un día, cuando tenía unos nueve años, encontró por casualidad su dirección en el escritorio de la señora. Con la ayuda de la tía Dridre, la madre de Simons, le había enviado una serie de cartas hablándole de ella. Tras más de un año sin recibir respuesta, se había convencido a sí misma de que su padre ya no vivía.

Pero ahora lo habían visto y se había acabado el tiempo de las ilusiones. —Busquemos un rincón tranquilo para conversar. —Dijo su primo.

Se dirigieron a una zona parcialmente oculta por una hilera de naranjos en flor en grandes macetas de Wedgwood. Había varios bancos para crear la ilusión de un parque, y la fragancia de las flores llenaba el ambiente. Shannon se sentó en un banco vacío y, por un momento, se limitó a absorber la delicada fragancia. Luego se volvió hacia su primo, expectante.

Simons no estaba tranquilo. —Vi a tu padre en Viena. De hecho, me empeñé en preguntar por él cuando me enteré de que estaba allí. Es dueño de un establecimiento de juego de mucho éxito frecuentado por gente de moda. Le busqué y le expliqué quién era. —Vaciló. Sabía que quería perdonarla, pero necesitaba acabar con ese fantasma en particular.

—Debes decirme la verdad, primo. —Dijo, su voz apenas superaba un susurro.

—Está casado con una viuda muy rica. Una cantante de ópera cuyo marido murió y le dejó una fortuna, fue la que le ayudó a montar la casa de juego. Creo que tiene varios hijos con ella. —Frunció el ceño, como si recordara algo desagradable.

—Continúa, primo.

—No hay nada más. —Dijo.

—No me has dicho cómo reaccionó al presentarte. —Ella sabía que estaba presionando, pero quería saber toda la historia.

—Este no es el lugar adecuado para hablar de un asunto tan serio. —Dijo su primo, observando a la multitud que los rodeaba. —Te visitaré mañana y hablaremos en privado.

—Por supuesto que me visitarás mañana, pero ¿me vas a condenar a pasar la noche en vela imaginando todas las cosas terribles que dijo mi padre, cuando tal vez no fue tan malo después de todo?

Le dedicó una pálida sonrisa. —Siempre has sido testaruda, prima, lo que a veces es una

buena cualidad, pero a veces te metes en aguas turbias.

Ella se negó a distraerse. —Cuéntame lo que ha dicho.

Su primo suspiró. —Me dijo que su matrimonio con tu madre no había sido más que una locura de juventud, y que estaba tan lejos en el pasado que apenas podía recordarlo.

Por la forma en que elegía cuidadosamente sus palabras, se dio cuenta de que no le estaba contando todo lo que su padre le había dicho. Imaginó que su padre se había expresado de forma mucho menos cortés.

—Dijo que sabía que tu abuela te cuidaba bien, que se aseguraría de que tuvieras todo lo que necesitaras. Estás bien provista, tanto con el dinero que heredaste de tu madre como con la riqueza de tu abuela. Eso es todo lo que necesitaba saber de ti. No entendía por qué quería desenterrarle el pasado. Inglaterra no es más que una pesadilla lejana para él, y no quiere tener nada que ver con ella.

Ni con ella. Las palabras no se pronunciaron, pero flotaron en el aire entre ellos.

La amargura y la tristeza se alzaron formando una piedra grande y afilada en su garganta. Amenazaba con ahogarla. No sabía cómo podría reunirse con los demás para cenar. Ni siquiera sabía cómo llegar a la entrada principal de la casa desde donde estaba.

—Me lo temía. —Dijo su primo, mirándola atentamente-. Tal vez sea mejor que te lleve a casa.

A punto de aceptar su oferta, vio a Nathan del brazo con la mujer rubia. Shannon la había reconocido inmediatamente como la mujer del turbante del teatro. Hablaban como íntimos, con las cabezas juntas y los cuerpos cerca, aunque no tanto como para resultar impropio. La visión picó a Shannon, enviando sus pensamientos en una dirección completamente diferente.

No iba a desaparecer sin más. Le había dicho a Nathan que iría a cenar con su primo y no quería parecer una mentirosa, ni siquiera en una nimiedad como esa.

Se recompuso. Había oído la verdad sobre su padre, y la verdad dolía, pero, después de todo, no era nada nuevo. Nunca lo había conocido, no recordaba haberlo visto, así que no podía llorar su pérdida.

Decidió dejarlo atrás, como su padre había hecho con ella, y se volvió hacia su compañero. Apoyó la mano en el brazo de él. Su sólida familiaridad la tranquilizó y parte de su tristeza desapareció.

Pensaría en las noticias que le trajo Simons más tarde.



En la oscuridad del carruaje, Catherine se apoyó en él. Él aspiró su perfume seductor, pesado y prometedor, y posó sus labios en su pelo. Ella se volvió y levantó la cabeza. Sus manos subieron hasta su cara. Le acarició suavemente la mejilla y, relamiéndose, le pasó el pulgar por el labio inferior.

Él la atrajo hacia sí, demasiado impaciente para esperar. Quería tomarla, aquí y ahora. Sus labios se cerraron sobre los de ella.

Ella lo apartó, riendo.

—¿Por qué tanta prisa? Tenemos toda la noche.

Volvió a delinearle la cara con la punta de los dedos. Él le cogió suavemente la mano y se la estrechó. Ella le miró a través de la tenue luz que entraba por las ventanas.

Él examinó su hermoso rostro, fantasmal y ensombrecido en la oscuridad. Sus labios eran perfectos, curvados y sensuales. Sus grandes ojos azules rebosaban vida. Su delicada nariz se curvaba ligeramente en la punta, la nariz de una princesa de cuento de hadas.

Pensó en la última noche que habían pasado juntos. Se le dibujó una sonrisa en los labios.

Volvió a besarla, esta vez suavemente, y la dejó marchar. El carruaje se detuvo frente a su casa. Ella empezó a levantarse, y él no se movió.

—Entonces, ¿vendrá conmigo más tarde? —Preguntó ella, con una risa en los ojos.

Él abrió la boca para decir que sí, por supuesto. En lugar de eso, le dijo: —creo que no.

Ella volvió a sentarse en el asiento del carruaje y lo miró fijamente. —¿Cuándo ha cambiado de opinión?

Él negó con la cabeza. —No estoy seguro, lo siento. —No se lo esperaba en absoluto. De hecho, se había preparado para una larga noche de diversión.

—Es esa chica de pelo castaño, ¿verdad?

—¿Qué chica de pelo castaño?

—La que no dejaste de mirar durante toda la cena.

Él quería negarlo. Quería decirle que no sabía de qué estaba hablando. Examinó su rostro, y en él no había malicia ni ira, sólo tristeza.

Se pasó los dedos por los mechones rebeldes y miró por la ventana.

Cualquier cosa antes que mirarla. —No lo sé. Tal vez.

Ella sonrió y le puso la mano en la mejilla. —No tienes que proteger mis sentimientos, Nathan, no están comprometidos. Simplemente disfruto de tu compañía.

Apreció su calidez y su generosidad. Extendió los brazos y la atrajo hacia sí, en un apretado abrazo lleno de afecto.

—Es una gran dama, Catherine. —Dijo Nathan. —Espero que algún día encuentre a alguien que le merezca.

—Tal vez. —Dijo ella, haciéndose eco de sus palabras, pero sonaba insegura. La vio bajar del carruaje y caminar lentamente hacia la casa, vio al lacayo abrirle la puerta y desapareció tras el umbral de la puerta.

CAPÍTULO 16

El carruaje crujió, un quejido fino y agudo que le crispó los nervios. Las patas de los caballos chocaron contra el pavimento y sus oídos oyeron el repiqueteo de las herraduras. Incluso con todo el acolchado y el terciopelo, el asiento era duro, de modo que cada vez que el carruaje se sacudía, la hacía vibrar hasta los dientes, y para colmo, a la abuela no le interesaba nada en absoluto lo que le estaba contando.

—Ya ha oído lo que le he dicho, Simons vio a mi padre.

—Sí. —Respondió la abuela.

—Y no tiene el menor interés en mí. —Su voz salió como un balido petulante.

—No, me temo que no. —Dijo Lady Harewell, imperturbable.

Shannon echó la cabeza contra el asiento, disgustada. Hubiera pensado que Marlene entendería por lo que estaba pasando. En lugar de eso, se quedó allí sentada como... como un pez, mirando fijamente, con grandes ojos redondos y sin expresión, pues a los peces sólo les importaba abrir la boca y tragar la comida.

Su abuela nunca se había preocupado por su padre. Nunca había intentado ayudarla a encontrarlo.

Un surco especialmente profundo en la carretera hizo que el carruaje se tambaleara más de la cuenta, haciéndole daño. Se frotó el codo magullado. ¿Por qué nadie había inventado aún algo más cómodo para viajar?

Lo único que quería era abrir la puerta de golpe y saltar. Necesitaba caminar, aclarar sus pensamientos, pero eran las tres de la mañana.

Tendría que esperar a más tarde para poder montar a caballo.

Como para convencerla, un puñado de gotas de lluvia se precipitó contra la ventana, seguido de otros tantos puñados. En unos instantes, largas gotas cayeron por la ventana.

Un sueño de infancia destruido. Su padre había encontrado otra esposa, otro par de hijos que cuidar. Ella había seguido una quimera, nada más, y sólo podía culparse a sí misma.

La abuela siempre le había dicho que se olvidara de su padre. Sin embargo, ella había persistido en querer algo de él que él nunca podría darle.

—¿Alguna vez me abrazó? —Preguntó bruscamente en la oscuridad.

Su abuela no fingió no saber a quién se refería. —Creo que sí. Se quedó con tu madre hasta que tuviste un año y medio después de todo, aunque se entretuvo con otras mujeres.

—¿Cómo pudo olvidarse de mí en ese caso?

Su abuela la miró fijamente. —Algunas personas son simplemente egoístas. Hombres o mujeres. No son capaces de amar de verdad. Están demasiado ocupados con sus propias necesidades como para preocuparse por las de los demás. —Suspiró en la oscuridad. —No intentes descifrarlos, niña, porque no podrás.

Shannon recordó a la niña de nueve años que pensaba recordar a su padre de su existencia escribiéndole unas cartas.

Le ardían las mejillas por aquella niña.

Sus ojos se posaron en la anciana. Acurrucada en un rincón del carruaje, parecía frágil y cansada. Shannon la compadeció.

Por mucho que la información que Simons le había revelado la hubiera disgustado, no le había dicho nada nuevo, nada había cambiado. Seguía teniendo a Marlene, la abuela que la había cuidado en todo momento.

—Gracias por estar ahí, abuela —Susurró.

Se hizo el silencio, seguido de un suave ronquido. Estaba dormida.



La abuela de Maddox regresó a Londres desde su residencia en el campo, y Lady Harewell fue inmediatamente a visitarla. Abandonada a su suerte, Shannon aprovechó la oportunidad para salir. Necesitaba superar la sensación de abatimiento que la había asaltado la noche anterior, y qué mejor manera que volver a centrar sus esfuerzos en buscarse un pretendiente.

Eso sí, un pretendiente adecuado, a diferencia de Lord Maddox, que era tan inadecuado como podía serlo. Con una dama aferrada a su brazo dondequiera que fuera. Había salido del baile con la dama del turbante, con las cabezas juntas, riendo. Ella no tenía duda de adónde iban.

Ese no era el tipo de marido que ella necesitaba. No más de lo que necesitaba un padre que consideraba su mera existencia irritante.

Así que fue a Montague House, al Museo Británico. Era un buen lugar para encontrar a alguien serio como ella, que compartiera sus mismos intereses, con quien pudiera hablar. Además, se había ofrecido a enseñarle a Amelia los Mármoles de Powell.

Se reunió con ella en la sala de exposiciones. Amelia, boquiabierta y mirándolo todo llena

de curiosidad, parecía desconcertada ante la visión de tantos hombres desnudos.

—Me alegro mucho de que haya venido, me sentía muy extraña aquí sola con todas estas figuras para mirar. Ya ves que hasta le pedí a mi criada Hannah que esperara fuera en el carruaje. Ella deslizó su brazo en el de Shannon y comenzó a caminar por el pasillo. —Le dije a mamá que iría a un museo con usted, y no le hizo mucha gracia. Creo que le preocupa que se me pegue lo de ser una intelectual. —Sonrió a su compañera. Aceptó que viniera porque cree que, si voy a algún sitio con usted, lord Maddox aparecerá. Aún tiene muchas esperanzas puestas en mí con él. ¡Cómo si yo fuera a mirarlo dos veces!

Shannon enarcó una ceja.

—Su madre se equivoca sobre Lord Maddox. Desde luego, nunca se reuniría conmigo aquí. Dudo mucho que tenga la costumbre de visitar museos. —Dijo Shannon.

Estaba claro que a Amelia no le interesaban lo más mínimo las costumbres de lord Maddox. Estaba examinando los mármoles que la rodeaban. —Mamá no podría haber visto las “canicas”. —Rio Amelia. —Ella ciertamente no lo aprobaría. —Señaló una figura masculina desnuda sin una hoja de parra a la vista. —¿De verdad tienen ese aspecto? Me refiero a los hombres.

La sangre subió a la cara de Shannon. Había visto las estatuas y los frisos muchas veces, pero siempre los había examinado como se debe, como ejemplos supremos del arte clásico. Nunca había sido tan poco femenina como para mirar como Amelia. —No lo sé. —Dijo, avergonzada por la franqueza de Amelia.

Amelia ladeó la cabeza y la inspeccionó con una franqueza desconcertante. —Pensé que tal vez, como es mayor, y mamá siempre habla de cómo podría corromperme, y además se estuvo besando con lord Maddox en la biblioteca...

Shannon se enfrentó a aquella mirada directa con dificultad. —Yo... no, no lo he hecho. —Lo admitió con vergüenza. Era como si Amelia hubiera descubierto algo vergonzoso en ella. Se

dio cuenta de que no estaba orgullosa de su falta de experiencia, aunque sólo fuera lo que se esperaba de ella.

A Amelia se le iluminaron los ojos y aplaudió. —Bien, porque ahora ya no puede hacerse la superior, como tanto le gusta. —Bajó la voz hasta casi susurrar. —Así que podríamos aprovechar que no hay nadie y examinar esas estatuas con detenimiento, ¿no cree? Me gustaría saber qué aspecto tienen los hombres, ¿y a usted?

La expresión de picardía en el rostro de Amelia era irresistible. Shannon echó un vistazo a la galería para asegurarse de que estaban completamente solas. Luego, atraída por el pequeño juego de Amelia, siguió a la chica y, antes de darse cuenta, estaba riéndose con ella.

Estaban contemplando un torso masculino particularmente intrigante, consumidas por la hilaridad, cuando el sonido de unos pasos hizo que Shannon diera un salto hacia atrás y mirara hacia otra parte. Amelia, por su parte, juntó las manos y puso cara de querubín.

Los pasos se acercaban, acompañados del sonido de voces masculinas.

Uno de los hombres explicaba el origen de algunas de las estatuas.

Cuando los hombres doblaron la esquina, Shannon se quedó boquiabierta. Todo su universo dio un vuelco.

—¡Oh! —Exclamó Amelia en un ronco susurro. —¡Ha venido! Mamá tenía razón. —Shannon se recompuso, cerró la boca y su corazón se aceleró.

Conocía a los dos hombres. Al tristemente célebre Lord Powell, cuyo rostro deforme parecía uno de esos frisos rotos que tenía en su colección, y lord Maddox, que aún no la había visto en un museo, pero que estaba enfrascado en una seria discusión sobre una de las metopas[9].

Por un momento, Nathan estaba demasiado enfrascado en su conversación como para fijarse en ella. Sin embargo, en cuanto la vio, su expresión seria desapareció, y fue sustituida rápidamente por una de cínica diversión. Interrumpió a lord Powell, dirigiéndole hacia donde

estaba Shannon.

Una sorpresa muy agradable. —Dijo, saludando a Shannon y Amelia a su vez. Les presento a lord Powell, a la señorita Patterson y la señorita Fisher.

Amelia, que no parecía preocupada por el aspecto desafortunado de lord Powell, estaba encantada de conocer al hombre que había reunido la colección. Empezó a hacerle preguntas, algunas de las cuales revelaban que sabía mucho más de lo que había dicho sobre los mármoles.

—Señorita Patterson, ¿le intriga el físico masculino? —Preguntó Nathan en voz baja.

Shannon se puso rígida. No podía haberles oído reírse antes de su llegada.

—No sé a qué se refiere. —Indicó Shannon con frialdad.

Nathan señaló el friso que tenía delante, en él había un hombre desnudo. El calor le subió a la cara. Sabía que estaba adquiriendo un tono morado muy poco apropiado.

—Estaba examinando al minotauro. —Dijo rápidamente.

—Ah. —Exclamó Nathan, sugestivamente.

Si cabe, Shannon se puso aún más colorada. Sin mirar de nuevo, ella supo que el toro mostraba propiedades que lo habrían convertido en un buen semental.

Él sonrió, disfrutando de su incomodidad. —Lamento que los pobres mortales te parezcamos deficientes, pero quizá te decepcionen, más aún, si lo que esperas es que aparezca un minotauro en tu vida.

Lo miró con odio. Qué típico de lord Maddox restregárselo.

—Sucede, —indicó ella, rígida, —que me interesa la escultura griega, y los minotauros me interesan especialmente.

—¿De veras? —Dijo Nathan, con los ojos brillantes. Le ruego me disculpe por haber malinterpretado su interés. Me pareció oír risas cuando entraba en el vestíbulo, pero tal vez me

equivoqué.

Ella le ignoró y cambió de conversación. —¿Cómo le va a su madre?

—Creo que se mantiene con vida con la ayuda de sus brebajes. —Respondió él con una sonrisa y ella intentó mantenerse seria, pero no pudo. A su pesar, empezó a torcer la boca.

—Me alegro mucho de oírlo. —Dijo ella, sin mirarle directamente.

Lord Powell se excusó, invitando a Amelia y Shannon a una visita personal a los mármoles, y se retiró.

—Si han terminado con su erudita lectura, señoras —comentó Nathan, —quizá quieran acompañarme a algo menos… —hizo una pausa, aparentemente en busca de la palabra adecuada, —polvoriento y antiguo. —Lanzó a Shannon una mirada maliciosa, dejando claro que no se refería a polvoriento en absoluto. —Ya que hace tan buen tiempo, ¿vamos a Gunter's a tomar unos helados?

Amelia lanzó a Shannon una mirada divertida. —Desde luego —respondió, —estaría encantada.

Shannon le devolvió la mirada. Tenía que hablar con ella para que tuviera cuidado con lo que decía.

Amelia despidió a su carruaje con un mensaje para Lady Fisher diciendo que iban a Gunter's con lord Maddox. Estaba claro que le gustaba la situación.

En Berkeley Square se sentaron dentro mientras lord Maddox bajaba de un salto para quedarse al lado de la calesa. Shannon observó a los camareros ir y venir como siempre hacía, maravillándose de su capacidad para transportar pesadas bandejas por la concurrida calle. Hoy su camarero era un hombre muy delgado y con aspecto de serpiente que se deslizaba entre el tráfico y salía milagrosamente intacto para tomarles nota.

Pidieron una selección de glaseados de fruta y ponches helados. Cuando llegaron los

dulces, Amelia exclamó entusiasmada por la perfección de las formas congeladas.

—Si no hubiera sabido que estábamos en Gunter's, —dijo, evitando que nadie las tocara, —habría pensado que se trataba de un albaricoque de verdad. —Se quedó mirándolos tanto tiempo que Shannon protestó por dejarlos derretirse al sol.

Los modales de lord Maddox no dejaban nada que desear, era perfectamente correcto. Se comió los helados fuera, como era costumbre, apoyándose con elegancia en la barandilla. Los tres se saludaron y rieron mientras Amelia intentaba salvar un gran trozo de su dulce que se le había escapado.

Todo iba bien, hasta que Shannon le preguntó juguetonamente por su presencia en el museo.

—No sabía que le interesaran los estudios clásicos. —Le expresó. —Parece que le interesan esas cosas más de lo que está dispuesto a admitir.

La mirada cerrada que empezaba a resultarle familiar se dibujó en su rostro, como una cortina que le impedía el paso.

—Lord Powell tuvo la amabilidad de ofrecerme una visita privada y no pude negarme. —Respondió.

Shannon quiso mencionar que había oído por casualidad una o dos de sus palabras y que revelaban algo más que un interés casual, pero se contuvo.

En el ambiente se respiraba una tensión que hacía sólo unos instantes no existía en absoluto.

Amelia, impermeable a la repentina atmósfera, se lanzó a un exuberante relato de algunas de las revelaciones que Lord Powell le había hecho. Nathan escuchaba con una clara expresión de aburrimiento en el rostro. Shannon, deseosa más que nada de desmentir la anterior convicción de lord Maddox de que no sabía nada sobre las figuras, acosó a su joven amiga con preguntas.

Finalmente, Amelia puso fin a la conversación. —Menos mal que mamá no está aquí. Si oyera esta conversación, estaría convencida de que me han convertido en una intelectual.

Nathan, por supuesto, refutó cortésmente esa posibilidad. —Nadie podría pensar que una joven tan hermosa llevaría un pensamiento en la cabeza. —Dijo, galantemente, pero se rio al mirarla.

Amelia le correspondió con una carcajada. —Tal vez tenga algunos pensamientos en la cabeza. —Dijo Amelia. —Pero no estaría bien revelarlos, ¿verdad?

Shannon no pudo evitar exclamar ante sus palabras: —tal vez sea cierto, si sólo desea animar al más trivial de los pretendientes, pero estoy segura de que no ahuyentaría a ningún caballero íntegro e inteligente. —Se volvió para incluir a Nathan. —¿Cuál es su opinión, lord Maddox?

Sus ojos se encontraron con los de ella. —Creo que cualquier hombre inteligente estará encantado de encontrarse con una dama con la que pueda mantener una conversación inteligente. —Dijo, serio.

Luego, quizá dándose cuenta de que la conversación había tomado un cariz demasiado pesado, se encogió de hombros. —Aunque hay algo a favor de la ligereza, uno no quiere estar perpetuamente forzando sus pensamientos. —Añadió. —Lo que nos trae de vuelta a este momento, bajo el sol, disfrutando de los dulces de Gunter. No quisiera desperdiciar una circunstancia tan agradable discutiendo temas tan solemnes.

Shannon se apartó de él para que no viera su decepción. Había estado a punto de cambiar su opinión sobre él. Empezaba a sentir que tenía otra cara, pero en lugar de eso, él parecía empeñado en evitar cualquier tema serio y en dirigir la conversación hacia lo trivial.

No participó en las ligeras bromas entre él y Amelia, y cuando, media hora más tarde, dejó a las dos damas en su casa, se despidió de él con la más mínima cortesía exigida.

Amelia mantuvo un flujo constante de alegre charla hasta que se sirvió el té y se quedaron solas en el salón.

Al momento siguiente, la ilusión del buen humor desapareció cuando una lágrima rodó por la mejilla de la muchacha. Cuando Shannon le lanzó una mirada escrutadora, se dio cuenta de que había sombras en las comisuras de los ojos de la joven y un par de pequeños granos manchaban su piel. No todo iba bien en casa de los Fisher. Se reprendió por no haberse dado cuenta antes.

—Puedes contármelo, si quieres. —Dijo con suavidad —Está claro que algo va mal.

Amelia no se echó a llorar, como Shannon esperaba. Se contuvo y Shannon se maravilló de lo rápido que había aprendido las costumbres de la ciudad.

—Es papá. —Dijo, con voz distante.

Esperaba que no fuera por el matrimonio con el viejo ogro. —Seguro que no le está obligando...

—¡Oh, no! —Dijo Amelia. —No, no es eso. —Se detuvo, luchando consigo misma, pero luego decidió confiar en Shannon.

—¿Recuerdas que te dije que había un caballero que había despertado mi interés? —Shannon asintió, recordando algo así de la última visita de Amelia.

—Vino a casa a pedirle permiso a mi padre para casarse conmigo. —Parecía casi feliz y Shannon se permitió alegrarse también por ella.

Se miró las manos. —Sé que no hace mucho que nos conocemos, pero siento una extraña afinidad con él. Como si lo conociera de siempre. Puede que se haya precipitado al hablar con mi padre tan pronto. —Lanzó una rápida mirada a Shannon, para intentar calibrar su reacción.

—Pero al menos demuestra que sus intenciones son honorables. —Dijo Shannon.

—Eso pensaba yo, pero papá no.

Sus labios empezaron a temblar. Los apretó para controlarlos. Luego soltó un pequeño sollozo y enterró la cara entre las manos. Shannon esperó a que se recuperara lo suficiente para continuar. —Fue terrible. Escuché por el ojo de la cerradura, aunque sé que no era lo correcto —dijo, —pero estaba muy emocionada y quería saberlo todo. Hizo una pausa y sacudió la cabeza. —Resultó que fue una suerte que escuchara, porque si no, no habría sabido lo que pasó.

Sacó un pañuelo y se sonó la nariz, aunque en realidad no estaba llorando.

—Papá se enfadó mucho. Le dijo que no lo consideraría yerno ni por asomo. Que pronto estaría en una prisión de deudores, y que había oído otros muchos chismes desagradables sobre él. —A Amelia le temblaba la voz. Shannon le dio unas torpes palmaditas en la mano. —Papá fue tan cruel, Shannon. Yo no sabía eso de él.

—¿Ha pensado —dijo Shannon con dulzura, —que tal vez su joven podría ser un cazafortunas?

—En realidad no es un jovencito. —Dijo Amelia. —Y no, no creo que sea un cazafortunas en absoluto. ¿Por qué nadie cree que alguien pueda amarme por mí persona? ¿Hay algo malo en mí?

Shannon miró su perfecto perfil y respondió con sinceridad. —No te pasa nada. Al contrario, es una joven extraordinariamente bella, pero hay un montón de despiadados cazadores de fortunas que estarían encantados de tener ambas cosas a su disposición: una hermosa joven y una fortuna de la que poder disponer a su antojo.

—Bueno, él no es así, sé que me ama. La forma en que me mira lo deja claro.

—Tal vez su padre aún espera que se case con Lord Barton.

—Bueno, no lo haré, y se lo dije. Dije que no me casaría con él, aunque me llevaran a la fuerza, lo que no creo que hicieran, porque parecería bastante extraño, ¿no?

Había muchas maneras de obligar a una joven a consentir, pero Shannon no dijo nada.

—En fin, entonces vino mi padre y abrió la puerta de un tirón y tuve que esconderme rápidamente bajo la escalera. Oí pasos y, antes de darme cuenta, lord Ramsey se había ido.

El nombre la sobresaltó al instante.

—¿Lord Ramsey? —Dijo Shannon, incrédula.

—No tenía intención de decírselo, pero ahora que lo sabes supongo que no importa.

—Pero, ¡Amelia! ¿No querrá decir que Lord Ramsey es su pretendiente?

Se quedó mirando a Shannon como si tuviera dos cabezas. —Por supuesto, y no veo por qué parece tan sorprendida, ya le he dicho que me parece atractivo.

Shannon se encogió de hombros. Poco podría decir nadie para convencer a Amelia de que lord Ramsey distaba mucho de ser deseable. Ella misma apenas había escuchado cuando le habían advertido sobre él. Acababa de cumplir diecisiete años, entrando en sociedad por primera vez, con lo que poco se podía hacer.

—Sé que no servirá de nada decirlo —apuntó, —pero debo advertirte que lord Ramsey no es lo que parece. —Fue condenada a repetir las palabras de Nathan, con, probablemente, el mismo resultado.

Se levantó impaciente. —No me digas ahora que se pone de parte de papá. Pensaba mejor de usted. Creí que era mi amiga.

—Soy su amiga. —Dijo Shannon. Lo último que quería era que Amelia se sintiera abandonada por todos. Entonces volaría a sus brazos y la situación sería mucho peor. —No se precipite, eso es todo. —Indicó. —Dese tiempo para conocerle.

Amelia se animó. —Sí, eso es lo que haré. Así demostraré a mi padre y a todos vosotros que es una buena persona y que es digno de mí.

Asintió. Si lo conocía lo suficiente, sabría de lo que era capaz. —Aplaudo su determinación. —Declaró, esperando no sonar falsa. —Y espero que siga confiando en mí.

Amelia asintió. —Lo haré. —Dijo tímidamente. —Me alegro mucho de haberme caído del caballo a sus pies, de lo contrario nunca le habría tenido como amiga.

Se abrazaron rápidamente y Amelia se marchó con una mezcla de determinación y esperanza en el rostro.

Su partida dejó a Shannon deambulando, pensando en cómo resolver su dilema. Llegó la noche y seguía sin encontrar una solución. No se le ocurría cómo alejar a Amelia de Ramsey sin traicionar la confianza de su amiga.

Pero cuando apagó la vela aquella noche, no pensó en Amelia. En su lugar, en un estado entre el sueño y la oscuridad, grandes testamentos del cuerpo masculino, tendones y músculos en relieve, lo mejor de los atletas y luchadores griegos la visitaron, y se maravilló de no haberlos visto nunca.

CAPÍTULO 17

-Por el amor de Dios, mamá. Está muy bien organizar un picnic en Box Hill e invitar a un puñado de huéspedes, pero no tengo intención de ir. Mis planes ya están hechos.

—Pero te necesito. —Dijo su madre, recostada en su asiento favorito. —No puedes esperar que supervise un asunto tan complicado, cuando sabes lo frágiles que son mis nervios.

—Debería haberlo pensado antes de cursar las invitaciones. —Dijo Nathan, despiadadamente.

—Contaba con tu apoyo. —Aseguró Lady Maddox, con ojos lastimeros-

—Podía haberme consultado. —Replicó Nathan, reprochándole suavemente.

—Bueno —dijo ella, removiéndose en su asiento, —es inútil que me digas ahora que debería haberte consultado cuando ya se han cursado todas las invitaciones. Todo está preparado y no se puede cambiar.

—Si todo está preparado, no veo por qué me necesitas. —Declaró él, implacable.

—Basta, muchacho odioso. Me vas a provocar espasmos nerviosos.

Ésa era siempre su manera de terminar una conversación incómoda.

Él quería ir al picnic. Tenía muchas ganas, ahí planeaba acorralar a Shannon y tener esa larga conversación que llevaba tiempo buscando, y esta vez no se le escaparía.

Lo que no quería era pasar dos noches enteras bajo el techo de mamá, haciéndole recados y participando en sus frenéticos preparativos.

Sabía muy bien que en realidad no quería que él se hiciera cargo de los preparativos. Simplemente necesitaba que él la apoyara mientras ella se ponía a trabajar.

Por otra parte, la perspectiva de pasar algún tiempo bajo el mismo techo que Shannon tenía su atractivo. De hecho, cuanto más lo pensaba, más atractiva le parecía la idea.

Sonrió a su madre. Estaba tumbada en el sofá y parecía desesperadamente frágil.

—Sabes que no me gusta que me llamen odioso, mamá. Y puedes guardarte esa fragilidad para otra persona.

Se incorporó, frunciendo el ceño en señal de protesta. —¿Cómo...?

—Calle. —Dijo él, llevándose un dedo a los labios. —Es fuerte como un buey.

—No creo...

—Y sabe que yo lo sé.

Ella sonrió y le tendió la mano. Él se acercó y la cogió, sonriéndole.

—Entonces, ¿vendrás? —Dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

Él arrugó la nariz con fingido desagrado. —Supongo que no tengo elección, ¿verdad?

—No la tienes. —Dijo ella, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Una vez más, Shannon entró en la residencia de lady Maddox, aunque no en la misma. Se estaba convirtiendo en una costumbre. Allí estaba Lady Amstrong, que había viajado antes desde la ciudad con Lady Maddox. Indicó el asiento más cercano a ella para que Lady Harewell la acompañara, y asintió imperiosamente cuando Shannon hizo una reverencia.

Lady Maddox dio la bienvenida a Shannon y a su abuela desde su sofá, que se parecía mucho al de su casa, excepto por el color. Este era verde manzana.

—Espero que no les importe que no me levante a saludarlas —Aseguró, agitando una mano marchita en el aire.

—Por supuesto que no. —Dijo Lady Harewell. —Quédese donde está y descanse. Sin duda se habrá agotado con todos los preparativos.

Lady Maddox se pasó el brazo por la cara y suspiró. —Si tuviera más energía. —murmuró, suspirando profundamente. —Pero, por favor, siéntate. El viaje debe de haberla cansado.

—En absoluto. —habló Lady Harewell, ocupando el asiento indicado por Lady Amstrong. —De hecho, el viaje fue muy agradable. Abrimos todas las ventanas en cuanto salimos de la ciudad. El aire fresco del campo era extraordinariamente vigorizante.

Lady Maddox se estremeció. —Estoy ciertamente contenta de haber venido en mi propio carruaje. No hay nada que más me desagrade que las corrientes de aire, hasta hay gente que ha muerto de resfriados contraídos viajando en carruajes con corrientes de aire. Tocó el timbre con fuerza. —Le pediré a Mary que os prepare un tónico. Os ayudará a prevenir el resfriado.

—Por el amor de Dios, mamá, aquí nadie está a punto de resfriarse. ¿Tiene que hacer tragar a la fuerza esos tés a todo el mundo?

Estaba en la puerta, vestido inmaculadamente. Su pelo negro tenía ese aspecto despeinado perfecto que sólo se consigue con pomada capilar. Llevaba un pañuelo oriental en el cuello, un abrigo verde botella que le sentaba como un guante y unas botas relucientes. Los ojos de Shannon siguieron la marcada silueta de los músculos de sus muslos en los ajustados pantalones de nanquín color crema.

Se sorprendió a sí misma mirándolo. Rápidamente, apartó la mirada, esperando que nadie se hubiera dado cuenta.

—Y tú, ¿tienes que imponer tus vulgares expresiones a mis invitados? —Señaló su madre, pero sonrió.

—Parece que he olvidado mis modales. —Dijo Nathan, contrito.

Hizo una reverencia a todas las damas presentes y luego pasó a saludarlas una por una. —Lady Harewell. —Apuntó, inclinándose sobre su brazo y sonriendo como un colegial travieso. —Encantado de verla de nuevo bajo nuestro techo.

—Hummm. —Murmuró Lady Amstrong.

—No te dejes engañar por el encanto de ese bribón. —Lady Harewell, sin embargo, le devolvió la sonrisa mientras le cogía la mano. —¿Cómo puedes decir eso, querida? En mi opinión, el encanto no tiene nada de malo. Si tuviera unos años menos, le llevaría a bailar alegremente.

—De hecho, Lady Harewell, si se lo propusiera, podríamos dedicarnos un alegre baile ahora mismo. —comentó Nathan, galantemente.

Ella se echó a reír. Lady Amstrong volvió a resoplar.

Se acercó a Shannon. Ella le dio la mano, pero cuando él la tocó, ella casi se estremeció. El calor de aquel contacto pareció extenderse por todo su cuerpo.

—Señorita Patterson. —Su nombre era una caricia con su voz aterciopelada. Ella quería cerrar los ojos y... desmayarse. Mientras tanto, él seguía cogiéndole la mano.

Le estaba cogiendo la mano demasiado tiempo. Intensamente consciente de su tacto, se dejó llevar por las sensaciones que la inundaban. De repente se dio cuenta de que todos en la sala estaban esperando a que dijera algo. Le costó un gran esfuerzo volver a la interacción social. —Así que nos volvemos a ver, lord Maddox. —Dijo lo único que se le ocurrió.

Él seguía cogiéndole la mano. Ella tiró de ella, lo más sutilmente posible. Pero él no la soltó.

La comisura de su boca se curvó. Por supuesto que su comportamiento le parecía divertido. ¿A quién no? Mientras tanto, ella le miraba la boca, fascinada por la forma en que aquella fuerte barbilla creaba un pequeño hoyuelo.

Su mano seguía en la de él. Tiró con más fuerza, a riesgo de parecer indigna, y Nathan dejó que se deslizara de mala gana fuera de su alcance. Sin duda utiliza este método con todas las mujeres a las que seduce, pero a ella ya no le importaba.

Él sintió el impulso irrefrenable de volver a cogerle la mano y llevársela a la boca, de besarle la punta de los dedos, de lamerle la palma...

—Soy consciente de que soy la pesadilla de tu existencia. —Susurró. Shannon tardó un momento en darse cuenta de que estaba respondiendo a su comentario. *"¿Qué me está pasando?"* —Procuraré no estorbarte, si es lo que deseas. —Pero sonreía mientras se alejaba.

La puerta se abrió y Lord Cunningan entró. Fue una vista tan grata que ella no pudo reprimir un gritito de placer. —Lord Cunningan, no sabía que usted también estaría aquí.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Dijo —Y más cuando hay tantas damas encantadoras reunidas aquí.

Hubo saludos y asentimientos generales mientras él saludaba a todos y se sentaba en la silla más cercana a ella.

Lord Maddox no se sentó. Permaneció de pie, encorvado elegantemente contra la pared, bajo un arco de papel pintado de enrejado verde. Un brillo de luz le hacía parecer como si emergiera de algún reino encantado del más allá, entrando en su mundo con desgana. Nunca le había parecido especialmente Byronico, pero en ese instante pudo ver en él al "Corsario", oscuro y arrogante.

Luego desapareció.

Desde luego, su expresión no estaba encantada. Una expresión cínica endureció sus

facciones al ver cómo Lord Cunningan dirigía hábilmente la conversación hacia el tema favorito de Lady Harewell y Lady Amstrong: el pasado. Volviendo a la vida, contaron una historia sobre un conocido suyo, cuyas escapadas eran notorias en sus tiempos.

—Me resulta difícil creer que las chicas fueran tan libres con sus favores en sus días. A veces me pregunto si no lo parece en retrospectiva. —Comentó lady Maddox. —Aunque mi madre siempre decía que era así.

—Su querida madre tenía mucho de qué responder. —Aseguró Lady Harewell. —Puedo contarle un par de cosas sobre ella...

Afortunadamente, nunca se enteraron de las indiscreciones de la madre de Lady Maddox, pues la puerta se abrió y el mayordomo anunció a lord Lockfurt.

Entró dando tumbos, con un aspecto magnífico, vestido con una levita púrpura, un chaleco dorado que hacía contraste y un grueso borde de intrincado encaje en las mangas.

—Mis queridas damas. —Dijo, haciendo una elaborada reverencia. —Caballeros. —Siguió con gravedad. Sacó su caja de rapé, abrió la tapa e inhaló profundamente. Luego la cerro y avanzo con delicadeza, sentándose en el borde de un sofá junto a lady Harewell.

—Espero que se haya recuperado por completo de su indisposición, lady Harewell. —Comentó, solícito.

—Oh, sí, desde luego. —Respondió ella. —Fue sólo una debilidad pasajera. Me alegra saberlo. —Indicó lord Lockfurt, preocupado.

Parecía que su abuela tenía un nuevo admirador.

¿Cómo había llegado a ser tan mojigata? Se miró en el espejo, notando la desaprobación de su boca, los leves rastros de un ceño fruncido entre sus cejas. Tanto más sorprendente cuanto que me crié junto a Marlene. Estaba lejos de ser la mojigata que avergonzaría al más hastiado de los Libertinos. Shannon se había sentido muy avergonzada antes. La aparición de Lord Lockfurt

había provocado que las tres ancianas se lanzaran a una serie de recuerdos. Entre ellas, algunas anécdotas subidas de tono que dejaron a Shannon sin saber adónde mirar. Los caballeros, por supuesto, se las tomaron con calma.

Shannon se sentó a su lado y enseguida entablaron su propia conversación, cómodamente correcta.

Nunca había envidiado a su abuela las experiencias que ella había tenido. De hecho, nunca había comprendido el atractivo de tales experiencias, pero por alguna razón, hoy veía su mundo de otra manera. Había un equilibrio en él, una búsqueda terrenal de estímulos, ya fueran mentales o físicos. No dudó y se lanzó.

Sus vidas no podían ser más diferentes, eran tan diferentes como el agua de la roca. Shannon siempre quiso estar a salvo, prefería la roca sólida a las incertidumbres de un viaje por mar plagado de peligros e incertidumbres. Hasta hoy, no era ignorado que, en su tenaz insistencia en lo racional, había reducido su mundo tan completamente que se había negado a sí misma la oportunidad de descubrir nuevos horizontes.

No me extraña que Amelia me considere una solterona, porque eso era, exactamente, en lo que me he convertido. He estado tan preocupada por no repetir los errores de mi madre que nunca he vivido realmente mi propia vida.

Reflexionó sobre todo lo que había hecho hasta entonces. No había estado inactiva, en realidad se había dedicado a muchas cosas, pero de alguna manera sonaban vacías. Cuando tuviera la edad de su abuela, ¿qué historias tendría que contar? ¿Cómo recordaría su pasado? La verdad es que no le había pasado gran cosa, podría contar historias escritas por otros, pero no tenía ninguna propia. Miró su imagen en el espejo, sus tranquilos ojos castaño-verdosos, su inmaculadamente peinado cabello castaño, la línea recta de su nariz. No era demasiado tarde para cambiar. Nunca viviría su vida como lo hacía Marlene, por supuesto. Las expectativas eran diferentes en su época, pero al menos podía hacer algo que pudiera recordar, por sí misma,

dentro de muchos años. Necesito saber lo que es experimentar placer físico, por una vez, antes de instalarme en mi sereno matrimonio con alguien de los museos.

Al menos experimentaría la satisfacción de haber salido de la cueva y haberse permitido la oportunidad de salir a mundo abierto.



El día del picnic amaneció luminoso y despejado, con un cielo azul espléndido, que señalaba la aprobación de los dioses. Nathan se animó con esa idea, el picnic sería un éxito.

Su madre, naturalmente, se atribuyó el mérito de organizar el picnic ese día. —Siempre sé qué tiempo hará, el reuma, ya sabes. Me empiezan a doler las rodillas tres días antes de que llueva. Así que cuando vi que mis rodillas no me dieron problemas, supe que el tiempo sería favorable.

Nathan estaba demasiado de buen humor para señalar que ella había planeado el picnic hacía más de tres días, aunque estuvo tentado.

El resto del grupo llegó como estaba previsto. Lady Dudley, que no había podido venir la noche anterior debido a un compromiso, llegó con su hijo, lord Dudley, y su hija, Donna West, una bonita muchacha de unos dieciséis años, que había estado en el colegio y planeaba salir el año siguiente para su temporada y, además, habían traído a la señorita Fisher con ellos.

Los preparativos no se vieron empañados por ningún contratiempo, excepto cuando los carruajes comenzaron a alinearse, ya que Lady Harewell, al salir y comprobar que el tiempo era agradablemente cálido, se negó a ir en carruaje. —No pensará que vamos a estar encerradas en un carruaje en un día tan bueno, ¿verdad? Shannon y yo iremos a caballo.

—Pero, ¿y si llueve? —Se lamentó Lady Maddox.

—Si llueve, naturalmente utilizaremos el carruaje. —Respondió Lady Harewell.

Esto pareció tranquilizar a Lady Maddox, que aceptó el plan, aunque de mala gana. Sin embargo, se llevó a Nathan aparte. —Sólo espero que no se caigan del caballo. Con una pendiente tan pronunciada, una caída podría ser fatal. —Dijo.

—Mamá, no creo que ninguna de los dos se caiga, son excelentes amazonas.

—Sí, es verdad. —Dijo ella, animándose considerablemente. Su voz se convirtió en un susurro conspirativo. —Me alegro de que Amelia no esté decidida a subir a Box Hill a caballo. —Dijo la madre de Nathan. —Está claro que no puede mantenerse en el asiento.

Se mordió la lengua para no decir, que una sola caída de un corcel asustado no la convertía en una mala amazona, pero era inútil discutir.

Como los caballeros también montarían, Nathan esperaba poder hablar con Shannon, pero ella, sin embargo, desde el momento en que montó, cabalgó con lord Dudley, con el que rápidamente entabló una conversación íntima que excluyó a todos los demás. Esto dejó a Nathan, como anfitrión, con la tarea de entretener a Lady Harewell.

Sin embargo, ella no quiso. —No necesito a nadie que me diga tonterías mientras cabalgo. —Señaló. —Prefiero disfrutar de la tranquilidad del campo. Vete mejor con los más jóvenes.

En consecuencia, no tuvo más remedio que cabalgar con Nicky.

Llegaron a la cima alrededor de la una de la tarde. Nathan desmontó y se dirigió rápidamente hacia Shannon.

—Nathan, —dijo Lady Maddox, bajando del carruaje, —debe ayudar a Lady Harewell.

Miró hacia la formidable dama. Ella ya se había apeado, rehuyendo la ayuda de un mozo de cuadra con un gesto desdeñoso. Se dirigió hacia ella, murmurando en voz baja.

—Espero que el viaje no le haya cansado. —Comentó, cuidadosamente educado.

Ella lo miró con sorna. —Fue un paseo encantador, y bien lo sabe. Puede que su madre sea una tonta y quiera considerarme una inválida, pero usted no tiene esos escrúpulos, al menos eso espero, o le consideraré más tonto que ella.

—Um... de hecho no, Lady Harewell. —Aseguró, sonriendo. —Rara vez he visto a una dama con tanta energía. —Lo dijo con sentimiento.

Ella gruñó, lanzándole una mirada penetrante. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Miró hacia donde estaba Nerón, el caballo de Shannon y ella no estaba. Bajaba por la ladera de la colina, agarrada del brazo de Dudley.

Notó lo cerca que estaban sus hombros.

¡Maldita sea! ¿Por qué había prometido a su madre ayudarla a supervisar los preparativos del picnic? Su presencia era completamente superflua. Ella parecía tener los preparativos bajo control. Media docena de lacayos corrían de un lado a otro de la sobrecargada carreta, todos con una clara determinación. Dos de ellos llevaban una pesada mesa y se dirigían a un pequeño bosquecillo.

Asegúrese de que la mesa esté completamente a la sombra. —Dijo mamá. —Tonterías. —Dijo Lady Harewell. —Una dosis de sol es justo lo que necesita para mejorar su cutis. Necesita un toque de color en la cara.

—Claro que no. —Dijo Lord Lockfurt, estremeciéndose. —No soporto el feroz calor del sol. Por supuesto, ya no llevo polvos, pero aún recuerdo aquellos días. Bastaban unos minutos de exposición para que tuvieras que cubrirte todo el rostro con ese polvo.

—Gracias a Dios que esos días han pasado. —Dijo Lady Harewell. —Nunca entendí por qué debíamos cubrirnos de polvo de arroz. Nunca me arrepentí de haber tirado mi polvera. Es una delicia sentir el cálido sol sobre la piel.

—Oh, pero seguramente, Lady Harewell, no querrá exponerse a los rayos del sol. —Comentó Lady Maddox. —En un día tan caluroso como éste, temo que pueda sufrir una insolación.

Lady Harewell abrió la boca para soltar un comentario inteligente. Era el momento de intervenir. —Señoras, señores, sugiero que coloquemos la mesa principalmente a la sombra, pero con una pequeña parte expuesta al sol. Así Lady Harewell podrá darse un capricho mientras todos los demás estarán protegidos.

Estaba claro que la discusión no había terminado, pero la mesa estaba preparada y el mantel extendido. En un tiempo razonable, Nathan juzgó que había hecho valer su presencia el tiempo suficiente. Se despidió y fue a reunirse con el grupo más joven.

Se sentaron en círculo sobre una manta tendida en el espacio sin hierba bajo una gran haya. La cubierta de hojas color bronce brillaba al sol, formaba sombras moteadas al filtrar el sol sin eliminarlo por completo.

El rostro de Shannon estaba parcialmente sombreado por una cofia de paja atada con una cinta de color lavanda. Había algo de niña en su postura, apoyada en las manos y con las piernas dobladas bajo su peso.

Estaban jugando a girar la botella. Alguien había tenido la precaución de traer una botella de vino vacía.

Sin querer interrumpir, observó cómo la botella giraba rápidamente sobre una bandeja de cristal. Se ralentizó y luego se detuvo, apuntando claramente a Shannon. Hubo una carcajada general cuando ella gritó al darse cuenta.

—Shannon, —exclamó Dudley riendo, —tiene que decirnos qué es lo que más le disgusta del mundo, pero tiene que ser lo primero que se le ocurra.

—Serpientes y Libertinos. —Respondió ella rápidamente, riendo.

Ni siquiera miró en su dirección, pero Nathan se puso rígido. Estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando se encontró con la mirada de Nicky y este negó casi imperceptiblemente con la cabeza.

El comentario de Shannon le había herido, pero también era el anfitrión, y marcharse de repente atraería más atención de la que deseaba.

Fue Amelia quien rompió el hielo. —Miren quién está aquí. —Indicó, apartándose para hacerle sitio junto a Shannon. —Venga y únase a nosotros. Hemos decidido hacer confesiones: si la botella le señala, tendrá que responder a una pregunta de una de nosotras.

Sonrió, sin mirar a Shannon mientras se sentaba a su lado.

—Gire la botella cuando quiera, —Apuntó. —Estoy listo.

Después de haberse deshecho de una gran cantidad de embutidos, panes y postres, los jóvenes decidieron salir a caminar.

Nathan hizo de guía, ya que había visitado Box Hill con frecuencia cuando era niño. Señaló las características del paisaje, incluido el tranquilo pueblo de Dorking, situado en el valle, y las alturas de Leith Hill, al oeste. Recogió orquídeas silvestres para cada una de las damas, y todas persiguieron mariposas azules que flotaban perezosamente bajo el sol.

De algún modo, sin proponérselo, el grupo se dividió en parejas.

Nicky se emparejó con Donna, Dudley con Amelia y Shannon con él. —Conoce bien Box Hill. —Comentó Shannon. ¿Fue uno de los lugares de su infancia?

Él asintió, recordando. —Sí, tengo muchos buenos recuerdos aquí. Solía venir con tres amigos, y cruzábamos el río en los calurosos días de verano y subíamos por la colina. —Una expresión de tristeza cruzó su rostro. —Dos de ellos han muerto, en la Guerra de la Independencia.

—Lo lamento. ¿Qué pasó con el tercero?

La cara de Nathan se iluminó. —Está felizmente casado y tiene hijos. De hecho, vive muy cerca, mañana iré a visitarle.

Llegaron a un paso de ganado, donde Nathan se colocó a un lado, ayudando a las señoras a pasar.

—Tengan cuidado donde se paran. —Señaló, a modo de advertencia, mientras se unía de nuevo al grupo. —Están caminando por un prado de vacas.

Como para demostrarlo, una vaca apareció a la vista, moviendo la cola de un lado a otro.

—Me crie en el campo, pero nunca he tocado una vaca. —Aseguró Amelia. —Donde yo vivo sólo hay ovejas, que balan por todas partes, pero no se ve ni una vaca.

—Permítame, entonces, —se ofreció Dudley, —que le presente a la señora Vaca. Señora vaca, señorita Fisher.

La vaca miró a la señorita Fisher con curiosidad. —¿Cree que podría tocarla?

Hubo diversidad de opiniones: Donna se opuso firmemente a la idea, diciendo que eran criaturas sucias, llenas de moscas; Shannon la animó; Nicky se rio y dijo que nunca había oído una idea tan ridícula; Dudley dijo que no había problema al respecto, si la señorita Fisher lo deseaba y Nathan lo desaconsejó.

La curiosidad de Amelia, sin embargo, era demasiado fuerte como para disuadirla. Avanzó con cautela, con la mirada fija en la vaca. Justo cuando Amelia estaba a punto de tocarla, la vaca se movió poniéndose justo fuera de su alcance, la siguió, pero la vaca volvió a moverse.

—¡Cuidado! —Advirtió Nicky, pero ya era demasiado tarde. El pie de Amelia se escurrió al pisar un charco de agua.

—¡Aah! —Exclamó, tratando de mantenerse erguida mientras su pie resbalaba en el barro.

Dudley corrió hacia ella y la sujetó por el brazo.

Miró consternada su bota embarrada y luego se rio. —Es una suerte que llevara botines para caminar y, sobre todo, de no caerse.

Todos se rieron aliviados al darse cuenta de que no iba a sucumbir a un ataque de histeria.

Mientras tanto, la vaca culpable los observaba, masticando con indiferencia.

—Creo que, tal vez, con el estado de mis botas, necesito volver al carruaje.

Dudley se ofreció inmediatamente a acompañarla.

Fue una señal para que el grupo se separara. Nicky, con mucho tacto, le sugirió a Donna que se sentara en un banco a esperar el regreso de Amelia. Hizo un gesto de a Nathan, que permanecía inseguro en el camino.

Nicky lo miró con el ceño fruncido, con un mensaje muy claro. Decía: No lo estropees esta vez.

CAPÍTULO 18

Debería haber ido con los demás, pero no lo hizo. Caminó por el sendero, lejos de todos, sola con un caballero, sin compañía e indiferente al decoro.

Se detuvieron cuando una increíble vista se abrió ante ellos. Nathan parecía sentirse incómodo, y curiosamente, su incomodidad alimentaba ese extraño estado de ánimo que afloraba en su interior. De ella dependía que él se sintiera cómodo. No quería depender siempre de otros para ser encantador, para ayudar a la gente a relajarse, para crear el ambiente, pero ella lo haría.

Shannon impulsada por un genio maligno, se acomodó en el suelo, indiferente a las manchas de hierba, y acarició el espacio a su lado. A él no le incitó el mismo genio maligno y, consciente de la ligereza de sus pantalones, vaciló.

—Vamos, —señaló ella, desafiándole, —seguro que no quieres seguir siendo el único en esta excursión con la ropa impecable. Nunca pensé que fueras tan dandi como para preferir la ropa limpia a pasar un rato agradable.

Ella estaba presionando, por supuesto, él podría reaccionar con ira y negarse, por lo que ella contuvo la respiración, observándole.

Él se encogió rápidamente de hombros y, examinando el suelo con cuidado, y se sentó cautelosamente en la hierba.

—No has examinado el suelo para ver si hay algún rastro de vaca.

Ella se levantó de un salto e inspeccionó su ropa. Había una leve mancha de humedad, pero ni rastro de estiércol. —Gracias a Dios. —Suspiró y volvió a sentarse.

Él soltó una carcajada, una profunda carcajada masculina que la hizo vibrar. —Te habría venido muy bien.

Ella, imperturbable, sonrió. —Pero no me manché, así que me temo que no tendrás ocasión de darme lecciones sobre los peligros de sentarse en el suelo.

Le lanzó una mirada de desconcierto. —¿Es así cómo me ves? ¿Como un moralista?

—Bueno, desde que le conocí no ha hecho más que decirme qué hacer y qué no hacer.

Arrancó una brizna de hierba y miró hacia el valle. —Eso se debió simplemente a las circunstancias.

Shannon exhaló un suspiro exasperado. —No volvamos a hablar del pasado, me gustaría que fuera una tarde sin reproches.

Hizo una reverencia burlona. —Como desee, señorita Patterson. ¿De qué desea hablar?

—De ti. —Afirmó ella con prontitud.

—Ah. —Dijo él con una sonrisa burlona. —Mi tema favorito. —Se apoyó en las manos y sonrió, poniéndose a la expectativa. —Puede preguntar lo que quiera.

Pero el genio maligno bailó a su alrededor. —Me alegro, porque quiero que me expliques por qué finges que no te gusta la poesía.

Se puso rígido y se sentó. Arrancó varias briznas de hierba, una mata en realidad, y la desmenuzó. Tiró los fragmentos destrozados y los vio caer. Luego recogió una a una las briznas de hierba que le quedaban en las palmas de las manos. En cuanto terminó, volvió a empezar el proceso con una nueva mata.

—¿Y bien? —Preguntó ella, dejando claro que no iba a dejar que la eludiera. Renunciando

a arrancar la hierba, metió las rodillas hacia el pecho, abrazándose a sí mismo, dejando claro que no quería contestar.

—Si prefiere hablar de algo más inofensivo como el tiempo, por ejemplo, podemos hacerlo.

Él se volvió hacia ella. Sus ojos negros eran opacos, no revelaban nada. Seguía apretando las rodillas contra el pecho. —Cuando tenía unos siete años, me apasioné por la poesía. Tenía una tía que nos visitaba a menudo, ella murió hace diez años, y siempre me traía libros de poesía. Venía a la guardería y me leía. Sonetos de Shakespeare, poemas de Goldsmith, Gray, Collins... Era una apasionada lectora y coleccionista. Y aunque yo entendía muy poco, me encantaban las rimas y los ritmos. Así que empecé a intentar escribir mis propios poemas. —Hizo una pausa y se metió una brizna de hierba en la boca, royéndola con los dientes delanteros.

—Era un muchacho erudito. Mi tutor era un vicario local que se tomaba la enseñanza muy en serio, que tras descubrir en mí una aptitud para el estudio, se dedicó a formarme en la buena escritura, los clásicos y el griego y el latín. Al poco tiempo, quería pasar todo el rato en casa. Adquirí tal pasión por la lectura que me pasaba horas en la biblioteca, leyendo cualquier cosa que pudiera interesar a un niño. —Contemplaba las colinas ondulantes que se extendían a sus pies y el valle delimitado por la tierra.

Mi padre se alarmó. Los clásicos le parecían un montón de tonterías. Él y mi madre discutían por mí cada vez que mi padre nos honraba con su presencia, lo cual, afortunadamente, no era demasiado frecuente dado que, a menudo estaba fuera cazando y asistiendo a las carreras. Pero cada vez que volvía, me hacía pasar todo el día al aire libre y se comprometía a enseñarme los deportes varoniles. Mi tutor empezó a ausentarse durante meses. Mi padre decía que mi madre me mimaba y que no tardaría en convertirme en una versión enfermiza de sí misma.

Prometió curarme de este desagradable hábito de lectura. Mantenía la biblioteca cerrada, incluso en su ausencia. Y si me pillaba con un libro, me azotaba y me mandaba fuera el resto del

día, para asegurarse de que pasaba tiempo al aire libre, decía.

Me alegré cuando me enviaron a la escuela. Esperaba que Eton fuera un lugar donde por fin pudiera entregarme a mis hábitos de lectura, sin la intervención de mi padre, pero, en realidad, era un lugar sombrío y lúgubre, y todos los chicos parecían versiones más jóvenes de mi padre, todos despreciaban el aprendizaje y eran adictos a la actividad física y a la caza. Incluso había una tradición de cebar animales en la que todos teníamos que participar.

Parecía que no había salida. Así que aprendí a jugar a todos los juegos que ellos practicaban. Después de todo, como Wellington ha dicho desde entonces, *"la batalla de Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton"*.

—Pero me las arreglé para escribir poesía. Por suerte, encontré un oído comprensivo en uno de los maestros, el Dr. Lind, que también me interesó por la astronomía. Y más tarde, me hice amigo de Percy Shelley, aunque era más joven que yo, y solíamos leer y escribir juntos, y hacer experimentos de filosofía natural. —Sonrió al recordarlo. —Algunos de los experimentos eran bastante explosivos.

—Un día, al volver a casa durante las vacaciones, mi padre se encontró conmigo inesperadamente. Yo tenía dieciséis años y estaba completamente absorto escribiendo un poema y ni siquiera me di cuenta de que había entrado en mi habitación. Rompió un cuaderno lleno de poemas que había escrito y lo tiró al fuego, luego me encerró en mi habitación. Decidí escaparme de casa al día siguiente, pero no quería irme sin hablar antes con mi madre.

—Al día siguiente era demasiado tarde. Me desperté y descubrí que mi padre me había comprado una comisión para luchar contra Napoleón, y que mi pasaje ya estaba arreglado. —Inclinó la cabeza. —Ni siquiera reaccioné ante eso. Lo que me disgustó fue que todos los mejores poemas que había escrito habían desaparecido.

—Así que, como ves, —concluyó, —nunca fui a Oxford ni a Cambridge, aunque siempre tuve la esperanza de leer los clásicos allí. —Se rio, una risa amarga y burlona. —Te pido

disculpas —pidió. —Te he contado una historia muy larga para una pregunta tan corta. —Se levantó y extendió la mano. ¿Seguimos caminando?

Ella asintió. Había respondido a su pregunta.

Aunque la historia que le había contado era triste, ahora sabía que su instinto no se había equivocado. Había mucho más en él de lo que parecía. No era simplemente un Libertino aburrido obsesionado por sus propios placeres. Tenía otra cara, una que se esforzaba por ocultar. Saber que era así aumentó el curioso regocijo que bullía en su interior. La risa de placer amenazaba con salir de su interior, pero la contuvo, sabiendo que él no lo entendería, pensaría que se reía de él. Una ráfaga de viento se levantó y le arrancó el pelo de las horquillas, a pesar de la cofia que lo sujetaba. Largos mechones le cayeron sobre la cara, sobre los labios, agitándose contra sus mejillas. Ahora podía reírse del viento y de sí misma, y le invitó a compartirlo mientras luchaba con el pelo que le azotaba los ojos.

—Es muy bonito aquí arriba. —Indicó, apartándose el pelo de la comisura de los labios.

—Sí. —Afirmó él, observando el horizonte. —Dicen que se pueden ver más de cien millas en un día despejado.

—No me refería a la vista. —Comentó ella. —Hay una quietud, una naturaleza salvaje, la forma en que sopla el viento, en los arbustos de zarzamora y en no tener nada alrededor que lo obstruya.

Él le lanzó una mirada penetrante, con ojos de cuervo desconcertados, casi salvaje. —Estamos rodeados de granjas y gran parte de la tierra son pastos para las infames vacas.

Volvió a reír, pensando en el delicado pie de Amelia en el barro. —Tal vez sea que estamos muy arriba, en la cima del mundo, y yo nunca he estado tan arriba.

Asintió con la cabeza. —Sin embargo, esto es sólo una colina, en comparación con algunas de las montañas del continente.

Un extraño anhelo fluyó a través de ella, como el viento que soplaba a su alrededor. —Algún día quiero visitar esos lugares. Quiero escalar una de esas montañas y contemplar los pequeños valles que hay debajo. He visto fotos de los magníficos Alpes, quiero ir allí. Quiero estar donde estuvo Manfred de Lord Byron.

“El sol despierta del seno de la tierra,

la luna vuelve a sumir su disco argentado

en las ondas de Occidente;

y el viento se precipita por las lomas

con el apresuramiento del espíritu

cuya misión es destruir; mientras mi voz

como la queja del lamento humano,

se eleva en medio de la conmoción

que levanta la tormenta.

Nunca más podrá aquellos órganos

responder a mis deseos;

en el abismo han caído mis plegarias.”

Ella nunca había sabido que tenía ese anhelo, pero tampoco había estado nunca en Box Hill. Ella lo observó, para ver qué diría sobre Byron.

—Espero que no desees emular a Manfred de Lord Byron, pues, si por él fuera, se tiraría valle abajo.

—Cierto, pero no hizo nada de eso. —Replicó ella, sonriendo, ya que había admitido que leía a Byron.

Enarcó una ceja. —¿He dicho algo divertido? —Ella ahogó la risa. —No, simplemente estoy contenta. —El silencio reinó por un momento.

—Tal vez te cases con alguien que te lleve allí. —Señaló él, con el rostro cerrado como una cortina.

Sí, quería casarse con alguien que la llevara al continente, que le enseñara todos aquellos lugares sobre los que había leído pero que nunca había visto. Una ráfaga de viento tiró su gorro al suelo. Corrió tras él y lo cogió justo cuando corría peligro de precipitarse por la pendiente.

—Tiene que ayudarme a atármelo de nuevo. —Pidió, pero las palabras se le escaparon de la boca, no era su intención, pero salieron.

Se colocó el bonete en la cabeza y le tendió las cintas. Él se adelantó y se las quitó de la mano. Sus dedos rozaron los suyos y ella se estremeció.

—Tienes frío. —Indicó él, con los ojos fijos en el nudo. —Quizá deberíamos volver al picnic, allí al menos hay mantas.

—Al contrario. —Señaló ella, con una risa en los ojos. Él estaba inquieto, ella lo notaba, pero no entendía su estado de ánimo. —Tengo mucho calor.

Terminó su tarea y dio un paso atrás. No la miró en absoluto.

Ella disfrutó de su malestar. Se sonrojó con una sensación de libertad, el viento y el sol le tocaban la cara, en realidad, deseaba no haberle pedido que atara el lazo. Quería que su pelo flotara suelto, levantado por la brisa.

Estaba inquieta. Inquieta y temeraria. Su estado de ánimo era diferente a cualquier otro que hubiera experimentado antes. Estaba cansada de la corrección, mareada por el flirteo y la risa, y llena de una energía frenética. Quería algo más de la vida que leer y ver a los demás divertirse y disfrutar. Las sombras ya no la satisfacían.

Quería vida.

—Díme, —comenzó a hablar, sorprendida por su atrevimiento, pero sin querer poner freno a ese nuevo yo que parecía haber surgido de la nada. —¿Te consideras un buen besador?

Él parpadeó, mirándola sin comprender. Ella se rio, sabía que se estaba preguntando si la había oído bien.

—Tienes unos labios bien formados —señaló, —incluso deliciosos. Muy tentadores. Estoy segura de que otras ya te lo han dicho. —Incluso mientras lo decía, se estremeció ante lo que estaba diciendo. ¿Quién era ese ser extraño dentro de ella? ¿Había perdido el juicio?

—Estás flirteando conmigo. —Dijo él, asombrado.

—No sé por qué te sorprende. Sé de buena tinta que las damas flirtean con los granujas. —Su voz había adquirido un tono juguetón.

Debía de haber algo en el vino, o no estaría hablando así.

Frunció el ceño. —No las jóvenes solteras. —Indicó, con una voz cargada de desaprobación.

—Pero, ¿quizá las solteras mayores? —Comentó ella, riéndose de él. Él frunció el ceño. —A ti no se te puede considerar mayor.

Ella se encogió de hombros. Estaba cansada de ser Shannon Patterson, la solterona sabelotodo. Por una vez quería ser desenfrenada. Quería ser una polilla, acercarse lo suficiente para chamuscar sus alas, ya no quería esconderse en su capullo mientras otras alzaban el vuelo.

Había una roca de tiza escarpada entre ellos. Se subió a ella y se acercó a él, lo suficiente para sentir su aliento en la cara. Sus rostros estaban a la misma altura. Levantó la mano y le pasó los dedos por la mejilla. —Quiero aprender a besar, quiero saber cómo besa un Libertino. —Susurró y acercó sus labios a los de él.

Él se quedó inmóvil, ni se apartó ni se acercó. Ella acarició sus labios contra los de él, como él había hecho con ella. Sus labios se abrieron en un pequeño aleteo. Ella se estiró hacia

delante. No sabía nada de besos, pero sabía que quería más del beso. Su lengua se deslizó, tomando vida propia le lamió, saboreando. Necesitaba más.

Pero las manos de Nathan llegaron a su cintura. La levantó, sin delicadeza, y la depositó en el suelo.

—Las serpientes también tienen sentimientos. —Señaló. Su voz sonaba ronca y respiraba con dificultad. Evitó mirarla a los ojos. —Creo que deberíamos volver al picnic, señorita Patterson.

No iba a dejar que el rechazo de Nathan la afectara. El mismo desenfreno que la había llevado a besarle la impulsaba ahora a demostrarle que no le interesaba lo más mínimo.

Se separó de él para revolotear por el sendero hasta donde Lord Cunningan y Donna estaban sentados, pero ellos ya habían regresado al lugar del picnic. Cruzó el prado de las vacas, volvió a pasar por el paso de ganado y oyó a los demás, charlando y riendo como si no hubiera pasado nada.

No había pasado nada.

Fue directa hacia lord Cunningan, que estaba tumbado de espaldas sobre la manta, mirando las hojas de cobre y hablando con Amelia, se tumbó a su lado.

—Hace tanto viento que creía que me iba a tirar por la ladera de la colina. —Dijo en voz alta.

Y siguió charlando hasta mucho más tarde, cuando Nathan reapareció. Y siguió hasta que aparecieron los lacayos para recogerlo todo y llevarlos de vuelta a sus carruajes.

CAPÍTULO 19

Ella se encogió mientras bajaban en el carruaje desde Box Hill. Se encogió al pensar en su falta de respuesta. Se encogió al preguntarse por qué creía que podía ser otra cosa que Shannon Patterson, la solterona sabelotodo. Se estremeció incluso al pensar lo cerca que había estado de entregarlo todo por unos momentos de pasión, y de cómo Lord Maddox había tenido el sentido común, o la experiencia, para poner fin a su locura.

Había apostado y había perdido, y eso era todo.

No sabía cómo podría volver a mirar a Lord Maddox a la cara.

Le hubiera gustado acurrucarse en un rincón del carruaje, de pura miseria. Si al menos Lady Harewell la hubiera acompañado, podría haber confesado; podría haber roto a llorar y dejar que Marlene la consolara, pero había elegido regresar en otro carruaje con Lord Lockfurt, Lady Amstrong y Lady Maddox, con sus caballos detrás.

Si hubiera intimado más con Amelia, podría haber hablado con ella, pero todos sus instintos retrocedieron ante la sugerencia. No podía revelar su idiotez a la joven.

Así que la primera parte del viaje transcurrió en silencio, afortunadamente. Distraídas en sus propios pensamientos, ninguna de las dos intentó mantener una conversación social, pero de pronto Amelia empezó a parlotear y, aunque Shannon no la escuchó, se vio obligada al menos a fingir cortesía.

—Así que me pidió que huyera con él, ¿te lo imaginas?

Las palabras de Amelia llegaron a Shannon como desde muy lejos, pero la sobresaltaron. —¿Huir con él? ¿Quién? —Preguntó desconcertada.

Amelia miró a Shannon con desprecio. —No ha oído nada de lo que le he dicho, ¿verdad?

—Sí, claro que sí. —Le aseguró Shannon rápidamente. —Pero quería estar segura de haberle entendido. Fugarse con alguien no es algo para tomarse a la ligera.

Suspiró dramáticamente. —Supongo que me dirá que ni siquiera debería planteármelo. Que me estaría metiendo en un escándalo y todas esas tonterías, pero me importa un bledo lo que piense la sociedad.

Shannon seguía sin enterarse, pero sospechaba que sabía quién le había sugerido semejante proceder.

—Si se refiere a que planea fugarte con Ramsey, pues sí, no creo que deba contemplarlo. —Afirmó Shannon, enérgica.

Los ojos de Amelia brillaron desafiantes. —Pero es todo tan maravillosamente romántico… y si amas a alguien, se debería estar dispuesto a sacrificarlo todo por él.

Shannon negó con la cabeza. Tenía que encontrar la manera de convencer a Ameliaque Ramsey distaba mucho de ser la figura romántica que ella imaginaba.

—Creo que lord Ramsey no es todo lo que parece. Tiene una reputación bastante desagradable. —Aseguró. —¿Y por qué tiene tanta prisa por casarse contigo? Podría esperar al menos un tiempo, aún es muy joven. Quizá sus padres cedan y acepten su demanda.

—Mi padre nunca cederá. —Aseguró ella, apasionadamente. —Es inútil esperar tal cosa.

—Quizá pueda convencerle, dale tiempo.

—No tengo tiempo, David estaba muy dolido por el trato de mi padre.

¿David? Así que se tuteaban.

—Después de todo, no es exactamente un paria en la sociedad. Es recibido por todas las familias, incluso las más exigentes. Así que no veo cómo su reputación puede ser como dice. —Frunció el ceño. —Está tan angustiado por el rechazo de mi padre, que ha caído en un ataque de

abatimiento. De hecho, estaba a punto de darse por vencido, diciendo que no tiene sentido continuar nuestra relación cuando mi padre se opone tanto a la idea.

—Me parece que tiene poca voluntad. —Soltó Shannon.

—¿Falta de voluntad? —Exclamó Amelia, mirándola como si tuviera dos cabezas. —¿Cómo puede decir algo así? Más cuando está sufriendo. ¿Te imaginas la humillación de ser rechazado como un vulgar mendigo, después de ofrecerse por mí? Es el heredero y de noble familia y, sin embargo, mi padre, lo trata como a un plebeyo.

Se quedó callada, su indignación no tenía límites. Se quedó mirando por la ventana, con la ira convirtiendo su piel apergaminada por el día de campo, en un moteado rosa y beige. Shannon decidió que no tenía sentido discutir con ella, estaba más allá de la redención.

En lugar de eso, Shannon se volvió hacia el pozo de miseria que llevaba dentro, el remolino que lo absorbía todo en sus despiadadas profundidades. ¿Cómo se había imaginado que, tan sencilla como era, tan inexperta, con la delicadeza social de un mastín, podría seducir a alguien como lord Maddox? Un Libertino, un caballero con la gran ventaja de la experiencia, y que sin duda estaba acostumbrado a rechazar a las mujeres que le perseguían. Su patético intento de beso le había dejado frío. Podría haber estado besando la escarpa de tiza bajo ella, por toda la reacción que le había producido.

Demasiado para su breve (y ya muerta) aspiración de ser una seductora Cipriana. No sabría cómo hacerlo, aunque su vida dependiera de ello.

Y así fue, no en un sentido inmediato, por supuesto, pero en el sentido de que podría cambiar su vida, porque ella quería a lord Maddox. Lo quería tanto que su vida no era más que una ruina sin él. Pensó en una abadía que había visitado una vez, incendiada durante la Reforma. Las oscuras ruinas destripadas se erguían austeras, con sus ventanas ciegas mirando al cielo.

Esa era su vida.

Miró a Amelia, compadeciéndose de su difícil situación. No era justo juzgarla simplemente porque el objeto de su amor era indigno. ¿Quién iba a decir que el objeto de su propio amor era más digno? El hecho de que Shannon lo amara no cambiaba lo que él era.

La idea la golpeó como la manzana de Sir Isaac Newton, un golpe seco en la cabeza.

Ella lo amaba.

Una cosa tan simple, que la había tenido delante de sus narices todo este tiempo y, sin embargo, no lo había visto. Peor aún, había permitido que sucediera, cuando toda su vida había jurado que nunca amaría a un canalla como lo había hecho su madre.

Después de todo, existía el dicho: de tal palo, tal astilla. Tal vez fuera simplemente una ley de la naturaleza, sin escapatoria, como la muerte. Iba a repetir los errores de su madre, a sufrir como ella, una vez que su marido la abandonara para perseguir sus propios placeres. Excepto que ella había desperdiciado incluso esa oportunidad. La oportunidad de casarse había llegado y se había ido.

El futuro se extendía interminablemente, y era un vacío que no tenía fin.

—¿Por qué nadie entiende que cuando amas a alguien, quieres estar con él? —Comentó Amelia, con voz atormentada. —No quieres pasarte la vida esperando eternamente a ver si tus padres lo aprueban o no. ¿Y si nunca lo hacen? —Los intensos ojos de Amelia se clavaron en los de Shannon.

Shannon deseó que Amelia se marchara y la dejara con sus propias desdichadas reflexiones.

Pero Amelia no podía, estaba esperando a que Shannon dijera algo. Shannon ordenó sus pensamientos e intentó responder, si es que ella misma tenía alguna respuesta.

—Lo entiendo. Más de lo que te imaginas, pero aún eres joven y el matrimonio es para siempre. Una vez que entras en él, sólo la muerte te libera. —Shannon hizo una pausa, mientras

se debatía entre contarle o no algo de lo que nunca había hablado con nadie más que con sus parientes más cercanos. —Mi madre cometió ese error, el de casarse muy pronto. Ella se escapó con mi padre. Él también era un hombre con una familia establecida desde hacía mucho tiempo, aunque sólo era, es, un barón. Se casaron en Gretna Green, y ella estaba extasiada, a pesar del escándalo que siguió. Su familia acogió abiertamente a la joven pareja e hizo todo lo que pudo para ayudarles. —Suspiró. En realidad, no conocía la historia de su madre, sólo la había oído de segunda mano. —Mi madre estaba locamente enamorada de Lord Patterson. Así que se le rompió el corazón cuando dos meses después lo vieron en el teatro alardeando de su amante del brazo. Dondequiera que iba, la gente murmuraba de ello, como si no fuera ya bastante malo tener que soportar su infidelidad.

Amelia escuchaba con los ojos muy abiertos.

—Y ese fue sólo el primero de muchos escándalos. Mi madre tenía una fortuna considerable y eso le permitió a él, llevar una vida mucho más lujosa que hasta entonces. Utilizaba el dinero de ella para comprar extravagantes regalos para sus faldas ligeras, y las paseaba por todas partes.

Al final, no fueron los escándalos lo que realmente le dolió, sino saber que sólo se había casado con ella por su dinero. Fue una suerte que una gran parte estuviera atada, de lo contrario nos habría dejado, a ella y a mí, sin un céntimo. —Fue su abuela quien se aseguró de ello. Había inmovilizado varias propiedades e inversiones de su hija antes de que se casara y las había hecho inaccesibles a cualquier cazafortunas que las hubiera codiciado.

—Finalmente, cansado incluso de la pretensión del matrimonio, o molesto tal vez por las peticiones de ella de que fuera menos imprudente, se marchó para no volver jamás.

Shannon se miró las manos, examinando las líneas irregulares que las cruzaban. —Un mes después de mi nacimiento, cayó en una decadencia de la que nunca se recuperó. Apenas tenía fuerzas para cuidarme, e incluso mientras estaba viva, siempre era la abuela la que me cuidaba.

—Shannon hizo una pausa para reflexionar. —No mucho después, murió de una enfermedad insignificante.

—Lo siento. —Susurró Amelia.

—Después de que mi padre dejara a mi madre, no volvió a poner los ojos en mí. —Shannon la miró. —¿Es ése el destino que quieres para tu hija?

Amelia retrocedió furiosa. —Es una historia trágica, y lo siento por tu madre. También lamento que nunca tuvieras un padre que te cuidara. —La mirada combativa reapareció en sus ojos. —Pero no puedes comparar a Lord Patterson con David. David me quiere, y me querrá después de casarnos, lo sé.

Shannon lo había intentado. Si incluso las circunstancias más personales de Shannon no la convencían, nada lo haría. —Si te quiere, me alegro por ti, te deseo lo mejor. —Comentó resignada.

—¿Lo dices en serio? —Dijo ella tímidamente. —Espero que sí, porque he decidido hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Fugarme con él, por supuesto. Ya te dije que lo estaba pensando, pero mi conversación contigo me ha convencido. —Se frotó las manos con entusiasmo. —De hecho, ya está todo arreglado, será el lunes por la noche. —Dijo Amelia, bajando la voz. —Después del baile de máscaras. Me parece muy emocionante, ¿no crees?

Shannon no contestó. No creía que Amelia quisiera una respuesta. Estaba demasiado ocupada soñando despierta, construyéndose un castillo mágico con Ramsey como héroe. Que Dios la ayudara.

Bueno, tendría oposición. Shannon no le permitiría desperdiciar su vida por alguien como Ramsey.

Echó una rápida mirada por la ventana. El tiempo seguía siendo agradable, aparte del viento racheado. Golpeó el techo del carruaje para llamar la atención del cochero.

El carruaje se detuvo.

Amelia la miró sorprendida.

—Me siento un poco mal. —Explicó Shannon. —Tal vez el aire fresco me ayude. Creo que iré a caballo el resto del camino.

—Espero que no sea nada grave. —Indicó Amelia, preocupada.

Shannon negó con la cabeza. —Un ligero dolor de cabeza, nada de qué preocuparse.

El cochero abrió la puerta. —Creo que necesito respirar un poco de aire fresco. —Señaló Shannon.

—Como desee, señorita Patterson.

Se oyeron sonidos de consternación procedentes de los distintos carruajes cuando toda la comitiva se detuvo, obligada a esperar. La ventana del carruaje de Lady Maddox se abrió y apareció la cabeza de Lady Harewell.

—¿Qué ocurre? —Preguntó, lanzando una mirada de desaprobación a Shannon. —Nada, Marlene —Respondió Shannon. —Sólo he decidido que quiero montar. Hace demasiado calor ahí dentro.

—Entonces, por el amor de Dios, ponte a ello, niña. Nos estás retrasando a todos.

La voz ansiosa de Lady Maddox llegó a Shannon desde el interior del carruaje. —¿Ha ocurrido algo, Lady Harewell? ¿Ha habido un accidente?

—No, no. —Aseguró ella. —Sólo una tonta idea que se le ha metido en la cabeza a mi nieta. —Cerró la ventana, y si hubiera podido, la habría cerrado de un portazo.

Su rostro ardió cuando lord Maddox cabalgó hacia ella, y ella evitó el contacto visual con

él.

—¿Pasa algo? —Preguntó él, examinándola ansiosamente, con esa nueva mirada grave que parecía haber adquirido recientemente.

—El mozo está trayendo mi caballo. —Dijo ella.

Él la miró con desconfianza. —Tal vez no sería prudente...

—Esto no tiene nada que ver con usted. —Espetó ella, picada por la insinuación de que lo estaba persiguiendo.

Él enarcó una ceja. —Entonces estoy intrigado. —Murmuró.

El mozo de cuadra se acercó guiando su caballo. La subió a la silla lateral y Shannon se encontró a la altura de lord Maddox. Hizo un gesto al carruaje que llevaba a Amelia para que siguiera su camino. La procesión siguió su camino.

—Necesito hablar con usted y con Lord Cunningan. —Pidió Shannon. —Es un asunto urgente.

Recordó que Lord Dudley también iba a caballo. Sería incómodo excluirlo, pero no podía involucrarlo en los asuntos de Amelia. Ya era bastante malo que Shannon estuviera planeando traicionar su confianza contándoselo a otros.

—Sin embargo, no encuentro la manera de excluir a Lord Dudley, así que tal vez usted podría explicarle el asunto a Lord Cunningan después. —Su tono era distante, cuidadosamente distante. No quería que Nathan pensara que estaba inventando excusas para quedarse a solas con él.

Habían llegado a un recodo del camino, y Shannon no pudo evitar exclamar al ver la pronunciada pendiente bajo sus pies. Parecía un abismo, un borde que es mejor no pisar.

No pudo soportar mirar a Nathan. La suposición de que deseaba reanudar su flirteo le

podría escocía como sal en una herida. ¿Su arrogancia tiene límites?

Así que fue directamente al meollo del problema, sin preámbulos. —Me temo que tenemos otra situación urgente con Ramsey. —Señaló.

—¡Qué diablos! —Dijo Nathan bruscamente, alarmando a su caballo, que sacudió la cabeza en señal de protesta.

—Esta vez no me involucra a mí, se trata de Amelia. Soy consciente de que estoy traicionando su confianza —continuó, —pero sé que no puedo detener esto yo sola. Queda muy poco tiempo, sobre todo porque no volveremos a Londres hasta mañana. —Relató lo que Amelia le había dicho, con sequedad y sin entonación.

Hizo una breve pausa después de terminar su relato. —Gracias a Dios que decidió confiar en usted. —Dijo Nathan. —Sin embargo, no debes sentirte culpable, estás intentando salvarla de la ruina.

Shannon no contestó. Una vez explicada la situación, retrocedió y se unió a los demás jinetes. En poco tiempo, cabalgaba junto a su primo, intercambiando recuerdos sobre uno de sus compañeros de infancia.

Mientras tanto, Nathan y Lord Cunningan cabalgaban delante, sumidos en serias discusiones, sin duda determinando la mejor manera de afrontar la fuga de Amelia.

La velada en la finca de lady Maddox estaba llegando a su fin. Después de la cena se había celebrado un baile improvisado, en el que los más jóvenes se habían divertido viendo a lady Harewell y lord Lockfurt bailar una cuadrilla hasta que el sudor les corrió por las mejillas. Después de un largo día al aire libre, la tendencia general parecía ser acostarse temprano, Amelia y Donna ya se habían retirado arriba a las habitaciones, y tras una partida de whist bastante infructuosa en la que formó pareja con Simons contra lord Maddox y lord Cunningan, Shannon se levantó y se excusó.

Para su sorpresa, al llegar al pie de la escalera, oyó su nombre. Era lord Maddox.

—Tenemos que hablar de nuestros planes. —Señaló. —Necesito un minuto de su tiempo.

Como no esperaba hablar con él esta noche y seguía mortificada por lo que había hecho antes, respondió con frialdad. —A menos que pienses irte muy temprano, sugiero que pospongamos esta conversación hasta mañana por la mañana. No podemos hablar en el pasillo.

—Siempre nos queda la biblioteca. —Comentó sonriendo.

Ella se puso rígida. —No creo que sea una buena idea, teniendo en cuenta las circunstancias. —Señaló ella con frialdad.

Nathan se pasó la mano por el pelo. —Puede que desees que te deje en paz, pero lo cierto es que tenemos asuntos pendientes. No puedes abandonar a Amelia a su suerte.

—Por supuesto que no la abandonaré. Se ha convertido en mi amiga, y aunque esto le hará daño, debemos impedir este matrimonio. Si es que Ramsey planea casarse con ella. —Pero ella no quería pasar un solo momento a solas con él, no volvería a cometer ese error. Sin duda él la consideraba completamente desprovista de principios.

—En ese caso, llamaré a Simons con algún pretexto y nos reuniremos en la biblioteca.

Se alejó, dejándola contemplar cómo, una vez más, había malinterpretado su intención.

CAPÍTULO 20

—No sé por qué tienes tantas dificultades con la señorita Patterson, Nathan. Te aseguro que es perfectamente amable.

Nathan y Nicky estaban una vez más en Brooks´s. Parecía que últimamente no hacían nada más interesante que cenar allí y asistir a banales reuniones sociales, y por supuesto, a los picnics de su madre.

Nathan gruñó. —Es perfectamente amable contigo, querrás decir. —Nicky tuvo la delicadeza, al menos, de parecer un poco avergonzado, pero eso no impidió que Nathan quisiera arrancarle a Nicky la promesa de no volver a hablar con ella.

—Se ablandó contigo en el picnic, al menos durante un rato. De hecho, tú y ella parecían estar en términos casi íntimos. Por cierto, ¿aprovechaste la oportunidad que te di?

¿La aprovechó? Había revivido ese momento una y otra vez desde ayer. La forma en que ella se inclinó hacia él. El matiz de agua de rosas de su aroma. Luego sus labios, que le tentaban, apenas conectando con los suyos. Un contacto tan ligero y escurridizo como la seda. Había sido un tormento quedarse quieto, pero dejó que lo explorara, temeroso de que ella retrocediera si él se movía.

Su instinto le atacaba. Necesitaba apretar su cuerpo contra el de ella, sentir su longitud contra él, exigirla con sus labios, y explorar cada centímetro de ella. Aprovecharse antes de que cambiara de opinión y mientras aún estuviera dispuesta, porque sabía que no duraría. Era un impulso, por su parte, y se arrepentiría.

Pero tenía que dejar que se saliera con la suya, porque sólo entonces aprendería a confiar en él. A entender el placer que él podía darle, sin sentirse amenazada por él.

Nunca en su vida había luchado tanto por el control. Ese pequeño y tímido beso rompió todas sus barreras. Barreras que ni siquiera sabía que tenía.

Entonces ella profundizó el beso, pidiendo más, se vio obligado a apartarla de él. Era la única forma de resistir la tentación, un minuto más y su deseo lo habría arrastrado como un torrente.

Aquel suave beso le había arrancado todas las ilusiones que tenía sobre sí mismo, dejándolo en carne viva. Entonces supo que ninguna otra mujer había significado nada para él. Que ella era la única que le había importado.

La única a la que había amado.

Una palabra que nunca había pensado que pudiera significar algo para él más allá de una compulsión irracional por llevar a una mujer a su cama. Un impulso que, una vez plenamente satisfecho, empezaba a desvanecerse.

Pero ella le había demostrado que estaba equivocado, se había escapado por el camino, avergonzada por su desaire. Ella no sabía que él la estaba salvando de sí mismo.

Se había hundido en el afloramiento de pizarra sobre el que ella estaba de pie y las afiladas esquinas le mordían la piel. Agradeció la incomodidad, pues se devolvió a la realidad: amaba a una mujer que no podía tener. Una mujer que nunca lo consideraría seriamente para el matrimonio, a menos que se viera obligada. Que no lo veía más que como un disoluto Libertino. Que lo consideraba tan carente de sentimientos que quería que él le diera lecciones en el arte de besar. Para poder besar a otro hombre. Probablemente ese primo suyo con cara de sapo que aparecía por todas partes.

Permaneció sentado en aquella roca punzante durante lo que le pareció una eternidad,

contemplando el valle verde moteado que se extendía ante él. Le rodeaba el tenue aroma de las flores de zarzamora.

Al cabo de un rato, dejó de notar los bordes dentados de la roca. Se había entumecido.

Cuando la siguió de vuelta al picnic, ella se había retirado de nuevo. Charlaba afectuosamente con Lord Dudley, que estaba más que contento de recibir su atención, no había duda de la cercanía entre ellos.

Y para empeorar las cosas, ella había coqueteado con Nicky. Su mejor amigo.

Ella no miró en su dirección ni una sola vez.

Incluso se preguntó si no se había imaginado aquel pequeño interludio.

Una vez más, sintió el delicado cosquilleo de sus labios al rozar los suyos. Aspiró su aroma, mezclado con el de las zarzamoras en flor.

La llevaría de nuevo a aquel lugar de la colina, cuando las moras estuvieran maduras. La observaría mientras comía las bayas, manchándose los labios con su jugo púrpura oscuro, y se lo lamería. Y...

—Si insistes en lamerte los labios así en público, tendré que alejarme de tu proximidad. La gente podría pensar que me estás haciendo proposiciones indecentes. —Susurró Nicky divertido.

Bajó de las alturas de Box Hill con sus bayas silvestres al almidonado mundo del club de caballeros.

Sonrió con pesar. —Necesito algo de actividad. —Se levantó. —¿Vamos a la sala de juegos? Me gustaría probar mis posibilidades.

Estaba perdiendo mucho. Sabía que debía retirarse, pero no quería estar solo con sus pensamientos. Al menos, el juego le mantenía ocupado, aunque parecía perderse mucho de lo que ocurría alrededor de la mesa.

—Tu turno. —Dijo Nicky. Nathan miró vagamente sus cartas.

—Disculpe, señor. Esta nota es para usted. —Miró al sombrío lacayo, agradeciendo la intrusión, ya que había perdido completamente la noción del juego.

—Gracias.

Miró el sobre. Conocía la letra. Había visto antes ese garabato apresurado.

Se levantó inmediatamente.

—¿Pasa algo? —Preguntó lord Manderton. Sus ojos voraces se encontraron con los de Nathan, buscando información. Cualquier chisme sería roído en pedazos por él en menos de una hora.

La máscara anodina de Nathan se colocó en su sitio. —Nada de interés en absoluto. —Comentó, aburrido. —Conozco la escritura. Dentro, sin duda, hay una invitación sumamente tediosa a cenar con una dama que sufre un espasmo nervioso, a saber, mi madre. Lo que me ahorra tener que perder una suma de dinero aún mayor de la que ya he perdido.

Siguió una carcajada general.

—Buena suerte. —Dijo Manderton. —Disfruta de la compañía. —Hubo un murmullo general de simpatía.

Esperó a salir del club para abrir la nota. Justo lo que había pensado.

Necesito hablar con usted urgentemente. Por favor, reúnase conmigo en el 71 de South Audley Street lo antes posible.

Como la última vez, estaba sin firmar.

Era una dirección de Grosvenor Square, pero no de las más de moda. Esta vez no cometió

el error de pensar que se trataba de una seducción.

Aunque la primera vez que vio el escrito su corazón había dado un pequeño latido extra, como un esperanzado salto de alegría, pero, mirándola mejor, ella no escribiría así a menos que estuviera muy alterada. Su letra normal era elegante y pulcra.

Le vinieron a la mente todas las razones posibles por las que ella lo llamaría de ese modo.

Todos los hilos conducían a Ramsey, por lo que las manos de Nathan se apretaron.

Si él la había lastimado de alguna manera... si la había tocado, si había herido un pelo... lo rompería en pedacitos y los arrojaría uno a uno al Támesis. Lo haría, vaya que sí lo haría.

Si lo había hecho....

Huyó de ese pensamiento, intentó controlar su enorme rabia. Necesitaba mantener la calma, pensar racionalmente.

Llamó a un carruaje de alquiler y le dio la dirección, prometiéndole media corona si le llevaba a la dirección lo antes posible.

El jinete azuzó a sus caballos, atravesaron las calles atestadas de gente como si condujeran por una carretera de campo abierto, un coche de caballos pasó rozando, con apenas unos centímetros de margen. Al instante siguiente, el coche se desvió bruscamente, haciendo que Nathan se deslizara en su asiento. A través de la ventanilla, Nathan observó con asombrada fascinación que habían conseguido evitar la colisión con un lento carro cargado de verduras. El dueño de la carreta gritó y agitó el puño contra el carruaje, pero éste siguió adelante, decidido a cumplir su misión.

Nathan se agarró con fuerza, esperando que en cualquier momento volcaran. El carruaje tomó una curva cerrada y se balanceó peligrosamente, pero luego se enderezó. Se sacudió hacia un lado, sin duda debido a otro accidente, pero no redujo la velocidad. Mientras zigzagueaban entre el tráfico, Nathan perdió la cuenta de las veces que cerró los ojos, pensando que el

accidente era inevitable, pero el viaje continuó, con los cascos de los caballos golpeando sin descanso.

Cuando llegaron a su destino, le temblaban las manos de tanto esfuerzo.

Bajó del carruaje con cautela, y pagó al cochero más de lo que le había prometido, porque milagrosamente los había llevado allí con vida. Nunca había visto a un conductor tan hábil.

El cochero se quitó el sombrero.

—¿Le espero, su señoría?

Nathan lo miró, sus ropas estaban inmaculadas, no tenía ni un pelo fuera de su sitio, parecía que acababa de dar un paseo tranquilo por el parque.

—No, pero me gustaría contratarlo, si está dispuesto a abandonar su puesto actual. Necesito a alguien como usted en mis establos. —Nathan le dio su tarjeta. —Ven a preguntar mañana, le diré a mi mayordomo que le espere.

El cochero se inclinó solemnemente. Nathan no sabía si aceptaría el trabajo o no. Si no fuera por la urgencia de su citación, se habría quedado para intentar convencerlo.

Tal como estaban las cosas, no podía dedicarle ni un momento.

Miró la casa que tenía delante. El corazón le latía con fuerza, no sabía qué haría si le hubiera ocurrido algo.

Un lacayo abrió la puerta. —La señorita le espera en la biblioteca. —Señaló.

El lacayo se adelantó a paso lento. Nathan quería darle un codazo en la espalda para que se moviera más deprisa. Cuando por fin llegaron a su destino, el lacayo abrió la puerta, dejando entrar a Nathan y la cerró tras de sí.

Ella no estaba allí.

Había una joven sentada de espaldas a él, con unos tirabuzones dorados que le resultaban

familiares.

Se dio la vuelta, lo vio y se puso blanco.

—Oh, no. —Soltó, poniéndose en pie de un salto y llevándose las manos a las mejillas. —Usted no.

—¿Dónde está? —Preguntó él con los ojos entrecerrados.

—Supongo que se refiere a Shannon. —Dijo ella. Estaba muy nerviosa. —No hay tiempo para explicaciones, debe huir inmediatamente, esto es una trampa. Si le encuentran aquí conmigo, le comprometerán y me veré obligada a casarme con usted.

Se quedó paralizado en medio de la habitación, parecía incapaz de pensar.

Ella corrió hacia él y le dio un empujón. —Deprisa. ¡Muévase, zoquete! ¿De verdad quiere acabar casándose conmigo?

Sus frenéticas acciones, especialmente sus puños punzantes, penetraron finalmente en su embotado cerebro y le hicieron obedecer. Ella corrió hacia las ventanas francesas y las abrió. —Salga a la calle y váyase tan rápido como pueda. —Le hizo señas con la mano.

El sonido de unos pasos le llegó desde el otro lado de la puerta de la biblioteca.

Se puso en movimiento. No caminó, si no que corrió, salió por las ventanas, entrado en el jardín y saliendo a la calle. Allí aminoró la marcha, esperando oír en cualquier momento la voz nasal de lady Fisher llamándole por su nombre. Dobló la primera esquina a la que llegó y se metió por un callejón.

Siguió avanzando hasta que una punzada en el costado le hizo detenerse. Finalmente, perdido en un laberinto de callejuelas y callejones, se detuvo para orientarse. No creía que Lady Fisher fuera a acosarle ahora. La punzada le recordó su estupidez.

Debería haber sabido que la letra no pertenecía a Shannon. Nunca le había preguntado por

la primera nota. Se había limitado a suponer que ella le había citado aquella primera vez.

De hecho, todo apuntaba a que no era su letra.

Se apoyó contra la pared, recuperando el aliento y deseando que desaparecieran el dolor.

En cualquier caso, no volvería a caer en la misma trampa. Ahora conocía muy bien la letra de Lady Fisher, y eso significaba que Shannon estaba perfectamente a salvo

El alivio lo invadió tan rápidamente que se dejó caer. Estaba a salvo

La puerta se abrió de golpe. Amelia se levantó de la silla y miró a su madre y a Lady Templeton con aparente desconcierto.

—Pensé que lord Ramsey deseaba hablar conmigo. —Su madre la miró con ojos suspicaces. —¿Dónde está?

—¿Lord Ramsey? —Hizo un mohín. —No ha venido.

—Lord Ramsey no, niña tonta. —Dijo su madre con impaciencia. —Lord Maddox.

Amelia puso su cara de niña más inocente. —Pero dijiste que sería Lord Ramsey el que se ofrecería por mí, no Lord Maddox.

Las dos mujeres se paseaban por la habitación, mirando detrás de las cortinas e, increíblemente, debajo del gran escritorio de caoba. Ella ahogó una risita. ¿De verdad creían que Lord Maddox cabría debajo del escritorio? Él era muy alto.

—¿Dónde está? —Preguntó su madre, avanzando hacia ella con rabia frustrada.

—¿Lord Maddox o Lord Ramsey? —Preguntó ella. —Porque si te refieres a lord Ramsey. —Comentó ella con aire trágico. —Nunca vino.

—Buscamos a lord Maddox. —Pidió lady Templeton, poniendo fin al pequeño juego. Sus ojos helados se encontraron con los de ella y Amelia supo que no se había dejado engañar ni por un momento.

Algo en la voz de Lady Templeton se comunicó con Lady Fisher, que dejó de buscar y se acercó a su amiga. —Sí. ¿Dónde está?

Amelia se encogió de hombros. —No he visto a nadie. He estado esperando aquí a que llamara lord Ramsey, pero no ha venido nadie.

Los pálidos ojos azules de Lady Templeton se detuvieron en el rostro de Amelia.

—Pero sabemos que vino. El lacayo dijo que había hecho pasar a un caballero. —Aseguró lady Fisher.

Amelia frunció el ceño, manteniendo su fachada de niña ingenua. —No recuerdo haber visto a nadie. ¿Quizá hizo pasar al caballero a otra habitación?

La mirada de Lady Templeton no vaciló en ningún momento.

—Dijo claramente que le había hecho pasar a la biblioteca. —Aseguró lady Fisher, con la voz cada vez más aguda a causa de la agitación.

La otra mujer seguía mirando. ¿Qué le importaba a ella?

Amelia estaba cansada de aquel juego, cansada de fingir todo el tiempo, cansada de tener que hacerse la inocente señorita y dejar que mujeres como lady Templeton determinaran su vida.

—Muy bien. —Dijo, enfadada. —Lord Maddox pasó por esta habitación cuando salía al jardín. —Su madre jadeó y se llevó la mano al pecho. —Le dije que no se quedara, porque no tengo ningún interés en él. No me casaría con él ni en cien años, aunque todas las columnas de cotilleos de Londres se llenaran de deliciosos escándalos sobre lord Maddox y yo y aunque todas lo susurraran detrás de sus abanicos.

Lady Templeton se quedó boquiabierta, posiblemente nadie le había hablado así en su vida.

Se volvió hacia su madre. —Te verás obligada a retirarme al campo avergonzada, y toda la

ropa bonita que me compraste se quedará en nada porque para cuando regrese de nuevo a Londres estará pasada de moda, además, ya no me quedará bien porque seré una solterona gorda que se atiborra de dulces y pasteles. Así que más vale que te vayas acostumbrando.

Lady Fisher se dejó caer en el sofá, agitando las manos y pidiendo a gritos su vinagrera. —Por favor, tráemela que la huela, Amelia. —Dijo, con la voz entrecortada.

Tráigala usted misma. —Soltó Amelia, y lanzó una mirada a Lady Templeton. —O tal vez tu amiga pueda ayudarte. Parece más que dispuesta a desvivirse por ayudarte.

Se dirigió a la puerta y se detuvo a contemplar la escena. Su madre seguía agitando las manos frenéticamente y jadeando, con pequeños gritos intercalados. —¿Cómo pudo decir esas cosas? A su propia madre. Después de todo lo que he hecho por ella.

Lady Templeton se inclinó sobre ella. —Por el amor de Dios, deja de quejarte y cálmate. Tenemos que sentarnos y hacer planes.

Amelia las dejó solas y cerró la puerta de un portazo.

Ahora estaba preparada para fugarse con su queridísimo David.

CAPÍTULO 21

Entrar en el baile de máscaras fue como entrar en una fiesta pagana celebrada en otra parte del mundo. Los blancos y rosas flácidos de las debutantes se rompían con los colores escabrosos de las máscaras. Rojo, plata, negro, verde y oro brillaban y resplandecían bajo la luz de las velas. Las máscaras corteses de la sociedad habían desaparecido, sustituidas por rostros grotescos y distorsionados. Shannon se abrió paso a través del reino fantástico, preguntándose si estaría viendo el verdadero yo de la gente. Forajidos amenazadores, fieros tigres, payasos llorosos; damas con caras de oro duro y hombres con diamantes relucientes; dioses paganos y magos. Había entrado en un mundo donde todas las reglas cuidadosamente establecidas habían perdido su significado.

Lord Maddox le había dicho que iría de antifaz con capa blanca y negra, pero ella ya se había cruzado con unos cuantos caballeros vestidos de forma similar, y no era fácil distinguirlos bajo las vaporosas capas que llevaban. En la aglomeración, donde nada estaba en su sitio, no sabía si podría encontrarle. Entonces alguien le tocó el hombro. Se giró y vio a lord Maddox sólo parcialmente oculto por el antifaz blanco y negro, y se dio cuenta que le habría reconocido en cualquier parte.

Nathan hizo una reverencia a Lady Palmer, la señal convenida para que todos salieran. Era temprano, pero según el plan, lord Fisher y Shannon tenían que llegar a los muelles de las Indias Orientales antes de que llegara la pareja que huía.

Shannon fue a buscar a Lady Harewell, que estaba bailando un vals con Lord Lockfurt, consiguió llamar la atención de su abuela, y los bailarines giraron hacia ella.

Ella, por supuesto, sabía lo que estaba pasando, pero como Shannon no podía divulgar nada abiertamente, habían acordado una excusa para marcharse.

—Me duele la cabeza, los Fisher han tenido la amabilidad de ofrecer su carruaje para llevarme a casa.

—¿No puede esperar un poco? —Preguntó.

Shannon se llevó la mano a la sien y trató de aparentar que un dolor punzante le atravesaba la cabeza. —Lo siento, pero las luces y la multitud...

—¿Por qué no te llevas a la tía Dridre contigo?

—Está jugando a las cartas. —Dijo Shannon. —Ya sabes cómo odia que la interrumpan.

Lady Harewell resopló, enviando a Shannon una mirada penetrante. —Muy bien, intenta descansar.

Shannon asintió.

En cuanto salió de la pista de baile, avanzó entre la multitud hacia la puerta. Cuando llegó a la entrada, sentía los dedos de los pies como si hubieran pasado por una prensa. Le habían pisado los pies más veces de las que podía imaginar, y el fino material de seda de sus zapatos no le ofrecía ninguna protección.

Se sobresaltó cuando una sombra negra se separó de las sombras junto a la pared y vino en su dirección. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando se dio cuenta de que era Nathan, que había abandonado su disfraz blanco y negro.

—Deberías ser más prudente. —Dijo. —¿Y si fuera Ramsey?

—Va tras una presa diferente, ¿no crees?

La agarró de repente y, atrayéndola hacia las sombras, apretó su boca contra la de ella. El beso no tenía nada de amoroso. La inmovilizó, como a una polilla atrapada en la luz. Luchó por

liberarse, pero sus brazos de hierro la mantuvieron en su sitio.

De repente, el beso cambió. Sus labios se ablandaron y empezaron a moverse, a explorar. Ella dejó de forcejear, sorprendida por las sensaciones que la invadían. Levantó los brazos para sujetarle la cabeza y acercarle más a él. Ya no podía respirar, pero no le importaba. Sólo quería que continuaran las sensaciones.

Él se apartó suavemente.

Ella emitió una protesta incoherente. Estaba cansada de que la apartaran, justo cuando empezaba a disfrutar.

—Calla. —Susurró él, con un dedo silenciador en los labios de ella. Le indicó con la cabeza.

Ella miró a la derecha, era Ramsey. Acababa de pasar junto a ella y bajaba los escalones. Llevaba una capa roja brillante, pero se había quitado el antifaz. Ella podía decir por su espalda rígida que estaba en alerta, buscando algo. Tal vez se había dado cuenta de que ella se había ido y había venido a investigar.

—Siento mi poco imaginativo intento de ocultarte. —Dijo con pesar, pasándose un dedo por el pelo. —No se me ocurrió otra cosa así de improvisto.

Ella se alegró de que estuviera oscuro, porque le subió tanto calor a la cara que debía de parecer una langosta. Así que, después de todo, no la había besado en un momento de pasión desbordante. Y ella, tan tonta como era, prácticamente se había lanzado sobre él, una vez más.

—Espero que use mejor su imaginación la próxima vez. —Siseó. —Podría haberme comprometido por completo.

Él sonrió. —No habría sido la primera vez. —Aseguró. —No te preocupes, me habría ofrecido de nuevo.

—No me hace ninguna gracia.

Se encogió de hombros sin dejar de sonreír. —Dudo que muchos hubieran podido reconocerte, con ese antifaz tapándote los ojos.

En la confusión del beso, ella se había olvidado del antifaz.

Lo ignoró y miró hacia la calle. —Me pregunto dónde estará Lord Fisher.

Como si nada, un carruaje se detuvo, la puerta se abrió y salió la cabeza de Lord Fisher que respiró hondo.

—Bueno, allá vamos. —Dijo. Se volvió hacia Nathan, reacia a dejarlo. —Le deseo suerte.

Él asintió. —No se preocupe, se la llevaremos sana y salva.

La subió al carruaje y su mano se posó en la de ella. Ella se aferró a ella, repentinamente asustada, preguntándose si algo terrible estaba a punto de suceder.

Cuando se hubo acomodado en su asiento lo suficiente como para mirar por la ventana, él había desaparecido de nuevo entre las sombras.

El viaje en la oscuridad transcurrió sin incidentes. Tras un breve intento de charla, Lord Fisher abandonó cualquier intento de conversación. No podía culparlo, el futuro de su hija estaba en juego.

Había traído consigo a la criada de Amelia, Hannah, para dar un poco de decoro a la situación. Más allá de un saludo inicial, Hannah no dijo nada, parecía apagada. Sin duda había estado sometida a mucha presión, pues incluso la habían culpado de la fuga de su señora. Shannon intentó entablar conversación, pero bajo la mirada fulminante de lord Fisher la doncella vaciló tanto que Shannon se vio obligada a desistir.

Dejaron atrás la luz de las farolas de Londres y se adentraron en una zona donde los edificios eran grandes y bajos y las luces escaseaban. El carruaje avanzaba rápidamente, sin el obstáculo del tráfico. Una tibia luna se asomaba periódicamente tras las nubes, permitiéndole vislumbrar brevemente su entorno, para luego volver a desaparecer.

Era esencial que llegaran a la posada antes que los demás. El acuerdo era que se detendrían en la posada de los muelles de las Indias Orientales, supuestamente para conseguir comida. El padre de Amelia abriría la puerta del carruaje cuando llegaran, interceptando a la pareja que huía.

Eso, si Ramsey no había descubierto ya que su cochero era lord Maddox y si no había descubierto que el carruaje se dirigía hacia los muelles en lugar de hacia el norte.

Nunca le había gustado esa parte del plan. Estaba segura de que Ramsey se asomaría a la ventana en algún momento.

Pero lord Maddox había argumentado que Ramsey mantendría las cortinas cerradas, no queriendo que Amelia fuera reconocida, y que un hombre decidido a fugarse no tendría motivos para sospechar de un juego sucio.

Sin embargo, aunque le preocupaba que pudiera ocurrirle algo a lord Maddox, sólo podía pensar en aquel beso inesperado. Revivía una y otra vez las innumerables sensaciones que había despertado en ella. Ya no podía ignorar el anhelo que sentía, la necesidad que había roto el caparazón que la envolvía. No podía controlarlo más de lo que podía controlar los latidos de su corazón o detener su respiración.

No deseaba otra cosa que ser abrazada por él, acariciarlo, mover los labios sobre su piel, sentir sus dedos tocándola, su cuerpo contra el suyo.

Se creía inmune a las tentaciones que ofrecían los Libertinos como lord Maddox, pero estaba muy equivocada. Peor aún, se regodeaba en ello. Había perdido todo sentido de la perspectiva. Por fin comprendía, lo que su abuela llamaba, esos impulsos carnales que llevan a una mujer a olvidarlo todo. Una extraña urgencia la agarraba por la garganta y exigía ser satisfecha.

Sabía que él no la amaba. Que no tenía intención de casarse con ella. Y pensar que cuando Marlene le amenazó con casarse con lord Maddox, ¡le había parecido lo peor que podía pasarle! Aún más extraño, realmente tuvo la oportunidad de casarse con él, y la desechó sin pensarlo dos

veces.

Ella ya no lo negaría. Amaba a lord Maddox, y aunque fuera demasiado tarde para casarse con él, aunque hubiera dejado escapar esa oportunidad, no se negaría a sí misma el placer que podría encontrar en sus brazos. No viviría su vida sin experimentar al menos una vez las alegrías del amor.

Sabía que Marlene le daría su bendición. Tal vez eso era lo que había pretendido desde el principio, darle a Shannon la oportunidad de salir de su muro protector y disfrutar de lo que la vida le ofrecía.

Esta noche, si se quedaban en la posada, que era lo más probable, el escenario estaba preparado. Sería muy sencillo colarse en su habitación y vencer cualquier reticencia que pudiera tener.

Pero primero tendría que volver con ella sano y salvo.

Tomaron un refrigerio en el salón privado. Lord Fisher se comportaba como si no hubiera nadie en la habitación. Su mirada era distante y de vez en cuando rechinaba los dientes, con tanta fuerza que ella estaba segura de que se le romperían.

Ella deseaba que entablara conversación. Cualquier cháchara trivial serviría, pero su rostro cerrado no invitaba a trivialidades, y ella no se atrevía a importunar a un completo desconocido en un momento tan delicado. Hannah se quedó completamente quieta en un rincón. Estuvo tentada de entablar una conversación susurrada con ella, pero volvió a contenerse.

El silencio en la habitación se prolongaba, la quietud fuera de la posada no se rompía. La taberna era la única fuente de ruido, aunque sólo había algunos hombres dispersos disfrutando de un vaso de cerveza y una comida. Se esforzó por escuchar sus conversaciones, pero estaban demasiado lejos para distinguir nada.

Se cruzó de brazos, si hubiera, al menos, traído un libro, se habría entretenido.

La ansiedad se apoderó de ella, y si Ramsey mira por la ventana. ¿Y así descubría que su cochero se había ido desde el principio? Y si lord Maddox yacía sangrando en alguna calle desierta, con la sangre manando de una herida en la cabeza.

No pudo soportar más sus especulaciones. Se levantó y fue a la repisa de la chimenea para examinar el reloj que había allí. Aunque no era interesante, lo cogió, lo miró detenidamente y volvió a dejarlo. Se movió lentamente para examinar un cuadro de una cacería de zorros colgado en la pared, luego un cuadro de un indio cabalgando la planicie.

Los ojos de Lord Fisher se clavaron en su espalda.

Volvió a su asiento y se arregló el vestido con sumo cuidado. Por fin, el ruido de las ruedas del carruaje llegó a sus oídos. Se levantó de un salto.

—Mantente fuera de la vista por el momento. —Le ordenó lord Fisher.

Se acercó a la ventana del salón y la abrió, daba al patio donde estaba el carruaje. Por fin habían llegado y lord Fisher se apresuró a salir.



Ramsey abrió la puerta del carruaje.

—¿Qué diablos está pasando? —Preguntó al cochero. —¿Por qué se ha detenido aquí? ¿Qué es este miserable lugar?

Lord Fisher se adelantó. —Creo que mi hija está con usted.

Los ojos de Ramsey se abrieron de par en par. Bajo la pálida luz, su rostro se volvió de un blanco fantasmal. Lanzó una mirada desesperada a su alrededor. Nathan dio un paso adelante, acercando su rostro a la luz y Nicky hizo lo mismo.

Ramsey estaba rodeado.

Se oyó un grito en el interior del carruaje y Amelia apareció en la puerta.

Todos se volvieron hacia ella. —¡Cuidado! —Exclamó. —Está armado.

En la fracción de segundo en que su atención se volvió hacia ella, él había sacado su pistola.

—Que nadie se mueva o disparo. —Dijo apuntando a Amelia.

Retrocedió con paso firme hacia la posada.

Nathan, que había empezado a avanzar sigilosamente hacia él, se detuvo. Los tres hombres permanecían inmóviles en el patio, estatuas oscuras bajo la sombría luz de la luna.

Ramsey siguió avanzando hacia el edificio. Shannon esperaba que corriera hacia el callejón situado más allá de la posada, donde había varios almacenes. Su mente se agitaba frenéticamente, preguntándose qué podía hacer para frustrar su huida.

De repente, la situación se puso en acción, Lord Maddox, que estaba más cerca de Ramsey, intentó precipitadamente lanzarse sobre él y la pistola se disparó.

Shannon echó a correr para ver si lord Maddox había resultado herido, pero no tuvo tiempo de ver si el disparo había hecho blanco. Ahora que la pistola estaba vacía, el patio se convirtió en una mancha de figuras que convergían hacia Ramsey.

De repente, al llegar a la puerta, se encontró de frente con Ramsey. Este la sujetó con fuerza y la metió dentro a empujones. Hannah gritó. Shannon, al recordar el cuchillo que le había clavado el día que intentó secuestrarla, se apartó de un salto justo cuando él intentaba no dejarle salir, sabía que la usaría como escudo.

Su mente se aclaró cuando todo pareció ralentizarse. Se arrancó el chal de cachemira y se lo lanzó, asegurándose de cubrirle la cara. Agarró los dos extremos tan fuerte como pudo

mientras él luchaba por liberarse. Él tiró agresivamente, no podría retenerlo mucho tiempo.

Hizo una señal a Hannah, que estaba junto a la chimenea. El atizador estaba a la vista. Le hizo un gesto con la cabeza pues no quería alertarle hablando.

Hannah miró el atizador con incertidumbre. Shannon apretó los dientes, en unos segundos más, Ramsey estaría libre. Su fuerza era superior a la de ella, y el delicado material del chal estaba a punto de ceder.

Hannah cogió el atizador.

—¡Hannah, ahora! —Gritó, sabiendo que estaba a punto de escapar.

Hannah se acercó sigilosamente y lo levantó, pero dudó.

El borde del chal fue arrancado de las manos de Shannon. Se lanzó a por el atizador y estuvo a punto de cogerlo, pero la criada se giró y se lo pasó a Shannon que, con un movimiento enérgico, lo bajó con fuerza sobre Ramsey. Éste lo vio venir y levantó el brazo, pero el atizador resbaló y le golpeó en la esquina de la frente.

Se desplomó en el suelo.

Nicky se precipitó por la ventana, lanzándose sobre un Ramsey que caía, cayendo juntos al suelo.

Lord Maddox fue el siguiente, pero se acercó lentamente. Colocó una pierna sobre el marco de la ventana, luego la otra. Al balancear la pierna sobre el alféizar, un hilo de sangre recorrió la pared por debajo del marco.

Tuvo tiempo de sobra para observar que Ramsey estaba en el suelo y Nicky sentado junto a él.

—Gracias a Dios, Nicky. —Dijo Nathan. —Lo has cogido.

Lord Fisher apareció en la puerta, completamente sin aliento. Cerró la puerta tras de sí. —

No te escaparás, Ramsey... —Vio a Ramsey en el suelo, con Nicky encima. —Bien hecho, lord Cunningan. —Dijo.

Nicky se levantó y se arregló la ropa. —En realidad, yo no tuve nada que ver, ha sido cosa de la señorita Patterson.

Los ojos de los dos hombres se dirigieron al atizador que Shannon tenía en la mano.

—¡Dios mío! —Exclamó Lord Fisher. —Nunca creí que llegaría el día en que una mujer me ganara en valor.

La cabeza de Amelia apareció por la ventana. —¡Le has dado! —Indicó, sonriendo a Shannon. —Sabía que lo harías en cuanto le vi dirigirse a la puerta. ¿No es maravillosa? —Preguntó a los presentes.

Nathan lanzó un gemido y se dejó caer en el primer sillón que encontró. —Lo siento, señoras. Sé que no es de buena educación...

Shannon voló por la habitación. —¡Que alguien llame al médico! —Pidió, dándose cuenta en algún lugar lejano de su mente de que sonaba como su abuela, pero no podía dejar que se quedaran parados mientras lord Maddox se desangraba. —Y hay que vendarlo, traigan lo necesario.

Lord Fisher abrió la puerta y llamó al posadero. Una ráfaga de movimientos hizo entrar en la habitación a una mujer corpulenta y de rostro enrojecido, a quien el posadero presentó como la señora Taddle, su esposa, a la que seguían dos criadas que llevaban sábanas blancas y agua.

La cara de lord Maddox se había vuelto de un blanco pastoso, del color de las gachas de avena. Tenía los labios apretados y Shannon sabía que luchaba por no gritar de dolor. Ella deslizó sus dedos entre los de él. —Aguanta. —Le susurró, con la cara cerca de la suya. —Te pondrás bien enseguida.

Sus ojos se abrieron y la miraron fijamente. Hizo un débil intento de sonreír.

—No puedes apartar las manos de mí, ¿verdad? —Murmuró, y ella le devolvió la sonrisa. —¿Y de quién es la culpa? —Preguntó, burlona.

La sonrisa de él se ensanchó y volvió a cerrar los ojos. La señora Taddle estaba limpiando la herida, inspeccionándola con ojos experimentados. —No es más que un rasguño superficial. —Dijo. No hay de qué preocuparse. La bala no está alojada dentro y sólo ha perdido un poco de sangre.

Suspiró aliviada. —¿Estás segura? —Preguntó.

—Tan segura como yo de que me llamo Mary. —Aseguró alegremente. —Mi primer marido era soldado, que en paz descanse. Le estuve cuidando de sus heridas durante tres años. Sé cómo es una herida fea, y ésta no lo es.

Levantó el rostro enrojecido de su tarea para lanzarle una mirada perspicaz. —No se preocupe, muchacha. Sobrevivirá para casarse con usted.

El calor le subió a la cara. Dejó caer su mano como una tetera caliente y retrocedió. Los ojos de Nathan se abrieron, comenzando a reir a carcajadas.

—Deberías haberle dicho que ya me has rechazado. —Comentó.

Shannon se apartó rápidamente. Echó un vistazo a su alrededor para ver si alguno de los demás lo había oído. Afortunadamente, nadie les prestó atención.

Lord Fisher había abandonado la habitación.

Nicky estaba ocupado atando las manos y los pies de Ramsey con un trozo de cuerda que le había dado el posadero. Un moratón en la barbilla se le estaba poniendo escarlata y morado.

Amelia estaba sentada en un sillón, mirando a Ramsey. Sus pulcros rizos dorados estaban desordenados y todo su cuerpo decayó. Parecía una flor muy marchita.

Shannon la compadeció. Nadie había pensado en ella. Su padre ni siquiera se había

detenido a hablar con ella o a preguntarle si había sufrido algún daño.

Sólo podía imaginarse el dolor y la humillación por la que debía estar pasando Amelia. Todo causado por la traición de Shannon. Nunca volvería a hablar con Shannon, una vez que lo supiera.

Shannon trajo una silla de la mesa y la colocó junto a la de Amelia. Amelia le sonrió, una sonrisa tímida. Una gran marca roja manchaba su mejilla izquierda.

—Lo siento. —Dijo Shannon. —Lo de Ramsey. —Aún no estaba preparada para decirle la verdad a Amelia.

Negó con la cabeza. —No. —Dijo mientras se ponía colorada y se miraba las manos. —Le agradezco que le pusiera fin. Fui increíblemente tonta. No sé cómo volveré a mirar a papá a la cara.

—Pero Ramsey...

—¿Ramsey? —Examinó la figura tendida en el suelo. —No tardé mucho en darme cuenta de que había cometido un error. —Se acomodó en su silla, claramente dispuesta a contarle a Shannon todo el viaje.

Shannon estaba cansada. Los acontecimientos de la noche empezaban a pasarle factura. Hubiera preferido esperar hasta el día siguiente para oír lo que Amelia tenía que decir, pero había provocado la situación de su amiga, y además, sentía curiosidad por saber qué había hecho Ramsey para poner a Amelia en su contra.

—No fue nada romántico. —Aseguró Amelia, arrugando la nariz con aversión. —Había estado bebiendo y se había traído una botella de brandy. No paraba de darle sorbos, lo cual no era nada agradable. Esperaba que se pusiera poético o algo así, pero no lo hizo. Sólo se sentó a beber.

Hizo una pausa, reviviendo su desilusión. —Luego me preguntó si había traído el dinero.

Traje todo lo que pude, pero no pude echar mano de nada más porque no quería que nadie sospechara. —Miró hacia la puerta por la que había salido su padre. —Me dan una paga trimestral, ¿sabes? Pero ya me había gastado un montón en cintas, sombreros y esas cosas. No sé qué esperaba—. Sacudió la cabeza. —Abrió mi retícula y contó el dinero, lo que le llevó siglos porque se le caía una y otra vez. Cuando terminó, gruñó y me lo tiró encima, había monedas por todas partes.

Hizo un gesto de disgusto. —Fue entonces cuando cambió por completo. Tonta de mierda. —Me increpó. —¿Cómo crees que vamos a llegar a la frontera? —Y entonces me golpeó, fuerte, en la mandíbula. —Amelia se llevó la mano al moratón. —Me dolía. —Hizo una pausa y miró a Shannon. —Nunca me había pasado, nunca nadie me había pegado.

—¿Y qué hiciste?

—Cogí las monedas y se las tiré. Le dije que podía quedarse con el dinero que yo tenía, pero que me llevara de nuevo a casa, pues ya no quería casarme con él.

—Pero no te escuchó.

—No, no lo hizo. En cambio, cayó de rodillas. Iba borracho, ya sabes, y olía a bebida, y yo no podía abrir la ventanilla del carruaje porque temía que alguien me viera.

—Pero, ¿por qué se arrodilló? —Preguntó Shannon, un poco desconcertada por este giro de los acontecimientos.

—Dijo que sentía haberme pegado, que no quería hacerlo, pero que estaba muy nervioso con todo este asunto de la fuga y que ahora todo era en vano porque no teníamos dinero. De lo cual me yo alegré mucho.

—Con razón. —Aseguró Shannon.

—Entonces empezó a llorar. Dijo que no quería decepcionarme, porque me amaba. Nunca había amado a una mujer en su vida, y ahora lo había estropeado todo, porque tuvo que pegarme

y lo lamentaba mucho porque no quería ser como su padre.

—¿Su padre?

Amelia asintió. —Dijo que su padre lo golpeó y lo encerró durante días en un armario. Me dio mucha pena, pero aun así no quise casarme con él. —Volvió a tocarse el moratón. —Me dolía la mandíbula, ya ves.

Shannon se alegró de la valentía de Amelia.

—Así que volví a pedirle que me dejara, pero me dijo que no podía. Lo sentía, pero no podía dejarme ir, y que, además, necesitaba el dinero desesperadamente, de lo contrario sería arrojado a la Prisión de deudores si no se casaba rápidamente con una heredera. Había pedido prestado mucho por las expectativas de la muerte de su padre, pero y que éste se recuperó de repente. Por supuesto, cuando me dijo eso, sólo empeoró mucho las cosas porque ahora sé que papá tenía razón sobre él.

Miró a Shannon. —Nunca me había alegrado tanto en mi vida cuando vi a papá abrir la puerta. Sabía que usted estaba detrás, porque no se lo había dicho a nadie más y, por supuesto, allí estaba. Podría haberle abrazado allí mismo. —Sonrió a Shannon. —Pero entonces recordé que tenía una pistola, porque me la había enseñado, y quise avisar a todo el mundo. Estaba aterrorizada. Sin darme cuenta, empezaron a pasar cosas, y usted le derribó.

Ramsey gimió y empezó a moverse, y todo el mundo se puso inmediatamente en alerta.

Trató de levantarse, sólo para descubrir que estaba atado. Sus ojos se posaron en Amelia, que estaba más cerca de él. —¿Qué me van a hacer? —Preguntó.

Amelia lo miró con tristeza. —No lo sé, David.

—Digan lo que digan, te quiero. —Dijo él.

Ella asintió: —Puede ser, pero no fue suficiente.

Hubo un breve destello de algo parecido al tormento en sus ojos. Luego su rostro se contorsionó de ira. Luchó por incorporarse, entorpecido por las ataduras. Lanzando una mirada asesina en dirección a Shannon, se mofó: —Usted estaba detrás de esto, maldita sea...

A pesar de su estado de debilidad, lord Maddox estaba sobre él antes de que pudiera terminar la frase.

Nicky saltó para retenerlo, ya que corría peligro inminente de que se le aflojara la venda.

Chocaron, cayendo los dos encima de Ramsey.

La puerta se abrió y apareció lord Fisher, acompañado de dos hombres grandes y bronceados de postura amenazadora.

—Levantadlo del suelo. —Indicó lord Fisher, observando la escaramuza con desagrado.

Lord Maddox y Lord Cunningan levantaron a Ramsey del suelo, pero Ramsey forcejeó, y el vendaje de lord Maddox empezó a deshacerse y la sangre fresca se extendió formando una mancha redonda sobre el lino. Shannon se adelantó para decir algo, pero lord Maddox le dirigió una mirada de advertencia.

—Ésta es la situación, Ramsey. —Señaló lord Fisher-. Tal como yo lo veo, tiene dos opciones. Estos dos hombres estarán más que dispuestos a tirarte al puerto, y esa sería mi preferencia, pero lord Maddox y lord Cunningan no parecen estar a favor de esa opción, a menos que se vean obligados a hacerlo.

Hizo una pausa dramática, en la que todos se mantuvieron a la espera.

—La otra posibilidad es que acepte firmar una confesión y le embarcaremos en el primer barco de las Indias Orientales con destino a Calcuta, con la condición de que no vuelva a pisar Inglaterra. —Lord Fisher apenas le dio un minuto para decidirse. —La elección es suya, por supuesto. ¿Por cuál se decanta?

—¿Qué desea que confiese? —Dijo Ramsey, hoscamente.

—Obviamente, queremos mantener a mi hija al margen de esto. Así que simplemente le haremos escribir una carta a su tío y a su padre diciendo que se ha visto obligado a huir de Inglaterra para escapar de sus acreedores y de otros apuros bastante apremiantes que prefiere no divulgar, y que buscará fortuna en la India. Necesitaré tres copias, una de las cuales conservaré, en caso de que por alguna inexplicable razón su tío y su padre nunca reciban las suyas. ¿Me da su palabra de caballero de que, si te desato, no intentará escapar ni hacer daño a nadie?

—La tiene. —Aseguró Ramsey.

Shannon se preguntó si, a pesar de todo, seguía siendo un caballero. Sin embargo, el propio Ramsey parecía pensar que sí, ya que se sentó tranquilamente a la mesa y escribió lo que lord Fisher le dictaba sin ningún problema.

Cuando terminó, los dos hombres se lo llevaron.

Esperaba que fuera la última vez que lo vieran.

Cuando llegó el médico, ya era casi de día. Debido a la lesión de lord Maddox, todos se alojaron en la posada: Amelia y Shannon compartieron habitación y Hannah durmió en el vestidor, en una cama con ruedas.

Cuando Shannon se aseguró de que todos dormían, encendió su vela y se dirigió a la habitación de lord Maddox. Caminó con cuidado, temerosa de que la descubrieran o, lo que era igual de malo, de que un marinero borracho se cruzara en su camino.

Llegó a su habitación sin novedades, entró y se apoyó en la puerta, deseando que su corazón se calmara. Se acercó lentamente a la cama.

—Lord Maddox. —Le llamó, pero no obtuvo respuesta.

La luz de la vela iluminó la cama. Su rostro a la luz de la vela tenía una blancura malsana que la alarmó, y su sueño era agitado. Desapareció de golpe toda idea de compartir su cama. Le palpó la cabeza para ver si tenía fiebre, pero la sentía fría al tacto.

Se quedó pensativa. Podía llegar a tener fiebre durante la noche, sin embargo, por el momento no podía hacer nada por él. De hecho, no tenía sentido demorarse.

Volvería por la mañana para asegurarse de que nada había ido mal. Mientras tanto, debía volver a su habitación antes de que la descubrieran.

Hasta aquí su segundo intento de seducción.

CAPÍTULO 22

Shannon esperó el mensaje. Esperó todo el día sin salir de casa por si llegaba un mensaje durante su ausencia. Esperó toda la tarde. Esperó hasta medianoche. Pero no llegó nada.

Esperó noticias de la recuperación de lord Maddox.

No debería haber abandonado la posada de los muelles de las Indias Orientales antes de asegurarse de que lord Maddox no había contraído la fiebre, pero Lord Fisher no le había dado muchas opciones.

Parecía que Shannon apenas había cerrado los ojos después de su viaje a la habitación de lord Maddox, cuando Hannah la sacudía para informarle de que el amo tenía que marcharse. Cuando pudo abrir los ojos y mirar el reloj, descubrió que eran las seis de la mañana.

Con la ayuda de Hannah, se puso presentable. Amelia, que sin duda no quería ofender más a su padre, ya se había vestido y había bajado las escaleras.

Quería tranquilizarse respecto a lord Maddox, pero no podía visitar su habitación, y Lord Cunningan aún dormía. Así que dejó mensajes bajo la puerta de lord Maddox y de Lord Cunningan pidiéndoles que le enviaran un mensaje inmediatamente y le dijeran cómo se encontraban.

Cuando Shannon llegó al salón privado de la planta baja, se encontró con que lord Fisher y Amelia ya habían desayunado.

—No hay tiempo para comer. —Repuso lord Fisher en cuanto la vio, mirando fijamente el reloj. —No quiero que se note la ausencia de mi hija, así que cuanto antes volvamos, mejor. —Shannon apenas tuvo tiempo de agarrar un panecillo y de apresurarse tras ellos.

Al caer la noche y no recibir noticias, su preocupación se convirtió en alarma.

Pensó en llamar a un cochero para que la llevara a la posada donde se alojaba lord Maddox, pero sería el colmo de la insensatez que una dama fuera a los muelles de las Indias Orientales en plena noche, incluso yendo escoltada por sirvientes.

En su lugar, envió a dos de sus lacayos con instrucciones de preguntar por lord Maddox. Volvieron poco después de la una, sólo para informarle de que su señoría había sido trasladado y ya no estaba en la posada. El señor Taddle, el casero, se había ausentado de la taberna cuando se marcharon todos por la mañana, por lo que no pudieron preguntarle nada sobre el estado de lord Maddox.

Dudó el enviar a un lacayo a la residencia de Nathan, pero se lo pensó mejor. Aparte de despertar a la familia, generaría una aprensión innecesaria si sus sirvientes descubrían su herida. La noticia llegaría inevitablemente a oídos de Lady Maddox, que sufriría un espasmo nervioso. Además, no había garantía alguna de que él y lord Cunningan hubieran regresado a Mayfair. Puede que simplemente se hubieran trasladado a una posada más cómoda. A la mañana siguiente haría una ronda, una investigación tranquila e inocua que no levantara sospechas.

Lamentó su decisión, en cuanto intentó conciliar el sueño, la asaltaron pesadillas inquietantes. Se convertía en lord Maddox, dando vueltas en la cama con fiebre, su imaginación divagante plagada de imágenes de objetos que le aplastaban y dolor que le atravesaba la pierna.

Se arrancaba a sí misma de la pesadilla, y una vez despierta, se aseguraba a sí misma que estaba bien, que la señora Taddle sabía de lo que hablaba cuando le había dicho a Shannon que la herida estaba limpia, pero en cuanto volvía a dormirse, las pesadillas se reanudaban y volvía a

despertarse alarmada.

No sé qué haré si lo pierdo.

Permaneció despierta durante mucho tiempo, mirando fijamente a la oscuridad, preguntándose cómo viviría su vida si algo le ocurriera a lord Maddox.

Finalmente, al amanecer, completamente agotada, se sumió en un sueño sin pesadillas.



Shannon gimió y trató de cubrirse la cabeza con la almohada.

—Hoy no, Marlene. ¿Por qué no hace la Carga de Caballería sin mí? ¿Por una vez?

Pero Lady Harewell era implacable. Le quitó la colcha y le tiró de la almohada. —Ya conoces la regla, sólo la enfermedad puede retenernos. Esa es la regla de la Carga de Caballería.

Volvió a gemir. Sabía que la sacaría de la cama si no se levantaba. Había sucedido en el pasado, y sin duda volvería a suceder.

Shannon se giró encima de la cama y puso los pies descalzos sobre el suelo enmoquetado.

—Estoy despierta. No hace falta que revolotee.

Lady Harewell enarcó una ceja, se cercioró de que Shannon no volvería a acostarse y se marchó.

Antes de que Shannon pudiera tocar el timbre, apareció su criada Jayne. —Hace un día precioso para dar un paseo. —Comentó con voz dolorosamente alegre.

Resignada, Shannon se sometió a sus cuidados, con los ojos entrecerrados.

Su tía estaba allí, al igual que Donna. Obligada a ser cortés, puso cara de buena amiga,

ocultando la ansiedad que la corroía.

Simons también había venido, pero no le estaba permitido correr con las damas en la Carga de Caballería.

Sonrió. —Seré vuestro espectador y os animaré. Aunque aún no he decidido quién quiero que gane. Si no apoyo a Marlene, me matará con su mirada. Si no apoyo a Donna, encontrará todo tipo de formas de vengarse. Si no apoyo a mi madre, me llamará hijo maleducado. Y, por supuesto, quiero apoyarte a ti, prima Shannon, porque somos amigos.

Shannon sonrió. —Tal vez, en ese caso, lo mejor sería animar a todo el mundo. Así no perderás el favor de ninguna de nosotras.

Se echó a reír y retrocedió, dejándoles en fila.

Los caballos resoplaron. Impacientes, se esforzaron por ponerse en marcha. El pobre Nerón, que hacía tiempo que no corría, apenas podía esperar, su inquietud la contagiaba, no podía esperar a volver a casa para enviar notas tanto a la residencia de lord Maddox, como a la de Lord Cunningan.

Seguramente uno de ellos habría escrito, si él estuviera bien. La herida debía haberse enconado. Con el vendaje cayéndose durante su lucha por sostener a Ramsey, algo debió salir mal, o tal vez la pérdida de sangre lo había debilitado demasiado.

Su silencio la carcomía.

Debería haberse negado a abandonar la posada.

Los caballos se pusieron en marcha como si se tratara de una pista de carreras.

A pesar de la ansiedad de Shannon, la emoción de la carrera la atrapó y fue capaz de dejar de lado sus miedos, sólo por un momento, mientras empezaba a volar. Mientras el mundo se difuminaba a su alrededor, Shannon dejó a un lado su aprensión y se permitió disfrutar del momento.

Su prima Donna iba delante de ella. Shannon sintió una oleada de admiración y orgullo por la niña que se estaba convirtiendo en una mujer encantadora. Sin duda, Donna era una excelente amazona.

Pero no la dejaría ganar.

Instó a Nerón a avanzar. Nerón, siempre listo para el desafío, extendió las extremidades y salió disparado hacia delante hasta que los dos caballos quedaron codo con codo.

De repente se oyó un grito.

Shannon miró a su alrededor, sobresaltada. Vio a Amelia que la saludaba diciendo algo.

Le devolvió el saludo, rápido, no quería que Nerón aminorara la marcha, pero Amelia siguió saludándola, gritando algo que ella no podía oír. Al acercarse, Shannon se dio cuenta de que Amelia no sonreía.

El terror se apoderó de ella. Amelia debía de haber oído algo sobre lord Maddox.

Se desvió del camino. Amelia hizo un gesto a Shannon para que la siguiera y se puso a galopar. Shannon, furiosa con la joven por no haberla avisado antes, la siguió a toda velocidad.

—Deténgase. —Le gritó a Amelia, pero hizo caso omiso.

Shannon la siguió de mala gana. Se dio cuenta de que Amelia la llevaba detrás de un bosquecillo de árboles. Sin duda, las noticias que deseaba comunicarle la disgustarían, y quiso concederle un poco de intimidad.

Pero cuando llegó al bosquecillo, Amelia había desaparecido. Shannon buscó entre los árboles, pero no había rastro de ella.

Aminoró la marcha, desconcertada.

Entonces vio la forma. Un hombre yacía en el suelo, perfectamente inmóvil. Sin duda, Amelia había vuelto a Rotten Row en busca de ayuda.

Espoleó a Nerón. A medida que se acercaba, comenzó a parecerle familiar.

Se agitó. De repente, muy deprisa, se levantó de un salto y cayó de rodillas.

Era lord Maddox.

El alivio de verle la hizo tan débil que se tambaleó, casi cayéndose del caballo. Se acercó trotando, lentamente, luchando por controlar sus emociones.

Pero él no se levantaba. ¿Estaba herido? Debía de haber intentado venir cabalgando y se cayó del caballo, debilitado por la herida.

Se apresuró de nuevo, furiosa, preparándose para reñirle por su estupidez al salir a cabalgar cuando aún no se había recuperado.

Pero cuando se acercó, él le sonrió, una de esas sonrisas devastadoramente encantadoras que hacían desmayarse a tantas mujeres, incluida ella. Especialmente a ella.

—¿Te comparo con un día de verano? Eres más hermosa y más templada: los vientos ásperos agitan los queridos capullos de mayo...

Estaba febril.

—Vamos, lord Maddox. —Le dijo ella suavemente. —Si puedes subirte al caballo detrás de mí, te llevaré a casa.

Pero él no se movió. Se quedó en la hierba, sonriéndole.

—¿No te gusta? Es Shakespeare, ¿sabes? No te preocupes, tengo una mejor. Bueno, no mejor, pero al menos más original: En una colina sobre un valle, cierta dama levantó un vendaval...

Frunció el ceño y le tendió la mano, empujándole suavemente, como haría con un caballo asustadizo. —Vamos, te subiré.

Pero él se quedó allí, arrodillado en la hierba. —Ya veo. No te ha impresionado. Déjame

probar otra cosa: Cuando sus labios escrutadores tocaron los míos, mi alma se llenó de amor divino, inflamado de pasión...

—¡Para! —Exclamó ella, horrorizada de que alguien pudiera oírle.

Él sonrió. —¿Tampoco te ha gustado? Pues tengo más: ¿Cómo puedo declarar mi amor cuando todo lo que mi amor puede hacer es mirar?

Ella se echó a reír, no pudo evitarlo. —Lord Maddox, por favor, levántate. Estás claramente febril, y la hierba está manchando tu ropa, además de que el vendaje se te está empapando.

Sacudió la cabeza. —No me levantaré hasta que aceptes.

—¿Aceptar qué? —Preguntó ella, exasperada.

—A casarte conmigo, por supuesto. —Indicó él.

Había sido una mañana tan inusual que decidió que le había oído mal. —Hablemos de ello más tarde, en algún lugar civilizado. —Dijo ella, dando rodeos, porque no estaba segura de haberle oído bien y, además, no se le podía pedir cuentas si estaba febril.

—Es inútil que intentes hacerme callar, porque no lo conseguirás. Ni aunque la luna se inundara de sombras, ni aunque el cielo se llenara de dolor, aunque mis sueños se conviertan en horcas, mi amor seguirá reinando.

Sonreía, pero había algo más en sus ojos. Algo que encontró eco en lo más profundo de su ser. Una pequeña semilla de esperanza creció en su interior, abriéndose paso, llenándola de una extraña euforia.

Pero se contuvo, no podía casarse con él, pues él no le sería fiel.

Lo miró mientras se arrodillaba en la hierba. Él esperaba, había duda en sus ojos, y miedo. Miedo a que ella dijera que no, por lo que su sonrisa vaciló.

—Por favor, Shannon. —Susurró en voz baja. —Te quiero. Cásate conmigo. —Ella siguió dudando, y eso le rompía el corazón.

—Haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

Ella se bajó del caballo y se arrodilló a su lado. —Nathan —dijo con voz ronca. Quería creerle. —¿Y todas tus admiradoras? ¿Qué vas a hacer con ellas?

Sonrió. —Tendrán que buscarse a otro. —Entonces, al ver la expresión sombría de su rostro, la risa desapareció de sus ojos.

—Nunca habrá nadie más que tú. —Aseguró con brusquedad. Sus palabras tenían el peso de un juramento. —Nunca ha habido nadie, desde que te conocí.

Ella ya no podía dudar de él. El duro brillo de sus ojos le decía que era la verdad.

Lo abrazó y apretó los labios contra los suyos.

Un largo y vertiginoso instante después, él la apartó suavemente.

—Supongo que ha sido un sí. —Dijo con voz temblorosa.

—Sí. —Afirmó ella con voz ronca.

—Ya era hora. —Apuntó Lady Harewell, saliendo de detrás de un árbol. —Ha sido una de las proposiciones más largas e incoherentes que he visto en mi vida.

—No debería ser tan dura con mi hijo. —Señaló afectuosamente Lady Maddox. —No tiene mucha práctica con las propuestas.

Sobresaltada, Shannon se levantó de un salto, arrastrando a Nathan con ella.

Estaban rodeados. Varias figuras a caballo habían salido de detrás de los árboles. Su tía Dridre. Lady Amstrong, Lord Lockfurt, Simons, Donna, Lord Cunningan. Y Amelia, que sonreía salvajemente y saltó de su caballo para abrazar fuertemente a Shannon.

—Me alegro mucho de que vaya a casarse con lord Maddox. —Aseguró a Shannon al

oído. —Ahora mi madre tendrá que renunciar a intentar casarme con él.



—¿Adónde quieres ir de luna de miel? —preguntó él, mientras estaban sentados uno al lado del otro en el salón de lady Harewell. ¿Al continente? Sé que una vez dijiste que te gustaría ver los Alpes. ¿Lo decías en serio?

Conmovida por el hecho de que recordara su deseo, atrajo su rostro hacia ella para darle un beso. Rozó sus labios con los de él, saboreando brevemente la suavidad aterciopelada de los suyos. Pero cuando empezó a apartarse, él la atrajo hacia sí, tan fuerte que apenas podía respirar. Su boca buscó la suya y sus labios se unieron con un hambre que ella pensó que la consumiría, si no fuera por la profunda ternura que surgió para transformarla. Por su propia voluntad, las manos de ella empezaron a explorar mientras los labios de él recorrían su cara y bajaban por su garganta.

Ella se separó de mala gana. —Tenemos que parar. —Murmuró, con la voz completamente temblorosa y el corazón acelerado como un reloj enloquecido. —O antes de que nos demos cuenta estaremos medio desnudos sobre la alfombra.

Él sonrió perezosamente. —No veo cuál puede ser el problema. —Dijo, con la voz ronca y los ojos oscurecidos por la necesidad.

Pero ella vaciló, señalando la puerta con la mano.

—Si nos descubren...

Él le pasó las manos por debajo del pelo y le acunó la nuca.

—Verán exactamente lo que esperan. —Sus labios recorrieron su cuello, provocándole

deliciosos escalofríos. —¿Por qué crees que tu abuela nos abandonó a nuestra suerte? —balbuceó riendo, pensando en cómo Marlene había querido esto para ella. —Probablemente nos esté observando ahora. —Añadió él entre besos. —informando a los demás de todo lo que hacemos.

Ella retrocedió horrorizada, miró fijamente el ojo de la cerradura y se apartó de él.

Nathan echó la cabeza hacia atrás y rio, una risa cargada de alegría y ternura. Sólo estoy bromeando. —Dijo atrayéndola hacia sí para que apoyara la cabeza en su hombro. —Veo que voy a tener que casarme contigo rápidamente. Parece que temieras comprometerte. —Se levantó, le cogió suavemente la mano y la acercó a él. Le arregló la ropa y le alisó el pelo. —En cualquier caso, no tenemos prisa. —Murmuró, plantándole un ligero beso en los labios y mirándola con el amor brillando en sus ojos. —Tenemos toda una vida para satisfacer nuestras necesidades.

Ella le sonrió, con una risa burbujeante en su interior.

—Es verdad. —Estuvo de acuerdo. Luego volvió a tumbarse en el sofá y tiró de él para que se pusiera encima de ella. —Pero me gustaría empezar ahora mismo. —Susurró, echando toda la cautela al viento.

Notas

[1] Es un anglicismo que significa locura

[2] Conocida como la madre del feminismo, Mary Wellstonecraft fue una destacada filósofa, educadora y autora de obras de referencia como Vindicación de los derechos de la mujer (1792), en la que plasmó sus principales reivindicaciones para promover los derechos de las mujeres, como la igualdad en la educación

[3] El Repository of Arts de Ackermann fue un periódico británico ilustrado publicado entre 1809 y 1829 por Rudolph Ackermann. Su contenido estaba relacionado con el arte y la moda.

[4] Un tono de azul claro.

[5] La ratafía es un licor dulce, elaborado a partir de la maceración de distintos frutos (nuez verde, cáscara de limón, guindas, clavel rojo y menta)

[6] Carruaje descubierto, de cuatro ruedas, alto y ligero.

[7] El posset es una bebida propia de la cocina medieval cuyo principal ingrediente era la leche y se servía caliente. Se añadían también otros ingredientes como el vino o la cerveza o incluso algunas especias.

[8] George Bryan Brummell, conocido como Beau Brummell, fue el caballero dandi, árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia y amigo del príncipe Regente

[9] En arquitectura clásica, una metopa, palabra proveniente del griego μετόπη, es un panel o pieza rectangular de piedra, mármol o terracota que ocupa parte del friso.